

VOY
A HACER
QUE *me desees*



LADY MACNOBLE

Copyright © 2026 LADY MACNOBLE

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.



PRÓLOGO



Prólogo

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

Terminé de leer la última carta de Rose con una sonrisa que no pude evitar.

Aquella mujer escribía exactamente igual que hablaba: demasiado, saltando de un tema a otro sin orden alguno y consiguiendo, de algún modo, que todo tuviera sentido al final.

Me apoyé contra el respaldo de la silla mientras observaba la hoja entre mis manos.

La pequeña Sìne ya tenía cuatro meses. Cuatro. Me costaba creerlo.

Rose había llenado varias páginas describiendo cada uno de sus avances. Que si sonreía más. Que si empezaba a reconocer voces. Que si Brett estaba convencido de que la niña tenía su carácter y Rose aseguraba que aquello era una desgracia para toda Escocia.

Solté una carcajada.

Los echaba de menos. Mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Doblé la carta con cuidado y la dejé junto a las demás. Mi despacho permanecía en silencio salvo por el crepitar del fuego. Fuera, el viento golpeaba las ventanas de la fortaleza.

Odiaba aquel lugar. Odiaba aquellas tierras.

Durante años habían representado todo cuanto había perdido. Todo cuanto había sufrido. Y ahora gobernaba sobre ellas por voluntad del rey. Era una broma cruel del destino. Pero el rey así lo había ordenado. Y mi deber era obedecer.

Suspiré mientras alargaba la mano hacia la siguiente carta de la pila. Sin embargo, en cuanto mis ojos se posaron sobre la

escritura, me detuve. Reconocí aquella letra al instante. Era irregular, algo temblorosa e inconfundible. La de mi madre.

Desde la desaparición definitiva de la amenaza Ross había recuperado la libertad de visitarme y escribirme cuando quisiera. Brett incluso le había ofrecido regresar a vivir a la fortaleza.

Ella se había negado.

Por supuesto.

Según sus propias palabras, las paredes de piedra nunca habían sido su hogar. Su hogar era el bosque, los árboles, los ríos, y el condenado viento.

Y nadie en Escocia era tan testarudo como mi madre.

Rompí el sello y desplegué la carta. Apenas ocupaba media página, algo poco habitual tratándose de mi madre. Comencé a leerla y, conforme avanzaba por las primeras líneas, una profunda sensación de desconcierto empezó a instalarse en mi interior. Cuando llegué al final, regresé inmediatamente al principio y la leí de nuevo. Después una tercera vez, más despacio todavía. Porque, por mucho que repasara aquellas palabras, seguía sin estar completamente seguro de haber entendido lo que acababa de leer.

Hijo.

Tu destino ya se aproxima.

La próxima luna llena debes acudir al lugar donde apareció la muchacha de otro tiempo.

Ve solo. No faltes.

Si ignoras estas palabras podrías arrepentirte durante el resto de tu vida. No puedo explicarte más. Todavía no. Pero el río volverá a entregarte aquello que te pertenece.

Confía en mí.

Madre.

Permanecí inmóvil varios segundos.

Aquello era absurdo. Completamente absurdo. Sonaba exactamente al tipo de mensaje extraño que ella llevaba enviándome toda mi vida.

Sin embargo... Había algo diferente. Algo en aquellas palabras que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Mi madre nunca

utilizaba aquel tono. Y sentí que podía hablar en serio.

Doblé la carta lentamente. La guardé dentro de mi jubón. Y me puse en pie.

Quizá no creyera en presagios ni en destinos inciertos, pero sí creía en mi madre. Y eso bastaba.

Abandoné el despacho y descendí las escaleras de piedra hasta el patio principal. Los soldados entrenaban entre el barro. Las espadas chocaban y los caballos relinchaban.

Localicé a mi segundo al otro lado del patio.

—Munro.

El hombre levantó la cabeza, y después caminó hacia mí mientras se limpiaba el sudor de la frente.

—Mi señor.

Se detuvo y me observó durante unos segundos.

Demasiados segundos.

—Tiene mala cara.

—Gracias.

—Era una observación, no un cumplido.

Bufé.

Él sonrió.

—¿Ocurre algo?

Negué con la cabeza. No tenía intención de explicarle aquella carta. Ni a él. Ni a nadie. Porque ni siquiera yo entendía lo que significaba.

—No.

Lo observé unos instantes.

Luego señalé el círculo de entrenamiento.

—¿Tienes tiempo?

Una sonrisa apareció inmediatamente en su rostro.

—Siempre.

Desenvainé la espada.

—Bien.

—¿Necesita descargar frustración?

—Probablemente.

—Perfecto. Llevo semanas esperando esta oportunidad.

Sacudí la cabeza.

—Hablas demasiado.

—Entonces dejaré que hable mi *claymore*.

Nuestras espadas chocaron un segundo después. El acero resonó por todo el patio.

Los hombres cercanos comenzaron a apartarse. Algunos incluso apostaron. Como siempre.

Ataqué primero.

Munro bloqueó.

Volví a atacar.

Y durante unos minutos todo desapareció. Pero incluso mientras luchábamos, una parte de mi mente seguía regresando a aquellas palabras.

«La próxima luna llena» «El lugar donde apareció la muchacha de otro tiempo» «El río volverá a entregarte aquello que te pertenece».

No sabía qué significaba. No sabía qué iba a encontrar allí. Pero tuve la extraña sensación de que algo estaba a punto de cambiar.

Y cuando mi espada chocó contra la de Munro una vez más, comprendí que estaría esperando la llegada de aquella luna llena con más impaciencia de la que jamás admitiría.

Capítulo 1

Stratford-upon-Avon,
Inglaterra, 2027

Un año después de la desaparición de Rose...

Chloe Finner

Había regresado a aquel lugar tantas veces que ya había perdido la cuenta. A veces lo hacía una vez al mes, otras dos, y en las fechas señaladas nunca faltaba: el aniversario de su desaparición, su cumpleaños o la Navidad. Cualquier motivo era suficiente para volver a aquel rincón junto al río, porque me negaba a aceptar la versión oficial. La policía había cerrado el caso hacía meses y parecía convencida de que ya no quedaba nada por investigar, pero yo seguía sintiendo que había demasiadas preguntas sin respuesta y que la verdad sobre lo que le había ocurrido a Rose estaba muy lejos de haber salido a la luz.

Según ellos, todo apuntaba a un suicidio. Rose había abandonado su trabajo poco antes de desaparecer, había dejado varias cosas pendientes y su coche había aparecido estacionado junto al río Avon. Como jamás encontraron su cuerpo, llegaron a la conclusión de que se había arrojado a las aguas y que la corriente se lo había llevado.

Para la policía el caso estaba cerrado, y no parecían interesados en contemplar ninguna otra posibilidad. Sin embargo, yo conocía a Rose mejor que nadie y sabía que jamás habría tomado una decisión así. Su madre pensaba exactamente lo mismo. Ninguna de las dos había conseguido creer aquella versión ni una sola vez, por muchas veces que intentaran imponérsela como la única explicación posible.

Aquella mañana el cielo permanecía cubierto por una fina capa de nubes grises y una ligera brisa recorría la ribera. Caminé despacio por el viejo puente de madera que atravesaba el río, escuchando el sonido constante del agua bajo mis pies.

El mundo continuaba avanzando mientras para nosotros todo parecía haberse detenido. Cuando llegué al centro del puente me detuve. Contemplé las flores que llevaba entre las manos y las observé durante unos segundos.

Después las lancé al agua.

Los pétalos comenzaron a alejarse lentamente arrastrados por la corriente.

Apoyé los brazos sobre la barandilla y miré cómo desaparecían río abajo.

—Hola, Rose.

Mi voz sonó baja.

Porque, aunque sabía que era absurdo, seguía hablándole como si pudiera escucharme.

—Tu madre sigue enfadada con la policía.

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—Bueno, para ser sincera, creo que sigue enfadada con el mundo entero.

El agua continuó avanzando bajo el puente.

—Y yo también.

Tragué saliva.

—Te echo de menos.

Aquellas palabras seguían resultando dolorosas incluso después de un año.

—No sé dónde estás. No sé qué te pasó. Pero sigo pensando que sigues ahí fuera en alguna parte.

Bajé la mirada hacia el río.

—Y si estás escuchando esto, deberías saber que eres una idiota por desaparecer de esta manera.

Una lágrima escapó por mi mejilla. La limpié rápidamente.

—¿Por qué me has dejado sola? Ya sabes que solo te tenía a ti, bueno... y a tu madre.

El viento agitó mi cabello.

Y durante unos segundos permanecí allí, contemplando el agua.

Hasta que escuché una risa.

Me giré.

Una niña pequeña corría por la orilla junto a su madre. Llevaba un chubasquero amarillo demasiado grande para ella y saltaba sobre los charcos con la energía inagotable que solo tienen los niños.

No pude evitar sonreír.

La pequeña siguió avanzando cerca de la orilla mientras su madre hablaba por teléfono a unos metros de distancia.

Y entonces ocurrió. Todo sucedió tan deprisa que apenas tuve tiempo de reaccionar. La niña resbaló, y su pie desapareció bajo el barro.

Y un segundo después cayó al agua.

La corriente la atrapó inmediatamente.

—¡Dios mío!

El grito de la madre atravesó todo el valle.

—¡Mi hija!

El teléfono cayó al suelo.

La mujer comenzó a correr desesperadamente por la orilla.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Mi corazón se detuvo.

Corrí.

Abandoné el puente y bajé por uno de los senderos laterales prácticamente resbalando sobre el barro.

Cuando me vio, la mujer apenas podía hablar.

—¡Mi hija! ¡Por favor! ¡Mi hija!

Señaló el río con las manos temblando.

—¡Apenas tiene dos años!

Vi entonces el pequeño chubasquero amarillo alejándose cada vez más arrastrado por la corriente.

Y no pensé.

Simplemente actué.

Corrí hacia la orilla.

Y me lancé.

El agua me golpeó como una pared de hielo. Sentí cómo el frío me robaba el aire de los pulmones y durante un instante pensé que no conseguiría moverme.

Pero la niña seguía allí. Cada vez más lejos.

Moví los brazos con todas mis fuerzas. La corriente intentaba arrastrarme. Intentaba hundirme. Pero seguí avanzando. Metro tras metro.

Hasta que finalmente conseguí alcanzarla.

La pequeña lloraba aterrorizada. La sujeté contra mí y comencé a luchar para acercarla a la orilla.

—Ya está... ya está...

Ni siquiera sabía si podía oírme.

La madre corría paralela al río gritando desesperadamente. Seguí avanzando. Empujando. Resistiendo. Hasta que finalmente conseguí acercarla lo suficiente.

La mujer se lanzó al agua hasta la cintura y consiguió agarrarla. Escuché sus sollozos. Escuché cómo abrazaba a su hija y cómo gritaba mi nombre sin siquiera conocerlo.

Pero yo ya no podía responder.

Porque en el instante en que solté a la niña, la corriente me atrapó de lleno.

Intenté nadar de vuelta hacia la orilla y busqué desesperadamente algo a lo que sujetarme, una rama, una roca,

cualquier cosa que pudiera detener aquella fuerza implacable que tiraba de mí río abajo. No encontré nada. La corriente me arrastraba con una violencia aterradora y el agua golpeaba mi cuerpo una y otra vez, haciéndome perder por completo la orientación. Llegó un momento en que ya no supe distinguir dónde estaba la superficie y dónde el fondo. Todo era agua, ruido y oscuridad. Empecé a tragar entre jadeos desesperados mientras el pánico se abría paso dentro de mí. Y entonces pensé en Rose. Pensé en el miedo que debió sentir aquel día, en la soledad, en la impotencia de verse arrastrada por algo contra lo que no podía luchar. Comprendí entonces lo terrible que había debido de ser enfrentarse a aquello sin saber si volvería a ver la luz del sol o a las personas que amaba.

La corriente se volvió todavía más violenta. Algo parecía girar a mi alrededor. Como un enorme torbellino oculto bajo el agua. Intenté luchar. Intenté resistir. Pero mis fuerzas comenzaron a abandonarme.

La oscuridad fue cerrándose lentamente sobre mí.

Lo último que pensé antes de perder el conocimiento fue en Rose.

Después todo desapareció...

Capítulo 2

Tierras Altas de Escocia, 1469

Lo primero que hice al recuperar la consciencia fue toser.

Una bocanada de agua me subió por la garganta y me obligó a girarme sobre un costado mientras todo mi cuerpo se contraía. Tosí una vez, luego otra, y después tantas que terminé apoyando las manos sobre la tierra húmeda, intentando recuperar un aire que parecía negarse a entrar en mis pulmones. Me ardía el pecho, me dolía la garganta y tenía la desagradable sensación de haber tragado medio río. Durante unos segundos fui incapaz de hacer otra cosa que respirar entre jadeos, con los ojos cerrados y la frente casi pegada al suelo, hasta que el mareo comenzó a remitir y conseguí incorporarme lo suficiente para sentarme.

Estaba en la orilla.

La ropa se me pegaba al cuerpo como una segunda piel helada y tenía el cabello empapado, enredado alrededor del rostro y el cuello. Temblaba. No ligeramente, sino con sacudidas que me recorrían desde los hombros hasta las piernas y hacían que me castañetearan los dientes. Me abracé a mí misma por puro instinto y

miré alrededor, intentando recordar qué había ocurrido y, sobre todo, cómo demonios había llegado hasta allí.

La niña.

El recuerdo regresó de golpe.

El chubasquero amarillo desapareciendo entre el agua, su madre gritando desde la orilla, yo corriendo, el frío insoportable al lanzarme al río y después la corriente arrastrándonos. Recordaba haber conseguido alcanzar a la pequeña. Recordaba haberla empujado hacia su madre. Incluso recordaba las manos de aquella mujer sujetando a su hija.

Después, el río me había atrapado a mí.

Y luego...

Nada.

Me llevé una mano a la cabeza y respiré profundamente. Al menos la niña estaba a salvo. Me aferré a aquello mientras intentaba ordenar mis pensamientos, porque todo lo demás resultaba bastante más difícil de explicar.

Fue entonces cuando levanté la vista al cielo. Me quedé inmóvil. Era de noche.

—¿Qué...?

Miré a mi alrededor como si esperara que alguien apareciera para explicármelo. La oscuridad cubría el paisaje, aunque podía distinguirlo con una claridad sorprendente gracias a la enorme luna que dominaba el cielo. Estaba completamente llena, redonda y brillante, y alrededor de ella se extendía un extraño círculo rojizo, una especie de halo que parecía envolverla.

Nunca había visto nada igual.

Me quedé observándolo durante unos segundos, fascinada a pesar del frío, hasta que una idea mucho más evidente consiguió imponerse.

Era de noche.

Pero cuando había caído al río era de día.

No simplemente de día. Recordaba perfectamente haber mirado la hora poco antes de llegar al puente. Debían de ser aproximadamente las doce del mediodía.

—No puede ser...

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Miré mis manos. Después mi ropa. Luego nuevamente el río.

Horas. Tenían que haber pasado horas.

Pero aquello tampoco tenía sentido. Si había permanecido inconsciente y empapada junto al río desde el mediodía hasta la noche, probablemente no estaría sentada preguntándome qué hora era. Estaría en un hospital. O muerta de frío.

La última opción no me pareció especialmente tranquilizadora.

Intenté ponerme en pie. Fue una pésima idea. En cuanto apoyé el peso sobre las piernas, las rodillas me fallaron y tuve que sujetarme a una roca para no volver a caer. Esperé unos segundos, respiré profundamente y lo intenté otra vez. Esta vez conseguí mantenerme erguida, aunque todo mi cuerpo protestó. Sentía las piernas pesadas, los músculos agarrotados y los pies doloridos dentro de los zapatos empapados.

—Muy bien, Chloe —murmuré—. Primero salimos de aquí. Después ya puedes entrar en pánico.

No tenía ni idea de dónde estaba.

Ese era el problema.

Observé el paisaje con atención buscando algo familiar, pero no reconocí absolutamente nada. Ni el puente. Ni el sendero por el que había bajado hasta el río. Ni una carretera. Ni una casa. Ni siquiera una farola. Solo veía agua, árboles y la silueta oscura de las montañas recortándose bajo la luz de la luna.

¿Hasta dónde me había arrastrado la corriente?

Comencé a caminar.

Cada paso era un pequeño suplicio. La ropa mojada pesaba sobre mi cuerpo y el frío parecía haberse instalado dentro de mis huesos. Apenas sentía los dedos de las manos y los pies me dolían cada vez que pisaba una piedra, pero quedarme allí no era una opción. Necesitaba encontrar una carretera, una casa, cualquier persona que pudiera decirme dónde estaba y, sobre todo, prestarme un teléfono.

No sabía cuánto tiempo llevaba avanzando cuando distinguí una luz entre los árboles.

Me detuve, y parpadeé varias veces.

Una pequeña luz anaranjada, temblorosa, que aparecía y desaparecía entre los troncos.

Sentí un alivio inmediato.

—Gracias a Dios.

Aceleré todo lo que me permitieron las piernas, aunque aquello apenas podía considerarse caminar deprisa. Conforme avanzaba, la luz se hizo más intensa y empecé a percibir un tenue olor a humo.

Fruncí el ceño. Era fuego, o una hoguera. Aquello me hizo reducir el paso. ¿Quién demonios hacía una hoguera en medio de la nada a aquellas horas?

Me detuve detrás de un árbol y observé con cautela.

Había un caballo. Un caballo enorme, oscuro, atado a uno de los árboles cercanos. Movié la cabeza y resopló, y yo me quedé mirándolo unos segundos antes de dirigir la atención hacia la hoguera.

Entonces lo vi. Un hombre estaba sentado junto al fuego. Y lo primero que pensé fue que era enorme.

Incluso sentado se adivinaba una altura considerable y un cuerpo ancho, poderoso, construido más por años de esfuerzo que por horas en un gimnasio. Tenía los hombros enormes bajo una capa oscura y unas manos grandes apoyadas sobre las rodillas. La luz de las llamas dibujaba sombras sobre un rostro duro, de facciones marcadas, mandíbula firme y nariz ligeramente torcida, como si se la hubieran roto alguna vez. O varias. Su cabello castaño le caía desordenado hasta casi los hombros y llevaba barba corta, también castaña, que acentuaba todavía más aquel aspecto rudo. Pero fueron las cicatrices las que terminaron de hacerme detener. Tenía varias.

Una atravesaba parte de su ceja y otra descendía por una mejilla hasta perderse cerca de la barba. No parecían recientes. Eran marcas antiguas, blancas bajo la luz del fuego, y encajaban demasiado bien con el resto de su aspecto.

Y después estaba la ropa.

Parpadeé.

Aquello no era normal.

Llevaba botas altas de cuero, pantalones oscuros, una camisa basta y varias piezas de cuero sobre el torso. Una capa gruesa le cubría parte de los hombros y, apoyada a su alcance junto a un tronco, había una espada.

Una espada de verdad.

Al menos lo parecía.

Lo observé durante unos segundos intentando encontrar una explicación razonable.

¿Una recreación histórica? ¿Algún festival? ¿Un actor?

Porque si aquello era una fiesta temática, desde luego el hombre se había tomado muy en serio el vestuario.

El caballo resopló de nuevo, y el desconocido levantó la cabeza.

Sus ojos encontraron los míos. Eran azules. Intensamente azules. La distancia que nos separaba no impidió que sintiera el peso de aquella mirada.

El hombre se quedó inmóvil durante un instante, observándome como si mi presencia allí fuera tan extraña para él como la suya para mí.

El suelo pareció moverse bajo mis pies y tuve que sujetarme al tronco de un árbol cercano.

Él se levantó inmediatamente. Y entonces descubrí que mi primera impresión se había quedado corta. Era enorme. Me sacaba bastante más de una cabeza y, de pie, sus hombros parecían todavía más anchos. Dio un paso hacia mí y yo retrocedí por puro reflejo.

Se detuvo.

—¿Estás bien?

Lo miré sorprendida.

Negué lentamente con la cabeza.

—No... No entiendo nada. Creo que me he perdido.

Su mirada descendió hacia mi ropa empapada y después regresó a mi rostro.

—Tranquila. Estás empapada. Acércate al fuego.

No me moví.

Él pareció darse cuenta de mi desconfianza porque no avanzó más.

—No voy a hacerte daño.

Miré la espada.

Luego a él.

—Eso resulta muy convincente viniendo de alguien que tiene una espada apoyada junto a una hoguera en mitad del bosque.

Sus cejas se juntaron ligeramente.

No supe si no había entendido el comentario o simplemente no le había hecho gracia.

—Necesitas calentarte.

Eso sí era cierto.

Volví a mirar las llamas y todo mi cuerpo pareció recordarme de golpe que estaba congelándome.

El hombre señaló el fuego.

—Soy Daziel MacKay.

Su nombre me resultó extraño, pero en aquel momento prácticamente todo me parecía extraño.

—Yo soy... Chloe. Chloe Finner.

Di un par de pasos, todavía con cautela, y me acerqué a la hoguera. El calor golpeó mis manos y mi rostro de inmediato, y cerré los ojos un instante. Nunca un fuego me había parecido tan maravilloso. Extendí las manos hacia las llamas mientras intentaba controlar los temblores.

—Necesito llamar por teléfono.

Cuando levanté la vista, Daziel me observaba con una expresión extraña.

—¿Teléfono?

—Sí.

Nada.

Ni un gesto de reconocimiento.

Lo miré mejor.

—Un teléfono —repetí—. Para hacer una llamada. —Continuó mirándome—. Necesito hablar con alguien.

—¿Hablar con quién?

—Con cualquiera que pueda venir a buscarme. La policía, una ambulancia...

La expresión de Daziel no cambió, pero algo en sus ojos me hizo sentir incómoda.

—No sé qué es ese teléfono del que hablas.

Solté una pequeña risa.

No porque tuviera gracia, sino porque no podía creer que hablara en serio.

—Vale.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón por instinto. Estaba vacío. Busqué en el otro, y tampoco encontré nada. Mi móvil debía de haberse perdido en el río.

«*Perfecto*».

—Entonces dime dónde estamos. Necesito volver al puente.

Daziel permaneció en silencio.

—¿Qué puente?

Lo miré fijamente.

—El puente del río. El viejo puente de madera.

No respondió.

—He caído al agua cerca de allí. La corriente me ha arrastrado y no sé cuánto tiempo he estado inconsciente, pero no puedo haber llegado demasiado lejos. Necesito regresar.

Por primera vez desde que había aparecido, vi algo cambiar en su expresión.

Fue mínimo.

Una tensión repentina en la mandíbula.

Sus ojos azules se desviaron durante un instante hacia el río, oculto entre los árboles.

Después volvieron a mí.

—¿Has salido del río?

La pregunta me desconcertó.

—Sí.

Daziel no dijo nada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No parece nada.

Me observó durante unos segundos más, con una intensidad que comenzó a ponerme nerviosa.

—Siéntate junto al fuego, Chloe Finner.

—No necesito sentarme. Necesito saber dónde estoy.

—Y yo necesito saber de dónde vienes.

Fruncí el ceño.

—¿De dónde voy a venir? De Stratford-upon-Avon.

El silencio que siguió fue extraño.

Daziel sostuvo mi mirada mientras las llamas crepitaban entre nosotros. Y entonces comprendí que aquel hombre sabía algo. No sabía qué. Pero algo.

—¿Dónde estoy? —pregunté de nuevo.

Esta vez mi voz ya no sonó impaciente.

Sonó asustada.

Daziel tardó demasiado en responder. Permaneció frente a mí, al otro lado de la hoguera, observándome con aquellos ojos azules que parecían reparar en cada detalle. Bajó la mirada hacia mi ropa, recorrió mis pantalones empapados, mis zapatillas cubiertas de barro y volvió a detenerse en mi rostro.

—Estás muy lejos de ese lugar —dijo finalmente.

Fruncí el ceño.

—¿Cuánto?

Daziel no respondió.

—¿Cinco kilómetros? ¿Diez?

Continuó en silencio.

—¿Veinte?

Nada.

Empecé a ponerme nerviosa.

—Mira, no sé qué clase de broma es esta, pero necesito volver. Hay una mujer que acaba de ver cómo el río me arrastraba después de salvar a su hija. Probablemente habrá llamado a emergencias y estarán buscándome. Si me dices dónde estamos, podré...

—¿Qué es emergencias?

Me callé.

Lo miré fijamente esperando algún gesto que revelara que estaba burlándose de mí.

No llegó.

—¿En serio?

Daziel mantuvo la expresión impasible.

—¿Qué es?

Solté el aire lentamente.

—La policía. Una ambulancia. Bomberos. Gente que viene cuando alguien necesita ayuda.

El desconcierto de su rostro fue suficiente para que algo desagradable se instalara en mi estómago.

—¿Tampoco sabes qué es una ambulancia?

—No.

—Claro.

Me aparté un mechón mojado de la cara y miré alrededor. Aquello tenía que tener una explicación. Tal vez me había golpeado la cabeza contra alguna roca y estaba mucho peor de lo que pensaba. De hecho, empezaba a parecer la única posibilidad razonable.

—Necesito un hospital.

—No conozco esa palabra.

Esta vez me reí.

No pude evitarlo.

Fue una risa breve y nerviosa que desapareció casi inmediatamente.

—Por supuesto que no.

Daziel se agachó junto a la hoguera y tomó una manta gruesa que había dejado sobre una piedra. Se acercó a mí y la extendió.

—Quítate esa ropa.

Abrí mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Está mojada.

—Ya me había dado cuenta.

—Si continúas con ella, enfermarás.

Me la tendió.

La cogí de un tirón y me la puse sobre los hombros.

Daziel soltó algo parecido a un suspiro.

—La ropa también.

—La ropa se queda donde está.

Sus ojos bajaron hacia mí durante un segundo.

—No tengo interés en verte desnuda.

—Fantástico. Entonces estamos de acuerdo.

Creí distinguir un destello de diversión en sus ojos, aunque desapareció tan rápido que pensé que quizá lo había imaginado.

Me acerqué todavía más al fuego y extendí las manos hacia las llamas. Poco a poco el dolor comenzó a regresar a los dedos. No sabía si aquello era buena señal, porque dolía muchísimo, pero al menos empezaba a sentirlos.

Daziel regresó a su sitio. No dejaba de observarme e intenté ignorarlo.

Duré aproximadamente veinte segundos.

—¿Puedes dejar de mirarme?

—No creo que pueda.

Giré la cabeza hacia él.

—¿No?

—Tu ropa es extraña.

Miré mis pantalones.

—Son unos vaqueros.

—¿Unos qué?

Cerré los ojos.

—Nada.

Aquella conversación no estaba ayudando a mi creciente sensación de estar perdiendo la cabeza.

El caballo se movió detrás de nosotros y escuché el tintineo del cuero. Miré hacia el animal. No llevaba una silla como las que estaba acostumbrada a ver. Todo parecía más rudimentario. El cuero, las mantas, incluso las hebillas. Después miré la espada apoyada junto a Daziel.

No pude contenerme.

—¿Por qué llevas eso?

Él siguió mi mirada.

—¿Mi espada?

—Sí, tu espada. Normalmente la gente no pasea por el bosque armada con una.

Daziel frunció el ceño.

—¿Cómo os defendéis entonces?

Lo miré.

Él me miró.

Sentí un pequeño escalofrío.

—¿Defendernos de qué?

No contestó.

Aquello empezaba a ser demasiado.

Me puse en pie, aunque las piernas todavía me temblaban.

—Me voy.

Daziel también se levantó.

—No.

La firmeza de aquella única palabra me hizo detenerme.

—No te estaba pidiendo permiso.

—No sabes dónde estás.

—Precisamente por eso voy a buscar una carretera.

Daziel frunció el ceño.

—¿Una qué?

—Una carretera. Un camino por donde pasan los coches.

—No sé qué son esos coches, pero hay un camino al este.

—Perfecto.

—A caballo tardarías horas en llegar al asentamiento más cercano. A pie y en tu estado, no llegarías.

—Pues esperaré a que pase algún coche.

Su expresión volvió a cambiar.

—¿Coche?

Sentí que algo dentro de mí se detenía.

No.

Eso ya no tenía gracia.

Lo observé atentamente, buscando la mentira. Una sonrisa escondida. Una cámara. Cualquier cosa.

—Un coche —repetí despacio—. Un automóvil.

Nada.

—Un vehículo.

Daziel negó con la cabeza.

Retrocedí un paso.

La manta resbaló ligeramente de mis hombros y la sujeté contra el pecho.

—¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho. Daziel MacKay.

—No. Quiero decir qué haces aquí. ¿Por qué estás vestido así? ¿Por qué llevas una espada? ¿Dónde está la carretera? ¿Dónde está el puente? ¿Y por qué demonios actúas como si no supieras lo que es un teléfono?

Daziel no respondió.

El fuego crepitó entre nosotros.

Sobre su cabeza, la luna llena seguía rodeada por aquel extraño halo rojizo.

Entonces él miró hacia ella.

—¿Dónde estoy? —pregunté de nuevo.

—Estás en las Highlands.

Fruncí el ceño.

—¿Las Highlands?

—Sí.

Lo miré sin comprender.

—¿Las Highlands de Escocia?

Él asintió.

Solté una risa breve.

—No.

Daziel arqueó ligeramente una ceja.

—No puedo estar en Escocia.

Miré hacia el bosque, después hacia el río y nuevamente hacia él.

—Estaba en Stratford-upon-Avon.

El nombre pareció no decirle nada.

—Inglaterra —añadí.

Aquello sí provocó una reacción. Su expresión se endureció ligeramente.

—Sé dónde está Inglaterra.

—Bien. Entonces entenderás el problema. Hace unas horas estaba allí y ahora me dices que estoy en las Highlands.

Daziel guardó silencio.

—Eso es imposible. —El hombre volvió a sentarse junto al fuego—. Sin embargo, estás aquí.

—No, estoy perdida. Que es diferente.

Me envolví mejor con la manta y acerqué las manos a las llamas. Necesitaba pensar. Quizá la corriente no era lo último que recordaba. Tal vez alguien me había encontrado. Podían haberme trasladado mientras estaba inconsciente. Pero ¿hasta Escocia? Aquello era absurdo. ¿Quién iba a sacar del río a una mujer inconsciente y llevarla cientos de kilómetros hacia el norte para abandonarla después en mitad de un bosque?

Me llevé una mano a la frente.

—Debo de haberme golpeado la cabeza.

Daziel me observó.

—¿Te duele?

—Ahora mismo me duele hasta existir.

Sus labios se movieron apenas, como si hubiera estado a punto de sonreír.

—Necesito volver —continuó—. ¿Cuál es el pueblo más cercano?

Daziel mencionó un nombre que no reconocí.

—¿Y cómo llego?

—Por el camino que atraviesa el valle.

—Bien. ¿Cuánto hay?

—Demasiado para recorrerlo esta noche.

—Pues mañana.

—Mañana.

Aquello fue lo primero razonable que escuché desde que había abierto los ojos.

Volví a extender las manos hacia las llamas y guardé silencio. Daziel hizo lo mismo, aunque cada cierto tiempo sentía sus ojos sobre mí. No sabía qué problema tenía aquel hombre conmigo. Y en ese momento tampoco me importaba. Lo único que quería era entrar en calor, encontrar un teléfono y regresar a casa. No sabía

que ninguna de aquellas tres cosas no iba a resultar tan sencilla como esperaba.

Capítulo 3

Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

No entendía nada. Aunque, pensándolo bien, aquello no era del todo cierto. Entendía una cosa. Mi madre tenía razón.

Volví a mirar a la mujer sentada junto al fuego, envuelta en mi manta y con las manos extendidas hacia las llamas. Desde que había aparecido entre los árboles no había dejado de hacerme preguntas sobre objetos que jamás había oído nombrar, caminos que no existían y lugares que se encontraban a una distancia imposible de recorrer en unas horas. Teléfonos. Automóviles. Ambulancias. Hospitales. Palabras extrañas que, de no haber conocido a Rose, me habrían llevado a pensar que aquella mujer había perdido el juicio.

Pero conocía a Rose.

Y un año atrás había escuchado cosas muy parecidas.

Por eso, cuando Chloe había dicho que venía de Inglaterra y que había caído al río cerca de Stratford-upon-Avon, había tenido que esforzarme para no mostrar lo que estaba pensando.

¿Era otra viajera del tiempo?

La sola idea seguía pareciéndome absurda, incluso después de haber convivido con la prueba viviente de que aquello era posible. Rose había llegado hasta nosotros desde una época que aún tardaría siglos en existir, arrastrada por un río que se encontraba a cientos de millas de nuestras tierras, y ahora, exactamente un año después, otra mujer aseguraba haber caído en aquel mismo río antes de aparecer en las Highlands.

Demasiadas coincidencias.

Y estaba la carta de mi madre.

«Tu destino ya se aproxima.

La próxima luna llena debes acudir al lugar donde apareció la muchacha de otro tiempo.

Ve solo.

No faltes.

El río volverá a entregarte aquello que te pertenece».

Había acudido porque mi madre me lo había pedido. No porque creyera que fuese a ocurrir nada.

Y entonces Chloe Finner había salido del río.

Apreté la mandíbula y aparté la vista hacia las llamas.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

Podía preguntárselo directamente. Decirle que conocía a otra mujer que había aparecido de la misma manera, vestida con prendas extrañas y hablando de cosas que nadie comprendía. Podía preguntarle en qué año creía encontrarse.

Y después explicarle que estaba equivocada.

Imaginé su reacción.

No.

Aquello podía esperar.

Ya estaba asustada, aunque intentara ocultarlo detrás de aquel carácter suyo. No necesitaba que un desconocido armado con una espada le dijera que, además de encontrarse a cientos de millas de donde creía estar, probablemente había retrocedido varios siglos en el tiempo.

Primero debía entrar en calor.

Después decidiría cómo demonios explicarle lo demás sin conseguir que saliera corriendo hacia el bosque.

Volví a mirarla.

Y esta vez tardé demasiado en apartar los ojos.

Era extremadamente hermosa.

Lo había pensado desde el primer instante en que apareció entre los árboles, aunque en aquel momento había estado demasiado ocupado intentando comprender qué hacía allí para detenerme en ello.

Su cabello era rojo.

No cobrizo ni castaño con reflejos, sino de un rojo intenso que las llamas parecían avivar cada vez que se movía. Lo llevaba larguísimo y rizado, aunque ahora estaba empapado y se le pegaba al rostro, al cuello y a la espalda. Su piel era clara y estaba cubierta de pequeñas pecas que se extendían por la nariz y las mejillas. Tenía un rostro delicado que contrastaba con la forma en que hablaba, unos labios gruesos y unos ojos color miel que parecían capaces de pasar de la desconfianza al enfado en un solo instante.

También era alta.

No tanto como yo, evidentemente, pero sí más que la mayoría de las mujeres que conocía. Su figura era grácil, de piernas largas, aunque aquellas prendas absurdamente ceñidas que llamaba vaqueros hacían imposible no reparar en ellas.

Aparté la vista. Pero el sonido de sus dientes castañeteando llegó hasta mí y volví a mirarla, después suspiré.

—Si no te quitas esa ropa, enfermarás.

Sus ojos se clavaron inmediatamente en mí.

—Ya hemos hablado de esto.

—Y sigues empapada.

—Se secará.

—Sobre tu cuerpo.

—Ese es el plan.

La miré fijamente.

—Oigo cómo te castañetean los dientes desde aquí.

Apretó la mandíbula como si aquello pudiera demostrar que yo estaba equivocado.

No funcionó.

Volvió a temblar.

—Estoy bien.

—Claro.

—Lo estoy.

—Y yo soy el rey de Escocia.

Entrecerró los ojos.

Tuve que contener una sonrisa.

—Quítate la ropa, Chloe.

—Daziel...

—Me alejaré.

Su expresión cambió ligeramente.

—¿Qué?

Me levanté.

—Puedes quedarte con la manta. Me pondré de espaldas y no miraré.

—No voy a desnudarme delante de un desconocido.

—Precisamente por eso voy a alejarme.

Abrió la boca. Parecía estar buscando un argumento nuevo.

—Mañana tienes que ir a ese asentamiento que tanto te preocupa, ¿no?

—Sí.

—Pues si amaneces con fiebre no irás a ninguna parte.

Aquello pareció hacer efecto.

Chloe miró las llamas. Después su ropa. Luego a mí.

—Ni se te ocurra mirar.

Arqueeé una ceja.

—Haré un esfuerzo.

—No tiene gracia.

Me lanzó una mirada que habría hecho retroceder a más de un hombre.

Sonreí y me alejé unos pasos antes de darle la espalda.

—Avísame cuando termines.

Escuché un murmullo que no llegué a comprender.

Probablemente era mejor así.

Permanecí mirando hacia los árboles mientras detrás de mí escuchaba el movimiento de la manta, el roce de la ropa mojada y alguna que otra maldición pronunciada en voz baja. No me giré. Ni siquiera cuando la curiosidad intentó convencerme de que un vistazo no mataría a nadie.

Mi madre me había educado mejor que eso.

Más o menos.

—Ya.

Esperé un segundo.

—¿Ya qué?

—Ya puedes girarte.

Lo hice.

Chloe estaba sentada junto al fuego completamente envuelta en la manta, que sujetaba contra el pecho con ambas manos. Solo dejaba visibles la cabeza y parte de los hombros, y su expresión dejaba claro que, si me acercaba demasiado, probablemente intentaría arrojarme a la hoguera.

Recogí sus prendas del suelo.

—¿Qué haces?

—Secarlas.

Busqué un par de ramas largas, las coloqué cerca del fuego y extendí la ropa sobre ellas con suficiente distancia para que recibiera el calor sin quemarse.

Chloe contempló mi trabajo.

—Genial.

La miré.

—¿Qué?

—Mañana apestaré a hoguera.

Me quedé observándola.

Había salido de un río en mitad de la noche, no sabía dónde estaba, tenía la ropa empapada y acababa de encontrarse con un desconocido armado en medio del bosque.

Y le preocupaba oler a humo.

—Eres muy rara.

Abrió mucho los ojos.

—¿Yo?

—Sí.

—Tú vas vestido como un guerrero medieval, llevas una espada por ahí y tienes un caballo atado a un árbol, pero la rara soy yo.

No pude evitarlo.

Sonreí.

—Sí.

—Increíble.

Negó con la cabeza y volvió a acercarse al fuego.

La palabra que había utilizado se quedó rondando en mi cabeza.

Medieval.

Rose había utilizado palabras parecidas para referirse a nosotros al principio.

Otra coincidencia.

O quizá ya no quedaba ninguna coincidencia.

—Espera aquí.

Chloe giró la cabeza.

—¿Adónde vas?

—A buscar la cena.

—¿La cena?

Caminé hasta el caballo.

Llevaba dos conejos sujetos a la montura, cazados aquella misma tarde antes de llegar al río. Los desaté y regresé hacia el fuego.

La cara de Chloe cambió en cuanto los vio.

—No.

Me detuve.

—¿No qué?

—Eso no.

Miré los conejos.

Después a ella.

—Es comida.

—Sé lo que son.

—Entonces nos ahorramos una explicación.

—¿Vas a comerte eso?

—Esa era la intención.

Chloe me observó como si acabara de anunciar que pensaba comerme el caballo.

—Están muertos.

—Eso facilita bastante cocinarlos.

Su boca se abrió.

Volvió a cerrarse.

—Dios mío.

Me agaché junto al fuego.

—¿En tu tierra no coméis conejo?

—Sí. Bueno... algunas personas.

—Entonces no entiendo el problema.

—Lo que pasa es que normalmente no veo la cena con pelo antes de que llegue al plato.

La miré durante unos segundos.

Definitivamente era rara.

Preparé los animales mientras Chloe intentaba mirar hacia cualquier lugar menos hacia mí. Cuando terminé, coloqué la carne sobre el fuego y me senté.

Ella permaneció envuelta en la manta.

—¿Siempre haces esto?

—¿Comer?

—Dormir en mitad del bosque.

—Cuando es necesario.

—¿Y hoy era necesario?

La pregunta me hizo levantar la mirada.

—Sí.

No añadí nada más.

Ella tampoco preguntó.

Mejor.

Mientras la carne comenzaba a cocinarse, observé las llamas y pensé en lo que debía hacer. Tenía que llevarla junto a Rose. Era lo único que tenía claro.

Si Chloe realmente venía del mismo lugar que ella, Rose sabría cómo hablarle. Sabría qué preguntarle y, sobre todo, cómo

explicarle lo que había ocurrido sin que Chloe creyera que todos habíamos perdido la cabeza.

El problema era que yo no podía acompañarla. Al amanecer debía regresar a la fortaleza. Esperábamos la visita del rey y mi ausencia no era una opción. Llevábamos semanas preparando aquel encuentro y desaparecer precisamente aquella mañana era inviable.

Tendría que escribir a Rose.

Mandaría a uno de mis hombres en cuanto llegara con una carta para que acudiera a la fortaleza en cuanto pudiera.

Hasta entonces, Chloe se quedaría conmigo. La idea produjo una sensación extraña en mi pecho.

Cuando la carne estuvo lista, le ofrecí un trozo.

Chloe lo observó con recelo.

—¿Qué?

—Nada.

—Llevas un rato mirándolo.

—Estoy intentando olvidar que hace un momento tenía orejas.

Solté una carcajada.

Ella me miró ofendida.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene. Anda, come o se enfriará.

Finalmente aceptó la comida.

La noche continuó avanzando mientras el fuego disminuía poco a poco. Chloe dejó de hacer preguntas. Por fin parecía algo más relajada, pero después me di cuenta de que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Su cabeza cayó hacia delante una vez, pero acabó incorporándose de inmediato. Minutos después volvió a ocurrir.

—¿Por qué no duermes un poco? —le dije.

—No tengo sueño.

—Eso no es lo que parece.

—Solo estoy descansando los ojos.

—Por supuesto.

Me lanzó una mirada cansada.

No tardó mucho más.

Terminó tumbándose cerca del fuego, todavía envuelta en la manta, y cerró los ojos. Su respiración fue haciéndose más profunda hasta que comprendí que se había quedado dormida.

Me quedé observándola.

El fuego iluminaba parte de su rostro y hacía brillar los mechones rojizos que comenzaban a secarse. Parecía diferente dormida. Más tranquila. Sin preguntas, sin ironías, sin esa desconfianza permanente en la mirada.

Mucho más vulnerable.

Se movió buscando una postura más cómoda y la manta resbaló ligeramente por uno de sus hombros.

Mi mirada cayó sobre la piel desnuda salpicada de pecas.

Sentí un estremecimiento inesperado. Aparté los ojos inmediatamente. Aquello era ridículo.

Me incliné y le coloqué la manta de nuevo sobre el hombro, procurando no despertarla. Chloe murmuró algo incomprensible y se acomodó.

Regresé a mi sitio.

Durante unos segundos contemplé el fuego. Después miré hacia el cielo. La luna seguía allí. Llena. Rodeada por aquel extraño círculo rojizo.

Metí una mano dentro del jubón y saqué la carta de mi madre. La había leído tantas veces que casi podía recitarla de memoria.

Tu destino ya se aproxima.

Miré a Chloe.

Luego la carta.

Y negué lentamente con la cabeza.

—¿Qué demonios has hecho, madre? —murmuré.

El bosque no respondió.

Solo escuché el fuego, el río a lo lejos y la respiración tranquila de aquella extraña mujer que había aparecido de la nada. Una mujer a la que, al amanecer, tendría que llevar conmigo.

Capítulo 4

Tierras Altas de Escocia, 1469

Me desperté sobresaltada.

Abrí los ojos de golpe y tardé varios segundos en recordar dónde estaba. Lo primero que vi fue el cielo grisáceo filtrándose entre las copas de los árboles. Después, la hoguera reducida ya a unas brasas humeantes. El olor a humo seguía impregnándolo todo y la manta de lana continuaba envolviéndome por completo.

Me incorporé de un salto.

Estaba sola.

Giré sobre mí misma buscando a Daziel, al caballo o cualquier señal de que el hombre seguía allí, pero no lo encontré.

Sentí un vuelco en el estómago.

—No...

Me llevé una mano a la frente.

—Que sea un sueño... Por favor, que sea un sueño.

Cerré los ojos con fuerza y después volví a abrirlos, pero el bosque seguía allí, y las brasas también.

—Genial...

Me puse en pie despacio. El cuerpo seguía dolorido, aunque mucho menos que la noche anterior.

Resoplé.

Lo primero era vestirme. Localicé mis vaqueros y el jersey tendidos junto a la hoguera. Estaban completamente secos y olían intensamente a humo. Los cogí entre las manos y no pude evitar hacer una mueca.

—Genial... Voy a oler a hoguera durante una semana.

Me vestí deprisa, agradeciendo la sensación de ponerme por fin ropa seca. Después me até el pelo en una coleta alta con la goma que aún llevaba en la muñeca y me envolví de nuevo con la manta unos segundos para entrar un poco más en calor. Solo entonces me di cuenta de que Daziel seguía sin aparecer. Fue en ese momento cuando escuché el rumor del río a lo lejos.

El sonido llegaba desde detrás de un grupo de abedules.

Sin pensarlo demasiado, caminé en aquella dirección.

—Por favor... —murmuré mientras apartaba unas ramas—. Que todo esto haya sido una pesadilla.

Cada paso hacía que aquella esperanza pareciera más absurda.

Los árboles, las montañas, el aire helado... Todo seguía exactamente igual.

Cuando llegué a la orilla me detuve en seco.

Había alguien dentro del agua.

Daziel.

Estaba de espaldas, sumergido hasta la cintura en el río mientras se echaba agua sobre los hombros. El amanecer apenas comenzaba a teñir el horizonte y la luz dibujaba la amplitud de su espalda y de sus hombros con una claridad sorprendente.

Me quedé mirándolo. Tenía un cuerpo impresionante.

La espalda ancha, los brazos fuertes y marcados, la cintura estrecha... Todo en él parecía esculpido para la tentación. Incluso las

cicatrices resultaban imposibles de ignorar. Descendían por su espalda y sus hombros haciéndolo todavía más sexy.

«*Madre mía...*»

No pude evitar recorrerlo con la mirada de arriba abajo. Definitivamente, el hombre estaba increíblemente bueno.

Justo entonces pisé una rama.

«*iCrac!*»

Daziel giró la cabeza de inmediato, y nuestros ojos se encontraron. Y yo seguía mirándolo. Sin pestañear. Sin el menor disimulo.

«*Santo cielo, Chloe. Le estás haciendo un repaso de arriba abajo*». Pensé.

Una de las comisuras de sus labios se elevó lentamente.

—No te cohíbas por mi culpa. Puedes seguir contemplándome sin ningún pudor.

Noté cómo el calor me subía de golpe a las mejillas.

—No soy yo quien debería apartar la mirada. Eres tú quien ha decidido bañarse desnudo en un lugar donde cualquiera puede aparecer.

Él soltó una carcajada grave. Y tuve que admitir algo que no me esperaba. Tenía la sonrisa más bonita que había visto nunca. Transformaba por completo aquel rostro lleno de cicatrices y dureza. Durante un instante dejaba de parecer un guerrero dispuesto a entrar en batalla.

Entonces Daziel se volteó al completo quedando frente a mí, y después caminó unos pasos mientras el agua iba descendiendo.

Mi mirada descendió sin querer un poco más.

«*Ay, Dios...*»

«*iEso es... es enorme!*».

Giré la cabeza inmediatamente y me di media vuelta.

—Será mejor que te espere junto a la hoguera —dije, intentando que mi voz sonara mucho más tranquila de lo que me sentía—. Necesito que me ayudes a encontrar ese pueblo del que hablaste anoche.

Escuché el chapoteo del agua a mi espalda.

—¿No deseas bañarte?

Resoplé.

Lo que deseaba en ese momento era otra cosa.

«*Si es que una no es de piedra*».

—Creo que ayer tuve suficiente agua para una buena temporada.

Su risa volvió a resonar junto al río, y aproveché ese instante para ponerme en marcha hacia la zona del bosque donde había pasado la noche. Necesitaba alejarme de allí, alejarme de esa mole enorme llena de testosterona y músculos condenadamente sexys.

No tardé mucho en escuchar pasos detrás de mí.

No quise girarme.

Principalmente porque todavía conservaba demasiado nítida la imagen de Daziel saliendo del río.

«*Madre del amor hermoso...*»

Sacudí la cabeza con fuerza.

No. No iba a pensar en eso. No iba a pensar en aquella espalda imposible. Ni en aquellos hombros. Ni en...

«*Chloe.*»

«*Deja de pensar.*»

Respiré hondo.

Funcionó aproximadamente tres segundos.

—Bien, ahora ya vuelvo a estar presentable.

Su voz sonó justo detrás de mí.

Me giré despacio.

Ya iba completamente vestido. La camisa de lino marcaba unos hombros que seguían pareciendo capaces de derribar un árbol de un empujón y la espada volvía a descansar en su cinturón como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Mucho mejor.

Él arqueó una ceja.

—¿Mucho mejor?

—Sí.

—Por tu rostro hace un momento junto al río yo no lo aseguraría.

Abrí mucho los ojos.

—¡Pero ¿qué tonterías dices?!

Una sonrisa divertida apareció en su rostro.

Maldita fuera. Le divertía ponerme nerviosa.

Me agaché inmediatamente para recoger la manta y doblarla con un cuidado completamente innecesario. Cualquier cosa con tal de no mirarlo.

Daziel apagó los últimos rescoldos de la hoguera cubriéndolos con tierra. Después desmontó el pequeño campamento con una rapidez sorprendente. En apenas unos minutos no quedaba prácticamente ningún rastro de que hubiéramos pasado allí la noche.

Sujetó las alforjas a la montura del caballo y comprobó las cinchas.

—Vámonos.

Asentí.

Cuanto antes encontrara ese pueblo, antes podría entender qué demonios estaba ocurriendo.

Di un paso. Hasta que escuché su voz a mi espalda.

—¿Adónde vas?

Lo miré.

—¿Cómo que adónde voy?

—A pie.

—Pues... sí.

Se quedó observándome unos segundos.

—No puedes caminar hasta el poblado.

Fruncí el ceño.

—¿No?

—Está demasiado lejos. Sube. —Señaló el caballo.

Miré al animal, y después a él.

—No creo que sea buena idea.

Negó despacio con la cabeza.

—¿Y ahora cuál es el problema?

—Bueno... no acostumbro a subir a caballos con desconocidos. De hecho, jamás he subido a un caballo. Bueno, miento. Cuando era muy pequeña subí a un poni en la feria de primavera. ¿Y si me caigo?

—¿No sabes montar? Vaya... —Se pasó una mano por el pelo—. No importa, yo te sujetaré con fuerza. Prometo que no

dejaré que nada malo te pase.

Dios, solo con imaginármelo tan cerca todos los vellos de mi cuerpo se erizaron.

—Está bien —dije a regañadientes.

Daziel sujetó las riendas mientras yo intentaba descubrir cuál era la forma más digna de subir a un caballo tan enorme.

No encontré ninguna.

Después de un par de intentos bastante ridículos, terminé aceptando la mano que me ofrecía.

De un tirón me dejó sentada sobre la montura.

—Muy delicado —murmuré.

—Gracias.

Era sarcasmo, pero supuse que aquello tampoco lo entendió.

Él montó detrás de mí con la misma facilidad con la que cualquiera se sentaría en una silla de comedor.

Y entonces ocurrió.

Noté su cuerpo completamente pegado a mi espalda.

Se inclinó ligeramente para coger las riendas y sus brazos quedaron a ambos lados de mi cintura.

Mi respiración se detuvo.

«No.»

«No pienses.»

Pero mi cerebro, que parecía disfrutar haciéndome sufrir, decidió recordarme exactamente lo que había visto cinco minutos antes junto al río.

«Ay, Dios...»

«No puede ser.»

«Ahora mismo...»

Sentí cómo el calor me subía de golpe por el cuello.

«Ahora mismo esa parte de su anatomía...»

Tragué saliva.

«Está prácticamente pegada a...»

Cerré los ojos un segundo.

«Mis nalgas.»

Iba a morir. Y no precisamente de hipotermia. Apreté los labios intentando mantener una expresión completamente normal.

Pero fue un fracaso absoluto, pues notaba las mejillas ardiendo.

«Que el camino sea corto.» «Muy corto.» «Porque como tenga que pasar así varias horas...»

Daziel hizo un leve sonido para animar al animal y este echó a andar con paso firme entre los árboles.

Solté el aire muy despacio.

«Este va a ser el trayecto más largo de toda mi vida.»

Capítulo 5

Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

Chloe no dejaba de moverse sobre la montura.

Al principio pensé que intentaba encontrar una postura cómoda. Después llegué a la conclusión de que era porque nunca había montado a caballo y, menos durante tanto tiempo, así que imaginé que sus posaderas tendrían que estar ardiendo. Se removía cada pocos segundos, tensaba los hombros, cambiaba el peso de un lado a otro y, en más de una ocasión, tuve que sujetar las riendas con más fuerza para evitar que perdiera el equilibrio.

Parecía incómoda.

O quizá asustada. No habría sido extraño.

Sin pensarlo demasiado, rodeé su cintura con un brazo y la atraje un poco más hacia mí.

Noté cómo todo su cuerpo se tensaba de inmediato.

—¿Qué haces? —preguntó sobresaltada.

La miré por encima de su hombro.

—Darte seguridad. No quiero que te caigas.

Permaneció unos segundos completamente inmóvil.

—Quiero que estés cómoda.

Ella carraspeó.

—Estoy... estoy cómoda, gracias.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Aunque me parece que aquí hace un poco de calor.

No pude evitar sonreír.

Aquella mujer era realmente curiosa.

Hablaba sin pensar la mitad del tiempo, utilizaba palabras que no comprendía y hacía preguntas sin descanso. Si no estaba intentando entender dónde se encontraba, preguntaba por algún objeto extraño. Y cuando no hacía ninguna de las dos cosas, soltaba comentarios que me dejaban completamente desconcertado.

Como aquel.

Miré alrededor.

El viento descendía de las montañas y el aire era lo bastante frío como para obligarnos a llevar la capa bien cerrada.

—¿Calor? —pregunté.

—Sí... Bueno... debe de ser cosa mía.

Asentí despacio.

Definitivamente, no había entendido a qué se refería.

Permanecí en silencio mientras el caballo avanzaba con paso tranquilo entre los árboles. Al llevarla tan cerca, no podía evitar percibir el aroma que desprendía. Ya no era solo el humo de la hoguera que había impregnado su ropa durante la noche. Había algo más. Un perfume suave, dulce, completamente distinto a cualquier fragancia que hubiera oído jamás. Era delicado, agradable... y extrañamente adictivo.

El movimiento acompasado del caballo hacía que su espalda rozara mi pecho a cada paso, y alguna que otra vez los rizos rojizos de su cabello acariciaban mi cuello cuando el viento cambiaba de dirección. Descubrí, para mi propia sorpresa, que no me molestaba en absoluto. Más bien al contrario.

Aparté aquel pensamiento de inmediato.

Bastantes problemas tenía ya como para empezar a fijarme en una mujer que acababa de aparecer de la nada.

Chloe, completamente ajena a la batalla que libraba mi cabeza, volvió a removerse sobre la montura buscando una postura más cómoda.

El bosque comenzaba a quedar atrás y, poco a poco, las montañas iban abriéndose para dejar paso a un amplio valle cubierto de brezo y pequeños arroyos que descendían entre las rocas.

Durante unos minutos reinó el silencio.

O, al menos, el silencio que Chloe era capaz de soportar.

—¿No deberíamos haber visto ya alguna carretera?

La palabra volvió a sonar tan extraña como la noche anterior.

No respondí.

—¿O algún coche?

Ahí estaba otra vez. Aquel... coche. Fuera lo que fuera.

Negué con la cabeza.

—No.

Ella resopló.

—Pues qué mala suerte.

No era mala suerte.

Y esa era precisamente la parte que más me preocupaba.

Apreté ligeramente la mandíbula mientras guiaba al caballo por un estrecho camino de tierra. No podía seguir evitando aquella conversación durante mucho más tiempo. Tarde o temprano tendría que decirle la verdad. Y no tenía la menor idea de cómo hacerlo sin conseguir que pensara que había perdido completamente la cabeza.

Chloe aún seguía buscando una explicación lógica.

Y, en el fondo, la entendía.

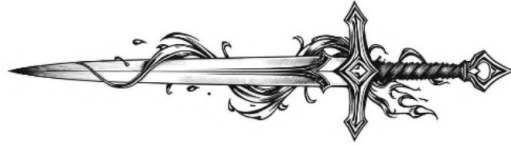
Si alguien me hubiera dicho una semana antes de conocer a Rose que una mujer podía llegar desde el futuro atravesando un río, yo mismo me habría reído en su cara.

Bajé la vista hacia la joven que llevaba delante.

Seguía contemplando el paisaje con atención, como si en cualquier momento fuera a aparecer algo que pudiese reconocer.

Sentí una punzada de compasión. Pobre muchacha. Quizá fuera mejor esperar. Si conseguía llevarla hasta el pueblo, tal vez todo resultara más sencillo. Ver las casas, la forma de vestir de la

gente, los carros, los animales... Poco a poco empezaría a comprender que algo no encajaba.



En cuanto el pueblo apareció al otro lado de la colina, comprendí que ya no podría seguir ocultándole la verdad. Hasta ese momento Chloe no había dejado de hablar. Había preguntado por los caminos, por aquellos extraños carros sin caballos de los que hablaba, por los pueblos cercanos y por un sinfín de cosas que apenas era capaz de comprender. Sin embargo, aquel incesante torrente de preguntas desapareció de golpe. Sentí cómo todo su cuerpo se tensaba delante de mí y observé cómo sus ojos recorrían lentamente las casas de piedra, los tejados de paja, las gallinas que picoteaban libremente entre los niños, los carros cargados de sacos y a los campesinos que caminaban de un lado a otro con herramientas al hombro. Para mí era una imagen cotidiana. Para ella... debía de resultar completamente imposible.

Entonces giró ligeramente la cabeza para mirarme. Nunca olvidaré aquella expresión. Había desconcierto, miedo y una desesperada necesidad de encontrar una explicación lógica a todo aquello.

—¿Qué es esto? ¿Adónde me has traído?

Suspiré despacio. Llevaba desde la noche anterior intentando encontrar la manera de explicárselo sin que pensara que había perdido el juicio, pero ya no podía seguir retrasándolo.

—Chloe... creo que ha llegado el momento de decirte la verdad.

Frunció el ceño.

—¿Qué verdad?

Tragué saliva. Ni siquiera después de todo lo ocurrido con Rose aquella conversación me resultaba más sencilla.

—No estás donde crees que estás.

Una risa breve escapó de sus labios, una de esas risas nerviosas que nacen cuando la cabeza se niega a aceptar lo evidente.

—¿Ah, no?

Volvió la vista hacia el pueblo.

—Pues explícamelo, porque esto parece una especie de feria medieval.

Me quedé unos segundos en silencio antes de responder.

—Estás en Escocia.

—Eso ya me lo dijiste anoche.

—Sí. Pero no en la Escocia que tú conoces.

Noté cómo se giraba por completo sobre la montura para buscar mis ojos.

—¿Qué significa eso?

La miré fijamente.

—Que estás en el año mil cuatrocientos sesenta y nueve.

Vi cómo toda expresión desaparecía de su rostro.

Durante unos segundos simplemente me observó. Esperaba que sonriera. Que le dijera que todo era una broma. Pero cuando comprendió que hablaba completamente en serio, comenzó a negar lentamente con la cabeza.

—No... —Su voz apenas fue un susurro—. No. Eso no tiene ninguna gracia.

—No intento hacer ninguna broma.

—Pues deja de decir tonterías.

Su respiración comenzó a acelerarse y el miedo fue sustituyendo poco a poco a la incredulidad.

—¿Acaso tengo cara de tonta?

Negué con firmeza.

—No.

—Entonces deja de intentar asustarme.

Antes de que pudiera añadir nada más, pasó la pierna por encima del caballo y saltó al suelo. Yo también bajé, pero me quedé junto al animal. La seguí con la mirada mientras caminaba casi corriendo hacia una mujer que salía de una de las casas con un cesto lleno de verduras. No hice ningún intento por detenerla. Sabía perfectamente lo que necesitaba. Rose había reaccionado de una forma muy parecida. Ninguna de las dos iba a creer a un desconocido vestido con una espada. Necesitaban escuchar la verdad de labios de alguien que no tuviera ningún motivo para mentir.

Observé la escena desde la distancia. Vi cómo Chloe preguntaba dónde nos encontrábamos. La mujer respondió con total naturalidad. Después formuló la segunda pregunta. La importante. Alcancé a escuchar perfectamente cuando preguntó en qué año estábamos.

La aldeana respondió sin darle la menor importancia.

Y entonces ocurrió.

Vi cómo el color abandonaba por completo el rostro de Chloe. Retrocedió un paso. Luego otro. Negaba una y otra vez con la cabeza mientras la mujer intentaba acercarse a ella, preocupada por su aspecto. Durante un instante pensé que rompería a llorar allí mismo.

Pero echó a correr.

Esperé apenas unos segundos antes de moverme. Lo suficiente para comprobar hacia dónde se dirigía. En cuanto vi que abandonaba el pueblo para internarse nuevamente en el bosque, maldije entre dientes. Si seguía avanzando en aquella dirección acabaría completamente perdida.

Cogí las riendas del caballo, monté de un salto y salí tras ella.

No tardé mucho en alcanzarla. Apenas llevaba unos minutos corriendo cuando tiré de las riendas a su lado. El caballo se detuvo levantando una pequeña nube de polvo y descendí inmediatamente. Chloe intentó esquivarme, pero la sujeté por la cintura antes de que pudiera volver a escapar.

Forcejeó con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame!

Intentó apartarme de un empujón, aunque apenas consiguió moverme.

—¿Estás loca? —dije con más preocupación que enfado—. No puedes internarte tú sola en este bosque.

—¡Aquí el único loco eres tú!

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Por qué esa mujer ha dicho que estamos en ese año? ¡Eso es imposible!

La sujeté con más firmeza cuando volvió a intentar escapar.

—Chloe... escúchame.

Negó con violencia.

—No.

Respiré profundamente antes de pronunciar unas palabras que jamás imaginé volver a decir.

—Creo que has viajado en el tiempo.

Vi cómo el miedo se reflejaba en su mirada. Sus ojos se llenaron de un terror tan profundo que, durante un instante, incluso yo dudé de mis propias palabras.

Negó una y otra vez.

—No...

—No te estoy mintiendo.

—¡Aléjate de mí!

Volvió a intentar escapar, pero no podía permitirlo. Aquel bosque estaba lleno de barrancos, animales salvajes y hombres mucho menos pacientes que yo.

—No puedo.

Intenté que mi voz sonara tranquila, aunque por dentro comenzaba a desesperarme.

—Si te dejo marchar y te ocurre algo, jamás podré perdonármelo.

—¡No necesito que me protejas!

—Ahora mismo sí.

Me golpeó el pecho con los puños.

—¡Psicópata!

La sujeté suavemente por las muñecas hasta que dejó de golpearme, aunque seguía intentando apartarse de mí.

Cerré los ojos un instante. No iba a convencerla así.

—Escúchame bien.

Continuaba negando con la cabeza, respirando con dificultad.

—Solo tienes dos opciones.

Alzó la vista hacia mí con un brillo de auténtico desafío.

—La primera es que subas al caballo por tu propio pie y vengas conmigo a la fortaleza. Allí estarás a salvo mientras encontramos la manera de ayudarte y de explicarte todo esto.

Su respuesta fue inmediata.

—¡Ni loca!

Asentí despacio.

En realidad, ya esperaba aquella respuesta.

Suspiré resignado.

—Entonces solo me dejas una segunda opción.

Frunció el ceño.

—¿Cuál?

—Llevarte por la fuerza.

Abrió los ojos como platos.

—¡Eso es un secuestro!

No pude evitar esbozar una media sonrisa.

—Llámalo como quieras.

—¡Suéltame ahora mismo!

Volvió a revolverse con tanta fuerza que comprendí que seguir discutiendo era completamente inútil.

Sin darle tiempo a reaccionar, la levanté del suelo de un solo movimiento y la cargué sobre mi hombro.

—¡Daziel!

Comenzó a golpearme la espalda con los puños mientras pataleaba indignada.

—¡Bájame ahora mismo!

—No.

—¡Te odio!

Seguí caminando sin detenerme.

—Lo superarás.

—¡Eres un salvaje!

Aquello consiguió arrancarme una pequeña sonrisa.

—No eres la primera persona que me lo dice.

Llegué junto al caballo ignorando sus protestas y la acomodé sobre la montura con toda la delicadeza de la que fui capaz. Apenas tuve tiempo de colocar un pie en el estribo cuando ya intentaba volver a bajar.

La sujeté por la cintura antes de que pudiera hacerlo, monté detrás de ella y recogí las riendas.

—¡No pienso ir contigo!

El caballo arrancó al galope.

Durante buena parte del camino Chloe siguió protestando, amenazándome con denunciarme ante la autoridad y asegurándome que, en cuanto encontrara un teléfono, me arrepentiría de todo aquello.

Yo la dejé hablar. Necesitaba desahogarse. Además, no tenía ni idea de lo que significaba todo aquello.

Mientras tanto, mi cabeza solo era capaz de pensar en una cosa.

Avisar a Rose. Porque si existía una sola persona capaz de convencer a Chloe de que aquello no era una locura, era precisamente la mujer que un año atrás había aparecido en aquel mismo río... y había sobrevivido para contarlo.

Capítulo 6

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

Cuando por fin llegamos a la fortaleza, Chloe había dejado de resistirse.

No sabía si se debía al cansancio o al hecho de que había comprendido que, por mucho que siguiera golpeándome o amenazándome, no iba a permitir que se marchara sola. Sin embargo, tuve la impresión de que fue otra cosa la que terminó por silenciarla.

La fortaleza.

O quizá los casi cincuenta guerreros apostados sobre la muralla y junto a la puerta principal, vigilando cada uno de los accesos.

Habían pasado ya varios meses desde la conquista de Kinlochewe, pero aquello no significaba que el peligro hubiera

desaparecido. Todavía quedaban hombres leales al antiguo clan Ross escondidos entre los bosques y las montañas, esperando el momento oportuno para atacar. Y, por encima de todos ellos, seguía existiendo una amenaza mucho mayor.

Albort Ross.

Nadie sabía dónde se encontraba.

Había desaparecido tras la caída de la fortaleza y, mientras siguiera con vida, siempre existiría la posibilidad de que reuniera a los pocos fieles que aún le quedaban para intentar recuperar las tierras que un día habían pertenecido a su familia.

Por eso la vigilancia nunca disminuía.

Los centinelas nos reconocieron desde lo alto de la muralla y comenzaron a mover el pesado portón de madera. Las enormes puertas se abrieron lentamente entre el chirrido de los goznes mientras el caballo atravesaba el puente y se adentraba en el patio principal.

Sentí cómo Chloe volvía lentamente la cabeza de un lado a otro, incapaz de apartar la mirada de cuanto la rodeaba. Sus ojos recorrían las altas murallas de piedra, las torres que se alzaban sobre la fortaleza, los establos repletos de caballos, los guerreros que entrenaban en el patio y los criados que cruzaban de un lado a otro cargando cubos de agua o cestos de provisiones. Permanecía completamente en silencio, como si cada nueva imagen terminara de derrumbar las pocas certezas a las que aún se aferraba. Aproveché aquel instante y me incliné ligeramente hacia ella para que nadie más pudiera escucharme.

—Presta atención a lo que tengo que decirte.

Noté cómo tensaba los hombros.

—Puedes moverte por la fortaleza cuanto quieras, pero no le digas a nadie quién eres realmente.

Giró apenas la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—No hables de que has viajado en el tiempo, ni mucho menos menciones la época de la que provienes.

Su expresión cambió inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque aquí no lo entenderían.

Bajé todavía más la voz.

—Y algunos podrían acusarte de brujería.

Vi cómo tragaba saliva.

—¿Brujería?

Asentí.

—Y si alguien llegara a creerlo, podrían intentar hacerte daño.

Durante unos segundos permaneció completamente callada.

Después preguntó en voz baja:

—¿Puedo marcharme?

Negué despacio.

—Eso no.

Su mirada se apagó un poco.

—Mis hombres no permitirán que abandones la fortaleza. No hasta que encontremos la manera de ayudarte.

No respondió.

El caballo terminó de detenerse en mitad del patio.

Descendí primero y, acto seguido, la ayudé a bajar. Aceptó mi mano sin protestar, imaginé que estaba deseando bajarse del animal.

En cuanto puse un pie en el patio, varios guerreros se acercaron a toda prisa para recibirme.

—¡Mi señor!

Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo, intentando ponerme al corriente de cuanto había ocurrido durante mi ausencia. Unos me informaban de las patrullas, otros de los suministros que acababan de llegar y alguno trataba de llamar mi atención sobre varios asuntos pendientes que, a juzgar por su insistencia, consideraba urgentes. Apenas entendía la mitad de lo que decían. Levanté una mano y el silencio se hizo inmediato. Bastó aquel sencillo gesto para que todos callaran y aguardaran pacientemente a que decidiera quién hablaría primero.

Mi mirada se dirigió entonces hacia una joven sirvienta que acababa de salir de la cocina con un cesto entre los brazos.

—Màiri.

La muchacha dejó el cesto en el suelo y se acercó rápidamente.

—¿Sí, mi señor?

Señalé discretamente a Chloe.

—Ocúpate de ella. Dale ropa seca, algo de comer y una habitación donde pueda descansar.

La joven dirigió una mirada curiosa hacia la desconocida.

—Como ordenéis.

Chloe me observó sin decir nada.

Había demasiadas preguntas en sus ojos. Y yo seguía sin tener respuestas para la mayoría de ellas.

Me obligué a apartar la vista y entré en la fortaleza. Dos de mis hombres comenzaron a caminar detrás de mí, hablando al mismo tiempo sobre las provisiones, las patrullas y un pequeño altercado ocurrido aquella mañana cerca del río.

No tardó en dolerme la cabeza.

Levanté una mano sin dejar de caminar. Los dos guardaron silencio inmediatamente. Mucho mejor. Atravesé el gran salón y subí la escalera de piedra hasta mi despacho. En cuanto cerré la puerta tras de mí, tomé un pergamino, mojé la pluma en tinta y escribí apenas unas líneas:

«Rose.

Ven inmediatamente a la fortaleza.

Ha ocurrido otra vez. Una mujer ha salido del río.

Necesito tu ayuda.

Daziel».

No hacía falta explicar nada más. Ella lo entendería.

Doblé el pergamino, lo sellé con cera y salí nuevamente al pasillo. Uno de mis hombres esperaba junto a la puerta. Le entregué la carta.

—Quiero que llegue cuanto antes a la fortaleza MacKay.

El guerrero asintió sin vacilar.

—Así será, mi señor.

Un instante después ya descendía las escaleras a toda prisa.

Esperé a que desapareciera de mi vista antes de girarme hacia el hombre que seguía aguardando pacientemente unos pasos más atrás.

Munro.

Mi segundo al mando. Uno de los pocos hombres en quienes confiaba plenamente.

Lo observé durante unos segundos.

Él hizo exactamente lo mismo conmigo.

Habíamos luchado juntos durante demasiados años como para necesitar demasiadas palabras. Bastaba una mirada para saber cuándo algo marchaba bien... y cuándo no.

—Bien, Munro... cuéntame cómo ha ido todo mientras estaba fuera.

Se acercó despacio hasta el escritorio y apoyó ambas manos sobre la madera.

—En la fortaleza todo ha permanecido tranquilo. Las patrullas no han informado de ningún incidente y los hombres continúan reparando la muralla este. Si el tiempo acompaña, deberían terminar antes de que llegue el invierno.

Asentí ligeramente.

Era justo lo que esperaba escuchar.

—¿Y fuera?

Su expresión cambió apenas un instante.

Fue suficiente para hacerme comprender que las siguientes noticias no iban a gustarme.

—Fuera es otra historia.

Me recosté despacio sobre el respaldo de la silla.

—Te escucho.

Munro permaneció unos segundos en silencio, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Nuestros hombres llevan varios días oyendo los mismos rumores en las tabernas de los pueblos cercanos. Al principio no les dimos demasiada importancia. Ya sabe cómo es la gente. Basta que

desaparezca un hombre para que, antes de una semana, alguien asegure haberlo visto al otro lado del país.

No respondí.

Él sabía que detestaba perder el tiempo con palabras innecesarias.

—Continúa.

—Todo apunta a que Albort Ross sigue en Escocia.

Aquellas palabras no consiguieron sorprenderme. Nunca había creído que hubiera huido lejos de allí. Un hombre como Albort no desaparecía sin más. Esperaba. Planeaba. Y atacaba cuando menos lo imaginabas.

—¿Qué más?

Munro respiró hondo.

—Dicen que está reuniendo hombres.

El despacho quedó en silencio.

Me levanté de la silla y caminé despacio hasta la estrecha ventana. Desde allí podía verse gran parte del patio de armas. Los soldados entrenaban como cualquier otro día, completamente ajenos a la conversación que estaba teniendo lugar sobre sus cabezas.

—¿Cuántos?

—Nadie lo sabe.

Me giré hacia él.

—Necesito algo más que rumores.

—Eso intento conseguir.

Munro cruzó lentamente los brazos.

—Nuestros exploradores han escuchado lo mismo en tres aldeas distintas. Albort está contratando mercenarios. Todos los que puede pagar.

Fruncí el ceño. Eso era preocupante. Los mercenarios luchaban por dinero, no por lealtad. Y un hombre desesperado era capaz de gastar hasta la última moneda si creía que con ello recuperaría lo que había perdido.

—¿Solo mercenarios?

Munro negó despacio.

—También parece estar enviando mensajeros a varios clanes que nunca aceptaron de buen grado que el rey entregara

Kinlochewe a los MacKay.

Permanecí completamente inmóvil.

—¿Qué clanes?

—Todavía no lo sabemos con certeza. Se mencionan varios nombres, pero ninguno ha podido confirmarse. Lo único en lo que coinciden todos los rumores es en una cosa.

Esperé.

—Albort quiere recuperar lo que considera suyo.

Aparté la vista hacia el patio.

Durante unos segundos observé a los hombres entrenar con las espadas bajo la lluvia fina que comenzaba a caer sobre la fortaleza.

Sabía perfectamente cómo pensaba Albort.

Si yo hubiera perdido las tierras de mis antepasados, probablemente habría hecho exactamente lo mismo.

La diferencia era que no pensaba devolvérselas.

Jamás.

—Redobla las patrullas.

Munro asintió antes incluso de que terminara de hablar.

—Quiero el doble de hombres vigilando las murallas durante la noche. Que ningún centinela permanezca solo en su puesto, y envía exploradores hacia el oeste. Si Albort está reuniendo un ejército, quiero saberlo antes de que aparezca bajo nuestras puertas.

—Ya he enviado a cuatro hombres esta misma mañana.

Una leve sonrisa apareció en mis labios.

—Bien hecho.

Munro soltó una pequeña risa.

—Por algo soy su segundo.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros.

Apoyé ambas manos sobre el alféizar de la ventana mientras contemplaba las montañas que rodeaban la fortaleza.

—Si decide atacar, juro que esta vez no escapará —aseguré sin dejar de mirar el horizonte.

Mi mano descendió hasta la empuñadura de la espada casi por instinto.

—Terminaré con él de una vez por todas.
Munro asintió en silencio.

Capítulo 7

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Màiri no dejó de hablar desde el momento en que abandonamos el patio principal de la fortaleza. Caminaba unos pasos por delante de mí con una energía contagiosa, señalándome cada rincón por el que pasábamos como si llevara toda la vida esperando a alguien a quien enseñárselo. Me explicaba para qué servía cada estancia, quién dormía en ella, qué parte de la fortaleza utilizaban los soldados y cuál pertenecía al servicio, todo ello acompañado de una sonrisa tan sincera que resultaba imposible no sentir simpatía por ella.

Yo, en cambio, apenas era capaz de responder con algún asentimiento o una palabra suelta.

Mi cabeza seguía demasiado ocupada intentando comprender qué estaba ocurriendo realmente.

Mientras avanzábamos por aquellos interminables pasillos de piedra, mis ojos recorrían cuanto me rodeaba con una mezcla de fascinación e incredulidad. Las paredes estaban iluminadas únicamente por antorchas cuyo humo dejaba un tenue olor a madera quemada en el ambiente. Grandes tapices colgaban entre los arcos de piedra representando escenas de caza y antiguos escudos familiares. Cada pocos metros nos cruzábamos con guerreros armados que saludaban respetuosamente a Màiri o con criadas que transportaban cestos llenos de ropa, cántaros de agua o haces de leña para las chimeneas.

Todo parecía demasiado auténtico. No había focos ocultos, ni cámaras. Tampoco visitantes haciendo fotografías. Ni un solo detalle que me recordara al siglo XXI.

Cuanto más observaba aquel lugar, más difícil me resultaba encontrar una explicación lógica. La única que existía era precisamente la que me negaba a aceptar. ¿Y si Daziel tenía razón? La pregunta apareció en mi cabeza sin pedir permiso. Sentí un escalofrío.

No.

No podía haber viajado en el tiempo. Aquello era imposible. Las personas no desaparecían de un siglo para aparecer en otro simplemente porque un río decidiera tragárselas.

Tenía que existir otra explicación. Aunque, por mucho que la buscara, era incapaz de encontrarla.

—Debe de estar hambrienta.

La voz de Màiri interrumpió aquel torbellino de pensamientos antes de que consiguiera volverme completamente loca.

Levanté la vista y descubrí que nos encontrábamos frente a una amplia cocina en la que reinaba una actividad constante. Varias mujeres amasaban pan sobre una enorme mesa de madera cubierta de harina mientras otras removían grandes ollas suspendidas sobre el fuego. El calor de las llamas inundaba la estancia y el delicioso aroma de la carne cocinándose junto con las verduras hizo que mi estómago protestara inmediatamente.

No recordaba la última vez que había sentido tanta hambre.

Màiri me condujo hasta un hombre corpulento de barba gris que removía un enorme caldero con una cuchara de madera casi tan grande como mi brazo.

—Fergoll —llamó Màiri al hombre que removía uno de los calderos.

El cocinero levantó la cabeza y dejó el cucharón sobre la mesa. Era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta, con una espesa barba entrecana y el rostro enrojecido por el calor constante de los fogones.

—Nuestro señor me ha pedido que cuide de ella durante su estancia en la fortaleza. Lleva horas sin probar bocado.

Fergoll me dedicó una breve sonrisa y asintió sin hacer una sola pregunta. Parecía acostumbrado a cumplir las órdenes sin cuestionarlas. Tomó un cuenco de barro, lo llenó con un espeso estofado que desprendía un aroma delicioso y lo acompañó con un generoso trozo de pan recién horneado, un pedazo de queso curado y una jarra de leche.

—Siéntese, muchacha. Coma mientras aún está caliente.

No necesité que me lo repitiera.

Me senté en uno de los bancos de madera y llevé la primera cucharada a la boca. El sabor era increíble. La carne estaba tan tierna que prácticamente se deshacía, las verduras conservaban toda su textura y el caldo era tan sabroso que terminé mojando el pan sin el menor pudor. Durante unos minutos me olvidé del río, de Daziel, de la fortaleza e incluso de la absurda idea de haber viajado en el tiempo.

Solo existía aquella comida.

Y estaba deliciosa.

Cuando terminé el cuenco, Fergoll soltó una carcajada al ver que prácticamente no había dejado ni una gota.

—Hacía tiempo que no veía comer así a nadie.

Noté cómo las mejillas comenzaban a arderme.

—Lo siento... Creo que tenía más hambre de la que imaginaba.

—No hay nada que sentir. Para un cocinero siempre es un placer ver un plato vacío.

Aquellas palabras consiguieron arrancarme una pequeña sonrisa.

Cuando terminé de comer, Màiri volvió a ponerse en pie y me indicó que la siguiera una vez más. Atravesamos un par de escaleras de piedra y un largo corredor iluminado por estrechas ventanas hasta llegar a una pesada puerta de roble.

La abrió con cuidado.

La habitación resultó mucho más acogedora de lo que esperaba encontrar en una fortaleza medieval. Una enorme cama de madera presidía la estancia, cubierta por gruesas mantas de lana y pieles que prometían mantener el frío muy lejos durante la noche. Frente a ella descansaba una chimenea de piedra donde ardía un fuego tranquilo que llenaba la habitación de un agradable calor. Junto a la ventana había una pequeña mesa con una jarra de agua, un cuenco de barro y una vela aún sin encender, mientras que un gran arcón tallado ocupaba uno de los rincones, probablemente destinado a guardar ropa y mantas.

Me acerqué despacio hasta la ventana.

Desde allí podía contemplarse buena parte del valle. El bosque se extendía hasta perderse en el horizonte y las montañas envolvían la fortaleza como si llevaran siglos protegiéndola del resto del mundo.

Era un paisaje precioso. Y precisamente por eso daba miedo. Porque no reconocía absolutamente nada.

—Estoy segura de que desea descansar un poco —dijo Màiri con una sonrisa.

Asentí despacio.

El cansancio comenzaba a pesar sobre todo mi cuerpo.

—Después vendré a ayudarla a bañarse y a buscarle un vestido. Esa ropa que lleva es... es muy poco apropiada para una joven decente.

Bajé la vista hacia mis vaqueros y mi jersey. Era cierto que realmente desentonaban con todo cuanto me rodeaba.

Estuve a punto de decirle que prefería seguir vistiendo mi propia ropa, que no necesitaba vestidos ni baños medievales, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta.

¿De qué servía discutir?

Antes de que saliera de la habitación reuní el valor suficiente para detenerla.

—Màiri...

La muchacha se volvió inmediatamente.

—¿Sí?

Inspiré profundamente.

—Ayer me golpeé la cabeza cuando caí al río y... sigo un poco confundida.

Su expresión se llenó de preocupación.

—¿Os encontráis bien?

Asentí.

—Solo necesito asegurarme de una cosa.

Guardé silencio unos segundos antes de formular la pregunta que llevaba horas atormentándome.

—¿En qué año estamos?

La sonrisa de Màiri no vaciló ni un instante.

—En el año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos sesenta y nueve.

Lo dijo con la misma naturalidad con la que cualquiera respondería qué día de la semana era.

No había duda ni vacilación. Solo una certeza absoluta.

Le di las gracias en un hilo de voz y esperé a que abandonara la habitación. Cuando la puerta se cerró, caminé lentamente hasta la ventana y permanecí allí durante largo rato, contemplando las montañas sin verlas realmente.

Por segunda vez aquel día alguien acababa de confirmar exactamente la misma fecha.

Y, por mucho que mi cabeza siguiera negándose a aceptarlo, empezaba a quedarme sin argumentos para demostrar que todo aquello era imposible.

El viento agitaba las copas de los árboles y varios jinetes recorrían el camino principal completamente ajenos al caos que reinaba dentro de mi cabeza. Entonces las piernas dejaron de sostenerme.

Me dejé caer sobre el borde de la cama y, casi sin darme cuenta, las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

Al principio intenté contenerlas, aunque no lo conseguí. Terminé tumbándome sobre el colchón, abrazándome a una de las gruesas almohadas de plumas mientras lloraba como una niña pequeña. Lloré por el miedo y por la incertidumbre. Por no entender qué estaba ocurriendo. Y por la terrible sensación de que quizá jamás volvería a ver a mis amigos.

No sabía cuánto tiempo permanecí así. Solo sé que, poco a poco, el llanto fue apagándose hasta convertirse en un simple sollozo. Entonces una idea cruzó mi mente con tanta fuerza que hizo que me incorporara de golpe.

Rose.

El corazón comenzó a latirme con violencia.

¿Y si...? ¿Y si a Rose le había ocurrido exactamente lo mismo? Hasta ese momento había pensado que simplemente había desaparecido. Pero... ¿y si no? ¿Y si el río también la había llevado hasta allí?

Aquella posibilidad me dejó completamente inmóvil. Horas antes me habría parecido una locura. Ahora, sin embargo... Ahora cualquier cosa era posible.

La respiración comenzó a acelerármese. Si Rose estaba allí... Si realmente había llegado a aquella época... Entonces quizá existiera una manera de regresar. O quizá... Ni siquiera quise terminar aquel pensamiento. Tres golpes suaves sonaron al otro lado de la puerta.

Antes de que pudiera responder, esta se abrió lentamente. Entraron cuatro criados cargando una gran bañera de madera. La colocaron junto a la chimenea y, tras hacer una breve inclinación de cabeza, fueron entrando y saliendo varias veces con cubos de agua caliente hasta llenarla casi por completo. Una fina nube de vapor comenzó a elevarse por la habitación, impregnándola del agradable aroma de unas hierbas que alguien había echado al agua.

Cuando terminaron, todos abandonaron la estancia. Todos menos Màiri. La muchacha sonrió mientras colocaba cuidadosamente una toalla de lino sobre una silla.

—El baño ya está preparado.

Asentí.

—Gracias.

Esperé.

Ella siguió allí.

—Puedes marcharte —dije con una sonrisa tímida.

Màiri me miró sin comprender.

—Debo ayudarla.

Negué inmediatamente con la cabeza.

—No hace falta. Puedo bañarme sola.

La joven soltó una pequeña risa.

—Eso sería muy poco apropiado.

Fruncí el ceño.

—¿Apropiado?

—Sí. Es mi obligación ayudarla.

Suspiré resignada.

Aquella conversación estaba perdida antes incluso de empezar.

—De acuerdo...

Comencé a quitarme el jersey y después los vaqueros bajo su atenta mirada. Intenté convencerme de que aquello no era más incómodo que cambiarme en un probador, pero no funcionó. Cuando me quedé únicamente con la ropa interior, Màiri abrió mucho los ojos. Sin embargo, no fue por aquello. Fue cuando terminé de desnudarme. Su expresión cambió por completo. Permaneció mirando fijamente mi abdomen.

Seguí la dirección de su mirada.

Había visto mi tatuaje de una mariposa.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó casi en un susurro.

Bajé la vista hacia el dibujo y sonreí con cierta nostalgia.

—Un tatuaje.

La palabra no pareció decirle absolutamente nada.

Busqué una explicación que pudiera comprender.

—En el lugar de donde vengo hay personas que decoran su piel con dibujos permanentes.

Màiri seguía observándolo como si nunca hubiera visto nada parecido.

Y probablemente era cierto.

—Me lo hice durante uno de los viajes que hice con unos amigos.

Aquello, al menos, era una explicación sencilla.

La joven permaneció unos segundos en silencio antes de levantar la vista hacia mí.

—Será mejor que no permitáis que nadie más lo vea.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Bajó la voz de inmediato.

—La gente podría decir muchas cosas.

No necesitó explicar cuáles.

«*Brujería*».

Aquella palabra volvió inmediatamente a mi cabeza.

Comprendí entonces por qué Daziel me había advertido con tanto empeño.

Tragué saliva.

—Lo tendré en cuenta.

Màiri asintió, aparentemente más tranquila, y comenzó a ayudarme a entrar en la bañera.

El agua caliente envolvió mi cuerpo arrancándome un profundo suspiro de alivio. Después de todo lo ocurrido durante las últimas horas, aquella sensación resultaba casi un lujo. Permanecí varios minutos sumergida mientras Màiri me ofrecía un jabón elaborado con grasa y hierbas aromáticas que desprendía un agradable olor a lavanda y romero.

Lavé mi cuerpo con calma.

Después dediqué un buen rato a desenredar y limpiar mi cabello, todavía áspero por el agua del río.

Cuando por fin salí de la bañera, sentía que me había quitado de encima algo más que el barro y el frío.

Màiri me envolvió en una gran toalla de lino y abrió el arcón que había junto a la cama.

De su interior sacó una larga léine de lino color marfil, suave y ligera, que llegaba hasta los tobillos. Sobre ella me ayudó a colocar un vestido de lana teñido de un intenso verde bosque, ajustado mediante un cinturón de cuero trenzado que marcaba ligeramente la cintura sin resultar incómodo. Finalmente colocó sobre mis hombros un cálido chal de lana y me entregó unas medias gruesas junto con unos sencillos zapatos de cuero blando.

Me observé en el pequeño espejo de metal pulido que descansaba sobre la mesa.

Apenas me reconocí. Parecía una mujer salida de un libro de historia.

Màiri sonrió satisfecha.

—Ahora sí.

Me giré hacia ella.

—¿Y ahora qué?

—La cena no se servirá hasta dentro de un buen rato. Si lo desea, puede pasear por la fortaleza. Así conocerá mejor el lugar.

Sonrió con amabilidad.

—Si quiere, puedo acompañarla.

Negué despacio.

Agradecía enormemente todo cuanto estaba haciendo por mí, pero en aquel momento necesitaba otra cosa.

Necesitaba silencio. Necesitaba ordenar mis pensamientos. Averiguar si realmente había alguna explicación para todo aquello.

—Gracias, Màiri..., pero prefiero estar sola un rato.

Ella pareció comprenderlo al instante.

—Como desee.

Hizo una pequeña reverencia antes de abandonar la habitación, dejándome nuevamente sola con mis pensamientos... y con un mundo que, por mucho que lo intentara, seguía sin comprender.

Capítulo 8

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Caminé y caminé por la fortaleza sin un rumbo concreto. Cada pasillo desembocaba en otro distinto, y todos parecían llevarme a un lugar nuevo. No daba crédito a cuanto veía. Hombres vestidos con cotas de malla cruzaban de un lado a otro cargando espadas, mujeres transportaban cestas de ropa o grandes jarras de barro, y los criados corrían apresurados cumpliendo órdenes que apenas alcanzaba a comprender. Algunos me dedicaban una sonrisa amable al cruzarse conmigo. Otros, en cambio, me observaban con evidente curiosidad, preguntándose sin duda quién era aquella desconocida de cabello rojizo que paseaba sola por la fortaleza.

Intentaba comportarme con naturalidad, pero cada nuevo rostro hacía que me sintiera más fuera de lugar. Aquellas personas pertenecían a un mundo que no era el mío. Hablaban, vestían y vivían de una forma completamente distinta a todo cuanto había conocido, y cuanto más tiempo permanecía allí, más difícil me resultaba convencerme de que aquello no era real.

Entonces me crucé con dos guardias.

Venían conversando entre ellos y, al verme, interrumpieron la conversación durante un instante. Ambos me miraron con curiosidad, sin apartar los ojos de mí mientras pasaban a mi lado.

Sentí un nudo en el estómago. Agaché la cabeza y aceleré el paso. No quería hablar con nadie. No quería seguir respondiendo preguntas. Necesitaba respirar.

Doblé por un pasillo estrecho y, sin pensarlo siquiera, abrí la primera puerta que encontré. Entré rápidamente. La cerré tras de mí y apoyé la frente contra la madera. Cerré los ojos e inspiré profundamente.

—Tranquila... —murmuré en voz alta, intentando convencerme a mí misma—. Estás bien. Estás bien. No te has vuelto loca.

Un carraspeo sonó a mi espalda. Di un respingo tan brusco que estuve a punto de gritar.

Me giré de golpe y allí estaba Daziel. Prácticamente desnudo. Tenía el pelo todavía mojado, pequeñas gotas de agua deslizándose por su pecho y sus hombros, y únicamente una sencilla prenda de lino cubriendo la parte baja de su cuerpo.

«*Madre mía...*»

Aquello era, sin ninguna duda, la imagen más sexy que había visto jamás.

Él me observó divertido.

—¿Es que ya no sabes qué hacer para verme desnudo?

Noté cómo el calor me subía inmediatamente a las mejillas.

—Perdona... No era mi intención.

Me di la vuelta enseguida.

—Ya me iba.

—No es necesario.

Su voz sonó tranquila.

—No hay nada que no hayas visto ya.

Permanecí de espaldas.

—Y, además, empiezo a pensar que te gusta mirarme.

Resoplé.

Me giré lentamente hasta quedar de nuevo frente a él.

—¡Claro que no!

Lo miré con todo el descaro del que fui capaz.

—No te creas tan importante.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Vamos... Tu mirada no miente.

Negué con firmeza.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí?

Comenzó a caminar hacia mí despacio, sin apartar los ojos de los míos.

—Estás sonrojada.

Se detuvo a apenas un paso de distancia.

—Admítelo de una vez. —Su voz descendió hasta convertirse en un susurro—. No te soy indiferente.

Levanté la barbilla para sostenerle la mirada.

—Daziel MacKay... eres un creído.

Él sonrió todavía más.

—¿Jamás te fijarías en alguien como yo?

—Jamás.

—¿Estás segura?

Acortó la escasa distancia que todavía nos separaba.

Sentí el calor de su cuerpo envolviéndome y, por un instante, fui incapaz de moverme.

Levantó una mano lentamente y deslizó los dedos entre uno de mis rizos, apartándolo con infinita suavidad. Después se inclinó hasta quedar muy cerca de mi oído.

—Estás preciosa.

Aquellas dos palabras hicieron que un escalofrío recorriera toda mi espalda.

Sin dejar de mirarme, volvió a incorporarse muy despacio. Sus ojos descendieron hasta mi boca. Después los míos hicieron exactamente el mismo recorrido. Mi respiración comenzó a acelerarse.

Se inclinó un poco más. Y un segundo después sus labios rozaron los míos con una suavidad exasperante.

Creía que iba a acobardarme. Qué poco me conocía.

Sostuve su mirada sin pestañear. Esperé, y cuando comprendí que iba a besarme de verdad, fui yo quien dio un pequeño paso hacia atrás.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—No, Daziel —negué despacio—. Lo que pasa es que eres tú quien no puede dejar de mirarme. De provocarme.

Vi cómo una de sus cejas se arqueaba.

—Y yo... —Lo señalé con un dedo—. Yo no tengo ningún interés en ti.

Me di media vuelta antes de que pudiera responder y salí de la habitación con paso apresurado. Solo cuando la puerta quedó cerrada tras de mí apoyé una mano sobre el pecho. Mi corazón golpeaba con tanta fuerza que parecía dispuesto a salirse de él. Solté el aire muy despacio mientras intentaba recuperar la respiración.

Tenía que reconocerlo. Aquel hombre sabía perfectamente cómo alterar a una mujer. Pero antes moriría que darle la satisfacción de admitirlo.

Salí de allí prácticamente huyendo. Necesitaba aire, alejarme de Daziel. Y, sobre todo, necesitaba convencer a mi cabeza de que acababa de perder completamente el juicio.

Atravesé varios pasillos sin fijarme siquiera por dónde iba hasta encontrar una puerta que daba al exterior. En cuanto la abrí, una agradable brisa me golpeó el rostro y respiré profundamente. El aire olía a bosque, a tierra húmeda y a leña. Cerré los ojos durante unos segundos, dejando que el viento enfriara el calor que seguía subiéndome por las mejillas.

No sirvió de nada.

Todavía podía sentir sus labios rozando los míos. Había sido apenas un roce. Tan suave que casi podría convencerme de que lo había imaginado. Y, sin embargo, era incapaz de pensar en otra cosa.

Me apoyé sobre el pretil de piedra de la muralla y contemplé las montañas mientras mi mente, completamente traidora, comenzaba a imaginar escenarios que no tenían ningún derecho a existir.

«¿Cómo sería besarlos de verdad? ¿Sentir sus dedos acariciando mi piel? ¿Y estar entre sus brazos... en su cama?».

Abrió los ojos de golpe.

—¡Joder!

Me llevé una mano a la frente.

—Estoy aquí, perdida en mitad de... no sé ni de qué siglo, y lo único en lo que puedo pensar es en acostarme con él.

Negué lentamente con la cabeza.

—¿Es que mi mente está enferma?

Resoplé.

No. Aquello no tenía ningún sentido.

Daziel era un hombre arrogante, insoportablemente seguro de sí mismo y con un ego del tamaño de aquellas montañas. Y, para colmo, parecía completamente convencido de que cualquier mujer podría caer a sus pies.

«Pues conmigo lo lleva claro.»

Aunque una parte de mí, muy pequeña y bastante molesta, acababa de recordarme que casi me había quedado esperando a que me besara.

Bufé.

—Patética. Eres patética.

Traté de pensar en otras cosas y entonces todas aquellas ideas desaparecieron de mi mente casi tan rápido como habían llegado. Mi sonrisa se desvaneció al pensar en casa.

¿Me estarían buscando? Sentí un nudo en el estómago.

La policía seguramente ya habría encontrado mi coche junto al río. Quizá también alguna de mis pertenencias. Lo más lógico sería que pensarán que me había ahogado, o incluso que me había suicidado exactamente igual que ocurrió con Rose. Solo imaginar a los agentes cerrando mi desaparición de la misma manera que habían cerrado la suya hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo. Tragué saliva con dificultad.

En mi puesto de trabajo no tardarían en darse cuenta de mi ausencia. Trabajaba como administrativa en una de las universidades más importantes de Londres y rara vez faltaba sin avisar. Cuando no

apareciera aquella mañana, llamarían a mi móvil. Después a casa. Y nadie respondería.

La idea me hizo sentir un vacío insoportable.

No tenía padres. Nunca los había tenido.

Había crecido en un orfanato sin saber quiénes eran ni por qué me habían abandonado. Cuando cumplí diez años me trasladaron a una casa de acogida junto a otros niños y allí permanecí hasta alcanzar la mayoría de edad. Aquel lugar me dio un techo, comida y educación, pero nunca consiguió convertirse en un hogar.

Eso llegó mucho después.

Conocí a Rose por pura casualidad.

Una tarde lluviosa, al salir del metro, una ráfaga de viento le arrebató todos los apuntes que llevaba en las manos. Las hojas comenzaron a volar por media acera y las dos terminamos corriendo detrás de ellas bajo un chaparrón que nos dejó completamente empapadas. Cuando conseguimos recoger la última, acabamos riéndonos en mitad de la calle como dos completas desconocidas.

Aquella misma tarde entramos en una cafetería para secarnos y tomar algo caliente. Nunca imaginé que aquella conversación improvisada acabaría cambiándome la vida. Desde entonces nos volvimos inseparables.

Rose tenía esa extraña facilidad para hacer sentir importante a cualquiera que se cruzara en su camino. Era imposible no quererla. Y, poco a poco, su familia terminó convirtiéndose también en la mía.

Su madre me abrió las puertas de su casa desde el primer día. Nunca me hizo sentir una invitada. Siempre decía que donde comían dos, comían tres, y acabé celebrando cumpleaños, Navidades y cualquier excusa para reunirnos alrededor de su mesa.

A su padre tuve menos tiempo para conocerlo.

Era un hombre tranquilo, con un sentido del humor extraordinario y una paciencia infinita. Falleció pocos años después, víctima de un cáncer que se lo llevó demasiado deprisa.

Recuerdo el día del funeral.

La madre de Rose me abrazó con tanta fuerza como a su propia hija. Y, sin decirlo nunca en voz alta, las dos supimos que,

desde aquel momento, también era un poco mi madre.

Pensar en ella hizo que el pecho volviera a encogerseme. ¿Cómo estaría? Había perdido primero a su marido. Después a Rose. Y ahora... Ahora también me perdería a mí.

Noté cómo las lágrimas amenazaban con regresar. No. No podía permitírmelo otra vez. Inspiré profundamente varias veces hasta recuperar un poco la calma.

—Chloe.

La voz de Màiri me hizo volver al presente.

Me giré.

La muchacha se acercaba por el camino de ronda con una sonrisa amable.

—Llevo un rato buscándola.

Me limpié rápidamente los ojos para que no notara que había estado llorando.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene que disculparse.

Se detuvo a mi lado.

—La cena ya está preparada. Nuestro señor ha ordenado que cene con él en el gran salón.

Respiré hondo.

No tenía el menor deseo de volver a encontrarme con Daziel.

Precisamente por eso sabía que era inevitable.

Màiri sonrió y me tendió la mano para indicarme el camino.

—Venga. Será mejor que no lo hagamos esperar.

Capítulo 9

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

El gran salón permanecía prácticamente vacío.

La larga mesa ya estaba preparada para la cena. Varias velas iluminaban la estancia con una luz cálida que se mezclaba con el resplandor anaranjado de la enorme chimenea situada al fondo. El fuego crepitaba con fuerza, alejando el frío que se colaba desde el exterior a través de los gruesos muros de piedra.

Esperaba de pie, junto al hogar.

En una mano sostenía un vaso de *whisky*. En la otra, el peso de demasiadas preocupaciones.

Di un pequeño sorbo mientras contemplaba las llamas y justo en ese instante se abrió la puerta del salón con suavidad.

Levanté la vista y allí estaba Chloe.

Entró despacio, todavía algo insegura, con el vestido verde que Màiri había escogido para ella. El color hacía resaltar todavía más el intenso rojo de su cabello, que caía suelto sobre los hombros formando grandes rizos. Por un instante olvidé todo cuanto ocupaba mi cabeza.

Era una mujer extraordinariamente hermosa.

Demasiado.

Había algo en ella que costaba explicar. No era únicamente su belleza. Era la manera en que caminaba, la forma en que observaba todo cuanto la rodeaba o aquel brillo color miel de sus ojos cuando discutía conmigo.

Era... tentadora.

Pero aquella noche había algo diferente. Su sonrisa había desaparecido. Y no hizo falta observarla demasiado para comprender el motivo. Había llorado. Sus ojos seguían ligeramente enrojecidos y el cansancio parecía pesar sobre sus hombros mucho más que unas horas antes.

Aquello me produjo una desagradable punzada en el pecho. No estaba preparada para vivir algo así. Nadie lo estaba.

Dejé el vaso sobre una mesa auxiliar y me acerqué unos pasos.

—Buenas noches.

Ella respondió con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches.

Los dos ocupamos nuestros asientos mientras los sirvientes comenzaban a servir la cena. Nadie pronunció una sola palabra. Solo se escuchaba el sonido de los platos al colocarse sobre la mesa y el crepitar constante de la leña ardiendo en la chimenea.

Esperé a que terminaran.

Cuando el último de ellos retrocedió hasta la puerta, levanté la vista.

—Dejadnos solos.

Todos inclinaron la cabeza al mismo tiempo.

—Sí, mi señor.

La puerta se cerró lentamente tras ellos.

Solo entonces volví a mirarla.

—¿Estás bien?

Chloe bajó la vista hacia el plato.

—Lo estoy.

Mentía. Lo hacía francamente mal.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa.

—Vamos, Chloe... conmigo puedes ser sincera.

Guardó silencio durante unos segundos.

Podía verla debatirse entre seguir fingiendo o dejar caer aquella máscara que llevaba intentando mantener desde que llegó.

Al final suspiró.

—Es que... me siento perdida —su voz apenas fue un susurro—. No sé qué hago aquí.

Levantó lentamente la vista. Había lágrimas contenidas en sus ojos.

—No sé si todo esto es un sueño del que terminaré despertando en cualquier momento... o si realmente estoy aquí.

Noté cómo se le quebraba la voz.

—Tengo tantas preguntas... —Bajó nuevamente la mirada—. Necesito volver a casa. Y ni siquiera sé si eso es posible.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. Porque conocía exactamente aquella mirada. La misma desesperación. La misma incertidumbre.

Respiré profundamente antes de hablar.

—Verás... todo esto es muy difícil de explicar.

Ella permaneció completamente inmóvil.

—Y probablemente no me creerías aunque intentara hacerlo.

Esperé un instante.

—Pero conozco a alguien que también viajó en el tiempo.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Qué?

Asentí.

—Es verdad.

Permaneció varios segundos sin decir absolutamente nada.

—¿Dónde está? —Su voz sonó llena de esperanza—. Quiero hablar con esa persona.

No pude evitar sonreír. Era exactamente la misma reacción que habría tenido cualquiera.

—Le he enviado una misiva. Vendrá en cuanto la reciba.

Se inclinó un poco sobre la mesa.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Algo más de un año.

El tenedor resbaló de entre sus dedos y cayó sobre el plato.

—¿Qué?

Negué despacio.

Sabía perfectamente lo que aquella respuesta significaba para ella.

—¿Lleva aquí más de un año?

—Sí.

Su rostro perdió el poco color que le quedaba.

—¿Y... no ha podido volver?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros.

Guardé silencio unos segundos.

—Digamos que tuvo una oportunidad.

Chloe contuvo la respiración.

—¿Y?

—No funcionó.

Vi cómo la esperanza desaparecía poco a poco de sus ojos.

—¿Por qué?

Negué con suavidad.

—Preferiría que fuera ella quien te lo explicara.

—¿Ella?

Asentí.

—Sí.

Chloe permaneció unos segundos en silencio antes de volver a preguntar.

—¿Cómo se llama?

Justo en ese instante alguien llamó con fuerza a la puerta.

Tres golpes secos.

Fruncí el ceño.

—Adelante.

La puerta se abrió inmediatamente.

Munro entró con paso rápido. Su expresión bastó para hacerme comprender que ocurría algo grave.

—Mi señor.

Se detuvo frente a la mesa.

—Hemos tenido un problema en las inmediaciones de la fortaleza.

Me puse en pie.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nuestros hombres han capturado a un desconocido espiando las patrullas del lado norte.

Mi mandíbula se tensó.

—¿Ha dicho quién es?

—No.

Munro negó con la cabeza.

—Pero llevaba un cuchillo oculto y trató de huir cuando intentamos detenerlo.

Intercambié una rápida mirada con Chloe.

Después volví a mirar a Munro.

—Voy enseguida.

Él asintió y salió del salón tan deprisa como había entrado.

Me volví hacia Chloe. La frustración era evidente en su rostro.

—No puedes dejarme así —su voz sonó casi suplicante—. Necesito saber quién es esa mujer.

Sentí una punzada de culpa.

—Lo sé. —Me acerqué hasta ella—. Y te prometo que te lo contaré todo. Sin ocultarte nada. Pero ahora mismo hay hombres que dependen de mí.

Esperé a que sostuviera mi mirada.

—Cuando regrese hablaremos con calma.

Permaneció en silencio unos segundos. Finalmente asintió con resignación.

—Está bien.

Respiré aliviado.

Sin añadir una palabra más, abandoné el gran salón.

Aunque, mientras recorría el pasillo tras Munro, no pude quitarme de la cabeza la imagen de Chloe quedándose sola una vez

más intentando comprender un mundo al que nunca había pedido pertenecer.



El patio de armas estaba completamente en silencio cuando crucé las puertas de la fortaleza. Los hombres habían interrumpido el entrenamiento y formaban un amplio círculo alrededor del prisionero. Nadie hablaba. Nadie se movía. Únicamente se escuchaba el resoplar de los caballos en los establos y el chocar metálico de alguna espada contra una armadura al cambiar de postura.

El espía permanecía de rodillas sobre el barro, con las manos atadas a la espalda y el rostro cubierto de sangre seca. A juzgar por los golpes que presentaba en la cara, no había facilitado precisamente su captura. Aun así, cuando levantó la cabeza y me vio acercarme, todavía conservaba una expresión desafiante.

Munro caminó a mi lado.

—Intentó escapar hacia el bosque cuando descubrió a nuestros exploradores. Hirió a uno de los hombres antes de que consiguieran reducirlo.

Desvié la mirada hacia el guerrero herido. Tenía un corte profundo en el antebrazo, aunque parecía más molesto que preocupado.

Volví a fijarme en el prisionero. Era más joven de lo que había imaginado; apenas tendría unos treinta años. Permanecía de rodillas sobre el barro, con las manos atadas a la espalda y el rostro cubierto de sangre seca. Me detuve frente a él sin pronunciar una sola palabra. Me limité a sostenerle la mirada. Los segundos comenzaron a transcurrir lentamente, hasta que el silencio terminó por hacerse

incómodo para todos los presentes. Él, sin embargo, no bajó los ojos. Continuó observándome con una mezcla de orgullo y desafío que rozaba la insensatez.

Sonreí apenas.

—¿Cómo te llamas?

No respondió.

—Te he hecho una pregunta.

El hombre escupió al suelo, a escasos centímetros de mis botas.

Varios de mis guerreros reaccionaron al instante y dieron un paso al frente, dispuestos a hacer pagar aquella insolencia. Bastó con que levantara una mano para que todos se detuvieran en seco. Nadie volvió a moverse. Aquel hombre era mi prisionero y su interrogatorio me pertenecía únicamente a mí.

—Supongo que pretendes parecer valiente.

El prisionero sonrió con desprecio.

—No tengo nada que decirte.

Asentí despacio.

—Eso ya lo veremos.

Comencé a caminar lentamente alrededor de él con las manos cruzadas a la espalda.

No tenía prisa. Quería que sintiera el peso de cada segundo.

—Has cruzado mis fronteras armado.

No respondió.

—Has estado observando las patrullas y contabilizado a mis hombres.

Continué caminando.

—Y has intentado huir cuando te descubrieron.

Me detuve de nuevo frente a él.

—Eso, en mis tierras, tiene un único castigo.

El hombre levantó la cabeza.

—Mátame.

Aquellas dos palabras provocaron un murmullo entre los soldados. Yo permanecí completamente impasible.

—¿Crees que la muerte es lo peor que puede ocurrirte?

Su expresión cambió apenas un instante. Pero lo suficiente.

Me giré hacia Munro.

—¿Dónde está Robert?

Munro comprendió inmediatamente a quién me refería.

—En la herrería, mi señor.

Asentí despacio.

—Ve a buscarlo.

El espía frunció el ceño.

—¿Quién es Robert?

Lo miré.

—El hombre que disfruta arrancando información... dedo a dedo.

El color abandonó lentamente su rostro.

No aparté los ojos de él.

—Empieza siempre por las uñas. —Hice una breve pausa—. Dice que así los hombres hablan antes.

El silencio volvió a adueñarse del patio. Nadie sonreía. Nadie hacía el menor gesto. Hasta el viento parecía haberse detenido.

Munro dio un paso para marcharse.

—¡Espera!

La voz del prisionero sonó mucho menos firme que antes.

Mi segundo se detuvo.

Yo también.

—Habla.

El hombre respiraba con dificultad.

Miraba alternativamente a Munro y a mí como si intentara adivinar cuál de los dos mentía.

—No... no hace falta llamar a nadie.

Esperé.

—Me envía Albort Ross.

Ninguno de mis hombres reaccionó. Pero pude sentir cómo toda la atención del patio se concentraba sobre nosotros.

—Continúa.

El espía tragó saliva.

—Está reuniendo un ejército.

—¿Cuántos hombres?

—No lo sé.

Mi expresión no cambió.

—Piénsatelo antes de responder.

—¡Es la verdad!

Respiraba cada vez más deprisa.

—Nunca reúne a todos en el mismo lugar. Los divide. Cambia continuamente de campamento para que nadie pueda seguirle el rastro.

Aquello tenía sentido. Albort siempre había sido más inteligente de lo que muchos le atribuían.

—¿Y qué pretende?

—Quiere recuperar lo que es suyo.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire.

Ninguno de los presentes necesitaba preguntar a qué se refería. Todos sabíamos cuál era el verdadero objetivo de Albort Ross. No ansiaba riquezas ni venganza únicamente; quería recuperar Kinlochewe, la fortaleza y cada palmo de tierra que el rey había puesto bajo el dominio de los MacKay. Aquello seguía ardiendo en su orgullo como una herida abierta. Di un paso hacia el prisionero y él levantó lentamente la vista para sostenerme la mirada una vez más.

—Escúchame bien.

Mi voz sonó baja. Tan baja que todos guardaron silencio para escucharla.

—Regresarás con vida junto a él y le llevarás un mensaje.

Vi cómo contenía la respiración y me incliné ligeramente hacia él.

—Le dirás que esta vez no cometeré el error de dejarlo escapar. Y que cuando lo atrape... lo haré sufrir. Su muerte será horrible.

Me incorporé de nuevo.

—Soltadlo.

Dos guerreros lo levantaron bruscamente del suelo y lo empujaron en dirección al portón principal.

El hombre se volteó para mirarme con verdadero terror en el rostro.

—¡Corre! Lárgate antes de que me arrepienta.

Capítulo 10

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Terminé de cenar sola.

Al principio pensé que Daziel regresaría en cualquier momento. Había dejado claro que aquella conversación no había terminado y, después de soltar semejante revelación, lo mínimo que podía hacer era volver para explicarme el resto. Sin embargo, los minutos fueron pasando y nadie apareció por la puerta del gran salón. Los sirvientes entraron un par de veces para retirar los platos y añadir leña a la chimenea, pero de aquel enorme escocés que acababa de poner mi mundo todavía más patas arriba no hubo ni rastro.

Esperé bastante más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Incluso cuando terminé de comer permanecí sentada frente a la mesa, mirando de vez en cuando hacia la puerta cada vez que escuchaba pasos al otro lado. Siempre resultaba ser algún criado o un guerrero atravesando el pasillo. Al final comprendí que, fuera cual

fuese el problema que había obligado a Daziel a marcharse con tanta urgencia, debía de haberlo entretenido más de lo esperado.

Regresé a mi habitación acompañada únicamente por mis pensamientos, que en aquel momento eran probablemente la peor compañía posible. Desde que Daziel había pronunciado aquellas palabras no podía pensar en otra cosa.

Había otra mujer como yo.

Una mujer que también había viajado en el tiempo.

Incluso pensarlo conseguía acelerarme el corazón. Hasta hacía unas horas me había aferrado desesperadamente a la posibilidad de que todo aquello fuera producto de un golpe en la cabeza, una alucinación especialmente elaborada o cualquier otra explicación que no implicara aceptar que había aparecido en la Escocia de 1469. Sin embargo, Daziel conocía a alguien que había vivido exactamente lo mismo. Alguien que llevaba allí más de un año y que, según había dicho, incluso había tenido una oportunidad de regresar.

Aquello último era lo que más vueltas daba en mi cabeza.

Una oportunidad.

¿Qué significaba exactamente?

¿Había encontrado una forma de viajar entre épocas? ¿Había intentado regresar y algo había salido mal? ¿Seguía existiendo alguna posibilidad de hacerlo?

Necesitaba saberlo.

Necesitaba hablar con aquella mujer cuanto antes.

Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. El fuego de la chimenea todavía permanecía encendido y alguien había dejado varias velas sobre la mesa y junto a la cama. Durante unos segundos permanecí allí, observando aquella estancia que apenas unas horas antes me había parecido sacada de una película y que ahora debía empezar a aceptar como mi realidad, al menos de momento.

Me acerqué al arcón y encontré el camisón que Màiri había preparado para mí. Me quité el vestido con bastante menos dificultad de la que había tenido para ponérmelo y lo dejé cuidadosamente sobre una silla. Después me puse el camisón de

lino, que me llegaba casi hasta los tobillos y era tan amplio que probablemente podrían haber metido dentro a otra Chloe sin demasiados problemas.

Me metí en la cama y tiré de las mantas hasta cubrirme.

Cerré los ojos e intenté obligarme a dormir, pero apenas unos segundos después tuve que volver a abrirlos. Me giré hacia un lado, luego hacia el otro, buscando una postura que calmara el torbellino de pensamientos que no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. Al final terminé tumbada boca arriba, observando las viejas vigas de madera del techo mientras soltaba un largo suspiro. Era inútil. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi mente seguía demasiado despierta para concederme un solo instante de paz.

¿Cómo demonios pretendía dormir después de lo que acababa de descubrir?

La posibilidad de levantarme e ir a buscar a Daziel comenzó a parecerme cada vez menos descabellada. No sabía dónde estaba su habitación, pero aquella fortaleza tampoco podía ser tan grande. Bueno, sí. Era enorme. Pero alguien podría indicármelo.

Entonces imaginé la situación.

Yo, en camisón, recorriendo los pasillos de una fortaleza medieval en plena noche preguntando a los guardias dónde dormía su señor.

Fantástico.

Seguro que no daba lugar a ninguna interpretación equivocada.

—¿Sería muy indecoroso presentarme en la habitación de Daziel a estas horas? —murmuré para mí misma.

Probablemente sí.

Muchísimo.

Además, ni siquiera sabía si habría regresado. Quizá aquel asunto urgente todavía lo mantenía ocupado o, si ya había terminado, podía haberse acostado. Pensé que vendría él mismo a buscarme para continuar la conversación, pero estaba claro que sus obligaciones eran más importantes que satisfacer mi curiosidad.

Aunque aquello no era curiosidad.

Era mi vida.

Mi futuro.

O mi pasado.

Resoplé y hundí la cabeza en la almohada.

—Esto de viajar en el tiempo es una auténtica mierda.

Por alguna razón, decirlo en voz alta consiguió hacerme sentir un poco mejor.

Volví a cerrar los ojos y traté de dejar la mente en blanco. No funcionó al principio. Las preguntas continuaron apareciendo una detrás de otra, mezclándose con imágenes del río, de mi hogar y de aquella misteriosa mujer a la que Daziel había escrito.

Pero el cuerpo terminó imponiéndose a la cabeza.

Habían sido demasiadas emociones para un solo día y el cansancio comenzó a pesar sobre mis párpados hasta que los pensamientos se hicieron más lentos, más confusos y finalmente desaparecieron.

Sin darme cuenta, terminé quedándome dormida.



Un sonido me despertó en mitad de la noche.

Abrí los ojos despacio, todavía atrapada entre el sueño y la realidad, y durante unos segundos no supe dónde estaba. La habitación permanecía sumida en la oscuridad, salvo por el débil resplandor de las brasas que aún sobrevivían en la chimenea. Me incorporé ligeramente sobre la almohada y entonces escuché cómo la puerta se abría con cuidado.

Una luz cálida apareció en la estancia.

Daziel entró sosteniendo un candil en una mano.

Mi corazón comenzó a latir con más fuerza en cuanto lo reconocí. Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia la cama sin decir

nada, mientras la luz del candil proyectaba sombras sobre su rostro.

—Daziel...

Él se detuvo junto a mí.

—Pensé que vendrías —murmuré—. Te estaba esperando.

Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—Estoy aquí.

Dejó el candil sobre la pequeña mesa junto a la cama y se sentó a mi lado. El colchón cedió ligeramente bajo su peso y yo me incorporé un poco más, sintiendo cómo desaparecía de golpe cualquier rastro de sueño.

—¿Para contarme lo que dejamos a medias?

Daziel negó despacio.

—No.

Se inclinó hacia mí.

La cercanía hizo que mi respiración se acelerara. Su rostro quedó a escasos centímetros del mío y pude sentir el calor de su aliento sobre mis labios.

—Entonces... ¿qué haces?

Sus ojos azules descendieron hasta mi boca.

—Lo que sé que ambos deseamos.

No me dio tiempo a responder.

Me besó.

Y aquella vez no hubo provocaciones ni un simple roce destinado a ponerme nerviosa. Su boca se apoderó de la mía con una pasión que me hizo olvidar dónde estaba, en qué siglo había despertado y todas las razones por las que aquello era una pésima idea. Cerré los ojos y le devolví el beso mientras mis manos buscaban su cabello casi por instinto.

Era incluso mejor de lo que había imaginado.

Muchísimo mejor.

—Oh, Daziel... —murmuré contra sus labios, enredando los dedos entre su cabello—. No dejes de besarme.

Él obedeció.

Volvió a besarme mientras una de sus manos se apoyaba junto a mi cuerpo y yo me acercaba todavía más, incapaz de pensar

en otra cosa que no fuera aquella boca que llevaba demasiado tiempo imaginando.

Cuando finalmente se apartó, tuve que contener una protesta.

Daziel se puso en pie junto a la cama y comenzó a desvestirse. Lo observé sin el menor disimulo.

La camisa cayó primero. Después el resto.

Abrí mucho los ojos.

—Dios... ¡qué bueno estás!

Él soltó aquella risa grave que empezaba a convertirse en uno de mis sonidos favoritos.

Se acercó de nuevo y yo alargué la mano sin pensarlo, deslizando los dedos por su abdomen. Sus músculos se tensaron bajo mi contacto y levanté la mirada hacia él.

—¿Vas a seguir contemplándome toda la noche? —preguntó divertido.

—Estoy valorando mis opciones.

—¿Y qué has decidido?

Sonreí.

—Todavía necesito un poco más de tiempo.

Daziel se inclinó para tumbarse junto a mí, y mi corazón se aceleró ante la certeza de lo que estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, justo entonces, un sonido profundo y lejano atravesó la habitación. Fruncí el ceño, desconcertada, intentando averiguar de dónde procedía aquel ruido que se parecía demasiado al toque de un cuerno. Un instante después abrí los ojos de golpe y descubrí que Daziel ya no estaba allí.

Me incorporé en la cama completamente desorientada mientras el corazón me golpeaba con violencia contra el pecho. Miré hacia un lado.

Vacío.

Hacia el otro.

También vacío.

—¿Qué...?

Volví a escuchar el cuerno en el exterior.

La habitación estaba iluminada por la claridad grisácea del amanecer que entraba a través de la ventana. No había ningún candil encendido sobre la mesita. Tampoco había ropa de Daziel tirada por el suelo.

Me llevé ambas manos a la cara.

Había sido un sueño.

Un maldito sueño.

—Oh, Dios mío...

Estaba acalorada. Incluso podía notar una fina capa de sudor sobre mi piel y el cabello pegado ligeramente a la nuca.

Todo había parecido tan real que durante unos segundos todavía pude sentir sus labios sobre los míos, escuchar su voz junto a mi oído y recordar cada detalle de su cuerpo como si realmente hubiera estado allí. Me dejé caer de nuevo sobre la almohada y me cubrí el rostro con las manos, completamente avergonzada por lo que acababa de soñar. Pero lo peor no era haber tenido aquel sueño, sino reconocer que, si aquel maldito cuerno no me hubiera despertado, habría estado encantada de descubrir hasta dónde pensaba llevarme mi imaginación.

La puerta se abrió de repente.

—¡Chloe!

Solté un pequeño grito y tiré de las mantas hasta la barbilla.

Màiri entró acompañada por otras dos muchachas, todas ellas considerablemente más despiertas que yo.

—¡El rey ha llegado!

Parpadeé.

—¿Qué rey?

Màiri ya estaba colocando sobre la cama un precioso vestido de color granate.

—¡El rey de Escocia!

Me hundí debajo de las mantas.

Perfecto.

Acababa de despertarme de un sueño en el que prácticamente me lanzaba sobre Daziel MacKay y ahora tenía que conocer a un rey medieval.

Mi vida mejoraba por momentos.

—Vamos —insistió Màiri mientras intentaba retirar las mantas—. Debe levantarse. Todos estarán en el gran salón para recibirlo.

—Dame un poco más de tiempo.

—No tenemos más tiempo.

—Solo un rato, por favor.

—Chloe.

Saqué únicamente la cabeza.

—He tenido una noche complicada.

Las tres muchachas me miraron sin comprender.

Mejor.

No pensaba explicarles exactamente cuánto.

Finalmente conseguí salir de la cama y permití que comenzaran a prepararme. Màiri me ayudó a ponerme la camisa de lino y después el vestido granate que había llevado consigo. Era más elegante que el del día anterior, ceñido en el torso y con una falda larga que caía en pesados pliegues hasta el suelo. Una de las muchachas se encargó de mi cabello, recogiendo parte de mis rizos mientras dejaba el resto caer por mi espalda.

Todo el tiempo intenté concentrarme en cualquier cosa que no fuera Daziel.

No funcionó.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a sentir su boca sobre la mía.

«Estupendo, Chloe. Ahora intenta mirarlo a la cara sin recordar que acabas de soñarlo desnudo».

Cuando terminaron, Màiri me observó satisfecha.

—Está preciosa.

—Gracias.

Aunque mi dignidad seguía escondida debajo de las mantas.

Salimos de la habitación y comenzamos a descender hacia el gran salón. La fortaleza estaba mucho más agitada que el día anterior. Criados corrían de un lado para otro, los guerreros ocupaban sus puestos y el sonido de voces y pasos llenaba los corredores.

Conforme nos acercábamos al salón, empecé a escuchar a numerosas personas reunidas en su interior.

Respiré profundamente.

Iba a conocer al rey de Escocia. Y también iba a encontrarme con Daziel. No sabía cuál de las dos cosas me ponía más nerviosa en aquel momento.

Capítulo 11

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

El rey no esperó a que nadie anunciara su llegada.

En cuanto desmontó del caballo, entregó las riendas a uno de sus hombres y caminó directamente hacia mí. Apenas me dio tiempo a inclinar la cabeza en señal de respeto cuando me dio una palmada en el hombro.

—Daziel.

—Majestad.

No hubo ceremonias.

Nunca las había habido entre nosotros.

El rey era un hombre práctico y detestaba perder el tiempo con formalidades innecesarias.

Su capitán de la Guardia Real caminaba unos pasos por detrás mientras varios nobles intentaban seguirle el ritmo.

—Hablemos en tu despacho.

No esperó mi respuesta.

Simplemente echó a andar hacia el interior de la fortaleza.

Lo seguí en silencio.

Solo cuando la puerta del despacho quedó cerrada tras nosotros, el rey se volvió hacia mí.

No perdió el tiempo.

—¿Es cierto que capturasteis a un espía de Albort Ross?

—Así es, majestad.

—¿Y también es cierto que sigue con vida?

—Sí.

El rey frunció el ceño.

—¿Es que has perdido la cabeza?

No respondí inmediatamente.

Esperé. Sabía que aún no había terminado.

—Maldito muchacho..., ¿Desde cuándo se deja marchar con vida a un espía?

Respiré despacio.

—No he perdido la cabeza, señor.

—Pues explícamelo.

—Un espía muerto no sirve de nada.

El rey cruzó los brazos.

—Continúa.

—Quería que regresara junto a Albort Ross.

Vi cómo una de sus cejas se arqueaba.

—¿Para qué?

—Para llevarle un mensaje.

El despacho quedó completamente en silencio.

—¿Qué mensaje?

Sostuve su mirada.

—Que si vuelve a poner un pie en estas tierras... —Hice una breve pausa—... morirá. Quería que sintiese la presión. Que no se olvide de que quien lo busca y lo acabará aniquilando somos nosotros y no al revés.

Durante unos segundos el rey permaneció completamente inmóvil.

Después soltó una sonora carcajada.

—Pensaba que habías perdido el juicio. —Negó divertido—. Pero resulta que solo estabas pensando más deprisa que el resto.

No pude evitar sonreír.

El rey dio un par de pasos por la estancia.

—Has demostrado algo durante estos meses, Daziel. Has demostrado tu lealtad.

Se giró hacia mí.

—Y también que sabes gobernar.

Mi expresión no cambió.

—Gracias, majestad.

—Por eso he tomado una decisión.

Se acercó despacio.

—Desde hoy serás el señor de Kinlochewe.

Por un instante pensé que había escuchado mal.

—Majestad...

—No.

Levantó una mano.

—No intentes rechazarlo.

—Es un honor que jamás imaginé recibir.

—Y lo mereces.

Incliné la cabeza.

—Os lo agradezco profundamente.

El rey sonrió satisfecho.

—Eso no es todo.

Algo en su expresión hizo que me pusiera en guardia.

—También he concertado tu matrimonio.

Parpadeé.

—¿Cómo?

—Con la hija menor del clan Stewart.

Sentí que el estómago se me encogía.

—Es joven, hermosa y muy inteligente. Estoy convencido de que os entenderéis perfectamente. Además, esa unión fortalecerá vuestra posición en estas tierras.

Durante unos segundos fui incapaz de pronunciar una sola palabra.

No.

Eso no podía estar ocurriendo.

Yo no pensaba casarme.

Jamás.

No después de todo lo vivido.

El rey me observó divertido.

—¿Qué ocurre? No pareces precisamente emocionado.

Fue entonces cuando cometí la mayor imprudencia de mi vida.

—Majestad...

Inspiré profundamente.

—Llegáis un poco tarde.

Su sonrisa desapareció.

—¿Qué quieres decir?

—Ya estoy casado.

El silencio fue absoluto.

Incluso el capitán de la Guardia dejó de respirar durante un instante.

El rey me miró como si acabara de anunciarle que la luna había caído del cielo.

—¿Cómo dices?

—Me casé hace apenas unos días.

—¿Y no has informado a tu rey?

—Ha sido... muy precipitado.

—¿Con quién?

Aquella era la pregunta que jamás había preparado responder.

Las ideas comenzaron a atropellarse dentro de mi cabeza. Necesitaba un nombre. Y lo necesitaba inmediatamente.

—Se llama... —Tragué saliva—. Chloe.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Chloe...

El rey esperó.

Ya no había vuelta atrás.

—Chloe Finner.

Su rostro seguía reflejando la misma sorpresa.

—Fue... amor a primera vista.
Reconozco que ni yo mismo me creía aquella explicación.
—Nunca imaginé que vuestra majestad pensara concederme estas tierras ni que estuvierais buscando esposa para mí.
El rey soltó un largo suspiro y negó con la cabeza.
—Maldito muchacho...
Comenzó a pasear por el despacho.
—Menos mal que todavía no he hablado con Steward.
Respiré con alivio. Aunque ese alivio duró poco.
El rey se volvió nuevamente hacia mí.
—Deseo conocer a esa joven.
Sentí cómo toda la sangre abandonaba mi rostro.
—¿Majestad?
—Quiero saber qué clase de mujer ha conseguido robarte el corazón. —Sonrió—. Preséntamela. Ahora mismo.
Lo miré en silencio. Acababa de convertirme en señor de Kinlochewe. Y, en menos de cinco minutos... También acababa de convertir a Chloe en mi esposa delante del rey de Escocia. Sin que ella tuviera la más remota idea.



El rey salió del despacho antes de que tuviera tiempo de pensar en cómo demonios iba a solucionar lo que acababa de hacer.

Lo seguí por el corredor intentando encontrar alguna salida razonable a aquella situación, pero no la había. Había mentido al rey de Escocia. Le había asegurado que estaba casado y, no satisfecho con aquello, había puesto nombre y rostro a mi supuesta esposa.

Chloe.

De todas las mentiras que podría haber inventado, había elegido precisamente a la mujer con menos posibilidades de permanecer callada cuando descubriera lo que acababa de hacer.

Aquello iba a terminar mal.

Muy mal.

—¿Cuándo se celebró la boda? —preguntó el monarca mientras descendíamos las escaleras.

La pregunta me obligó a reaccionar.

—Hace dos días.

—¿Dos días?

—Así es.

Me lanzó una mirada por encima del hombro.

—¿Y quién ofició la ceremonia?

Maldita fuera mi suerte.

—Un sacerdote de una pequeña parroquia al sur.

—¿Cómo se llama?

—Majestad, ¿pretendéis interrogarme sobre mi matrimonio?

El rey soltó una carcajada.

—Después de ocultármelo, quizá debería hacerlo.

Sonreí como pude.

Necesitaba llegar hasta Chloe antes que él. Explicárselo. Darle unos instantes para prepararse. Suplicarle si era necesario.

No tuve esa suerte.

Cuando atravesamos las puertas del gran salón, todo el mundo estaba allí.

Guerreros, sirvientes, varios miembros de la guardia real y algunos de los hombres que habían acompañado al rey en su viaje ocupaban la estancia. Las conversaciones cesaron inmediatamente y todos se pusieron en pie ante nuestra llegada.

Y entonces la vi.

Chloe estaba junto a Màiri.

El vestido granate resaltaba su figura y hacía que su cabello pareciera todavía más rojo. Llevaba parte de aquellos interminables rizos recogidos y el resto caía por su espalda. Durante un instante se me olvidó el enorme problema que tenía entre manos.

Estaba preciosa.

Entonces sus ojos color miel encontraron los míos.

Sonrió.

Yo no.

Su sonrisa desapareció poco a poco.

Chloe me conocía desde hacía apenas unos días, pero ya había aprendido a interpretar algunas de mis expresiones. Y, por la manera en que frunció ligeramente el ceño, comprendí que acababa de darse cuenta de que ocurría algo.

El rey recorrió el salón con la mirada.

—Bien —dijo—. ¿Dónde está?

Tragué saliva.

No había vuelta atrás.

—Allí.

Señalé discretamente hacia Chloe.

El rey siguió la dirección de mi mirada.

—¿La pelirroja?

—Sí.

—Vaya. —Me miró con una sonrisa divertida—. Ahora comprendo las prisas.

Preferí no responder.

Comencé a caminar hacia ella con el rey a mi lado. Chloe nos observó acercarnos y, cuanto menor era la distancia entre nosotros, mayor parecía ser su sospecha.

Cuando llegamos, hizo una pequeña reverencia bastante torpe.

—Majestad.

Al menos Màiri le había explicado eso.

—Puedes levantarte, muchacha —respondió el rey.

Chloe se incorporó y me lanzó una mirada fugaz.

«¿Qué ocurre?»

Eso preguntaban claramente sus ojos. Intenté responderle del único modo posible; haciéndole una mueca con el rostro.

Sus cejas se juntaron todavía más.

El rey la observó con abierta curiosidad.

—Así que tú eres Chloe.

—Así es, majestad.

—Estaba ansioso por conocerte.

Los ojos de Chloe se clavaron inmediatamente en mí.

—¿A mí?

—Por supuesto.

Noté cómo comenzaba a tensarse.

Di un paso hacia ella y coloqué una mano suavemente en su cintura.

Chloe bajó la mirada hacia mi mano. Después volvió a mirarme. Sus ojos se abrieron un poco más.

Me incliné hacia ella como si fuera a besarle la mejilla y aproveché para susurrar:

—Por favor. Confía en mí.

Se quedó inmóvil.

Me incorporé antes de que pudiera decir nada y miré al rey.

—Majestad, permitidme presentaros formalmente a Chloe MacKay. Mi esposa.

El silencio que siguió fue absoluto.

Chloe dejó de respirar.

Màiri abrió la boca.

Munro, situado a varios pasos de nosotros, giró la cabeza hacia mí con tal rapidez que por poco no se rompe el cuello. Hasta algunos de mis hombres intercambiaron miradas. Pero nadie pareció más sorprendido que mi supuesta esposa.

Chloe me miró.

Después miró al rey.

Volvió a mirarme.

—¿Tu...?

Apreté ligeramente los dedos contra su cintura.

No sabía si había comprendido mi súplica o simplemente había decidido posponer mi asesinato, pero algo cambió en su expresión.

Y entonces sonrió. Fue una sonrisa preciosa. Dulce. Pero absolutamente falsa.

—Esposo —terminó ella.

Casi suspiré de alivio.

—Exactamente —respondí.

—Mi esposo —repitió Chloe, esta vez mirándome directamente a los ojos.

La sonrisa continuaba allí. También la amenaza de muerte.

—Mi queridísimo esposo.

Munro tosió.

Conocía aquella tos. El desgraciado estaba intentando no reírse.

El rey, por fortuna, no pareció percibir nada extraño.

—Daziel me ha contado que vuestro matrimonio fue bastante... repentino.

—¿Ah, sí?

Chloe volvió a mirarme.

—¿Eso os ha contado?

—Dos días —añadió el rey.

La sonrisa de Chloe se tensó.

—Dos días...

—Según vuestro esposo, no pudisteis esperar.

Aquello iba empeorando por momentos.

Chloe asintió muy lentamente.

—Así es. Fue todo muy... —Me observó— ...precipitado.

—Amor a primera vista —añadió el rey.

Esta vez Chloe no consiguió ocultar la sorpresa.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Amor a primera vista?

No me gustó nada el tono.

—Eso dije.

—Qué romántico eres, Daziel. —Ella apoyó su mano sobre mi pecho.

Durante un instante pensé que iba a empujarme.

En lugar de hacerlo, me acarició suavemente mientras sonreía al rey.

—Mi esposo puede ser tremendamente apasionado cuando se lo propone.

El rey soltó una carcajada.

Yo miré a Chloe.

Ella me dedicó la sonrisa más inocente que había visto en mi vida.

Estaba disfrutando.

La muy condenada estaba empezando a disfrutar.

—Supongo que tú sentiste lo mismo —dijo el rey.

Chloe inclinó la cabeza como si estuviera considerando seriamente la respuesta.

—Bueno... —Contuve la respiración—. Al principio pensé que era un salvaje arrogante, mandón e insoportable.

Varias personas bajaron la cabeza.

Munro directamente se giró.

—Chloe —advertí.

—Pero después descubrí todas sus demás cualidades.

El rey volvió a reír.

—Me gusta esta mujer.

—Me alegra escuchar eso, majestad —respondió Chloe.

—Creo que vas a necesitar suerte con ella, Daziel.

—Empiezo a sospecharlo.

Chloe me clavó discretamente los dedos en el costado.

Apreté la mandíbula.

—¿Ocurre algo? —preguntó el rey.

—Nada.

—Nada en absoluto —añadió ella con dulzura.

El rey pareció satisfecho. Dio un paso hacia Chloe y tomó una de sus manos con gesto solemne.

—Entonces debo darte la bienvenida a Kinlochewe, muchacha. Tu esposo acaba de recibir estas tierras de forma definitiva. Desde hoy, Daziel será su señor.

La expresión de Chloe cambió.

Aquello sí era nuevo para ella.

Me miró sorprendida.

—¿De verdad?

Asentí.

Por primera vez desde que había comenzado aquella farsa, su sonrisa pareció sincera.

—Enhorabuena.

—Gracias.

El rey soltó su mano.

—Y espero que pronto llenéis esta fortaleza de niños. Necesitamos una familia fuerte aquí.

Casi me atraganté con mi propia saliva. Chloe se quedó completamente inmóvil, y Munro volvió a toser. Esta vez demasiado fuerte.

El rey lo miró.

—¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, majestad.

Mentiroso.

Chloe levantó lentamente la vista hacia mí.

Reconocí aquel brillo en sus ojos y supe que estaba a punto de vengarse.

—Por supuesto, majestad —respondió con una dulzura sospechosa—. Estoy segura de que mi esposo pondrá todo su empeño en cumplir con esa parte de sus nuevas obligaciones.

Las carcajadas estallaron entre algunos de los hombres.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello.

Chloe sonrió satisfecha.

Me incliné hacia ella.

—Vas a pagar por eso —susurré.

—No veo por qué, esposo.

Lo dijo lo bastante alto para que el rey pudiera escucharla.

El hombre volvió a reír.

—Definitivamente me gusta.

Yo, en cambio, ya estaba intentando calcular cuánto tardaría en conseguir quedarme a solas con ella para explicarle el desastre en el que acababa de meterla.

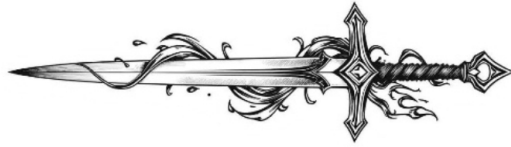
Chloe entrelazó su brazo con el mío y apoyó la cabeza fugazmente contra mi hombro, representando a la perfección el papel de esposa enamorada. Cualquiera que la viera habría creído nuestra historia. Solo yo pude escuchar lo que susurró entre dientes sin dejar de sonreír.

—Cuando ese hombre salga de esta habitación, Daziel MacKay, vas a explicarme absolutamente todo.

Tragué saliva.

—Y más te vale que la explicación sea buena.

La miré de reojo. Continuaba sonriendo como un ángel.



El rey no era hombre de permanecer mucho tiempo quieto.

Apenas había terminado de saludar a los hombres de la fortaleza cuando quiso recorrer cada rincón de Kinlochewe. Inspeccionó las murallas, preguntó por las reparaciones que todavía seguían en marcha, visitó los establos y dedicó más de un cuarto de hora a interesarse por las reservas de grano para el invierno. Caminaba deprisa y esperaba que todos siguiéramos su ritmo, de modo que la mañana transcurrió entre saludos, explicaciones y preguntas constantes.

Chloe permanecía a mi lado.

De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban y no hacía falta que dijera una sola palabra para comprender exactamente lo que estaba pensando.

Aproveché un momento en que el rey se detuvo junto a la herrería para observar el trabajo de los artesanos. El ruido de los martillos golpeando el hierro hacía casi imposible mantener una conversación a pocos pasos, así que tomé a Chloe suavemente por el brazo.

—Ven conmigo.

No opuso resistencia.

La conduje hasta la parte trasera de la herrería, donde varios carros cargados de leña ocultaban la vista del patio principal. Allí apenas llegaban el humo de la fragua y el sonido apagado de los golpes sobre el yunque.

En cuanto estuvimos solos, Chloe se cruzó de brazos.

No hizo falta que dijera nada.

Esperó.

Respiré hondo.

—Sé que estás enfadada.

Arqueó una ceja.

—¿De verdad?

Ignoré el sarcasmo.

—No tenía otra opción.

—Siempre hay otra opción.

Negué despacio.

—No cuando el rey te anuncia que ya ha elegido esposa para ti.

Vi cómo la sorpresa sustituía por un instante al enfado.

—¿Qué?

Le expliqué lo ocurrido en el despacho. Cómo el rey había decidido nombrarme señor de Kinlochewe y cómo, antes incluso de permitirme asimilar la noticia, me había comunicado que ya había decidido concertar un matrimonio con la hija de los Stewart para reforzar las alianzas entre clanes.

Chloe me escuchó sin interrumpirme.

Solo cuando terminé volvió a hablar.

—Y tu brillante idea fue decir que ya estabas casado.

Asentí.

—¿Y de todas las mujeres que existen... elegiste precisamente a la que lleva menos de dos días aquí?

—Fue lo primero que se me ocurrió.

Me observó durante unos segundos.

Después negó lentamente con la cabeza.

—No sé si sentirme halagada... o insultada.

Una sonrisa escapó de mis labios.

—Yo tampoco lo tengo claro.

Ella resopló, aunque me pareció distinguir el amago de otra sonrisa antes de que desapareciera.

—Hay un problema.

—Lo sé.

—No. Creo que todavía no lo sabes.

La miré esperando que continuara.

—¿Y si el rey me pregunta por mi familia? ¿Qué le digo? ¿Que soy administrativa en una universidad de Londres? ¿Que me crie en un orfanato? ¿Que aprendí a conducir antes que a montar a caballo?

¿Administrativa? ¿universidad? Si Chloe comenzaba a hablar de aquel modo ante el rey, todo se desmoronaría.

Tenía razón.

Aquello podía venirse abajo con una sola pregunta.

Apoyé una mano sobre uno de los carros y permanecí pensativo unos segundos.

Necesitábamos una historia. Una buena historia. Entonces pensé en algo.

Levanté la vista.

—Diremos que eres prima de Munro.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Prima?

—Sí. Nadie conoce mejor a Munro que los hombres de esta fortaleza y todos confían en él. Si alguien pregunta, mantendrá nuestra versión sin dudarlo.

La vi meditar unos instantes.

—Continúa.

—Naciste entre el clan Grant.

Ella asintió despacio.

—Tus padres murieron hace menos de un mes. Al quedarte huérfana, Munro, que era primo de tu madre, decidió hacerse cargo de ti y te trajo aquí, para vivir con él.

Sus ojos no se apartaban de los míos.

—¿Y tú?

—¿Yo me enamoré perdidamente de ti en cuanto te vi?

Ella soltó una pequeña risa.

—Vaya suerte la mía. Apenas he podido disfrutar de la vida.

—Empiezo a pensar que habría sido mejor aceptar a la prometida que me buscó el rey.

—Llegas tarde para eso.

Aquella vez ambos sonreímos.

—Repasemos la historia —dijo enseguida, recuperando la seriedad—. Soy Chloe MacKay, prima de Munro. Me crie entre los Grant. Después de perder a mis padres vine a vivir con mi primo, pues es mi única familia, y ahí fue cuando te conocí.

—Exacto.

—Y después nos casamos.

—Hace dos días.

Se llevó una mano a la frente.

—No sé cómo voy a acordarme de todo.

—Lo harás.

—¿Y si se me escapa algo?

Me encogí ligeramente de hombros.

—Improvisa.

Me miró como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿Improvisar?

—Es lo que hice yo.

—Precisamente eso es lo que más miedo me da.

Aquella respuesta consiguió arrancarme una carcajada. No recordaba la última vez que me había reído de aquella manera.

Ella terminó sonriendo también.

Y, por alguna extraña razón, aquello me alegró mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

En ese momento escuché la voz del rey llamándome desde el patio.

—¡Daziell!

Suspiré.

—Tenemos que volver —le dije.

Ella asintió.

Antes de salir de detrás de la herrería, le ofrecí el brazo.

Chloe enlazó su brazo con el mío de una forma tan natural que pensé incluso que podría acostumbrarme a aquello.

Regresamos junto al rey caminando como un matrimonio feliz.

Capítulo 12

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

El día pasó mucho más deprisa de lo que habría imaginado. Entre presentaciones, saludos, conversaciones con los hombres del rey y el esfuerzo constante por interpretar el papel de esposa perfecta de Daziel MacKay, apenas tuve un momento para detenerme a pensar en todo lo que estaba ocurriendo. Cuando por fin anunciaron la cena, sentí un alivio inmenso. Estaba agotada. Fingir una vida que no era la mía resultaba mucho más cansado que cualquier trabajo que hubiera tenido jamás.

Al menos podría sentarme un rato.

Cuando el último plato desapareció de la mesa, estaba convencida de que no podría comer nada más durante al menos una semana.

La cena había sido interminable y, para mi sorpresa, bastante más abundante de lo que esperaba encontrar en una fortaleza del

siglo XV. Habían servido carne asada, aves, panes recién horneados, verduras, quesos y varios guisos cuyo nombre desconocía, aunque eso no me había impedido probarlos todos. Después de todo, si iba a permanecer atrapada en 1469, al menos podía reconocer que la comida no estaba nada mal.

Pero lo verdaderamente agotador no había sido la cena.

Había sido fingir durante todo el día que estaba perdidamente enamorada de Daziel MacKay.

Habíamos recorrido la fortaleza del brazo, sonreído ante las bromas del rey sobre nuestro precipitado matrimonio y soportado las miradas curiosas de cuantos se cruzaban con nosotros. Incluso había tenido que improvisar algún recuerdo de mi supuesta infancia entre los Grant cuando uno de los nobles quiso interesarse por mis orígenes.

A esas alturas empezaba a creermi mi propia historia.

Estaba terminando una copa de vino cuando sentí que Daziel se inclinaba ligeramente hacia mí. Su hombro rozó el mío y su voz llegó hasta mi oído en un susurro apenas perceptible.

—Dile al rey que ya has preparado sus aposentos y que esperas que sean de su agrado.

Giré apenas la cabeza.

—¿Por qué tengo que decírselo yo?

—Porque eres la señora de la fortaleza.

«Ah, claro. También tenía ese cargo ahora. Esposa falsa. Señora falsa. Prima falsa de Munro. Menudo día».

—¿Y qué más hace la señora de la fortaleza? —susurré sin apartar la sonrisa de la cara—. Lo pregunto para ir preparándome para la próxima sorpresa.

La comisura de sus labios se elevó apenas un instante.

—Mañana te haré una lista.

—Qué considerado.

Daziel recuperó inmediatamente la compostura, como si aquella conversación nunca hubiera existido.

Respiré hondo y me dirigí al rey.

—Majestad.

El monarca levantó la vista.

—¿Sí, muchacha?

—Me han informado de que vuestros aposentos ya están preparados. Espero que encontréis cuanto necesitéis y que descanséis cómodamente esta noche.

El rey me observó unos segundos antes de dirigir una mirada divertida hacia Daziel.

Después soltó una carcajada.

—Es cierto. Ya es bastante tarde.

Dejó la copa sobre la mesa y se puso en pie.

—Y estoy convencido de que unos recién casados estarán deseando retirarse también.

Sentí cómo el calor me subía de golpe a las mejillas.

No.

Otra vez no.

Las carcajadas comenzaron a escucharse alrededor de la mesa mientras el rey negaba divertido con la cabeza.

—No tienes por qué avergonzarte, muchacha. Solo lleváis dos días casados.

Deseé con todas mis fuerzas que el suelo se abriera bajo mis pies.

Miré de reojo a Daziel. El muy traidor parecía completamente tranquilo. Incluso tuve la impresión de que estaba disfrutando de la situación.

Le clavé discretamente el codo en las costillas.

Él carraspeó.

—¿Ocurre algo? —preguntó el rey.

—Nada, majestad.

—Debe de haber comido demasiado —añadí con una sonrisa inocente.

Daziel me lanzó una mirada de advertencia.

Yo sonreí todavía más.

Eso le estaba bien empleado.

Poco después el rey se despidió de todos y abandonó el salón acompañado por el capitán de su Guardia Real y varios de sus hombres. Permanecimos de pie hasta que desapareció por el

corredor y, cuando por fin pude volver a sentarme, dejé escapar un largo suspiro de alivio.

—Por fin.

Daziel se acercó a mí.

—Nosotros también deberíamos retirarnos.

Lo miré.

—Yo desde luego pienso hacerlo.

Entonces me ofreció el brazo.

—Juntos.

Bajé la vista hacia él.

—¿Perdona?

—Somos marido y mujer, Chloe.

—De mentira.

—Ellos no lo saben.

Miré alrededor. Todavía quedaban varios guerreros conversando junto a la chimenea, algunos hombres del rey terminaban sus copas y los sirvientes comenzaban a recoger la mesa.

Todos podían vernos.

Resignada, enlacé mi brazo con el suyo.

—Esto empieza a cansarme.

—Sonríe.

—Estoy sonriendo.

—Parece que quieras asesinarme.

Lo miré de reojo.

—Porque quiero asesinarte.

—Intenta parecer un poco más enamorada mientras lo haces.

Tuve que morderme el labio para no reír.

Abandonamos el gran salón caminando con toda la tranquilidad que se esperaba de un matrimonio feliz. Solo cuando dejamos atrás el bullicio y comenzamos a subir la escalera de piedra aflojé un poco el brazo.

Fue entonces cuando comprendí que Daziel no se dirigía hacia la habitación que me habían asignado.

Fruncí el ceño.

—¿Adónde vamos?

—A nuestros aposentos.

Me detuve en seco.

—¿Nuestros?

Él siguió caminando con absoluta naturalidad.

—Daziel.

Se volvió.

—¿Sí?

—No esperarás que durmamos juntos.

Una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—No tenía pensado hacerlo.

Aquella respuesta consiguió descolocarme.

—¿Entonces?

—Si mañana descubren que el señor y la señora de la fortaleza han pasado la noche en habitaciones distintas, nuestra mentira durará exactamente un día.

Maldita lógica medieval.

Entramos en la estancia y Daziel cerró la puerta tras nosotros. Se acercó a un arcón, sacó una manta gruesa y la dejó junto a la chimenea.

—Dormiré aquí.

Lo observé unos segundos.

—¿En el suelo?

—He dormido en sitios bastante peores.

Sentí una ligera punzada de culpabilidad.

—Podrías buscar otra habitación.

Él negó con la cabeza mientras extendía la manta.

—Y correr el riesgo de que alguien me vea salir o entrar al amanecer. No merece la pena.

Me senté sobre el borde de la cama.

—Todo esto es ridículo.

—Completamente.

—Todo porque no querías casarte con una mujer que ni siquiera conocías.

Levantó la vista hacia mí.

—Exactamente.

Sonreí.

—Y ahora resulta que estás casado con otra mujer que tampoco conoces.

Guardó silencio un instante antes de responder.

—Cuando lo dices así... empiezo a pensar que mi plan tenía alguna grieta.

Solté una carcajada.

—¿Alguna?

Él sonrió mientras terminaba de preparar el improvisado lecho junto al fuego.

Después comenzó a quitarse el cinturón donde llevaba la espada.

Y, como si mi cabeza hubiera decidido declararse oficialmente en mi contra, el sueño de aquella mañana regresó de golpe.

Volví a imaginar a Daziel entrando en mi habitación, acercándose a la cama, besándome y deshaciéndose de su ropa mientras yo lo contemplaba encantada con la situación. Noté cómo el calor volvía a subir por mi cuello y aparté aquellos pensamientos de inmediato. No. Ni hablar. Ya había tenido suficiente con soñarlo una vez; no pensaba pasarme la noche recordándolo ahora que lo tenía a unos pasos de mi cama.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada.

—Te has puesto roja.

—Tengo calor.

Miró la chimenea.

—El fuego casi se ha apagado.

—Pues debo de ser yo.

Me observó con una sonrisa divertida.

—Eres una mujer muy extraña, Chloe Finner.

No respondí a aquello. Tan solo me levanté para coger el camisón que Màiri había dejado preparado sobre una silla. Entonces reparé en un pequeño detalle.

Necesitaba cambiarme.

Y Daziel seguía allí.

Me giré hacia él.

—Date la vuelta.

—¿Por qué?

—Porque voy a desnudarme.

Permaneció pensativo unos segundos.

—Por supuesto, perdóname.

Sin añadir nada más, se giró y me dio la espalda.

Lo observé un instante para asegurarme de que no hacía trampas antes de empezar a quitarme el vestido.

—Ni se te ocurra mirar.

—¿Me crees tan desesperado?

—Oh, perdona. Olvidaba que puedes tener a cualquier mujer.

Escuché su risa.

Me puse el camisón a toda prisa y me metí bajo las mantas.

—Ya puedes girarte.

Lo hizo sin decir una palabra y se acomodó junto a la chimenea.

La habitación quedó en silencio.

Un silencio extraño.

Demasiado íntimo para dos personas que apenas se conocían.

—Buenas noches, esposa.

No pude evitar sonreír.

—Buenas noches, marido.

Apagué la vela que descansaba sobre la mesita y cerré los ojos.

Dormir resultó ser otra historia.

Permanecí tumbada boca arriba durante un buen rato, intentando concentrarme en cualquier cosa que no fuera el hombre que tenía a escasos pasos de mi cama. Podía escuchar su respiración, el crujido ocasional de la leña y hasta el más mínimo movimiento que hacía sobre aquel improvisado lecho. Tener a Daziel tan cerca me ponía nerviosa de una manera que no quería analizar demasiado, especialmente después del sueño que había tenido aquella mañana. Mi imaginación ya había demostrado que no era precisamente de fiar cuando aquel hombre estaba cerca.

Me giré hacia un lado y cerré los ojos con más fuerza.

No funcionó.

Al cabo de un rato escuché cómo Daziel cambiaba de postura. Después volvió a hacerlo. Y otra vez. El roce de la manta contra el suelo de piedra se repitió tantas veces que terminé abriendo los ojos y mirando hacia la chimenea.

—¿Piensas estar toda la noche dando vueltas?

—Intento dormir.

—Pues no parece que se te dé demasiado bien.

No respondió.

Unos instantes después lo vi incorporarse. La luz anaranjada de las brasas dibujó su silueta mientras se acercaba a la chimenea y colocaba un par de troncos sobre el fuego. Las llamas cobraron fuerza casi de inmediato y él extendió las manos hacia ellas antes de regresar a su sitio.

Entonces lo comprendí.

—¿Tienes frío?

Hubo una pequeña pausa.

—Algo.

Miré las gruesas mantas que me cubrían. Yo estaba perfectamente. Incluso tenía calor. Después dirigí la vista hacia el suelo de piedra donde él llevaba quién sabía cuánto tiempo intentando dormir y sentí cierta culpabilidad. Por muchas mantas que hubiera colocado debajo, aquel suelo debía de estar helado.

—Puedes dormir aquí.

Daziel levantó la cabeza.

—¿Qué?

Me incorporé ligeramente sobre un codo.

—En la cama. Podemos dormir juntos, Daziel. Somos adultos, no va a pasar nada. Tú duermes en tu parte y yo en la mía.

—No es necesario.

Por supuesto.

Orgulloso hasta congelarse.

—Vamos. Mañana te levantarás molido y he oído que el rey quiere ir de caza. Vas a tener un día bastante movidito.

Hubo un breve silencio.

—¿Movidito?

Sonreí en la oscuridad.

—Sí.

—¿Eso se dice en tu tiempo?

—Muchísimo.

Escuché una risa grave procedente del suelo.

—Me encanta tu cháchara. Eres muy graciosa.

—Pues anda, déjate de rollos y ven aquí.

Esta vez el silencio duró algo más.

—¿De rollos?

Solté una pequeña carcajada.

—Es como decir que dejes de poner excusas, de contar historias... Ya sabes.

—No. Precisamente no lo sé.

—Pues acabas de aprender algo nuevo del futuro. Enhorabuena. Ahora levántate antes de que tenga que ir a buscarte.

—Eres bastante mandona.

—Mira quién habla.

Daziel soltó otra risa, pero finalmente escuché cómo se levantaba.

El fuego estaba ahora lo bastante avivado para permitirme verlo mientras se acercaba a la cama. Su silueta se recortaba contra la luz de las llamas y tuve que recordarme a mí misma que invitarlo había sido un gesto completamente inocente.

Absolutamente inocente.

«Claro, Chloe. Por eso estás mirando cómo se acerca como si estuviera entrando a cámara lenta».

Aparté la vista.

El colchón se hundió cuando Daziel se sentó en el otro extremo. Se acomodó con cuidado y se metió bajo las mantas procurando mantener una distancia prudencial entre los dos.

La cama, de repente, me pareció mucho más pequeña.

Permanecimos tumbados boca arriba, separados apenas por unos centímetros. No nos tocábamos, pero era perfectamente consciente de su presencia. Del calor que desprendía su cuerpo. De su respiración. Incluso del olor a humo y jabón que todavía conservaba sobre la piel.

«Somos adultos. No pasará nada».

Estupendo. Ahora solo tenía que convencer de aquello a mi corazón.

—Chloe.

—¿Qué?

—Háblame de tu tiempo.

Giré la cabeza hacia él.

Daziel continuaba mirando al techo.

—¿De mi tiempo?

—Sí. Quiero saber cómo es.

Aquello consiguió distraerme.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

Sonreí.

—Eso podría llevarnos varios años.

—Tenemos toda la noche.

Me acomodé un poco mejor sobre la almohada.

—Muy bien. ¿Por dónde empiezo?

Daziel lo pensó.

—Por esos coches de los que no dejabas de hablar cuando te encontré.

Me reí.

—Sabía que terminarías preguntando.

Intenté explicarle qué era un automóvil de la forma más sencilla posible. Le conté que eran máquinas capaces de transportar personas a grandes distancias sin necesidad de caballos y que podían recorrer en unas horas trayectos que a él le llevarían varios días.

Daziel giró la cabeza hacia mí.

—¿Sin caballos?

—Sin caballos.

—¿Y qué hace que se muevan?

Abrí la boca.

La cerré.

—Bueno... un motor.

—¿Qué es un motor?

—Una cosa que hace que el coche se mueva.

—Eso no explica nada.
—No soy mecánica, Daziel.
—¿Mecánica?

Solté una carcajada.

—Olvídalo.

Él también rio.

Continué hablándole de aviones y ahí directamente decidió que estaba inventándomelo.

—¿Pretendes que crea que cientos de personas se meten dentro de una enorme máquina de metal y vuelan por el cielo?

—Sí.

—Eso es imposible.

—Dice el hombre que tiene a una viajera del tiempo metida en su cama.

Daziel permaneció callado.

—Buen argumento —admitió finalmente.

Me reí y continué. Le hablé de los trenes, de las ciudades iluminadas durante toda la noche y de edificios tan altos que desde sus ventanas apenas podían distinguirse las personas caminando por las calles. Le expliqué que prácticamente todo el mundo llevaba un pequeño aparato consigo que permitía hablar con alguien que se encontraba al otro lado del mundo.

—El teléfono —dijo.

Lo miré sorprendida.

—Te has acordado.

—Lo repetiste suficientes veces junto al río.

—Bien. Vas aprendiendo.

—¿Y cualquiera puede tener uno?

—Prácticamente.

—¿Y puedes hablar con alguien en cualquier lugar?

—Sí. Incluso puedes verlo mientras hablas con él.

Daziel volvió lentamente la cabeza.

—Ahora sí estás mintiendo.

Me eché a reír.

—Te juro que no.

—¿Cómo puedes verlo?

—A través de una pantalla.

—¿Qué es una pantalla?

Suspiré.

—Esto va a ser una noche muy larga.

Su carcajada llenó la habitación.

Poco a poco dejé de sentirme incómoda. No sé en qué momento ocurrió, pero aquella tensión inicial fue desapareciendo mientras hablábamos. Daziel preguntaba absolutamente todo, y muchas veces explicar las cosas que para mí habían sido normales toda la vida resultaba muchísimo más difícil de lo esperado.

¿Cómo se le explicaba Internet a un hombre de 1469?

Decidí no intentarlo.

También le hablé de cosas más sencillas. De Londres, de sus calles siempre abarrotadas, de los restaurantes, de las universidades y de la música que podía escucharse en cualquier momento sin necesidad de tener músicos delante.

—Tu mundo parece ruidoso —dijo después de escucharme durante un buen rato.

Aquello me hizo pensar.

—Lo es.

—¿Lo echas de menos?

La pregunta borró lentamente mi sonrisa.

—Sí.

«*Muchísimo*».

Daziel debió de notar el cambio porque no volvió a preguntar.

Permanecimos en silencio durante unos instantes.

—Volverás —dijo finalmente.

Giré la cabeza hacia él.

—No sabes eso.

—No.

Su voz fue tranquila.

—Pero hasta que descubramos si puedes hacerlo, no estarás sola.

Sentí una presión extraña en el pecho y aparté la mirada hacia el techo.

—Gracias.

—No tienes que agradecermelo.

El cansancio comenzó a vencerme poco después. Seguimos hablando, aunque cada vez nuestras voces eran más bajas y las pausas entre una frase y otra más largas. En algún momento Daziel hizo otra pregunta que creo que llegué a contestar a medias, porque ya apenas conseguía mantener los ojos abiertos.

Lo último que recuerdo fue escuchar su risa cuando confundí dos palabras intentando explicarle qué era una televisión.

Después todo quedó en silencio.

Y aquella noche, a pesar de compartir cama con el hombre que llevaba días empeñado en poner mi vida patas arriba, me quedé dormida mucho antes de lo que habría imaginado.

Capítulo 13

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Me desperté despacio, con esa agradable sensación de calor que hace que una quiera permanecer unos instantes más entre las mantas antes de enfrentarse al mundo. Durante unos segundos no recordé dónde estaba. Después percibí una respiración tranquila junto a mi nuca, el peso de un brazo rodeándome la cintura y un cuerpo enorme pegado completamente a mi espalda.

Abrí los ojos de golpe.

Daziel.

Estaba entre los brazos de Daziel.

Me quedé absolutamente inmóvil, convencida de que iba a morir allí mismo. En algún momento de la noche, toda aquella magnífica idea de dormir cada uno en su lado de la cama había desaparecido y habíamos terminado prácticamente enredados. Su

pecho estaba contra mi espalda, uno de sus brazos me rodeaba con firmeza y su rostro descansaba tan cerca de mi cabello que podía sentir su respiración sobre mi cuello.

Y lo peor era que resultaba agradable.

Demasiado agradable.

Su cuerpo desprendía un calor maravilloso y aquel abrazo tenía algo inesperadamente reconfortante. Por un instante sentí la absurda tentación de cerrar los ojos y fingir que todavía dormía. Podía quedarme allí un poco más. Solo un momento. Nadie tenía por qué enterarse.

«Ni se te ocurra, Chloe».

Tenía que moverme antes de que despertara y descubriera la posición en la que habíamos terminado.

Con muchísimo cuidado, sujeté el brazo que me rodeaba e intenté apartarlo de mi cintura. Apenas conseguí moverlo unos centímetros cuando Daziel soltó un sonido adormilado y, para mi desgracia, hizo exactamente lo contrario de lo que necesitaba.

Me abrazó con más fuerza.

Mi espalda quedó todavía más pegada a su pecho y su cuerpo se acomodó contra el mío.

Entonces sentí algo contra mi trasero.

Me quedé petrificada.

«Señor...»

No necesitaba conocimientos de anatomía para saber qué era aquello. Y, desde luego, tampoco necesitaba comprobarlo.

Sentí cómo el calor me subía desde el pecho hasta las orejas. Si unos segundos antes había estado cómoda, ahora tenía la sensación de estar ardiendo bajo aquellas mantas.

«Es enorme».

«Descomunal».

Y estaba demasiado cerca de una parte de mi anatomía que acababa de despertarse muchísimo más deprisa que el resto de mí.

Pegué un respingo.

Aquello terminó de despertar a Daziel.

Noté cómo su cuerpo se tensaba detrás del mío y durante un instante ninguno de los dos se movió. No hizo falta decir nada. Por

la rapidez con la que retiró el brazo y se apartó de mí, supe que acababa de ser perfectamente consciente de nuestra situación.

—Disculpa. —Su voz todavía estaba ronca por el sueño—. No era mi intención.

Me incorporé y me senté en la cama intentando comportarme como una mujer adulta perfectamente capaz de afrontar aquella situación con madurez.

—Tranquilo. Estabas dormido.

Daziel también comenzó a incorporarse y entonces vi cómo su mirada descendía involuntariamente hacia mi pecho.

Fruncí el ceño y seguí la dirección de sus ojos.

«*Oh, Dios*».

El fino camisón de lino no ayudaba absolutamente nada. El frío de la mañana, o quizá todo lo que acababa de ocurrir, había conseguido que mis pezones se marcaran bajo la tela de una forma escandalosamente evidente.

Levanté la vista hacia él.

Daziel seguía mirando.

—¿Has terminado?

Sus ojos regresaron inmediatamente a los míos.

—No estaba mirando.

—Claro.

Me tumbé de nuevo y tiré de las mantas hasta el cuello.

Cobarde, sí. Pero cubierta. Mucho mejor.

Daziel carraspeó y apartó la mirada.

—Creo que será mejor que yo salga primero. Si alguien me ve abandonar la habitación, no resultará extraño.

—Perfecto.

Se levantó.

Y yo descubrí un detalle que había pasado completamente por alto la noche anterior.

El muy condenado había dormido desnudo. Mis ojos se abrieron como platos.

«*¿Cuándo demonios se quitó la ropa?*»

Probablemente mientras yo estaba distraída hablando del futuro como una idiota.

Daziel caminó hacia donde había dejado sus prendas y yo debería haber apartado la mirada. De verdad que debería haberlo hecho. Aunque no lo hice.

Mi atención descendió inevitablemente hasta su trasero y tuve que contener el aire. Aquello tampoco era justo. Era firme, respingón y encajaba demasiado bien con el resto de aquel cuerpo que parecía diseñado específicamente para poner a prueba mi capacidad de tomar buenas decisiones.

«*No mires*».

Seguí mirando.

«*Chloe*».

Nada.

«*Vas a ir al infierno*».

Y, a juzgar por el calor que acababa de instalarse en mi cuerpo, puede que ya estuviera de camino.

Cuando Daziel terminó de vestirse, se colocó el cinturón y recogió la espada. Antes de marcharse, se volvió hacia mí y nuestros ojos se encontraron.

Durante un segundo tuve la terrible impresión de que sabía perfectamente que había estado observándolo.

Una pequeña sonrisa apareció en una de las comisuras de sus labios.

Maldito fuera.

Lo sabía.

—Nos veremos abajo —me dijo con una sonrisa pícara en el rostro.

—Sí.

—Esposa.

Entrecerré los ojos.

—Fuera.

Su sonrisa se ensanchó y salió de la habitación antes de que pudiera lanzarle una almohada.

La puerta se cerró tras él.

Me quedé inmóvil unos segundos, todavía escondida bajo las mantas, antes de dejar caer la cabeza contra la almohada.

—Estoy en serios problemas.

Y aquella vez no me refería precisamente a haber viajado en el tiempo.



Cuando bajé a desayunar, Daziel ya no estaba en la fortaleza. Màiri me explicó mientras servía pan recién horneado que había partido al amanecer junto al rey y varios de sus hombres para ir de caza y que probablemente no regresarían hasta bien entrada la tarde. No pude evitar sentir cierto alivio. Después de la manera en que habíamos despertado aquella mañana, no estaba del todo segura de ser capaz de sentarme frente a él y mantener una conversación normal sin recordar lo que había sentido apretado contra mi trasero.

Estaba claro que ambos sentíamos una atracción sexual palpable.

Desayuné con tranquilidad y, cuando terminé, descubrí algo que hasta entonces no había tenido demasiado tiempo para plantearme: la vida en aquella época podía ser tremendamente aburrida.

No había teléfono, televisión, música, libros a mi alcance ni absolutamente nada con lo que entretenerme. Tampoco tenía trabajo que hacer y, como supuesta señora de la fortaleza, nadie parecía dispuesto a permitirme ayudar en nada. Intenté echar una mano en las cocinas y Fergoll prácticamente me expulsó después de asegurarme de que no era lugar para mí. Después me acerqué a los establos, pero allí ocurrió exactamente lo mismo. Uno de los muchachos me miró horrorizado cuando intenté coger un cubo y

terminó arrebatándomelo de las manos como si acabara de cometer algún tipo de sacrilegio.

Ser una dama medieval era un auténtico fastidio.

Así que terminé haciendo lo único que parecía estar permitido: pasear.

Salí al patio y caminé sin rumbo durante un buen rato, observando cómo transcurría la vida dentro de la fortaleza. Algunos guerreros entrenaban cerca de las murallas, los criados entraban y salían de los edificios y varias mujeres trabajaban junto a una de las construcciones laterales. Todo el mundo tenía algo que hacer.

Excepto yo.

Estaba considerando seriamente regresar a mi habitación para tumbarme en la cama y mirar las vigas del techo durante unas cuantas horas cuando escuché un ruido procedente del exterior.

El traqueteo de unas ruedas sobre el camino.

Me volví hacia la entrada principal.

Una carreta se aproximaba a la fortaleza escoltada por varios jinetes. No parecía especialmente lujosa, aunque sí lo bastante cuidada como para hacerme pensar que quienes viajaban en ella no eran simples campesinos.

Mi curiosidad pudo más que el aburrimiento.

Me acerqué a la entrada mientras los guardias comprobaban quiénes eran los recién llegados. Uno de ellos intercambió unas palabras con el hombre que encabezaba la pequeña comitiva y, poco después, comenzaron a abrir las enormes puertas.

La carreta atravesó el acceso y se detuvo en el patio.

Yo permanecí a varios pasos de distancia.

Primero descendió un hombre.

Era muy alto, incluso para los estándares que empezaba a manejar desde que había conocido a Daziel. Tenía un cuerpo ancho y fuerte, cabello oscuro y una presencia que hizo que varios de los guerreros cercanos lo saludaran con respeto. El desconocido respondió con una inclinación de cabeza antes de volverse hacia la carreta.

Entonces extendió una mano hacia el interior.

Alguien la tomó.

Vi aparecer primero una mano femenina y después la tela de un vestido. La mujer se inclinó ligeramente para atravesar la pequeña abertura y apoyó un pie en el estribo antes de permitir que el hombre la ayudara a descender.

Y mi mundo se detuvo. Dejé de respirar.

«No».

Aquello no podía ser.

La mujer puso ambos pies sobre el suelo y levantó la cabeza. Sentí que toda la sangre abandonaba mi rostro. Conocía aquella cara, aquellos ojos. Hasta su forma de moverse. Había visto esa sonrisa cientos, miles de veces. Había compartido con ella tardes enteras, confidencias, discusiones absurdas, cenas improvisadas y momentos que creía que nunca volvería a vivir.

Durante un año había imaginado dónde estaría.

Durante un año había regresado una y otra vez al río buscándola. Lloré su ausencia, le hablé frente al agua aun sabiendo que probablemente nadie podía escucharme y arrojé flores a la corriente convencida de que quizá jamás volvería a verla.

—No...

La palabra apenas consiguió salir de mi garganta.

Di un paso hacia delante. Ella todavía no me había visto. Estaba diciendo algo al hombre que la había ayudado a bajar mientras él ayudaba a bajar a otra mujer que cargaba un precioso bebé entre sus brazos.

—No puede ser...

Avancé otro paso.

Esta vez mis piernas temblaron.

Quise llamarla, pero mi garganta parecía haberse cerrado por completo. Sentí un fuerte zumbido en los oídos mientras el patio comenzaba a desdibujarse a mi alrededor.

Entonces ella se volvió y nuestros ojos se encontraron.

Su expresión cambió al instante.

La sonrisa desapareció de su rostro y abrió los ojos con una incredulidad que reflejaba exactamente lo mismo que yo estaba sintiendo.

—¿Chloe?

Escuchar mi nombre en su voz terminó de romperme.

—Rose...

Intenté caminar hacia ella, pero las piernas dejaron de responderme. El suelo pareció inclinarse bajo mis pies y tuve que extender una mano buscando algo a lo que agarrarme.

No encontré nada.

—¡Chloe!

Vi a Rose echar a correr hacia mí.

Quise decirle que estaba bien. Quise preguntarle dónde demonios había estado durante todo aquel año. Quise abrazarla, gritarle, insultarla por haberme hecho creer que estaba muerta y después volver a abrazarla hasta quedarme sin fuerzas.

No pude hacer ninguna de aquellas cosas.

El rostro de Rose se volvió borroso frente a mí y el zumbido de mis oídos aumentó hasta ahogar todos los sonidos del patio.

Lo último que vi fue cómo corría desesperadamente en mi dirección.

Después, todo se volvió negro.



Cuando recuperé la consciencia, lo primero que vi fue un techo de madera que no reconocí.

Parpadeé varias veces, tratando de ordenar mis pensamientos, hasta que recordé dónde estaba. Seguía en la fortaleza. Estaba tumbada sobre uno de los sofás del gran salón, con una manta cubriéndome hasta la cintura y un cojín bajo la cabeza. Durante unos segundos no entendí qué hacía allí ni por qué sentía aquella presión extraña en el pecho.

Entonces recordé la carreta.

Y a ella. A Rose.

Me incorporé de golpe.

—Tranquila.

Aquella voz.

Giré la cabeza tan deprisa que me mareé.

Rose estaba sentada en una silla junto a mí. Nos quedamos mirándonos. Esta vez no había un patio lleno de gente, ni una carreta, ni un zumbido en mis oídos que amenazara con hacerme perder el conocimiento. Solo estábamos ella y yo, completamente solas en aquel enorme salón.

Era Rose. De verdad.

Parecía diferente. Su cabello estaba más largo y llevaba un vestido que jamás habría imaginado verla utilizar, pero seguía siendo ella. La misma mujer a la que conocía desde hacía años. La misma por cuya desaparición había llorado hasta quedarme sin lágrimas.

—Rose...

Ella se levantó.

No recuerdo cuál de las dos se movió primero.

Solo sé que un instante después estaba abrazándola.

La estreché con tanta fuerza que probablemente le hice daño, pero me dio exactamente igual. Rose hizo lo mismo conmigo y entonces todo cuanto había contenido durante el último año salió de golpe.

—Estás viva.

Las lágrimas comenzaron a correrme por las mejillas.

—¡Dios mío, estás viva!

—Sí. —Su voz también se quebró—. Estoy aquí.

Hundí el rostro contra su hombro.

Necesitaba tocarla. Sentirla. Comprobar que no iba a desaparecer en cuanto cerrara los ojos.

—Pensábamos que estabas muerta.

Rose me abrazó todavía más fuerte.

—Lo sé.

Me separé de ella bruscamente.

—¡Pensábamos que estabas muerta!

Esta vez casi lo grité.

Rose cerró los ojos.

—Chloe...

—Te buscamos durante meses. Tu madre y yo volvimos al río no sé cuántas veces. La policía cerró el caso. Dijeron que te habías suicidado, que te habías tirado al agua y que la corriente se había llevado tu cuerpo.

Las palabras comenzaron a salir atropelladamente.

—Tu madre casi se vuelve loca. Yo casi me vuelvo loca. Nadie nos creía cuando decíamos que tú jamás habrías hecho algo así.

Rose volvió a abrazarme.

Al principio intenté resistirme porque estaba enfadada. Terriblemente enfadada. Duré unos segundos. Pues terminé agarrándome otra vez a ella mientras lloraba.

—Lo siento —susurró junto a mi cabello—. Lo siento muchísimo.

—¿Dónde demonios estabas?

Nos separamos.

Rose se secó las lágrimas.

—Aquí.

—Eso ya lo veo.

—No, Chloe. Quiero decir aquí. En esta época.

Me quedé mirándola.

—¿Desde aquel día?

Asintió.

—Desde el momento en que desaparecí.

Me llevé una mano a la boca.

—Dios mío.

Rose volvió a sentarse conmigo en el sofá y comenzó a explicármelo. Me contó cómo la corriente la había arrastrado tras intentar salvar a una niña con un chubasquero amarillo y cómo, al recuperar la consciencia, descubrió que ya no se encontraba en su tiempo. Me habló de los MacKay, de la fortaleza, de los primeros días de miedo y confusión y de lo difícil que había resultado aceptar que todo aquello era real.

La escuché sin apenas interrumpirla.

De pronto muchas cosas empezaban a tener sentido.

Daziel había sabido demasiado desde el principio porque ya conocía su historia.

—Por eso Daziel no se sorprendió cuando le dije que había salido del río.

Rose asintió.

—Él sabía lo que podía significar.

—Su madre le dijo que fuera allí.

La expresión de Rose cambió ligeramente.

—Entonces Sienna lo sabía.

—¿Sienna?

—Su madre.

Solté el aire lentamente.

—¡Espera! Me has dicho que te tiraste al agua para salvar a una niña que llevaba un chubasquero amarillo. Dios, Rose. A mí me pasó lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo vi a la misma niña. Vi a su madre gritar, y me tiré al agua para salvarla. Conseguí acercarla a la orilla, pero yo no pude aferrarme a nada y la corriente me arrastró.

—No puede ser una casualidad.

—No, sería imposible —dije convencida.

—Deberíamos visitar a Sienna. Solo ella podría explicarnos todo esto.

Rose me miró con seriedad.

Mi cabeza estaba hecha un lío. No entendía nada. Entonces recordé al hombre de la carreta. Y al bebé.

—Espera.

Me incorporé un poco.

—¿Quién era el hombre que venía contigo?

La sonrisa de Rose cambió por completo.

—Brett.

—¿Brett?

—Brett MacKay.

Me quedé mirándola.

—¿MacKay?

Rose asintió.

—Es mi marido. El hermano de Daziel.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Tu qué?

—Mi marido.

Me levanté del sofá.

—¿Te has casado?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿En 1469?

Rose soltó una pequeña risa nerviosa.

—Sí, Chloe.

Comencé a caminar de un lado a otro.

—No. Espera. Necesito procesar esto. Desapareces, apareces en la Edad Media y, cuando por fin te encuentro, resulta que estás casada.

—No es exactamente la Edad Media...

Me giré hacia ella.

—Ahora mismo ese es el detalle menos importante de toda esta conversación.

Rose cerró la boca.

Señalé hacia el patio.

—¿Y la mujer que llevaba al bebé?

—Es una de las mujeres que trabaja con nosotros.

—¿Y el bebé de quién es?

Rose guardó silencio.

Aquello no me gustó.

—Rose.

Sus labios comenzaron a curvarse.

Abrí mucho los ojos.

—No.

Ella sonrió.

—Sí.

—No. No puede ser.

—Chloe...

—¡No!

Me llevé ambas manos a la cabeza.

—¿Ese bebé es tuyo?

Rose asintió.

—Se llama Sìne.

Me quedé completamente paralizada.

—Tengo una hija.

La miré como si acabara de decirme que también había aprendido a volar.

—¿Tienes una hija?

—Sí.

—¿Una hija de verdad?

Rose empezó a reír entre lágrimas.

—¿Qué clase de hija iba a ser?

—¡No lo sé! ¡Es que nada de esto tiene sentido!

Volví a sentarme a su lado y la observé con incredulidad.

—Te has casado.

—Sí.

—Y has tenido una hija.

—Sí.

—En el siglo XV.

—También.

Me llevé las manos al rostro.

—¿Es que te has vuelto loca?

Rose soltó una carcajada.

—Probablemente.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

La miré.

Y terminé riéndome yo también.

No porque aquello tuviera sentido, sino porque era demasiado. Lloraba y me reía al mismo tiempo mientras Rose hacía exactamente lo mismo.

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco podía al principio.

—¿Y eres feliz?

La pregunta salió antes de que pudiera pensarlo.

Rose dejó de reír y su expresión se suavizó poco a poco.

—Mucho.

Aquella respuesta me sorprendió más que cualquier otra. No había dudas en su rostro. Ni tristeza. Rose era realmente feliz allí. Entonces algo regresó a mi memoria. La conversación con Daziel durante la cena. «*Tuvo una oportunidad*»

Mi sonrisa desapareció.

—Rose...

Ella debió de notar inmediatamente el cambio en mi expresión.

—¿Qué?

—Daziel me dijo algo.

Sus hombros se tensaron.

—¿Qué te dijo?

—Que tuviste la oportunidad de regresar.

El color comenzó a abandonar lentamente su rostro, y aquello fue suficiente para que lo comprendiera.

Me quedé mirándola.

—Podías haber vuelto.

Rose no respondió.

—Podías haber regresado a casa y no quisiste.

Su mirada cayó hacia sus manos. Sentí que algo se rompía dentro de mí.

—¿Es cierto?

—Chloe...

—Contéstame.

Levantó los ojos.

—Lo intenté, pero no funcionó. Por lo visto si no lo deseas con todas tus fuerzas no puedes hacerlo.

Me quedé completamente inmóvil. Durante un año había imaginado todas las razones posibles por las que Rose no había regresado. Todas menos aquella.

—Tuviste la oportunidad de volver —repetí lentamente—. Y elegiste quedarte.

Rose tragó saliva.

—Deja que te lo explique.

Me puse en pie.

—¡Explícamelo, estoy deseando oírlo! —Mi voz se quebró—. Explícame cómo pudiste saber que tu madre y yo estábamos destrozadas buscándote... y aun así decidir no volver.

Rose se quedó blanca.

Permaneció en silencio unos segundos. No intentó acercarse a mí. No intentó sujetarme. Simplemente respiró hondo antes de hablar.

—Sé lo que estás pensando.

Negué con la cabeza.

—No. No tienes ni idea.

—Sí la tengo.

Sus ojos comenzaron a humedecerse otra vez.

—Porque yo pensé exactamente lo mismo la primera vez que comprendí que quizá nunca volvería a casa.

La miré con rabia.

—La diferencia es que tú sí podías volver.

Rose bajó la vista.

—Sí.

—Y no lo hiciste.

—No.

El silencio que siguió resultó insoportable.

Finalmente levantó la cabeza y me sostuvo la mirada.

—Porque amo a Brett.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Lo amo.

Lo dijo con una serenidad que me desarmó por completo.

—No es un capricho, Chloe. No es que me guste o que me haya acostumbrado a vivir aquí. Lo amo con todo lo que soy.

Negué una y otra vez.

—Rose... lo conoces desde hace un año.

Ella sonrió con tristeza.

—No. Lo conozco desde hace una vida.

La observé sin comprender.

—¿Te has vuelto loca?

—Es difícil de explicar, pero no es tan simple como parece.

Rose respiró profundamente antes de continuar.

—Cuando llegué aquí estaba tan perdida como tú. Solo pensaba en volver a casa. Discutía con Brett todos los días. Lo odiaba... o al menos eso creía. Pero poco a poco descubrí quién era realmente. Descubrí el hombre que había detrás del guerrero. Me protegió cuando nadie más lo habría hecho. Arriesgó su vida por mí una y otra vez. Y yo hice lo mismo por él.

Escuché sin interrumpirla.

—Con el tiempo comprendimos que aquello iba mucho más allá del amor.

Su voz se volvió casi un susurro.

—Nuestras almas estaban unidas.

La miré como si acabara de perder definitivamente la cabeza.

—¿Perdón?

Rose sonrió.

—Ya sabía que pondrías esa cara.

—¿Las almas?

—Sí.

—Rose...

—Es verdad.

Negué despacio.

—¡Joder, estás chalada! Eso es lo que pasa. Seguro que te golpeaste fuerte en la cabeza cuando caíste al río. Es eso. No hay otra explicación.

No pareció ofenderse.

—Eso mismo pensé yo cuando me lo explicaron.

—¿Quién?

—Sienna.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es Sienna?

—La madre de Daziel, ya te lo he dicho antes.

Aquel nombre hizo que recordara inmediatamente la conversación que había mantenido con él junto al río.

—¿La mujer que le dijo que esperara en el río?

—Sí.

Asentí lentamente.

—Ella entiende mucho mejor todo esto. Sabe cosas que nosotros apenas alcanzamos a comprender. Si hablas con ella, podrá explicártelo mucho mejor de lo que puedo hacerlo yo.

Me crucé de brazos.

—No deseo hablar con nadie de esto. Solo quiero regresar a casa. —Respiré profundamente—. Así que dime cómo hacerlo.

Rose permaneció callada unos instantes. Después respondió.

—Hay un yacimiento en las montañas de Beinn Eighe.

La miré fijamente.

—¿Y desde allí puedo volver?

—Si eso es lo que deseas... sí.

Sentí un alivio tan intenso que casi me hizo llorar.

—Por supuesto que es lo que deseo. —No tuve que pensarlo ni un segundo—. Me marcharé cuanto antes. Regresaré junto a tu madre y le diré...

—No. —Su voz sonó firme—. No puedes decirle nada.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no puedo decirle nada?

—No debes hacerlo.

—¿Estás hablando en serio?

Rose asintió muy despacio.

—Mi madre ya me ha llorado una vez. Ahora debe continuar con su vida.

—Rose...

—Yo no voy a regresar jamás.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

—¿Para qué hacerle más daño?

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Prefieres que siga pensando que estás muerta?

Rose cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaban completamente empañados.

—Sí.

La respuesta cayó entre nosotras como una piedra.

—Si la otra opción es que piense que la abandoné por voluntad propia... sí.

La observé durante unos segundos.

No reconocía a la mujer que tenía delante.

—Joder, Rose... —Mi voz salió mucho más baja de lo que esperaba—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan egoísta?

Vi cómo aquellas palabras le atravesaban el pecho. Aun así, no respondió.

Me levanté del sofá de un impulso. No podía seguir allí. Necesitaba aire, pensar. Alejarme de ella antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme. Comencé a caminar hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

No me detuve.

—A poner espacio entre nosotras. —Agarré el pomo con fuerza—. Porque ahora mismo estoy demasiado cabreada contigo para seguir escuchándote.

Abrí la puerta y salí sin volver la vista atrás. A mi espalda solo quedó el silencio. Y, aunque no la miré, supe que Rose se había quedado llorando en mitad de aquel salón.

Caminé por el pasillo sin saber muy bien adónde iba. Solo necesitaba salir de allí. Alejarme de Rose antes de que termináramos diciéndonos cosas que ninguna de las dos pudiera olvidar.

Empujé la pesada puerta de madera y salí al patio. El aire fresco me golpeó el rostro de inmediato. Inspiré profundamente intentando calmarme, pero apenas había dado unos pasos cuando una escena consiguió detenerme en seco.

El hombre que había llegado en la carreta aquella mañana se encontraba junto a los establos. Tenía a la niña entre los brazos. La levantaba por encima de su cabeza mientras ella soltaba pequeñas carcajadas y estiraba las manitas intentando tocarle la barba.

—¿Quién es la niña más valiente de todas las Highlands? —preguntaba él con una sonrisa enorme—. ¿Quién?

La pequeña respondió con un balbuceo incomprensible que hizo reír al gigante.

Aquella imagen me desarmó por completo. No parecía un guerrero. Parecía simplemente un padre completamente enamorado de su hija. Me quedé observándolos unos segundos. Después me

acerqué despacio. El hombre levantó la vista al escuchar mis pasos. Sonrió con amabilidad.

—Hola.

Hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Soy Brett MacKay.

Asentí.

—Ya sé quién eres.

Mi respuesta sonó bastante más seca de lo que pretendía.

Él no pareció ofenderse.

—Soy Chloe Finner.

Suspiré.

—¿Chloe? ¿Su Chloe?

—Eso parece.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Rose me ha hablado mucho de ti.

Bajé la mirada hacia la niña. Era preciosa. Tenía unos enormes ojos azules y un mechón de cabello oscuro que se escapaba del gorrito de lana que cubría su cabeza. Me observaba con esa curiosidad infinita que solo tienen los niños muy pequeños, y automáticamente sentí un nudo en la garganta. Toda aquella rabia que todavía llevaba dentro desapareció durante unos segundos. Porque ella no tenía ninguna culpa.

Levanté la vista hacia Brett.

—¿Puedo cogerla?

Él sonrió todavía más.

—Claro.

La tomó con cuidado y la depositó entre mis brazos.

En cuanto la sostuve, sentí que algo se rompía dentro de mí.

Era tan pequeña... Tan ligera... Y olía maravillosamente bien. Noté cómo las lágrimas comenzaban a resbalar por mis mejillas sin que pudiera evitarlo. Bajé la cabeza y besé con suavidad su pequeña frente.

—Hola, preciosa...

La abracé con infinito cuidado, como si pudiera romperse entre mis manos.

—Soy tu tía Chloe. —Mi voz apenas era un susurro—. Me alegra muchísimo conocerte, Sìne.

La niña me miró unos segundos antes de agarrar uno de mis dedos con una fuerza sorprendente. Aquello terminó de deshacerme. Sonreí entre lágrimas.

—Eres igual de bonita que tu madre.

—Se parece mucho a mí, ¿verdad?

Aquella voz hizo que todo mi cuerpo se tensara.

Levanté lentamente la cabeza. Rose acababa de salir al patio. Tenía los ojos completamente enrojecidos y aún quedaban lágrimas resbalando por sus mejillas.

Nos miramos durante un largo instante. Aunque no dije nada. Tampoco ella.

Me acerqué despacio hasta Brett y le devolví a la pequeña con muchísimo cuidado. Él comprendió inmediatamente que aquello no era momento para hacer preguntas. La tomó entre sus brazos sin pronunciar una sola palabra.

Volví a mirar a Rose. Quería decirle tantas cosas... Y, al mismo tiempo, no quería decirle ninguna. Al final simplemente pasé a su lado. Sin detenerme. Sin volver la vista atrás. Y seguí caminando mientras intentaba convencerme de que alejarme de ella era lo mejor que podía hacer.

Aunque, muy en el fondo, sabía que lo único que estaba intentando era huir del dolor que me provocaba al mirarla a los ojos.

Capítulo 14

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

La fortaleza comenzó a agitarse poco antes del mediodía.

Yo me encontraba en uno de los corredores de la planta baja evitando a Rose, e intentando decidir qué hacer con el resto de aquella interminable mañana, cuando Màiri apareció caminando hacia mí con tanta rapidez que supe que algo ocurría antes incluso de que abriera la boca.

—Mi señora, han regresado.

Tardé un instante en comprender a quiénes se refería.

—¿Quiénes?

—El rey. Vuestro esposo y los hombres que salieron de caza con ellos.

Mi esposo.

Todavía me costaba no poner los ojos en blanco cada vez que alguien llamaba así a Daziel.

—El almuerzo está preparado —continuó Màiri—. Debéis estar presente para recibirlos.

—Claro. Por supuesto.

Porque, al parecer, ser la señora de una fortaleza incluía recibir a un rey después de que hubiera pasado la mañana persiguiendo animales por las montañas.

Màiri me acompañó hasta el patio principal, donde ya se habían congregado varias personas. Los sirvientes iban y venían ultimando los preparativos, algunos guerreros aguardaban cerca de la entrada y Munro daba órdenes a un par de hombres junto a los establos. Brett también estaba allí, acompañado por Rose, aunque procuré no mirarla demasiado. Seguía enfadada con ella y no estaba preparada para retomar aquella conversación.

El sonido de los caballos llegó desde el otro lado de las murallas poco después.

Las puertas comenzaron a abrirse y una pequeña comitiva apareció por el camino. El rey avanzaba en cabeza, acompañado por el capitán de su guardia, mientras Daziel cabalgaba apenas unos metros por detrás junto a varios hombres más. A juzgar por las piezas que transportaban algunos de ellos, la cacería había sido bastante productiva.

Me descubrí buscando a Daziel con la mirada.

Lo encontré enseguida.

Y, como si mi cabeza disfrutara especialmente torturándome, lo primero que recordé fue cómo había despertado aquella mañana entre sus brazos.

«No. Ahora no, Chloe».

Aparté aquel pensamiento justo cuando los primeros caballos entraban en el patio.

El rey desmontó y entregó las riendas a uno de los muchachos de los establos antes de reparar en Brett. Una enorme sonrisa apareció en su rostro y caminó directamente hacia él para saludarlo. Brett respondió con evidente familiaridad y, después de intercambiar unas palabras, el monarca dirigió su atención hacia Rose, interesándose por su viaje y por la pequeña Sìne.

Daziel desmontó poco después.

Vi cómo se acercaba a su hermano y ambos se estrechaban los antebrazos antes de intercambiar un abrazo breve acompañado de unas palmadas en la espalda. Después saludó a Rose con una sonrisa y dijo algo que no alcancé a escuchar.

Entonces reparó en la niña.

Sìne se encontraba en brazos de una de las mujeres que había llegado aquella mañana con ellos. La expresión de Daziel cambió de inmediato. Toda aquella dureza que parecía acompañarlo constantemente desapareció cuando se acercó a su sobrina y le acarició la mejilla con uno de sus enormes dedos.

La pequeña respondió agitando las manos. Daziel sonrió. Y yo me quedé mirándolo más tiempo del necesario.

«*No empieces*».

Ya tenía suficientes problemas.

El rey seguía conversando con Brett cuando recordé que, según Màiri, tenía una obligación que cumplir. Me acerqué procurando parecer mucho más segura de lo que realmente estaba.

—Majestad.

El rey volvió la cabeza hacia mí.

—El almuerzo está preparado. Si deseáis pasar al gran salón, podemos servirlo inmediatamente.

Su expresión se iluminó.

—Magnífico. Después de una mañana entera sobre un caballo, empezaba a pensar que tendría que comerme una de las piezas antes de llegar a la cocina.

Algunos hombres rieron.

Yo sonreí educadamente.

—Espero que no sea necesario, majestad. Fergoll lleva toda la mañana preparando comida suficiente para alimentar a media Escocia.

El rey soltó una carcajada y me observó con evidente diversión. Después dirigió una mirada hacia Daziel, que acababa de acercarse a nosotros.

—Señora MacKay, empiezo a comprender perfectamente qué vio vuestro esposo en vos para decidir casarse con tanta precipitación.

Sentí que mi sonrisa se congelaba.

Señora MacKay.

«Mierda».

Durante todo lo ocurrido con Rose había olvidado por completo aquel pequeño detalle. Ante el rey yo era la esposa de Daziel.

Miré instintivamente hacia Rose. Error. Me estaba observando. Sus ojos pasaron de mí a Daziel y después regresaron lentamente a mi rostro. Vi cómo sus cejas se elevaban mientras una expresión de absoluta incredulidad aparecía en su cara.

Aparté la mirada.

Aquello iba a traerme problemas.

—Mi esposa tiene muchas virtudes —intervino Daziel con una tranquilidad que me dieron ganas de borrar de un pisotón.

El rey volvió a reír.

—Eso parece, muchacho.

Noté la mirada de Rose clavada en mí. No necesitaba verla para saber exactamente lo que estaba pensando.

Como si aquella mañana no hubiera sido suficientemente complicada.

Entramos todos en el gran salón poco después. El rey ocupó su lugar mientras los demás nos distribuíamos alrededor de la enorme mesa. Daziel se sentó a mi derecha y, para mi desgracia, Rose decidió ocupar precisamente el asiento de mi izquierda. Brett quedó junto a ella.

Los sirvientes comenzaron a servir vino, pan y los primeros platos mientras las conversaciones llenaban rápidamente el salón.

Intenté concentrarme en la comida.

Duré aproximadamente diez segundos.

Rose se inclinó hacia mí.

—Así que tú también estás casada.

Cerré los ojos un instante.

Ahí estaba.

—No.

Rose miró discretamente hacia Daziel y después volvió a mirarme.

—El rey acaba de llamarte señora MacKay.

—Ya lo sé.

—Y Daziel te ha llamado su esposa.

—También lo he oído.

—Entonces...

—Es complicado.

Rose arqueó una ceja.

—¿Complicado?

Cogí mi copa.

—Mucho.

—Chloe, llevo aquí más de un año. Créeme cuando te digo que mi concepto de complicado se ha ampliado considerablemente.

Tuve que contener una sonrisa. Seguía enfadada con ella. Muchísimo. Pero aquella era Rose. Mi Rose. Y escucharla hablarme de aquella manera hacía terriblemente difícil mantener intacta toda la rabia que sentía.

—No estamos casados —susurré.

Sus ojos se abrieron un poco más.

—¿Entonces por qué el rey cree que sí?

—Luego te lo explicaré.

—¿Daziel sabe que no está casado contigo?

Giré la cabeza lentamente hacia ella.

Rose tuvo que bajar la mirada hacia su plato para esconder una sonrisa.

—Qué graciosa.

—Solo intento entenderlo.

—Pues deja de intentarlo.

—¿Habéis dormido juntos?

Casi me atraganté con el vino.

Rose me miró con una inocencia absolutamente falsa.

—¿Qué?

—He preguntado si habéis dormido juntos.

—Te he oído perfectamente.

—Entonces contesta.

La fulminé con la mirada y ella sonrió.

Y por primera vez desde nuestro enfrentamiento de aquella mañana sentí que algo entre nosotras volvía a parecerse a lo que siempre habíamos tenido, aunque solo fuera durante unos segundos.

No significaba que la hubiera perdonado. Ni mucho menos. Pero seguía siendo mi mejor amiga. Y eso, por mucho que quisiera continuar enfadada con ella, resultaba bastante más difícil de olvidar que cualquier mentira sobre un matrimonio.



El almuerzo terminó prolongándose mucho más de lo que esperaba. Cuando retiraron los últimos platos, el rey seguía conversando animadamente con Brett, Daziel, Munro y el resto de los hombres, y por la cantidad de vino que continuaba llenando las copas tuve la impresión de que ninguno de ellos tenía intención de abandonar el gran salón en breve. Rose y yo intercambiamos una mirada y, sin necesidad de decir demasiado, decidimos que ya habíamos cumplido suficientemente con nuestras obligaciones por aquel día.

—Creo que nosotras deberíamos retirarnos —dijo Rose finalmente, dirigiéndose a Brett—. Ha sido un día demasiado largo.

—Estoy completamente de acuerdo —añadí antes de que alguien pudiera sugerir lo contrario.

Daziel levantó la vista hacia mí y nuestras miradas se encontraron durante un instante. No pude evitar recordar cómo habíamos despertado aquella mañana y aparté los ojos antes de que mi traicionero cerebro decidiera recrearse otra vez en determinados detalles de su anatomía.

Rose se despidió de Brett y yo hice lo propio con el rey. Daziel permaneció junto a los hombres, así que abandonamos el salón juntas y comenzamos a subir las escaleras. Todavía quedaba cierta

tensión entre nosotras después de la discusión de aquella mañana, pero ya no era tan incómoda como antes. Quizá porque habíamos pasado buena parte del almuerzo hablando por lo bajo como siempre habíamos hecho. O quizá porque, por mucho que estuviera enfadada con ella, seguía resultándome imposible olvidar que durante un año había creído que estaba muerta y ahora caminaba a mi lado.

Antes de dirigirnos a mis aposentos, Rose me tomó suavemente del brazo.

—Acompáñame, quiero echarle un ojo a Sìne.

Asentí en respuesta y la seguí por otro corredor hasta una habitación situada no demasiado lejos. Rose abrió la puerta con cuidado y entramos procurando no hacer ruido. La estancia estaba iluminada por el fuego de una pequeña chimenea y un par de velas. Cerca de la pared había una cuna de madera y, sentada junto a ella, la misma mujer que aquella mañana había bajado de la carreta con Sìne en brazos.

La pequeña dormía profundamente y me acerqué despacio. No deseaba despertarla.

No sabía qué tenía aquella niña que conseguía desmontarme por completo. Quizá era saber que era hija de Rose. O comprender que, mientras yo había pasado más de un año llorando su desaparición, mi mejor amiga había construido una vida completamente nueva en aquel lugar.

Sìne tenía una manita junto al rostro y los labios ligeramente entreabiertos. Me incliné sobre la cuna y sonreí.

—Es preciosa.

—Lo sé.

Miré a Rose.

—Eso ha sonado muy poco humilde.

—Soy su madre. Tengo derecho.

Sonreí a pesar de todo.

—Se parece a ti.

—Brett asegura que se parece a él.

—Pues Brett necesita un espejo.

Rose tuvo que contener la risa para no despertar a la niña.

Nos quedamos allí unos minutos más antes de despedirnos de la mujer que cuidaba de ella y continuar hacia mis aposentos. En cuanto entramos, cerré la puerta y Rose se volvió hacia mí.

—Bien.

Conocía aquella expresión.

—¿Qué?

—Quiero saber por qué el rey de Escocia cree que estás casada con Daziel.

Suspiré.

—Es una historia bastante absurda.

—Después de todo lo que te he contado hoy, dudo que consigas sorprenderme.

Me senté sobre el borde de la cama y le expliqué todo. Le conté cómo el rey había decidido concederle a Daziel aquellas tierras y nombrarlo señor de Kinlochewe, pero también había llegado con un matrimonio prácticamente acordado bajo el brazo. Le expliqué cómo Daziel, en un momento de desesperación, había decidido asegurar que ya estaba casado y cómo, por algún motivo que todavía me parecía incomprensible, había terminado convirtiéndome a mí en su supuesta esposa.

Rose me escuchó con una sonrisa cada vez más grande.

—No tiene gracia.

—Un poco sí.

—Me presentó delante del rey como su mujer sin preguntarme siquiera.

—Eso suena bastante a Daziel.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Que primero actúa y después piensa en las consecuencias.

—Maravilloso. Justo el tipo de hombre que una quiere tener cerca.

Rose sonrió.

—¿Y por eso habéis compartido habitación?

La miré.

—¿Todavía sigues con eso?

—Solo pregunto.

—Sí, hemos compartido habitación.

Sus cejas se elevaron.

—Pero no ha pasado nada.

—Yo no he dicho nada.

—Tu cara lo estaba diciendo.

—Mi cara no ha dicho absolutamente nada.

—Rose.

Se rio.

—Está bien.

Me crucé de brazos.

—Daziel durmió en el suelo.

No era exactamente toda la verdad, pero tampoco necesitaba explicarle que había terminado invitándolo a la cama ni, mucho menos, contarle cómo habíamos despertado aquella mañana.

—No ha ocurrido nada entre nosotros —insistí.

—Te creo.

La forma en que lo dijo indicaba exactamente lo contrario.

Estaba a punto de protestar cuando su expresión cambió. La sonrisa desapareció lentamente y durante unos segundos permaneció callada.

—Chloe...

Supe inmediatamente que ya no íbamos a hablar de Daziel.

Rose se acercó y se sentó a mi lado.

—Quiero pedirte perdón.

Bajé la mirada hacia mis manos.

—No quiero volver a discutir.

—Yo tampoco. Por eso necesito que entiendas algo. No para convencerte de que hice lo correcto. Solo para que entiendas por qué lo hice.

No respondí.

Rose continuó.

—Nunca quise irme de casa. Cuando aparecí aquí estaba aterrorizada. Solo pensaba en regresar. En mi madre, en ti, en mi vida... No elegí abandonar nada de aquello. —Su voz comenzó a quebrarse—. Pero pasó el tiempo y las cosas cambiaron. Yo cambié. Conocí a Brett y terminé comprendiendo que este lugar tenía algo que ver conmigo mucho antes incluso de que yo llegara.

La miré.

—¿Por eso dices que vuestras almas están unidas?

Rose asintió.

—Sienna me ayudó a comprenderlo.

Volví a escuchar aquel nombre.

—La madre de Daziel.

—Sí.

Rose respiró profundamente.

—Hubo una noche en una cabaña. Sienna preparó algo para que bebiera. No sabía exactamente qué iba a ocurrir, pero después de tomarlo empecé a recordar.

Fruncí el ceño.

—¿Recordar qué?

—Otra vida.

La observé fijamente.

—Rose...

—Déjame terminar.

Cerré la boca.

—Vi cosas que nunca había vivido y, al mismo tiempo, las reconocía. Recuerdos que no pertenecían a Rose Foster y que, sin embargo, eran míos. Brett estaba allí. Yo también. Éramos otras personas, en otro momento, pero éramos nosotros.

Negué lentamente.

—Eso suena completamente...

—¿A una locura?

—Sí.

Rose sonrió con tristeza.

—Lo sé. Yo también pensé que me estaba volviendo loca.

Me explicó entonces lo que Sienna le había contado sobre la maldición y sobre aquel vínculo que unía su alma con la de Brett. Un lazo que había sobrevivido al tiempo, a la muerte y a más de una vida. Según ella, su llegada a aquella época no había sido una casualidad, y Brett tampoco había aparecido en su camino por azar.

La escuchaba intentando mantener la mente abierta, pero había momentos en que resultaba realmente difícil. Viajes en el tiempo podía aceptarlos porque, desgraciadamente, estaba viviendo

uno. Pero ¿reencarnaciones? ¿Maldiciones? ¿Almas destinadas a encontrarse?

Eso ya era otra historia.

—Y entonces intentaste regresar —dije.

Rose asintió.

—Sí.

—Daziel me dijo que habías tenido la oportunidad.

—La tuve.

Sus ojos se humedecieron.

—Brett fue quien me obligó prácticamente a hacerlo.

Aquello me sorprendió.

—¿Brett?

—Sabía cuánto echaba de menos mi vida. Sabía que una parte de mí necesitaba regresar y no quiso ser la razón por la que renunciara a hacerlo. Me llevó hasta el yacimiento y, cuando llegó el momento, me empujó para que cruzara.

La miré sin comprender.

—¿Te empujó?

—Porque yo no podía hacerlo. —Rose sonrió entre lágrimas—.

Lo amaba demasiado.

Permanecí callada.

—Crucé convencida de que volvería a mi tiempo —continuó—.

Pensé que aparecería otra vez en mi vida, que podría regresar con mi madre, contigo... Pero no ocurrió.

—¿Dónde apareciste?

—En el río. En el mismo lugar en el que llegué la primera vez.

Y en la misma época.

La miré con los ojos muy abiertos.

—¿Volviste aquí?

—Sí.

—Entonces el yacimiento no funcionó.

—Funcionó. Solo que no de la manera que esperábamos.

Rose se secó una lágrima.

—Sienna cree que mi corazón ya había elegido. Mi vida estaba ligada a la de Brett y, aunque intentara cruzar, este era el lugar al que pertenecía.

Aquello me dejó sin palabras.

Rose continuó contándome lo ocurrido después. Cómo, tras regresar a aquella época, las cosas se habían complicado todavía más y había terminado cayendo en manos de un clan enemigo de Brett; el clan Ross. Me habló del miedo, de la incertidumbre y de aquellos momentos en los que ni siquiera sabía si conseguiría salir con vida.

A medida que avanzaba en la historia, mi enfado comenzó a deshacerse. No porque de repente entendiera todas sus decisiones. Seguía sin hacerlo. Pero empezaba a comprender que aquel año tampoco había sido fácil para ella.

—Oh, Rose...

La abracé.

Esta vez fui yo quien lo hizo primero.

La estreché con fuerza y ella se aferró inmediatamente a mí.

—Debiste pasarlo fatal.

—Hubo momentos terribles.

Permanecimos abrazadas durante un rato. Cuando finalmente me separé de ella, sentí que las lágrimas volvían a aparecer.

—Es que estoy tan asustada...

Decirlo en voz alta hizo que algo dentro de mí se rompiera.

—No sé qué hago aquí, Rose. No conozco este mundo. No sé cómo funciona nada. Cada vez que alguien habla tengo miedo de decir alguna estupidez que me delate. No puedo salir de la fortaleza sin que Daziel crea que van a matarme, no sé montar a caballo, no sé defenderme y ni siquiera puedo hacer las cosas más sencillas que hacía todos los días en casa.

Rose me tomó las manos.

—Lo sé.

—No, tú encontraste tu lugar aquí. —Tragué saliva—. Y me alegro por ti. De verdad. Puede que este sea tu sitio. Puede que Brett sea la persona con la que estabas destinada a estar y puede que todo lo que Sienna te contó sea cierto.

Respiré profundamente.

—Pero este no es mi sitio.

Rose me observó durante unos segundos.

—Yo quiero volver a casa.

Aquella vez no intentó convencerme de nada. No me habló de destinos, almas ni maldiciones. Simplemente apretó mis manos entre las suyas.

—Entonces te ayudaré a volver, Chloe.

La miré.

—¿De verdad?

—Sí.

No hubo vacilación alguna.

—Si eso es lo que quieres, iremos al yacimiento. Hablaré con Sienna y averiguaremos qué necesitas hacer. No voy a obligarte a quedarte en un lugar en el que no deseas estar.

Sentí un alivio inmenso.

—Gracias.

Rose sonrió con tristeza y volvió a abrazarme.

Esta vez cerré los ojos y me permití disfrutar de algo que durante un año había creído que jamás volvería a tener. A mi mejor amiga. Aunque solo fuera hasta que encontrara la manera de regresar a casa.

Capítulo 15

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Rose y yo terminamos cenando juntas en mi habitación, acompañadas por la pequeña Sìne y por su nana, que permaneció con nosotras buena parte del tiempo. Nadie vino a buscarnos para regresar al gran salón y, a juzgar por las voces y las carcajadas que de vez en cuando llegaban amortiguadas desde la planta inferior, el almuerzo del rey se había convertido primero en una sobremesa interminable y después, directamente, en la cena. No quería ni imaginar la cantidad de vino y *whisky* que aquellos hombres habrían consumido desde el mediodía. A esas horas, probablemente la mitad estaría borracha y la otra mitad esforzándose por alcanzarla.

No me importó. Por primera vez desde mi llegada pude disfrutar de unas horas que se parecían remotamente a la normalidad. Rose y yo hablamos mientras comíamos, evitamos deliberadamente los temas que podían devolvernos a la discusión de

aquella mañana y dedicamos buena parte del tiempo a Sìne, que consiguió tenerme completamente embobada. La sostuve entre mis brazos, jugué con sus diminutas manos y escuché a Rose contarme anécdotas sobre ella con ese orgullo desmedido que parecía acompañar a todas las madres cuando hablaban de sus hijos.

Cuando se hizo tarde, la nana se llevó a la pequeña y Rose decidió que también debía retirarse. Nos quedamos unos segundos junto a la puerta antes de despedirnos y, de repente, volvió a abrazarme.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí.

Sentí que algo se encogía dentro de mi pecho.

—Bueno, y yo me alegro de que estés bien...

—Ya sé que para ti es horrible —se apresuró a decir—. Sé que estás asustada y que quieres regresar, y te prometo que voy a ayudarte. Pero no puedo evitar sentirme feliz por tenerte conmigo otra vez. Es como si de pronto recuperara una parte de mi vida que creía que había perdido para siempre.

La abracé con más fuerza.

—Yo también me alegro de haberte encontrado.

Rose se separó lo suficiente para besarme en la mejilla.

—Descansa.

—Tú también.

La observé alejarse por el corredor y cerré la puerta cuando desapareció de mi vista.

Después de todo lo ocurrido aquel día estaba agotada.

Me quité el vestido, me lavé rápidamente y me puse uno de aquellos camisones de lino que empezaban a resultarme sorprendentemente cómodos. Después me metí entre las sábanas y suspiré al sentir el colchón bajo mi cuerpo.

Aquella noche dormiría sola.

Y punto.

No pensaba pasar otra noche compartiendo cama con aquel gigantón y, mucho menos, despertarme otra vez con aquel descomunal aparato de entre sus piernas pegado a mi trasero.

Aparato en el que, por desgracia, no había dejado de pensar en todo el día.

«Fantástico, Chloe».

Cerré los ojos con fuerza. Necesitaba dormir.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando la puerta se abrió con tal estruendo que pegué un salto en la cama.

—¿Pero qué demonios...?!

Daziel apareció en el umbral.

Me quedé mirándolo.

Llevaba un candil en una mano, la camisa medio abierta y el cabello bastante más desordenado de lo habitual. Se apoyó durante un instante contra el marco de la puerta antes de entrar y, solo con verlo caminar, comprendí inmediatamente cuál era el problema. Estaba borracho.

Quizá no hasta el punto de no poder mantenerse en pie, pero sí lo bastante para que sus movimientos fueran menos precisos y sus ojos tuvieran aquel brillo sospechoso que no le había visto hasta entonces.

—Esposa —dijo con absoluta solemnidad—, no puedes dormir aquí.

Me incorporé apoyándome contra el cabecero.

—Puedo y lo haré.

Daziel cerró la puerta tras él.

—No, eso no será posible.

Lo miré con incredulidad.

—Daziel, el rey debe de estar tan borracho como tú. Probablemente ya esté durmiendo y mañana no tendrá ni idea de dónde he pasado la noche.

Daziel negó con la cabeza y avanzó hacia la cama.

—Lo sabrá.

Las palabras empezaban a enredársele ligeramente.

Tuve que contener una sonrisa.

—¿Cómo demonios va a saberlo?

—Porque siempre lo sabe todo.

—Claro. El rey de Escocia, además de rey, es adivino.

Daziel frunció el ceño como si estuviera considerando seriamente aquella posibilidad.

—No arruinarás nuestra mentira.

—No voy a arruinar nada.

—Eres mi esposa.

—Tu esposa falsa, Daziel. ¡Falsa! No confundamos las cosas.

—El rey no sabe eso.

—Y tampoco sabrá que he dormido aquí.

Daziel me señaló con el candil.

—Mujer testaruda.

Abrí la boca indignada.

—Mira quién habla.

Dio otro paso y tuvo que detenerse un instante.

Lo observé con los brazos cruzados.

—¿Por qué no te vas a dormir la mona y mañana hablamos?

Daziel parpadeó.

—¿Dormir qué?

No pude evitar resoplar.

—La mona.

—No sé qué es dormir la mona.

—Significa que estás borracho y deberías meterte en la cama hasta que se te pase.

Su expresión pareció iluminarse.

—Sé dormir en una cama.

—Me alegro muchísimo por ti.

—Y también sé dormir junto a mi esposa.

—Daziel...

No me dio tiempo a terminar.

Dejó el candil sobre la mesita y tiró de las sábanas de un solo movimiento, dejándome completamente descubierta.

—¿Qué haces?!

Me agarré al colchón cuando se inclinó sobre mí, pero no sirvió absolutamente de nada. Un instante después pasó un brazo alrededor de mi cintura y me levantó como si no pesara más que uno de los cojines.

—¡Daziel!

El mundo dio una vuelta y terminé atravesada sobre su hombro.

—¡Bájame ahora mismo!

—No.

—¿Pero tú quién te has creído que eres?!

Comencé a patalear.

Daziel ni siquiera se inmutó.

—¡Bájame!

—Te mueves demasiado.

—¡Porque me has cargado como si fuera un saco de patatas!

Daziel me ignoró mientras recuperaba el candil con la mano que le quedaba libre.

Aquello ya era el colmo.

—¡No puedes hacer lo que te dé la gana conmigo!

—Te llevo a dormir.

—¡Yo ya estaba durmiendo!

Abrió la puerta.

—En el lugar equivocado.

—¡Este es mi dormitorio!

—Esta noche no.

Salió al corredor conmigo todavía sobre el hombro y comenzó a caminar con una seguridad que resultaba bastante sorprendente teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que debía de llevar encima. Yo seguí protestando, golpeándole la espalda y exigiéndole que me bajara, aunque a aquellas alturas ya empezaba a comprender que podía pasarme toda la noche haciéndolo sin conseguir absolutamente nada.

—¡Daziel MacKay, como no me bajes ahora mismo, te juro que...!

Se detuvo.

Por un instante pensé que por fin había entrado en razón.

Entonces escuché una carcajada y levanté la cabeza todo lo que pude. El rey estaba en mitad del corredor. Todavía llevaba una copa de *whisky* en una mano y, por el aspecto de su sonrisa, él tampoco había desperdiciado precisamente la tarde bebiendo agua.

Miró a Daziel. Después me miró a mí, colgada sobre su hombro. Y volvió a reír.

—¡Eso es, muchacho! —exclamó levantando la copa—. Así es como se doman las potras salvajes.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué ha dicho?!

El rey soltó otra carcajada.

—Buenas noches, señora MacKay.

—¡Yo no soy una...!

No pude terminar.

Daziel ya había reanudado la marcha.

—¡Daziel! ¡Vuelve ahí! ¡Quiero hablar con ese hombre!

—Mañana.

—¡No quiero hablar con él mañana!

Llegamos hasta sus aposentos y abrió la puerta.

—¡Quiero hablar con él ahora mismo! ¡Y después voy a hablar contigo porque...!

Daziel entró, cerró la puerta con el pie y caminó directamente hacia la cama.

Entonces me agarró por la cintura y me lanzó sobre el colchón sin ningún miramiento. Caí entre las mantas con un pequeño rebote y me incorporé inmediatamente, con el cabello desordenado alrededor del rostro y una furia que probablemente podía verse desde Inglaterra.

Daziel comenzó a desnudarse delante de mí con una naturalidad que me dejó mirándolo como una idiota.

Primero se quitó la camisa y la dejó caer sobre una silla. Después se llevó las manos al cinturón mientras yo seguía allí sentada, observando el espectáculo sin saber muy bien qué hacer. Aquello empezaba a parecerse peligrosamente a un pase privado en un club de estriptís, y por desgracia para mi dignidad, no podía apartar los ojos.

«Joder, qué bueno está el muy cabrón».

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté finalmente.

Daziel levantó la mirada hacia mí como si acabara de hacerle la pregunta más absurda del mundo.

—Voy a acostarme, mujer.

—¿En pelotas?

Se quedó quieto.

—¿En qué?

Cerré los ojos un instante.

«Claro».

—Desnudo, Daziel. Me refiero a si piensas acostarte desnudo.

—Por supuesto.

La respuesta llegó acompañada de un encogimiento de hombros.

—No querrás que me acueste con la ropa.

—Existe una cosa maravillosa llamada ropa para dormir.

—¿Ropa para dormir?

—Olvidalo.

Y él, efectivamente, lo olvidó.

Continuó desnudándose hasta quedarse completamente desnudo frente a mí. Intenté mirar hacia otro lado. Lo intenté de verdad. Pero mis ojos tenían otros planes...

Allí estaba aquello otra vez. Grande. Enorme. Incluso más de lo que recordaba.

«*Madre del amor hermoso*».

Sentí una oleada de calor recorrerme y tuve que apretar las piernas al notar cómo mi cuerpo reaccionaba por su cuenta. Una podía tener muy claro que aquel hombre era un salvaje, un secuestrador ocasional y un auténtico dolor de cabeza, pero una tampoco era de piedra.

Daziel pareció completamente ajeno a mi conflicto interno. Se tumbó boca arriba sobre la cama y se quedó allí, completamente espatarrado y sin molestarse siquiera en cubrirse. Lo miré con incredulidad. ¿Aquel hombre no tenía ni una pizca de pudor?

La luz del fuego recorría su cuerpo y acentuaba cada una de sus formas. Tenía el torso ancho, los hombros poderosos y los brazos gruesos, marcados por músculos que no parecían fruto de ningún entrenamiento calculado, sino de toda una vida empuñando espadas, montando a caballo y haciendo cosas terriblemente masculinas que probablemente yo prefería no conocer. El abdomen era firme y definido, atravesado aquí y allá por pequeñas cicatrices, algunas casi imperceptibles y otras más profundas. Su cintura se estrechaba antes de dar paso a unas caderas fuertes y unas piernas musculosas que en aquel momento ocupaban una cantidad

indecente de colchón. Y no pensaba volver a mirar más abajo. Ya había mirado suficiente.

«*Mentira*» «*Mentira cochina*».

Daziel se llevó ambas manos a la cabeza y cerró los ojos.

—Dios...

Su voz perdió de repente aquel tono divertido.

Fruncí el ceño.

—¿Estás bien?

—Todo gira a mi alrededor.

No pude evitar una sonrisa.

—Eso suele pasar cuando uno intenta beberse las reservas de *whisky* de una fortaleza en tan solo una noche.

Abrió un ojo.

—Puede que haya bebido más de la cuenta.

—¿Puede?

—Un poco más.

—Claro.

Me levanté de la cama.

—Espera.

Fui hasta la mesa donde habían dejado una jarra de agua y serví un vaso. Cuando regresé, Daziel ya tenía los ojos cerrados.

—Toma. Bebe esto.

No respondió.

—Daziel.

Nada. Me incliné un poco.

—¿Daziel?

Un ronquido grave fue toda la respuesta que obtuve. Me quedé mirándolo.

—No puede ser.

Otro ronquido.

—Joder... Menuda cogorza llevas, tío.

Dejé el vaso sobre la mesita y volví a observarlo.

Dormido parecía diferente. La dureza habitual de su rostro había desaparecido y las cicatrices resultaban menos intimidantes. El cabello castaño se extendía desordenado sobre la almohada y una sombra de barba cubría su mandíbula. Incluso borracho y

completamente inconsciente seguía siendo un hombre escandalosamente atractivo.

Y su cuerpo no ayudaba.

En absoluto.

Recorrí nuevamente con la mirada sus hombros, su pecho, el abdomen firme y aquellas piernas largas y musculosas extendidas sobre el colchón.

«Ya está bien, Chloe, te estás poniendo las botas. Luego tendrás que lidiar con el calentón y aquí no existe en satisfied».

Agarré la manta y se la lancé por encima, cubriéndolo hasta la cintura.

«Mucho mejor».

Bueno, no. Seguía teniendo medio dios griego desnudo dentro de mi cama. Me acosté a su lado y me giré inmediatamente, dándole la espalda. Después me tapé hasta el cuello y cerré los ojos.

Unos segundos más tarde los abrí. Los volví a cerrar. Nada. Era imposible. Escuchaba su respiración detrás de mí. El ocasional ronquido. Incluso podía sentir el calor que desprendía su cuerpo a escasa distancia del mío. Y yo sudaba. ¡Qué coño! Estaba literalmente en llamas.

«Duérmete».

Intenté pensar en cualquier otra cosa. En absolutamente cualquier cosa que no fuera el enorme hombre desnudo que tenía detrás. No funcionó. Suspiré y hundí la cara en la almohada. Tener a un hombre así desnudo a menos de medio metro era suficiente para quitarle el sueño a cualquiera.

Capítulo 16

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

Me desperté con un dolor de cabeza tan intenso que durante unos instantes fui incapaz de abrir los ojos. Sentía cada latido golpeándome detrás de las sienes y, cuando finalmente conseguí levantar los párpados, descubrí que la habitación todavía parecía moverse ligeramente a mi alrededor. Solté un gruñido y me llevé una mano a la frente. El rey no conocía límite alguno cuando se trataba de beber y, como un maldito necio, yo me había dejado arrastrar por él hasta perder la cuenta de las copas. Aunque, pensándolo bien, estaba bastante seguro de que Brett no habría amanecido en mejores condiciones que yo. Aquello me proporcionó un consuelo bastante miserable.

Me revolví entre las mantas buscando una postura que consiguiera que mi cabeza dejara de martillearme y entonces sentí

algo cálido a mi lado. Un cuerpo. Permanecí inmóvil unos segundos hasta que los recuerdos de la noche anterior comenzaron a regresar de forma desordenada. Recordé haber ido a buscar a Chloe, discutir con ella porque pretendía dormir en otra habitación y, para mi desgracia, también recordé haberla cargado sobre el hombro y atravesado medio corredor con ella protestando a pleno pulmón.

Cerré los ojos. Debía de pensar que era un bruto, o un salvaje. Probablemente ambas cosas.

Giré despacio la cabeza y la encontré dormida a mi lado. Chloe estaba boca arriba, con el cabello rojizo extendido sobre la almohada en una maraña de rizos y medio destapada. El camisón de lino se había ceñido a su cuerpo, dibujando unas curvas que hicieron que mi atención descendiera más de lo que debería. El frío de la mañana había endurecido sus pezones bajo la fina tela y tuve que tragar saliva.

Maldita fuera.

Mi imaginación hizo el resto y el deseo me golpeó con una fuerza que consiguió que, durante un instante, incluso olvidara el dolor de cabeza.

Aparté la mirada, pero no sirvió de nada. Mi cuerpo ya había reaccionado. Estaba tan duro que creí que explotaría ahí mismo. Solté el aire despacio y contemplé el techo, intentando recuperar algo de sensatez. Aquella mujer era una tentación constante. Lo había sido desde que apareció empapada junto a mi hoguera con aquel cabello rojo pegado al rostro y esos enormes ojos color miel mirándome como si yo fuera el hombre más extraño que hubiera conocido jamás.

Entonces Chloe se movió.

Se giró hacia mí todavía dormida y, sin ser consciente de lo que hacía, acortó la poca distancia que nos separaba hasta quedar prácticamente pegada a mi cuerpo.

Contuve la respiración.

«Señor, que no soy de piedra»

Su calor, su aroma y la suavidad de su cuerpo contra el mío terminaron de despertar un deseo que llevaba demasiado tiempo intentando ignorar. La deseaba. Cada día resultaba más absurdo

negarlo. Deseaba descubrir cómo sería tenerla entre mis brazos sin que estuviera intentando escapar de ellos, besar aquella boca hasta borrar cada una de sus protestas y escuchar mi nombre entre sus labios.

La observé.

Dormida no parecía la mujer que discutía conmigo por absolutamente todo. Las pecas salpicaban sus mejillas y el puente de su nariz, sus pestañas descansaban sobre la piel y aquellos labios gruesos y sonrosados permanecían ligeramente entreabiertos. Demasiado tentadores.

Chloe abrió los ojos y me descubrió mirándola.

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Sus ojos se clavaron en los míos y sentí que algo dentro de mí terminaba de romper la poca resistencia que me quedaba. Actué sin pensar. Levanté una mano, acaricié lentamente su mejilla y deslicé los dedos entre sus rizos.

Ella no se apartó. Y Aquello para mí fue suficiente, así que me incliné hacia ella y la besé. Llevaba demasiado tiempo deseando hacerlo. Esperaba que me rechazara, que colocara una mano contra mi pecho y comenzara a insultarme como acostumbraba a hacer cuando algo no le gustaba. Pero Chloe hizo exactamente lo contrario.

Respondió al beso.

Y cuando sentí su lengua buscar la mía, toda posibilidad de conservar algo de sensatez desapareció.

«*Maldita mujer*».

No sabía lo que hacía. Todo en ella me provocaba. La manera en que me miraba, la forma en que introducía su lengua en mi boca y jugaba con la mía. Sus manos recorriendo mi pelo y mi espalda...

Deslicé la boca por su barbilla y lamí su cuello hasta llegar a su escote. Desanudé la cinta de su camisón y se lo bajé con brusquedad hasta descubrir sus pechos. ¡Joder no estaba para florituras! Estaba completamente enardecido. Ella no dijo nada. Simplemente tiró de mi pelo en una clara invitación a su escote.

No me resistí. Estaría demente si lo hubiese hecho. Lamí aquellos pezones rosados y los succioné sin piedad. Ella gemía y se

retorcía entre mis brazos. Toda ella era pura sensualidad.

—Oh, Chloe. No tienes ni idea de lo que te deseo. De lo que deseo hacerte. —La besé de nuevo y después deslicé mi mano entre sus muslos—. Quiero hacerte temblar entre mis brazos.

—Pues hazlo, Daziel. Quiero sentirte.

Toqué su sexo y estaba tan húmeda que mi miembro tuvo una convulsión involuntaria. Metí uno de mis dedos en su interior y la acaricié por dentro mientras tiraba con cuidado con mis dientes uno de sus pezones.

—Ah, así. Gigante, no dejes de tocarme.

Escucharla hablar con esa claridad me volvía loco.

Introduje otro dedo y ella gimió de nuevo mientras meneaba sus caderas friccionando su sexo contra la palma de mi mano.

¡Joder, era puro fuego! Jamás había estado con una mujer así. Tan natural y tan sensual. Toda ella me volvía loco.

—Mierda Chloe, estoy tan excitado... deja que entre en ti.

Ella se despegó apenas para mirarme a los ojos.

—Primero haré algo que estoy deseando desde hace mucho tiempo.

Se incorporó despacio sobre uno de sus codos, y sin dejar de mirarme a los ojos deslizó su suave mano sobre mi pecho hasta el ombligo y después mi verga. La agarró sin contemplaciones y la masajeó de arriba abajo mientras se mordía el labio inferior.

¡Estaba claro que deseaba hacerme rozar la locura!

—Eres tan grande que no se si podre... —dijo antes de llevársela a la boca.

Chloe me lamió y me saboreó de una forma deliciosa mientras que no dejaba de masajearla con la mano. Creí que moriría allí mismo. Sus labios carnosos rodearon mi glande con una suavidad tortuosa. Su lengua repasó cada una de mis curvas y se deleitó con mis testículos.

¡Mierda si no detenía aquello explotaría!

—Chloe, detente... vas a hacer que...

—¿No te gusta? —Ella paró para mirarme de una forma inocente.

—¿Cómo no me va a gustar? El problema es que me gusta demasiado.

Ella sonrió. Fue una sonrisa pícara. Y después se puso a horcajadas sobre mí. Su sexo estaba tan cerca de mi miembro erecto y duro que ambos se rozaban. Esa mujer acabaría siendo mi perdición. Lo supe en ese mismo instante.

Chloe comenzó a mover las caderas rozándose contra mi dureza a la vez que jugaba con sus pezones y los pellizcaba para mí. Verla en aquella posición hizo que mi corazón se desbocara. Era la pura imagen de la sensualidad. Con esos labios entreabiertos, esas mejillas arreboladas, y esos ojos miel y enormes repletos de lujuria.

Tuve que contenerme para no agarrarla de la cintura, tirarla sobre el lecho y penetrarla con todas mis fuerzas. Entonces se alzó y comenzó a clavar en mí lentamente. Me sentí temblar bajo su cuerpo. Un títere.

La dejé moverse, disfrutar hasta que no pude más. La bestia que me habitaba estaba incontrolable. Clavé mis dedos en su cintura y moví mis caderas con brusquedad.

Ella gimió y se retorció. Ver sus pechos rebotar fue una alucinación divina.

Apoyó una de sus manos en mi vientre y me cabalgó sin piedad. La sentí estremecerse, mojarse y palpar alrededor de mi cuerpo. Contemplar su rostro mientras se corría, fue una visión enardecedora. Ya no pude aguantar más, y me dejé ir. Fue brutal.

Sentí que mi corazón era capaz de detenerse, y por un instante creí que así fue. El aire se detuvo dentro de mis pulmones y todo mi cuerpo tembló.

—Mierda, Chloe. Eres preciosa. Ardiente. Y creo que no entiendes hasta que punto me vuelves loco.

Ella me miró divertida, salió de mí, y se tumbó a mi lado todavía con la respiración agitada.

Yo seguía duro como un mástil. Desde luego que aquello no se había acabado. Me tumbé sobre ella con cuidado, y tras besarla de nuevo volví a penetrarla. Esta vez de un empujón. Me moví desplacé, saboreándola. La besé y acaricié su pelo mientras sentía una conexión con ella que por un momento me provocó vértigo.

Ella se arqueó para mí, y clavó sus uñas en mi espalda mientras jadeaba y susurraba mi nombre. Estaba cerca. Podía sentirlo en el calor de su piel, en su respiración agitada y en lo prieto de su vagina. Quería hacerla disfrutar. Clavarme tan hondo en ella que después de aquello no pudiese olvidar mi nombre.

—Eso es gigante, me encanta... *ummm...*

Capítulo 17

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Aquel hombre me tenía muy excitada. Era un buen amante. Tan sexy... y qué decir de su miembro que me llenaba al completo. Enorme. Descomunal. Movía la cintura a un ritmo tortuoso, demencial. ¡Joder! ¿Cómo volvería a la normalidad después de aquello? Aquello podría convertirse en una droga para mí. No deseaba que acabara.

Daziel se incorporó sobre sus rodillas, colocó un almohadón bajo mi trasero para elevar mi pelvis y siguió penetrándome mientras que con su dedo pulgar acariciaba mi clítoris hinchado.

¡Mierda! ¿Cómo era posible que los highlanders fuesen tan buenos en la cama? Serían todos así. Ahora entendía algo mejor a Rose.

Daziel me miraba con la lujuria instalada en sus ojos. Sus grandes hombros, su pecho y sus abdominales parecían mucho más fuertes y musculosos con esa fina capa de sudor que los cubría. Dios, estaba buenísimo.

—Así, gigante... muévete más deprisa —le dije sintiendo el orgasmo a las puertas.

No podía retrasarlo más, ni tampoco deseaba hacerlo.

Levanté algo más la pelvis y coloqué una de mis piernas por encima de su hombro. Acaricié mis pechos y se hizo la magia. Joder, fue como caer desde lo alto de un edificio en llamas. Fue incluso más brutal que el primero. Jadeé y me retorcí de placer. Dejé libre a mi cuerpo para moverse a su antojo.

Entonces lo sentí a él palpar en mi interior, y aquello vino acompañado de un gruñido sexy y muy varonil. Ambos nos quedamos muy quietos por un momento, todavía encajados el uno en el otro, sintiendo toda aquella oleada de sensaciones mientras nuestros cuerpos volvían a respirar con normalidad.

Después Daziel se tumbó a mi lado y pasó uno de sus grandes brazos sobre mi cintura. Y mientras contemplábamos el techo tratando de relajarnos, caí en algo. En algo horrible y descabellado. ¡No había usado protección! Y desde que había llegado a Escocia no había tomado la pastilla anticonceptiva. ¿Es que me había vuelto completamente loca?

Me incorporé de sopetón y sentí que todo el calor abandonaba mi rostro de golpe. Comencé a hiperventilar e incluso sentí un pequeño mareo.

Daziel se incorporó también al ver mi reacción. Parecía muy preocupado.

—¿Chole, qué sucede? ¿Te encuentras bien?

—Sucede que somos unos inconscientes.

—¿Por qué? —preguntó Daziel confundido.

—Bueno... —continué, pasándome una mano por el cabello mientras intentaba conseguir que entrara suficiente aire en mis pulmones—. Hemos mantenido relaciones sin protección.

Daziel frunció el ceño.

—¿Protección contra qué?

Lo miré fijamente.

«*Por supuesto*».

Estaba en 1469 hablando de anticonceptivos con un hombre que pocos días antes ni siquiera sabía qué demonios era un teléfono.

—Contra un embarazo, Daziel.

Su expresión cambió, aunque no de la manera que esperaba. La preocupación desapareció de su rostro casi por completo y fue sustituida por una calma que consiguió ponerme todavía más nerviosa.

—Ah.

—¿Ah? —repetí—. ¿Eso es todo cuanto tienes que decir?

—No comprendo por qué estás tan alterada.

Abrí mucho los ojos.

—¿Cómo que no comprendes por qué estoy alterada? ¡Porque podría quedarme embarazada!

Daziel continuó observándome como si estuviera esperando la parte verdaderamente preocupante de la historia.

—Sí.

—¿Sí?

—Es lo que puede ocurrir cuando un hombre se acuesta con su esposa.

Lo miré durante varios segundos.

—¡Pero es que no soy tu esposa!

Aquello consiguió que parpadeara.

—El rey cree que sí.

—¡Mi útero no sabe lo que cree el rey!

Daziel se quedó completamente inmóvil.

Yo también.

Por un instante pensé que no lo había entendido. Entonces vi cómo una de las comisuras de sus labios comenzaba a elevarse.

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Te estás riendo.

—No.

—Daziel, no es momento de bromas.

Su sonrisa aumentó.

Le di un golpe en el brazo.

—¡Esto es serio!

—Lo sé.

—Pues no lo parece.

Me levanté de la cama y comencé a buscar mi camisón entre el desastre de ropa y mantas que habíamos dejado a nuestro alrededor. Necesitaba vestirme. Necesitaba pensar. Sobre todo, necesitaba dejar de mirar a aquel hombre desnudo porque mi cuerpo parecía haber decidido que, después de cometer una estupidez monumental, la mejor solución era continuar cometiéndola.

Encontré finalmente el camisón y me lo puse.

—En mi época existen métodos para evitar estas cosas.

—¿Qué cosas?

Me giré.

—Los embarazos.

Daziel se apoyó contra el cabecero.

—¿Podéis impedirlos?

—Podemos intentarlo, sí. Yo tomaba una pastilla.

—¿Una pastilla?

—Una medicina.

—¿Estabas enferma?

—¡No!

Volvió a fruncir el ceño.

—Entonces ¿por qué tomabas una medicina?

Suspiré. Aquella conversación podía durar hasta Navidad.

—Porque impedía que me quedara embarazada.

La sorpresa que apareció en su rostro fue casi cómica.

—¿Existe algo capaz de hacer eso?

—Sí. Y llevo tiempo sin tomarlo porque, sorpresa, mi bolso no viajó conmigo a la Escocia medieval.

Daziel guardó silencio unos instantes.

—Podemos llamar a alguien.

Lo miré con desconfianza.

—¿A quién?

—No lo sé.

—Excelente plan.

—Tal vez alguna mujer de la fortaleza conozca algún remedio.

—¿Quieres llamar a una de tus doncellas y decirle que tu falsa esposa acaba de acostarse contigo y ahora teme quedarse embarazada?

Lo pensó.

—Dicho así...

—Ni se te ocurra.

—También está el médico.

—¡Mucho menos!

La sola idea consiguió que me entrara otro ataque de nervios.

—Además, ¿qué va a hacer el médico? Dudo muchísimo que guarde anticonceptivos en algún cajón. Y no quiero ni pensar los métodos tan horribles que se le puedan ocurrir.

Daziel parecía cada vez más perdido.

—No sé qué se hace en estos casos, Chloe.

—Eso ya lo veo.

—Pero imagino que impedir un embarazo después de habernos acostado no debe de ser sencillo.

Me dejé caer sobre el borde de la cama. Aquello era precisamente lo que no quería escuchar.

—Dios...

Hundí el rostro entre las manos.

—Soy idiota.

—No lo eres.

—Sí. Lo soy. Una idiota gigantesca.

—Yo soy el gigante.

Levanté la cabeza muy despacio.

Daziel estaba completamente serio.

Lo señalé.

—Ya te he dicho antes que no es momento para hacer bromas.

Volví a taparme el rostro.

Durante unos instantes ninguno de los dos habló. Poco después sentí cómo el colchón se hundía a mi lado y Daziel se sentó

junto a mí. Esta vez no hizo ninguna broma. Su enorme mano se posó sobre mi espalda y comenzó a acariciarla despacio.

—¿Tanto miedo te produce?

Bajé las manos.

—Sí.

Su expresión se suavizó.

—¿Por qué?

Lo miré como si la respuesta fuera evidente.

—Porque no tengo una vida aquí, Daziel. Ni siquiera sé si seguiré en este tiempo dentro de unos días. Rose va a ayudarme a regresar.

Algo cambió en su mirada al escuchar aquello.

Fue apenas un instante, pero lo vi.

—Y nosotros ni siquiera somos una pareja —continué—. Nos conocemos desde hace poco. Nos hemos acostado porque... porque...

—Nos deseábamos.

Tragué saliva.

—Sí.

No tenía sentido negarlo después de lo ocurrido.

—Pero desear a alguien no significa que debas tener un hijo con él.

Daziel asintió lentamente. Por primera vez parecía empezar a comprender que aquello que para él resultaba natural tenía implicaciones completamente diferentes para mí.

—Entonces entiendo tu miedo.

—Gracias.

—Aunque no sabemos si estás embarazada. Puede que no lo estés.

—También lo sé.

—Entonces quizá deberías dejar de comportarte como si el niño estuviera ya corriendo por la fortaleza.

Giré la cabeza hacia él.

—Qué fácil lo ves todo.

—No. Simplemente intento preocuparme por los problemas cuando existen.

—Eso es muy medieval por tu parte.

—No sé qué significa eso.

Se me escapó una pequeña risa.

¡Maldito fuera!

Daziel sonrió y después me apartó suavemente un mechón de cabello del rostro.

—Si llega a ocurrir, no estarás sola.

Mi sonrisa desapareció.

—Daziel...

—No estoy diciendo que vaya a ocurrir. Solo que, si ocurre, asumiré mi responsabilidad.

—¿Tu responsabilidad?

—Nuestra responsabilidad —corrigió—. No permitiría que cargaras sola con algo que también me pertenece.

Aquello me dejó sin ninguna respuesta ingeniosa.

Lo observé durante unos segundos. Seguía siendo aquel hombre imposible que me había secuestrado, que me había cargado sobre el hombro dos veces desde que nos conocíamos y que acababa de demostrar que tenía una capacidad extraordinaria para poner mi vida patas arriba.

Pero en ese momento también parecía completamente sincero.

No sé por qué sonreí en ese momento. Me pareció tan dulce...

Él también sonrió. Después su mirada descendió hacia mis labios y sentí que mi cuerpo reaccionaba de inmediato.

—Ah, no. Ni hablar.

Le puse una mano en el pecho antes de que pudiera acercarse.

—No vuelvas a mirarme así.

—¿Cómo?

—Como si estuvieras pensando en repetirlo.

—Estaba pensando exactamente eso.

—Pues deja de pensarlo.

—Será difícil. Ha sido... verte disfrutar. Cómo te tocabas...

—Esfuézate.

Daziel dejó escapar una risa grave y yo negué con la cabeza, aunque ya no conseguía contener la sonrisa.

—Eres un peligro.

—Voy a buscar a Rose.

La sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro.

—¿Vas a contarle lo que hemos hecho?

Me giré hacia él.

Por primera vez desde que lo conocía, Daziel MacKay parecía verdaderamente alarmado.

No pude evitar sonreír.

—Absolutamente todo.

—Chloe, ¿es qué no tienes un mínimo de decencia?

—Hace un momento te encantaba eso de mí. Se lo contaré y lo haré con todo lujo de detalles.

—¡Chloe! Es algo privado.

Comencé a caminar hacia la puerta mientras escuchaba sus protestas a mi espalda.

Y, pese al miedo que todavía tenía instalado en el estómago, salí de aquella habitación riéndome a carcajadas.

Capítulo 18

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Después de regresar a mis aposentos me aseo con el agua que habían dejado preparada, me lavé la cara a conciencia y traté de hacer algo decente con aquella masa de rizos pelirrojos que parecía tener voluntad propia. Màiri apareció poco después para ayudarme con el vestido y, mientras apretaba cordones y colocaba telas como si llevara toda la vida haciéndolo, yo intenté no pensar en lo ocurrido con Daziel.

Fue completamente inútil.

Mi cuerpo parecía conservar una memoria extraordinariamente detallada de la mañana.

«No pienses en él». «Ni en sus brazos». «Y muchísimo menos en lo demás».

Pero fue imposible.

Cuando estuve lista bajé al gran salón con la intención de encontrar a Rose desayunando, pero no había ni rastro de ella. Tampoco de Brett ni de Daziel, y mucho menos del rey. Supuse que todavía estaba durmiendo la mona. Crucé el salón, pasé por la cocina y encontré a Fergoll enfrascado en sus tareas mientras varios ayudantes iban y venían a su alrededor.

—Buenos días, Fergoll.

El cocinero levantó la cabeza.

—Buenos días, mi señora.

Aquello de «mi señora» seguía resultándome rarísimo.

Cogí una manzana de uno de los cestos.

—Te robo esto.

—No es necesario robar en vuestra propia cocina.

Me detuve con la manzana en la mano.

—Discúlpame, es una forma de hablar.

Fergoll sonrió y yo le di un mordisco mientras salía por la puerta que comunicaba con el patio. La mañana estaba fresca, aunque el cielo se había despejado y la fortaleza bullía de actividad. Crucé el patio sin saber muy bien dónde buscar a Rose, recorrí la zona de las caballerizas y terminé siguiendo el sonido seco y repetitivo de algo golpeando madera.

Cuando doblé una esquina comprendí qué era.

Me detuve.

—No puede ser.

Rose estaba en el patio de entrenamiento con un arco entre las manos.

Mi Rose.

La misma Rose a la que había conocido en Londres. La mujer que siempre había sido bastante torpe para cualquier cosa que requiriese coordinación y que podía tropezarse con una baldosa perfectamente lisa o dejar caer algo de las manos sin saber siquiera cómo había ocurrido. Más de una vez me había reído de ella porque era capaz de caminar tranquilamente por la calle y terminar chocándose contra una farola por ir hablando conmigo en lugar de mirar al frente.

Y aquella misma mujer sostenía ahora un arco entre las manos con una seguridad que no le había visto en la vida. Rose colocó una flecha, levantó el arma y tensó la cuerda. Su postura era firme, los hombros relajados y la mirada estaba completamente concentrada en una diana situada a varios metros.

Soltó la cuerda y la flecha salió disparada clavándose prácticamente en el centro.

Abrí la boca.

—Venga ya.

Rose volvió la cabeza y sonrió al verme.

—Buenos días.

Me acerqué despacio, todavía mirando la diana.

—La vida en Escocia te ha cambiado bastante.

—¿Por qué lo dices?

Señalé el arco.

—Porque la última vez que comprobé tus habilidades, utilizar el mando de la televisión desde el sofá ya te parecía suficiente actividad física.

Se echó a reír.

—He tenido buenos profesores.

Preparó otra flecha.

—¿Brett?

—Entre otros.

Volvió a tensar.

Esta vez observé con atención.

Soltó la cuerda y la flecha volvió a clavar-se cerca del centro.

—No puede ser.

Rose sonrió satisfecha.

—No está mal, ¿verdad?

—¿No está mal? Si me das eso a mí probablemente mate a una gallina que esté detrás de nosotros.

—Puedo enseñarte.

Aquello consiguió despertar inmediatamente mi interés.

—¿De verdad?

—Claro.

Miré el arco.

—Me encantaría.

Por primera vez desde que había aparecido en aquel maldito siglo encontré algo que realmente quería aprender. Quizá porque me parecía útil. Quizá porque la idea de regresar a mi época sabiendo disparar con arco tenía cierto atractivo.

«¿Qué hiciste durante tus vacaciones, Chloe?»

«Nada especial. Viajé a 1469, conocí a un highlander espectacular y aprendí tiro con arco».

Completamente normal.

Rose se acercó para recoger otra flecha y entonces me observó detenidamente. Su sonrisa desapareció poco a poco.

—¿Qué?

Ella entrecerró los ojos.

—Hay algo diferente en ti.

Sentí que se me encogía el estómago.

—No hay nada diferente.

—Sí que lo hay.

—Será el vestido.

—No.

—El pelo.

—Tampoco.

Rose dejó el arco a un lado.

—Es tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

Entonces sonrió.

Aquella sonrisa.

La conocía perfectamente.

—Oh, no.

—¿Qué?

—Lo has hecho.

Mi corazón dio un pequeño salto.

—¿El qué?

—Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa cara.

—Rose, como vuelvas a decir «esa cara» sin explicarme qué demonios significa...

—La de haber pasado una noche estupenda.

Abrí mucho los ojos.

—¡Joder, Rose!

Ella se llevó una mano a la boca.

—¡Lo sabía!

—¡Baja la voz!

Miré alrededor inmediatamente para comprobar que nadie estuviera lo bastante cerca para escucharnos.

Rose ya estaba riéndose.

—No puedo creerlo.

—Pues créetelo.

—¿Con Daziel?

La miré con expresión asesina.

—No, Rose. Con Fergoll. Claro que con Daziel.

—¡Chloe!

—Creo que la he cagado.

La sonrisa de Rose se desvaneció un poco.

—¿Qué has hecho?

—La he cagado profundamente.

—Eso ya lo has dicho.

Solté el aire y me llevé ambas manos al rostro.

—No puedo mentirte, tía. No pude resistirme.

Rose cruzó los brazos.

—¿No pudiste resistirte?

—¡Míralo!

—Es mi cuñado.

—Pues enhorabuena por la genética de la familia política, porque ese hombre es... Ese tamaño, esos brazos enormes, los abdominales, la cicatriz de la ceja que debería hacerlo parecer peligroso y resulta que le queda condenadamente bien, esos ojos azules que te miran y parece que te están quitando la ropa...

—Chloe...

Ya no podía parar.

—Las piernas, Rose. ¿Has visto las piernas de ese hombre? ¿Y los muslos? ¿Y el culo?

—¡No miro el culo de mi cuñado!

—Pues yo sí. Y te aseguro que merece la pena.

Rose se echó a reír.

—Estás fatal.

—¡Es que por donde lo mires está bueno! No tiene ni una parte desaprovechada. Es irritante.

—¿Y por eso te acostaste con él?

—No exactamente.

—Ajá.

—Bueno... quizá ayudó.

Rose negó con la cabeza, divertida.

—No puedo creer que lo hayas hecho.

Me acerqué a ella y bajé la voz.

—Lo peor no es eso.

—¿Hay algo peor?

—Me encantó.

Rose abrió los ojos.

—Chloe...

—Muchísimo. Nivel preocupante. Nivel quiero repetirlo una vez, dos, tres o todas las que hagan falta.

—Hace unas horas querías regresar al siglo XXI.

—¡Y sigo queriendo regresar! Una cosa no quita la otra. Puedo querer volver a casa y reconocer que tu cuñado está espectacularmente...

Me interrumpí.

Rose arqueó una ceja.

—¿Espectacularmente qué?

—Espectacularmente *buenorro*. Atractivo, que es el tipo más varonil y sexy que he conocido jamás.

—Dios, Chloe, estás fatal.

—Puede que esté ovulando, ya sabes. Puede que mis hormonas me tengan la libido por los aires.

Mi sonrisa desapareció cuando recordé el verdadero motivo por el que la estaba buscando.

—Pero ahora tengo un problema.

—¿Qué ocurre?

Miré alrededor otra vez y me acerqué todavía más.

—No usamos nada.

Su expresión cambió.

—¿Nada?

Negué.

—Nada. Ni preservativo, evidentemente, ni anticonceptivos. Yo tomaba la píldora, pero llevo desde que llegué aquí sin tomarla. Y no estaba precisamente pensando con la cabeza cuando ocurrió.

—Vale.

—No me digas *vale* con esa cara.

—¿Qué cara?

—La de médico anunciando una enfermedad terminal.

—No estoy poniendo ninguna cara.

—¡Rose!

—Está bien. Ven conmigo.

Me agarró del brazo y me llevó hacia una zona más apartada del patio, detrás de una de las construcciones próximas a las caballerizas. Cuando comprobó que nadie podía escucharnos, se apoyó contra el muro.

—Primero, no significa que estés embarazada.

—Gracias. Esa parte ya me la explicó Daziel con una tranquilidad que casi consiguió que quisiera estrangularlo.

—Y tiene razón.

—No necesito que ahora te pongas de su parte.

—No me pongo de parte de nadie. Solo intento tranquilizarte.

Respiré profundamente.

—Entonces dime qué hacen aquí para evitar quedarse embarazadas.

Rose hizo una mueca.

—Creo que lo que voy a contarte no te va a gustar.

—No, no, no. No empieces así. Me asustas.

Rose hizo una pequeña mueca antes de contestar.

—Aquí las mujeres conocen algunas formas de intentar evitar un embarazo. Algunas utilizan plantas, preparan infusiones o

recurren a mezclas que se introducen dentro del cuerpo.

La miré horrorizada.

—¿Mezclas que se introducen dónde?

Rose levantó las cejas.

—¿De verdad quieres que te lo explique?

—No. Definitivamente no.

—Eso pensaba.

—¿Y funcionan?

Su expresión fue suficiente para quitarme cualquier esperanza.

—Ese es el problema. Nadie puede asegurártelo. Algunas mujeres confían en esos remedios porque es lo único que conocen, pero yo no me arriesgaría. Hay plantas que pueden resultar peligrosas si no sabes exactamente cuánto tomar y otras que probablemente no sirvan absolutamente para nada.

—Fantástico. O sea, que mis opciones son quedarme embarazada o envenenarme intentando evitarlo.

—Dicho así suena horrible.

—Porque es horrible, Rose.

—Por eso te estoy diciendo que no tomes nada por tu cuenta. Mucho menos cualquier brebaje que alguien te ofrezca asegurándote que impedirá un embarazo.

Me llevé ambas manos a la cara.

—Echo de menos las farmacias. Ahora mismo daría un brazo por entrar en una, acercarme al mostrador y pedir anticoncepción de emergencia sin tener que preocuparme de si voy a acabar criando malvas por culpa de una hierba medieval. —Me llevé las manos a la cabeza agobiada—. ¿O sea que no puedo hacer nada fiable?

—No de la manera en que podrías hacerlo en nuestro tiempo.

—Joder.

—Lo siento.

—¿Y ahora qué hago?

Rose me tomó de las manos.

—Ahora esperas. No te queda otra. Puede que no haya ocurrido absolutamente nada.

—¿Y si sí?

—Entonces lo afrontaremos cuando lo sepamos.

La miré.

—Eso mismo me dijo Daziel.

Rose sonrió.

—Quizá mi cuñado tenga más sentido común del que pensabas.

—No te emociones.

—¿Qué dijo exactamente?

—Que si ocurriera no me dejaría sola.

La sonrisa de Rose cambió.

—¿Te dijo eso?

—Sí.

—Chloe...

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—¡Otra vez con las caras! ¿Qué os pasa hoy a todos con mi vida?

Rose se rio y yo terminé haciendo lo mismo, aunque todavía sentía aquel nudo instalado en el estómago.

—Está bien —dije finalmente—. No voy a beber ningún brebaje medieval ni a meterme cosas raras en ninguna parte. Cruzaremos los dedos para que no haya pasado nada y, mientras tanto, procuraré mantener las piernas bien cerradas cuando Daziel esté cerca.

Rose soltó una carcajada.

—Eso último quiero verlo.

—Tengo fuerza de voluntad.

—Hace cinco minutos me has descrito hasta los muslos del hombre.

—He tenido un momento de debilidad.

—Claro.

—No volverá a ocurrir.

Rose me miró.

Yo la miré.

—Bueno... intentaré que no vuelva a ocurrir.

—Eso resulta bastante más creíble.

Le di un pequeño empujón con el hombro.

—Cállate.

Nos quedamos unos segundos riéndonos y sentí que, pese a todo, algo dentro de mí volvía poco a poco a su sitio. Seguía asustada. Seguía existiendo una posibilidad que no quería contemplar y no había absolutamente nada fiable que pudiera hacer en aquel siglo para cambiar lo ocurrido. Pero al menos Rose estaba conmigo.

Rose recuperó entonces el arco y su expresión se volvió algo más seria.

—En realidad, venía pensando en buscarte después de entrenar.

—¿Para qué?

—Quiero llevarte a un sitio.

Fruncí el ceño.

—¿Ahora?

—En cuanto estés preparada podemos salir.

—¿Adónde?

Rose sostuvo mi mirada durante un instante.

—A ver a Sienna.

Y de repente dejé de pensar en Daziel, en anticonceptivos y hasta en aquel arco que unos minutos antes estaba deseando aprender a utilizar.

Porque la madre de Daziel era, según Rose, la mujer que podía explicarme por qué demonios había terminado en aquella época. Y quizá también cómo salir de allí.

Capítulo 19

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Rose había hecho preparar la carreta antes de que termináramos nuestra conversación. Según me explicó, ya había hablado con Brett y a él no le había parecido mal que fuéramos solas, aunque aquello de *solas* era bastante relativo en esta época. Dos de los hombres de su esposo nos acompañarían durante todo el trayecto, cabalgando junto al vehículo, porque al parecer recorrer las Highlands sin una escolta armada no entraba dentro de las actividades recomendables para dos mujeres. No protesté. Si visitar a Sienna podía acercarme un poco más a comprender qué demonios me había ocurrido y, sobre todo, cómo regresar a mi tiempo, estaba dispuesta a aceptar hasta una pequeña guardia personal.

Subimos a la carreta y Rose se acomodó frente a mí mientras uno de los hombres cerraba la portezuela. Apenas había terminado

de colocarme el vestido cuando volvieron a abrirla de golpe.

Daziel apareció al otro lado como si alguien acabara de dispararlo desde el interior de la fortaleza.

Me sobresalté.

—¿Es que no pensabas decirme que te marchabas a ver a mi madre?

Por el tono de su voz, no parecía especialmente contento.

Lo miré durante unos segundos. Tenía una mano apoyada en la puerta y respiraba ligeramente agitado, como si hubiera atravesado medio castillo buscándome. Su mirada estaba clavada en mí y apenas pareció reparar en que su cuñada estaba sentada a menos de un metro, contemplando la escena con un interés que empezaba a resultarme sospechoso.

—No lo he visto necesario.

Las cejas de Daziel se juntaron.

—¿No lo has visto necesario?

—Eso he dicho.

—Has salido de mi alcoba esta mañana y no he vuelto a verte.

Rose movió ligeramente la cabeza.

Yo la miré de reojo.

La muy traidora bajó la vista, pero alcancé a ver perfectamente la sonrisa que intentaba esconder.

Volví a concentrarme en Daziel.

—Escucha, Daziel. No eres mi esposo de verdad.

Aquello consiguió que su mandíbula se tensara.

—No te debo explicaciones —continué—. Puedo ir donde quiera y no tengo que darte un parte de dónde estoy en cada momento.

Me observó como si acabara de decir la mayor estupidez que había escuchado en su vida.

—¿Eso es lo que crees?

Levanté ligeramente la barbilla.

—Eso es exactamente lo que creo.

Nos quedamos mirándonos en silencio.

Daziel parecía tener unas cuantas cosas que decir al respecto, pero la presencia de Rose debía de estar conteniéndolo. Sus ojos se desviaron hacia ella por primera vez y mi amiga adoptó inmediatamente una expresión de absoluta inocencia que no engañaba a nadie.

Él volvió a mirarme.

—Bien. Hablaremos en privado cuando regreses.

—Estupendo.

Daziel sostuvo mi mirada durante un instante más, cerró la portezuela de un sonoro golpe y desapareció.

Me quedé contemplando la madera.

—¿Pero qué demonios le pasa?

La carreta comenzó a moverse poco después. El traqueteo de las ruedas sobre el terreno llenó el interior y apenas habíamos atravesado las puertas de la fortaleza cuando escuché una risa frente a mí.

Levanté la cabeza. Rose tenía una mano sobre la boca.

—¿Qué tiene tanta gracia?

Eso fue suficiente para que dejara de contenerse.

—Joder, Chloe.

—¿Qué?

—Estáis metidos hasta las trancas.

Abrí los ojos.

—¿Perdona?

—Daziel está loco por ti.

Solté una carcajada.

—¿Es que acaso te has vuelto loca?

—Lo está.

—Rose, apenas nos conocemos. Eso es imposible.

—¿Y?

—¿Cómo qué y? —Mi amiga se acomodó mejor en el asiento.

—Es que acaso no tienes sentido común. Solo tienes que ver cómo se ha puesto. Como te mira.

—Me mira como si quisiera estrangularme la mitad del tiempo.

—No es precisamente eso lo que parece querer hacerte.

—Rose.

Volvió a reírse.

—Y él tampoco te es indiferente.

—¿Indiferente? —repetí antes de empezar a reírme—. Dios mío, ya hablas como toda una señora de fortaleza. Dentro de poco empezarás a decirme que mi conducta es impropia de una dama.

—Pues quizá debería.

—No te atrevas.

Rose negó con la cabeza, todavía divertida, aunque poco a poco su expresión se volvió algo más seria.

—Fuera de bromas, hay algo que deberías entender. —Hizo una pausa—. Te lo digo porque vienes de nuestro tiempo y estás interpretando lo que ha ocurrido entre vosotros según nuestras reglas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué reglas?

—Las nuestras, Chloe. Las del siglo XXI. Tú piensas que os habéis atraído, os habéis acostado, os lo habéis pasado estupendamente y ahora cada uno puede continuar con su vida hasta que decidáis si queréis repetirlo o no.

—Exactamente.

—Pues Daziel no ha crecido pensando así.

Mi sonrisa comenzó a desaparecer.

—¿Qué quieres decir?

Rose se inclinó ligeramente hacia mí.

—Que aquí acostarse con alguien tiene unas implicaciones muy diferentes, sobre todo para una mujer. No es habitual que una mujer respetable se acueste con un hombre simplemente porque le apetece y al día siguiente ambos actúen como si nada hubiera ocurrido. Puede pasar, por supuesto, porque la gente siempre ha sido gente, pero socialmente no se interpreta como lo haríamos nosotras. Y Daziel, además, ya te ha presentado ante el rey como su esposa.

—De mentira.

—Para ti.

—¡Para él también!

—Eso tendrás que preguntárselo.

Me quedé callada.

Rose continuó antes de que pudiera protestar.

—No estoy diciendo que por haberte acostado con él le pertenezcas ni ninguna barbaridad semejante. Lo que intento explicarte es cómo puede estar interpretándolo Daziel. Él te ha llevado a su cama, os habéis acostado y, ante todo el mundo, eres la mujer con la que afirma haberse casado. Es posible que para él eso signifique que ahora tiene ciertas obligaciones contigo.

—No.

Rose sonrió.

—Chloe...

—No, no, no. Detén la carreta. Volvamos atrás y aclaremos esto ahora mismo.

Se echó a reír.

—No seas exagerada.

—¡No soy exagerada! Ese hombre no tiene ningún compromiso conmigo. Ninguno. Él es libre y yo también.

—Bien.

—Nos divertimos.

—Muchísimo, por lo que me has contado.

—Rose. —La fulminé con la mirada. —Nos divertimos y punto. Somos dos adultos. Nos apetecía, ocurrió y no significa que ahora tengamos que elegir cortinas para nuestra casita medieval.

Rose soltó una carcajada tan fuerte que uno de los hombres que cabalgaban junto a la carreta volvió la cabeza.

—Baja la voz, pederza. No necesito que todo el mundo se entere de esto —dije nerviosa.

—Perdona, pero si crees que no lo sabe ya todo el mundo es porque no conoces absolutamente nada de este tiempo.

—¿Qué?!

—Chloe, en esta época no hay intimidad para las mujeres de alta cuna.

—¿Alta cuna? ¿pero tu te oyes? Ni que fuésemos de la realeza.

—Lo creas o no aquí es así. Y eso implica tener poca intimidad. Tus doncellas mismas controlarán tu periodo. Sabrán si duermes con tu esposo y confirmarán al resto del clan que cumples con tus obligaciones maritales. Si el rey las hiciese llamar ellas serían quien confirmarían que tu esposo y tú dormís en la misma cama.

—Dios, esto es surrealista.

—Lo es.

—Soy una tonta... ahora por mi culpa Daziel se hará ideas equivocadas.

—Habla con él, conozco a Daziel. Te entenderá.

Asentí sintiendo toda una madeja de pensamientos en mi cabeza.

Miré por la pequeña abertura de la carreta y contemplé durante unos segundos cómo la fortaleza iba quedando atrás. De pronto recordé la expresión de Daziel cuando le había dicho que no era mi esposo. No había sido simplemente enfado. Había algo más que en aquel momento no había sabido interpretar.

—¿De verdad crees que piensa que tiene alguna obligación conmigo?

—Creo que Daziel es un hombre del siglo XV que acaba de acostarse con una mujer a la que lleva días presentando como su esposa. Así que sí, me parece bastante posible.

Me dejé caer contra el respaldo.

—Mierda.

Rose volvió a sonreír.

—Además, hay otro pequeño problema.

La miré con desconfianza.

—¿Cuál?

—Que te gusta.

—Eso no es ningún problema. Ya hemos establecido que es atractivo.

—No he dicho que te parezca atractivo.

—Es lo mismo.

—No lo es.

—Me pone. Muchísimo. ¿Contenta?

—No es solo eso.

—Claro que sí.

—Esto es algo más, aunque todavía no lo reconozcas.

Abrí la boca.

—Porque me preocupa lo del embarazo.

—Y antes de eso me describiste sus ojos, sus brazos, sus abdominales, sus piernas, sus muslos, su culo...

—¡Ya lo he entendido!

Rose se echó a reír otra vez mientras yo me hundía un poco más en el asiento.

Fantástico.

Había viajado casi seiscientos años hacia el pasado, mi mejor amiga estaba casada con un highlander y tenía una hija, quizá yo misma acababa de meterme en un problema monumental con otro highlander y ahora resultaba que el hombre podía interpretar lo ocurrido entre nosotros de una manera completamente diferente a la mía.

Me tapé el rostro con ambas manos.

—Mierda.

—¿Qué?

Separé los dedos lo suficiente para mirarla.

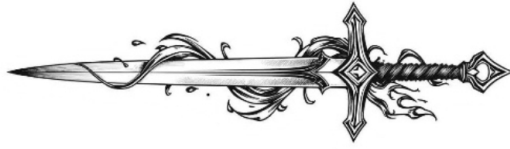
—La he cagado.

Rose sonrió.

—Un poco.

—No. —Dejé caer las manos sobre mi regazo y solté un largo suspiro—. Creo que la he cagado pero bien.

Y las carcajadas de mi supuesta mejor amiga acompañaron el traqueteo de la carreta durante buena parte del camino.



El trayecto hasta la casa de Sienna se prolongó durante buena parte de la mañana. A medida que nos alejábamos de Kinlochewe, el camino se hacía más estrecho y el paisaje más salvaje. Las montañas se alzaban a nuestro alrededor cubiertas por manchas de brezo y bosque, y en algunos tramos las ruedas de la carreta avanzaban con dificultad entre piedras y raíces. Rose parecía conocer perfectamente el recorrido. Yo, en cambio, no dejaba de mirar por la abertura lateral preguntándome cómo demonios alguien podía decidir vivir voluntariamente tan lejos de cualquier atisbo de civilización.

Finalmente abandonamos el camino principal y nos internamos por un sendero que atravesaba un bosque antiguo. Los árboles crecían tan juntos que sus ramas parecían entrelazarse sobre nuestras cabezas, dejando pasar apenas algunos haces de luz.

La carreta terminó deteniéndose mucho antes de que apareciera ninguna casa a la vista. De hecho, cuando uno de los hombres de Brett abrió la portezuela y Rose comenzó a bajar, miré alrededor intentando averiguar qué demonios hacíamos allí. No había absolutamente nada. Solo árboles. Árboles enormes, viejos y tan juntos en algunos puntos que sus ramas se entrelazaban sobre nuestras cabezas, ocultando buena parte del cielo.

—¿Hemos llegado? —pregunté mientras aceptaba la mano del guerrero para bajar.

—Casi.

Miré a mi alrededor otra vez.

—Rose, aquí no hay nada.

—La carreta no puede continuar. Desde aquí tendremos que ir andando.

—¿Cuánto?

—No demasiado.

Aquella respuesta no me gustó.

—Cuando alguien dice «no demasiado» siempre significa demasiado.

Rose sonrió y comenzó a caminar hacia el bosque. Los dos hombres que nos habían acompañado se quedaron junto a la carreta y los caballos, así que fui detrás de ella mientras me levantaba ligeramente la falda para evitar que se enganchara con la maleza.

—¿Ellos no vienen?

—No.

—¿Y eso no te preocupa?

Rose volvió la cabeza.

—Sé perfectamente adónde vamos.

—Fantástico. Porque yo no tengo ni idea.

Nos internamos en el bosque y, al cabo de unos pasos, dejé de escuchar incluso a los caballos. Aquello era completamente distinto a cualquier bosque que hubiera conocido en mi tiempo. Los árboles eran enormes y parecían llevar allí cientos de años; sus troncos estaban cubiertos de musgo y el suelo era una mezcla de tierra húmeda, raíces y hojas. Rose avanzaba con una seguridad que me confirmó, una vez más, cuánto había cambiado durante aquel año. Yo iba detrás procurando no dejarme los dientes contra alguna raíz.

—¿Sienna vive aquí?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

Rose soltó una carcajada.

—Voluntariamente.

—Tu familia política es cada vez más interesante.

—Espera a conocerla.

Continuamos caminando durante un buen trecho hasta que la vegetación comenzó a abrirse. Primero vi el humo. Una fina columna gris ascendía entre las ramas y se perdía sobre las copas de los árboles. Después apareció la cabaña.

Reduje el paso.

Era pequeña, construida en piedra y madera, y estaba tan escondida entre los árboles que habría resultado fácil pasar relativamente cerca sin verla. El musgo cubría parte de las piedras y contribuía todavía más a que pareciera formar parte del propio bosque. Junto a las ventanas colgaban algunas hierbas puestas a secar y el humo que había visto poco antes salía de una chimenea estrecha.

—Vaya... —murmuré.

Rose me miró.

—¿Qué?

—Nada. Solo esperaba...

—¿Qué?

Pensé un instante.

—No sé qué esperaba exactamente.

Antes de que pudiéramos avanzar mucho más, la puerta de madera se abrió.

Una mujer apareció en el umbral.

Debía de rondar los cincuenta años. Llevaba el cabello gris recogido en una larga trenza y tenía unos ojos claros que se fijaron inmediatamente en nosotras. No pareció sorprendida. Ni siquiera curiosa. Al contrario, sonrió como si nuestra llegada no tuviera absolutamente nada de inesperado.

Rose aceleró el paso.

—Sienna.

La mujer abrió los brazos y Rose se refugió en ellos. Se abrazaron con un cariño que me sorprendió y, cuando finalmente se separaron, Sienna sostuvo el rostro de mi amiga entre las manos durante un instante.

—Me alegra verte, muchacha.

—Y a mí.

Entonces Sienna me miró.

Me quedé quieta.

Había algo extraño en la forma en que lo hacía. No me estudiaba como haría alguien que ve por primera vez a una desconocida. Era más bien como si estuviera comprobando que la persona que esperaba era realmente la que tenía delante.

Se acercó.

—Y me alegra conocerte al fin, Chloe.

Fruncí el ceño.

—¿Al fin?

Sienna sonrió y, antes de que pudiera reaccionar, me abrazó.

Me quedé completamente tiesa.

Aquello empezaba raro.

Cuando me soltó, la observé desconcertada.

—¿Rose te ha hablado de mí?

—No necesito que nadie me hable de ti.

Miré a Rose.

Ella permaneció callada.

—Entonces no entiendo...

—Sabía que vendrías.

Sentí que algo se removía dentro de mi estómago.

—¿Que vendría hoy?

—Que llegarías aquí.

Mi expresión debió de ser bastante elocuente porque Rose se acercó y me tocó el brazo.

—Tranquila. Hay algo que todavía no te he explicado sobre Sienna.

—Pues creo que este sería un momento estupendo.

Sienna soltó una pequeña risa.

—Pasad. Os estaba esperando.

Aquella frase consiguió ponerme todavía más nerviosa.

Entramos en la cabaña y el cambio de temperatura fue inmediato. El fuego ardía en el hogar y calentaba una estancia sencilla, abarrotada de objetos que hicieron que mis ojos fueran de un lado a otro. Había recipientes de barro, plantas y hierbas secándose, pequeños frascos, velas, cuencos de madera y algunos libros cuidadosamente colocados. Todo olía a humo, tierra y plantas.

Esperé hasta que Sienna cerró la puerta.

—Vale. ¿Alguien puede explicarme qué significa exactamente eso de que me estaba esperando?

Rose respiró profundamente.

—Tienes que saber que Sienna es especial.

—¿Especial cómo?

—Puede ver cosas.

La miré.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas que han ocurrido. Otras que todavía no han ocurrido.

No siempre puede controlarlo.

Mi mirada pasó lentamente de Rose a Sienna.

—¿Me estás diciendo que puede ver el futuro?

—A veces —respondió la propia Sienna—. Aunque no funciona exactamente de esa manera.

—Claro. Porque eso habría sido demasiado sencillo.

Sienna sonrió.

—Fui yo quien escribió a Daziel para que acudiera al río.

Aquello me dejó completamente quieta.

—¿Qué?

—Sabía que alguien llegaría y que mi hijo debía estar allí para encontrarla.

De repente recordé la hoguera. El caballo. Daziel en mitad del bosque precisamente la noche en que yo había salido de aquel maldito río.

—¿Daziel estaba allí por ti?

—Sí.

—¿Él sabía que yo iba a aparecer?

—No. Mi hijo únicamente hizo lo que le pedí. No sabía a quién encontraría.

Me pasé una mano por el cabello.

—No entiendo nada.

—Lo sé.

—No, de verdad. Nada.

Rose me cogió suavemente de la mano.

—Yo tampoco entendía nada cuando vine aquí por primera vez. Sienna me ayudó.

La miré.

Entonces comprendí.

—¿Aquí ocurrió lo que me contaste?

Rose asintió.

Miré nuevamente a Sienna.

—Lo de tus recuerdos.

—Sí.

Sienna ya se había acercado al fuego.

—Y ahora Chloe, necesitas encontrar los suyos.

Aquello consiguió que se me erizara la piel.

—Un momento. Yo recuerdo perfectamente mi vida.

—Recuerdas esta vida —contestó Sienna.

No me gustó absolutamente nada cómo sonó aquello.

La mujer comenzó a preparar algo junto al fuego con una tranquilidad desesperante. Vertió agua en un pequeño recipiente y añadió unas hierbas mientras yo permanecía de pie observándola.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparar algo para ti.

—Esa frase tampoco me tranquiliza.

Rose sonrió.

—Confía en ella.

—Es muy fácil decirlo cuando no eres tú la que va a beberse el brebaje misterioso.

—Yo ya lo hice.

—Cierto. Y acabaste viendo una vida anterior. Magnífico precedente.

Sienna terminó la preparación y vertió el líquido en una pequeña copa. Después se acercó y me la ofreció.

La miré con bastante desconfianza.

—¿Qué va a pasarme?

—Verás lo que necesitas ver.

—Seguimos con las respuestas ambiguas.

—Porque no puedo darte las respuestas que buscas, Chloe. Solo puedo ayudarte a encontrarlas.

Bajé la mirada hacia la copa.

Sienna continuó:

—Tu alma ha llegado hasta aquí por una razón. No apareciste en este tiempo por accidente. La respuesta está dentro de ti.

Tragué saliva.

—¿Y esto va a enseñármela?

—Sí.

Cogí finalmente la copa. La sostuve entre las manos, pero no bebí. No estaba nada convencida. De hecho, estaba empezando a arrepentirme seriamente de haber salido de la fortaleza aquella mañana.

—¿Es seguro?

—Lo es.

—¿No voy a morirme?

—No.

—¿Ni a despertarme dentro de otros seiscientos años?

Rose soltó una carcajada.

—Bébelo, Chloe.

—Claro. Tú ríete.

Volví a mirar el contenido.

Entonces Sienna habló con absoluta tranquilidad.

—Y deja de preocuparte. No estás embarazada.

Me quedé congelada. Levanté la cabeza muy despacio.

—¿Qué?

Sienna no cambió de expresión.

Mis ojos volaron inmediatamente hacia Rose. Ella sonrió dulcemente y asintió. No porque se lo hubiera contado, sino porque acababa de comprobar, una vez más, que Sienna sabía cosas que nadie le había dicho.

—No puede ser...

—Puedes estar tranquila —repitió Sienna.

Miré la copa.

Después a ella.

Y finalmente a Rose.

—Esta mujer empieza a darme muchísimo miedo.

—Te acostumbrarás.

—No estoy segura de querer acostumbrarme.

Respiré profundamente y levanté la copa.

—Como esto salga mal, pienso perseguirte como fantasma durante el resto de tu vida.

Rose sonrió.

—Lo tendré en cuenta.

Me llevé el recipiente a los labios y bebí. El sabor era amargo y extraño. Hice una mueca, pero terminé hasta la última gota y le devolví la copa a Sienna.

—Pues tampoco ha sido tan...

El suelo pareció moverse bajo mis pies.

Parpadeé.

—...terrible.

La imagen de Rose comenzó a desenfocarse.

—Oh, mierda.

Sentí que las piernas dejaban de sostenerme.

Rose avanzó rápidamente hacia mí.

—Chloe.

Intenté agarrarme a ella, pero mis manos parecían haberse vuelto demasiado pesadas. Escuché su voz muy cerca y sentí unos brazos sujetándome antes de caer.

Después, todo desapareció.

Capítulo 20

Lo primero que escuché fue música.

Una melodía suave de arpas y flautas se mezclaba con el murmullo de muchas voces, con risas, conversaciones y el sonido del viento atravesando los árboles. Después llegaron los olores. Flores recién cortadas, hierba húmeda, humo, comida y ese aroma limpio de la primavera que parecía llenar cada rincón.

Abrí los ojos.

Durante unos segundos no comprendí dónde estaba.

Ya no me encontraba en la cabaña de Sienna.

Estaba sentada entre decenas de personas, en el exterior, bajo un cielo despejado y rodeada de montañas verdes. Hombres y mujeres vestidos con sus mejores ropas ocupaban bancos de madera colocados frente a un pequeño altar adornado con flores y telas que se agitaban suavemente con el viento.

El corazón comenzó a golpearme. Conocía aquel lugar. No porque hubiera estado allí antes. Porque Rose me lo había contado. La boda.

Era la boda de Catalina y Malcolm.

Intenté levantarme, pero mi cuerpo no respondió.

Entonces bajé la mirada.

Mis manos descansaban sobre un vestido que no reconocía. Eran mis manos y, al mismo tiempo, no lo eran. Parecían más jóvenes. Sobre mi regazo caía una falda confeccionada con una tela suave de color verde apagado, ceñida a la cintura y decorada con pequeños bordados. Mi cabello rojizo descendía parcialmente trenzado sobre uno de mis hombros.

Y entonces lo supe.

No hubo nadie que me lo explicara.

El nombre simplemente apareció dentro de mí acompañado de cientos de recuerdos que no deberían haberme pertenecido.

Danielle.

Me llamaba Danielle.

Y Catalina era mi hermana mayor.

La emoción me atravesó con tanta intensidad que tuve que respirar profundamente. No estaba contemplando la vida de otra persona desde fuera. Estaba dentro de ella. Sentía lo que ella sentía. Sabía lo que sabía. Recordaba su infancia, su familia, las discusiones con Catalina y el cariño inmenso que sentía por aquella hermana que en esos momentos estaba a punto de casarse.

Un movimiento a varios lugares de distancia llamó mi atención.

Giré la cabeza. Y dejé de respirar.

Donald.

Su nombre apareció antes incluso de que pudiera preguntarme quién era.

Estaba entre los hombres del clan MacKay, cerca del lugar donde aguardaba su hermano mayor. Era más joven que Malcolm, pero no había ninguna duda sobre el parentesco entre ambos. Alto, ancho de hombros y vestido con los colores de su familia, mantenía una postura seria mientras esperaba el comienzo de la ceremonia.

Pero yo no veía a Donald.

Veía a Daziel.

Sentí que el corazón se me detenía.

Era él.

No exactamente el hombre que había dejado aquella mañana en la fortaleza, porque su cabello era algo diferente y su rostro pertenecía indudablemente a otro tiempo, pero aquellos ojos azules, aquella mandíbula, la forma de mantenerse erguido y hasta aquella cicatriz que endurecía una de sus cejas...

Era Daziel.

No.

Donald.

Y estaba perdidamente enamorada de él.

La certeza llegó acompañada de un golpe de emociones tan intenso que me dejó sin aliento.

Lo amaba. Danielle lo amaba con todo cuanto era. Y él la amaba a ella.

Mi mirada volvió a buscarlo casi por instinto y, como si hubiera sentido que lo observaba, Donald giró la cabeza.

Nuestros ojos se encontraron.

Tuve que bajar la mirada para ocultar una sonrisa.

Dios.

Conocía aquella sensación.

Recordaba perfectamente la primera vez que los hermanos MacKay acudieron para hablar del compromiso entre Malcolm y Catalina. Recordaba a Donald entrando junto a su hermano y la impresión absurda que me había causado verlo. Después llegaron más visitas. Conversaciones robadas. Miradas cuando nadie estaba pendiente de nosotros. Encuentros breves que siempre parecían terminar demasiado pronto.

Hasta que, durante la última visita, Donald me había encontrado sola.

El recuerdo me golpeó con una claridad absoluta.

Sus manos sujetando las mías. Su voz diciéndome que me amaba. Y aquella promesa. En cuanto Malcolm y Catalina estuvieran casados, hablaría con mi familia. Después sería nuestro turno. Donald me había prometido que se casaría conmigo.

Levanté nuevamente la mirada.

Seguía observándome.

Esta vez fue él quien sonrió.

Sentí cómo mis mejillas se calentaban y bajé los ojos mientras una felicidad que no era mía y, sin embargo, sentía como propia me llenaba el pecho.

Pronto.

Eso pensaba Danielle.

«*Pronto seremos nosotros*».

La música cambió y todos los invitados se pusieron en pie.

Giré la cabeza.

Catalina apareció al comienzo del camino acompañada por nuestro tío. Y por un momento olvidé incluso a Donald. Mi hermana estaba preciosa.

El vestido marfil, las flores blancas entrelazadas en su cabello rubio, la expresión emocionada de su rostro... La felicidad que sentí al verla fue inmensa.

Entonces miré hacia Malcolm. Él no veía a nadie más. Solo a ella.

Sonreí.

Sabía cuánto se amaban. Todo el mundo lo sabía. Y mientras Catalina avanzaba hacia el hombre con quien llevaba soñando desde niña, mis ojos buscaron una vez más a Donald.

Él ya estaba mirándome.

Aquella vez no aparté la vista.

Una sonrisa apareció lentamente en sus labios y supe exactamente qué estaba pensando porque yo pensaba lo mismo.

La ceremonia comenzó y escuché las palabras del sacerdote mientras Catalina y Malcolm permanecían frente al altar con las manos entrelazadas. A mi alrededor había sonrisas, alguna lágrima emocionada y murmullos discretos. Yo intentaba prestar atención, pero cada poco tiempo mi mirada escapaba hacia Donald.

Él hacía exactamente lo mismo.

Y cuando el sacerdote pronunció las palabras que los convertían en marido y mujer, sentí una felicidad enorme por mi hermana.

No duró.

Un estruendo rompió la celebración.

Durante un instante nadie entendió qué estaba ocurriendo. Después llegaron los gritos.

Hombres armados aparecieron entre los árboles y todo se convirtió en caos.

Los Ross.

La música se interrumpió bruscamente. Las personas comenzaron a correr mientras los guerreros MacKay desenvainaban sus espadas. Escuché órdenes, gritos de mujeres y el choque brutal del acero mientras intentaba encontrar a Catalina entre la multitud.

—¡Catalina!

No conseguía verla.

Entonces busqué a Donald.

Él ya venía hacia mí.

Había desenvainado la espada y avanzaba entre el caos intentando alcanzarme.

—¡Danielle!

Me levanté.

Alguien chocó contra mí y estuve a punto de caer.

—¡Donald!

Intenté avanzar hacia él.

Todo ocurrió demasiado deprisa.

Un hombre apareció a mi izquierda. Vi el destello de una hoja y apenas tuve tiempo de comprender qué sucedía antes de sentir un dolor terrible atravesándome el costado.

El aire abandonó mis pulmones y miré hacia abajo. La sangre comenzó a extenderse sobre mi vestido.

—No...

Las piernas dejaron de sostenerme.

Escuché mi nombre.

—¡Danielle!

Donald llegó hasta mí antes de que tocara el suelo.

Me sujetó entre sus brazos y cayó de rodillas conmigo sobre la hierba. Su espada quedó abandonada a nuestro lado mientras una de sus manos presionaba desesperadamente mi herida.

—No. No, no, no... mírame.

Su voz estaba rota.

Nunca lo había escuchado hablar así.

—Mírame, Danielle.

Lo hice.

Sus ojos.

Eran los ojos de Daziel.

Sentí que las lágrimas comenzaban a caer por mis mejillas.

—Donald...

—No hables.

Presionó con más fuerza.

El dolor me arrancó un gemido.

—Aguanta. Voy a sacarte de aquí.

Sabía que no era cierto.

Y él también.

—Donald...

—He dicho que no hables.

—Te amo.

Se quedó inmóvil.

El miedo que había en sus ojos terminó de romperme.

Levanté una mano con enorme esfuerzo y acaricié su mejilla.

—Te amo —repetí.

Donald atrapó mi mano y la apretó contra su rostro.

—Y yo a ti.

Las lágrimas llenaron sus ojos.

—Mi corazón te pertenece, Danielle. Y mi alma también.

Siempre te pertenecerán.

Una sonrisa débil apareció en mis labios.

Habíamos tenido tantos planes... Íbamos a casarnos, a tener nuestra propia casa. Hijos. Una vida entera. Y de pronto comprendí que no tendríamos nada de aquello.

—Prometiste... casarte conmigo.

Su rostro se contrajo.

—Y lo haré.

Negué débilmente.

—Donald...

—Lo haré. ¿Me escuchas? Cuando todo esto termine, me casaré contigo.

Una lágrima cayó sobre mi mejilla.

Quise decirle que no importaba, que yo sabía que habría cumplido su promesa si nos hubieran concedido el tiempo suficiente y que, si realmente existía algo después de aquella vida, sería yo quien lo buscara hasta encontrarlo. Quería que aquellas fueran mis últimas palabras para él, que supiera que ni siquiera la muerte conseguiría borrar todo lo que habíamos sentido y todos los planes que habíamos hecho juntos. Sin embargo, el dolor se había vuelto insoportable y apenas conseguía respirar. Abrí los labios intentando hablar, pero ningún sonido llegó a salir de ellos. Fue entonces cuando, por encima de su hombro, distinguí movimiento entre el caos que seguía desarrollándose a nuestro alrededor. Un hombre avanzaba hacia nosotros con la espada ensangrentada entre las manos. Sentí que el miedo sustituía de golpe al dolor cuando comprendí que Donald estaba completamente de espaldas a él, demasiado concentrado en mantenerme con vida para advertir el peligro que se acercaba. Intenté avisarlo, obligar a mi voz a salir mientras levantaba una mano hacia su hombro, pero todo sucedió demasiado deprisa. Demasiado tarde.

La espada atravesó su espalda. Su cuerpo se tensó violentamente entre mis brazos y sus ojos se abrieron.

—¡No!

Donald soltó un sonido ahogado y durante un instante permaneció completamente inmóvil.

El hombre retiró la espada.

La sangre apareció en los labios de Donald.

—No... no, por favor... —mi voz apenas era audible.

Cayó sobre mí.

El peso de su cuerpo me hizo gemir, pero no me importó. Lo abracé con las pocas fuerzas que me quedaban mientras él intentaba respirar.

—Donald...

Consiguió levantar ligeramente la cabeza.

Nuestros rostros quedaron muy cerca.

Sus ojos seguían clavados en los míos.

—Te encontraré —susurró.

Sentí que algo dentro de mí se rompía.

—¿Qué?

Su respiración era cada vez más débil.

—Donde quiera que estés...

Una lágrima escapó de sus ojos.

—...te encontraré.

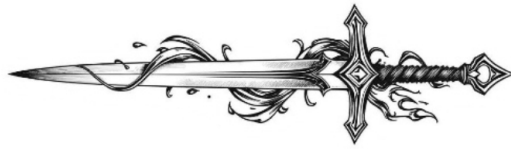
Lo abracé.

El ruido de la batalla comenzó a desaparecer. Ya no escuchaba las espadas. Ni los gritos. Ni siquiera sentía el dolor. Solo a Donald.

Su frente terminó apoyándose contra la mía y nuestros dedos permanecieron entrelazados sobre la hierba manchada de sangre.

Supe exactamente cuándo dejó de respirar.

Y entonces algo dentro de mí también se apagó.



Abrí los ojos con un grito ahogado.

El aire entró violentamente en mis pulmones y me incorporé como pude, completamente desorientada. Las lágrimas me caían por el rostro y durante varios segundos no vi la cabaña, ni el fuego, ni a Rose arrodillada junto a mí.

Solo veía sangre.

Y aquellos ojos azules.

—Donald...

Me llevé una mano al pecho.

Dolía.

Dios, dolía de verdad.

—Chloe.

Rose intentó acercarse, pero levanté una mano.

—No...

No podía respirar.

Cerré los ojos y otra imagen apareció inmediatamente.

Daziel.

Su rostro.

Sus ojos.

Aquella cicatriz.

Pero ya no veía únicamente a Daziel. Veía al hombre que me había sostenido entre sus brazos mientras moría. El hombre que me había prometido casarse conmigo. El hombre cuya última promesa había sido encontrarme.

Abrí nuevamente los ojos y miré a Sienna entre lágrimas.

—Era él.

Mi voz apenas salió.

Sienna no preguntó a quién me refería.

—Donald era Daziel.

Rose se quedó inmóvil.

Yo negué una y otra vez mientras las lágrimas continuaban cayendo.

—Yo era Danielle... La hermana de Catalina. Estaba allí. Estaba en vuestra boda.

Rose perdió el color del rostro.

—¿Qué?

—Él me amaba.

Me tapé la boca intentando contener un sollozo.

—Íbamos a casarnos.

Y entonces comprendí por qué aquel dolor se sentía tan real. No acababa de contemplar la muerte de dos desconocidos. Acababa de recordar la nuestra.

Ahora todo dentro de mí era diferente.

No sabía explicar exactamente qué había cambiado, pero lo sentía. Era como si aquella visión hubiese abierto una puerta que llevaba siglos cerrada y, al hacerlo, hubiese dejado escapar emociones que no pertenecían a Chloe Finner y que, sin embargo,

ahora reconocía como propias. El amor de Danielle por Donald seguía instalado en mi pecho con una intensidad insoportable. Podía recordar cómo me miraba, cómo me había tomado de las manos al confesarme lo que sentía, la ilusión con la que había imaginado nuestro matrimonio y, sobre todo, podía sentir otra vez el peso de su cuerpo sobre el mío mientras la vida lo abandonaba.

Me llevé las manos a la cabeza.

—Estamos malditas.

Rose reaccionó inmediatamente. Se acercó y me rodeó con los brazos, pero yo estaba demasiado alterada para encontrar consuelo en aquel abrazo.

—No, Chloe. No lo estamos.

—¡Claro que sí! —Me separé lo suficiente para mirarla—. ¿Cómo llamas tú a esto? Tú eras Catalina y yo era Danielle. Brett era Malcolm y Daziel era Donald. Nosotras morimos, ellos murieron y, seiscientos años después, aparecemos precisamente en el mismo maldito lugar donde están ellos. ¿De verdad quieres convencerme de que esto es una casualidad?

—No creo que sea una casualidad.

—¡Pues eso es todavía peor!

Rose negó con suavidad.

—No necesariamente.

—¿Cómo que no?

Mi amiga me sostuvo por los brazos.

—Puede que hayamos regresado junto a ellos por una razón, Chloe. Puede que hayamos tenido otra oportunidad para vivir aquello que nos fue arrebatado.

La miré sin comprender cómo podía decirlo con tanta serenidad.

—¿Otra oportunidad?

—Sí. A Catalina y Malcolm apenas les concedieron unos minutos como marido y mujer. A Danielle y Donald ni siquiera les permitieron llegar a casarse. Los cuatro morimos aquel día y todo cuanto habíamos imaginado desapareció con nosotros. Quizá nuestras almas hayan regresado para terminar lo que comenzó

entonces. Para estar junto a ellos y vivir el amor que se nos negó en aquella vida.

Sentí que las paredes de la cabaña se acercaban.

—Esto es demasiado.

—Chloe...

—Necesito salir de aquí.

Me aparté de Rose y caminé hacia la puerta. Necesitaba aire. Espacio. Necesitaba alejarme del olor de aquellas hierbas, del fuego y del lugar donde acababa de descubrir que mi existencia podía estar ligada desde hacía siglos a la de un hombre al que apenas conocía.

—Chloe —me llamó Sienna.

Me detuve con la mano sobre la puerta y volví la cabeza.

Ella permanecía junto al fuego, observándome con aquella serenidad que en esos momentos me resultaba imposible compartir.

—Puedes regresar cuando quieras —me dijo—. Las puertas de esta casa estarán siempre abiertas para vosotras.

No tenía fuerzas para responder. Me limité a asentir y salí.

El aire frío me golpeó el rostro, y lo agradecí. Respiré profundamente y comencé a caminar entre los árboles siguiendo el mismo sendero por el que habíamos llegado. Apenas había avanzado unos metros cuando escuché los pasos de Rose detrás de mí.

—Chloe, espera.

Seguí caminando.

—Chloe, detente.

Esta vez lo hice.

Me giré bruscamente.

—¿Esto era lo que querías que viese?

Rose se detuvo frente a mí.

—No.

—¿No?

—No sabía qué ibas a ver. Solo quería ayudarte a encontrar una explicación para tu llegada. Pensé que Sienna podría darte respuestas, igual que me las dio a mí.

Solté una risa nerviosa que no tenía absolutamente nada de divertida.

—Pues enhorabuena. Ya tengo una explicación. Resulta que hace seiscientos años estaba enamorada de Daziel, solo que Daziel no era Daziel y yo tampoco era yo. Íbamos a casarnos, nos asesinaron a los dos y ahora hemos vuelto a encontrarnos. Perfecto. Todo perfectamente normal.

—Sé que necesitas tiempo para asimilarlo.

—¿Tiempo? Rose, hace unos días mi mayor preocupación era llegar a tiempo a trabajar. Ahora resulta que he viajado al siglo XV, que mi mejor amiga lleva un año aquí, que tienes una hija con un highlander y que yo acabo de recordar cómo morí en otra vida entre los brazos del hombre con el que me he acostado esta mañana. Perdona si necesito algo más que unos minutos para procesarlo.

Rose permaneció callada.

Reanudé la marcha.

—¿Y ahora qué? —pregunté mientras avanzaba entre los árboles—. ¿Me quedo aquí y comemos perdices los cuatro?

—Eso lo decides tú, Chloe.

Me detuve otra vez.

Aquella respuesta consiguió enfadarme todavía más.

—No. No lo decido yo.

Rose frunció el ceño.

—Claro que sí.

—¿Y si no puedo volver?

La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla.

Me giré hacia ella.

Rose estaba unos pasos por detrás.

—¿Y si no puedo? —repetí, esta vez mucho más bajo.

Su expresión se suavizó.

—Si deseas regresar, lo conseguirás. Estoy segura.

Negué con la cabeza.

—Joder...

Me llevé una mano al cabello y miré hacia los árboles. El miedo volvía a apoderarse de mí, pero esta vez era diferente. Ya no temía únicamente quedarme atrapada en aquella época.

Había aparecido un miedo nuevo.

Uno mucho peor.

—No creo que pueda.

Rose guardó silencio unos segundos.

—¿Por qué?

La miré.

No quería reconocerlo.

Ni siquiera ante ella.

Pero ya no podía seguir fingiendo que aquella visión no había cambiado nada.

—Porque algo ha cambiado dentro de mí.

Me llevé una mano al pecho y apreté los dedos contra la tela del vestido.

—Aquí.

Rose no dijo nada.

—Antes de beber aquello quería volver a casa y punto. Daziel me atraía, sí. Me volvía loca, me ponía como una moto y me había acostado con él porque me apetecía. Pero podía separar una cosa de la otra. Podía disfrutar de él y después marcharme porque no formaba parte de mi vida.

Tragué saliva.

—Ahora cierro los ojos y veo a Donald.

Mi voz se quebró.

—Recuerdo cómo me miraba. Recuerdo cuánto lo amaba, Rose. No es algo que me hayan contado. Lo he sentido. He estado allí. He sentido lo que Danielle sentía por él y ahora esos recuerdos están aquí dentro mezclados con los míos. No sé dónde termina ella y dónde empiezo yo.

Rose se acercó lentamente.

—Te entiendo.

—No sé qué hacer con todo esto.

—No tienes que decidirlo hoy.

—Pero duele.

Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos.

—Joder, Rose, ahora me duele.

Mi amiga llegó hasta mí.

—Lo siento muchísimo.

Negué mientras las primeras lágrimas comenzaban a caer.

—Y verte morir...

Aquello fue lo que terminó de romperme.

Porque en mitad de toda aquella confusión también había recuerdos de Catalina. De mi hermana. De la mujer a la que Danielle había querido durante toda su vida.

—Dios... Verte morir ha sido horrible.

Rose me abrazó.

Esta vez no intenté apartarme. Me aferré a ella con todas mis fuerzas y enterré el rostro contra su hombro mientras lloraba.

—Te amaba —conseguí decir—. Danielle amaba muchísimo a Catalina.

Sentí que Rose también empezaba a llorar.

—Y Catalina a ella.

Aquellas palabras consiguieron que la abrazara todavía más fuerte.

Durante unos instantes dejaron de existir Chloe y Rose. Éramos dos mujeres abrazadas bajo los árboles mientras soportábamos juntas el peso de dos vidas distintas y, al mismo tiempo, extrañamente nuestras.

No sabía cuánto tiempo permanecimos así. Solo sabía que no quería soltarla. Porque acababa de recuperar recuerdos de una hermana que había perdido hacía siglos mientras abrazaba a la mejor amiga que había llorado durante todo un año.

Y, por primera vez desde que había llegado a aquella época, regresar a casa ya no me pareció una decisión tan sencilla.

Capítulo 21

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

La carreta se detuvo frente a las puertas de la fortaleza cuando la tarde empezaba a avanzar. El traqueteo de las ruedas cesó y, durante unos instantes, permanecí sentada sin moverme, contemplando mis propias manos sobre el vestido. El viaje de regreso había sido mucho más silencioso que el de ida. Rose y yo apenas intercambiamos unas palabras después de abandonar el bosque de Sienna. No porque quedara nada entre nosotras por decir, sino porque yo necesitaba ordenar demasiadas cosas dentro de mi cabeza y no estaba consiguiendo ordenar absolutamente ninguna.

Uno de los hombres de Brett abrió la portezuela y Rose descendió primero. La seguí, agradeciendo el aire fresco en cuanto mis pies tocaron el suelo. Las enormes puertas estaban abiertas y el patio se extendía frente a nosotras lleno del movimiento habitual de

la fortaleza. Criados transportando provisiones, caballos entrando y saliendo de los establos, guerreros apostados sobre las murallas... Todo parecía exactamente igual que cuando me había marchado aquella mañana.

Yo era la que ya no era la misma.

Rose me observó durante unos segundos.

—¿Estás bien?

Solté el aire lentamente.

—Necesito caminar un poco. Y estar sola, si no te importa.

No intentó convencerme de lo contrario.

—Claro.

Le agradecí en silencio que lo entendiera.

—Voy a ver a Sìne —añadió—. La echo de menos.

Aquello consiguió arrancarme una pequeña sonrisa.

—Rose, la has visto esta mañana.

—Lo sé.

—Han sido unas horas.

—También lo sé.

Negué con la cabeza.

—Estás perdida.

—Completamente.

Nos despedimos con un último roce de manos y Rose entró en la fortaleza mientras yo comenzaba a caminar sin un destino concreto. No quería encerrarme en una habitación. Necesitaba aire, movimiento y, sobre todo, unos minutos en los que nadie me preguntara qué había ocurrido en casa de Sienna.

Atravesé el patio principal absorta en mis pensamientos y terminé dirigiéndome hacia la zona de entrenamiento casi sin ser consciente de ello.

El sonido del acero me alcanzó antes incluso de llegar al patio de entrenamiento. Reconocí el choque violento de dos espadas y, aunque sabía perfectamente que los guerreros entrenaban allí a diario, aquel sonido consiguió que algo se tensara dentro de mí. Después de lo que acababa de vivir en casa de Sienna, escuchar acero golpeando contra acero ya no me resultaba tan indiferente.

Continué avanzando y, cuando finalmente doblé la esquina, descubrí a dos hombres enfrentándose en mitad del terreno. Uno de ellos era Munro. El otro hizo que el corazón me diese un vuelco.

Daziel estaba en mitad del patio de entrenamiento con una espada entre las manos, enfrentándose a Munro. Ambos se movían con rapidez sobre la tierra mientras varios guerreros observaban alrededor. Tenía la camisa pegada al cuerpo por el esfuerzo y el cabello húmedo en las sienes. Bloqueó un ataque de Munro, giró sobre sí mismo y respondió con otro golpe que su adversario consiguió detener por muy poco.

Era un entrenamiento y lo sabía perfectamente. Munro no pretendía hacerle daño y Daziel tampoco estaba luchando por su vida, pero mi cuerpo pareció incapaz de comprender algo tan sencillo. El sonido del acero comenzó a confundirse con el que todavía resonaba en mi memoria y, durante unos segundos, el patio desapareció a mi alrededor. Volví a escuchar los gritos de aquella boda, el choque de las espadas y las voces aterrorizadas de quienes intentaban escapar. Volví a ver la sangre sobre la hierba y a Donald arrodillado frente a mí, sujetándome entre sus brazos mientras yo me desangraba.

Sentí que el corazón comenzaba a latirme cada vez más deprisa y traté de recordarme que aquello ya había ocurrido, que pertenecía a otra vida y que el hombre que tenía delante era Daziel. Estaba vivo. Estaba bien. Sin embargo, justo entonces Munro lanzó un nuevo ataque y Daziel retrocedió para esquivarlo. Bastó aquel movimiento para que mi mente confundiera definitivamente el recuerdo con la realidad. Durante una fracción de segundo ya no vi a Daziel entrenando con su segundo, sino a Donald de rodillas frente a mí, completamente ajeno al hombre que se aproximaba por su espalda. Vi nuevamente la espada hundirse en su cuerpo, sus ojos abrirse por la sorpresa y la sangre aparecer entre sus labios antes de desplomarse sobre mí.

—¡No! —grité.

Daziel se volvió inmediatamente hacia mí y Munro detuvo el movimiento de su espada antes de completar el ataque. Varias cabezas se giraron en mi dirección, pero apenas fui consciente de las

miradas que acababan de clavarse sobre mí. El miedo seguía oprimiéndome el pecho y, antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, levanté las faldas del vestido y eché a correr hacia Daziel.

—¿Chloe?

Daziel bajó el arma, completamente desconcertado.

—¿Qué ocurre?

No respondí.

Llegué hasta él y me lancé directamente a sus brazos.

Sentí cómo su cuerpo se tensaba por la sorpresa, pero apenas tardó un instante en reaccionar. Sus brazos me rodearon con fuerza y me apretaron contra su pecho.

—Estás bien —murmuré.

Necesitaba sentirlo, sentir su calor, la firmeza de su cuerpo. El latido acelerado de su corazón bajo mi mejilla.

—Estás bien —repetí, más para mí que para él.

Daziel dejó caer la espada al suelo y una de sus manos subió hasta mi nuca.

—Chloe, ¿qué sucede?

No sabía qué contestarle.

Ni siquiera sabía por qué había corrido hacia él de aquella manera. Solo sabía que durante unos segundos lo había visto morir y que la necesidad de tocarlo, de comprobar que seguía allí, había sido más fuerte que cualquier pensamiento racional.

Hundí un poco más el rostro contra su pecho. Olía a sudor, cuero y a él.

Daziel me acarició lentamente el cabello.

—¿Te ha ocurrido algo?

Negué contra su pecho.

—No.

—Entonces ¿por qué tiemblas?

No me había dado cuenta de ello hasta que lo dijo.

Me separé apenas lo suficiente para mirarlo y mis ojos recorrieron su rostro. Aquellos ojos azules. La cicatriz sobre la ceja. La mandíbula. Todos los rasgos que unas horas antes había visto en otro hombre y que ahora resultaba imposible separar de él.

Sentí otra punzada en el pecho, y después escuché un carraspeo detrás de nosotros.

Esta vez sí reaccioné.

Me giré. Y quise que la tierra me tragara. El rey estaba allí. Brett también.

Ambos nos observaban.

Aparté las manos del pecho de Daziel y retrocedí inmediatamente, sintiendo cómo el calor me subía hasta las orejas. No sabía cuánto tiempo llevaban presenciando la escena y tampoco quería saberlo.

El rey, por supuesto, estaba sonriendo.

—Es hermoso contemplar tanto afecto entre una pareja recién casada.

Cerré los ojos un instante.

«*Tierra, trágame*».

Daziel, el muy condenado, no pareció avergonzado en absoluto.

El rey nos miró alternativamente a uno y a otro.

—Puede que los tortolitos necesiten algo de intimidad.

Brett carraspeó para disimular lo que sospeché que era una sonrisa.

—Majestad, podríamos aprovechar para montar un rato. Hay una zona de las tierras que todavía no os he mostrado.

El rey pareció considerar la propuesta.

—Buena idea, MacKay.

Brett me dirigió una breve mirada antes de acompañarlo hacia las caballerizas.

En cuanto se alejaron, miré a Daziel.

Él ya me estaba observando.

—No digas nada.

—No he dicho nada, todavía.

—Pero estás a punto.

—En realidad estaba intentando comprender por qué mi esposa ha atravesado el patio corriendo para arrojarse a mis brazos.

—Falsa esposa.

—Eso no parecía importarte hace un momento.

Lo fulminé con la mirada.

Daziel sonrió apenas, pero la diversión desapareció enseguida. Debió de ver algo en mi expresión porque su rostro volvió a ponerse serio.

—Ven conmigo.

Me cogió de la mano.

Daziel recogió su espada y se la entregó a Munro.

—Después continuamos.

Munro asintió.

—Cuando queráis.

Caminé junto a Daziel hacia el interior de la fortaleza con su mano rodeando la mía. Cada pocos pasos bajaba la mirada hacia nuestros dedos entrelazados y una sensación extraña se instalaba en mi pecho.

No era la primera vez que me tocaba. Dios sabía que después de aquella mañana quedaban pocas partes de mi cuerpo que aquel hombre no hubiera tocado. Pero aquello era diferente. Demasiado familiar. Y, después de lo que acababa de recordar, incluso inquietante.

Atravesamos el gran salón, subimos las escaleras y recorrimos el corredor hasta llegar a su despacho. Daziel abrió la puerta y esperó a que entrara antes de hacerlo él.

Entonces escuché el sonido de la llave.

Me giré.

—¿Acabas de encerrarme?

—He cerrado la puerta.

—Con llave.

—Porque no quiero que nadie nos interrumpa.

Se acercó y dejó la llave sobre la mesa.

Por primera vez desde que había corrido hacia él pude observarlo con calma.

Grave error.

El entrenamiento había dejado su cabello revuelto y la camisa todavía estaba húmeda y pegada a su pecho. Pero ya no podía mirarlo únicamente como al hombre con quien había compartido una cama.

Ahora veía destellos de otro.

Un hombre que había vivido siglos atrás. Uno que me había prometido una vida que jamás llegamos a tener.

Daziel se acercó.

—Chloe.

Levanté los ojos.

Su expresión era completamente seria.

—¿Qué ha ocurrido?

No contesté.

—Has regresado pálida, has gritado en mitad del patio y has corrido hacia mí como si acabaras de verme regresar de entre los muertos.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Si supiera lo cerca que estaba de la verdad.

Daziel dio un último paso y se detuvo frente a mí.

—¿Qué te ha contado mi madre?

Tragué saliva y aparté la mirada. No sabía por dónde empezar. Ni siquiera sabía si sería capaz de pronunciar aquellas palabras en voz alta sin volver a derrumbarme. Una cosa era haberle contado a Rose lo que acababa de ver y otra muy distinta explicárselo a él, mirarlo a la cara mientras le decía que acababa de recordar cómo lo había amado y cómo lo había visto morir en otra vida.

—No ha sido exactamente lo que me ha contado tu madre —murmuré al fin—. Ha sido lo que me ha hecho ver.

Daziel frunció ligeramente el ceño, pero no me interrumpió.

—Me preparó una infusión. La misma que le dio a Rose cuando ella fue a verla. Me dijo que mi alma había llegado hasta aquí por alguna razón y que las respuestas estaban dentro de mí. Después la bebí y... —Tuve que detenerme un instante porque solo recordarlo consiguió que volviera a sentir aquella presión insoportable en el pecho—. Vi otra vida, Daziel. Mi vida. Una que ocurrió hace cientos de años.

Su expresión cambió. Sabía lo ocurrido con Rose. Evidentemente conocía aquella historia y, por eso, no me miró como si acabara de volverme loca.

—¿Qué viste?

Respiré profundamente.

—Una boda. La boda de Catalina y Malcolm MacKay.

Sus ojos se abrieron ligeramente.

—La misma que vio Rose.

Asentí.

—Pero esta vez... yo era su hermana pequeña, de Catalina. Me llamaba Danielle.

Pronunciar aquel nombre volvió a remover algo dentro de mí. Cerré los ojos durante un segundo y vi de nuevo el vestido sobre mis piernas, las flores, el altar y a Donald mirándome entre los asistentes. Cuando volví a abrirlos, Daziel seguía esperando.

—Danielle estaba enamorada de un hombre. Llevaba tiempo enamorada de él y él de ella. Se habían conocido durante las visitas que los MacKay hicieron para acordar el matrimonio entre Malcolm y Catalina. Se veían cada vez que ellos regresaban y, durante una de aquellas visitas, él le confesó que la amaba. Le prometió que, después de la boda de su hermano, hablaría con su familia y se casaría con ella.

Daziel permaneció completamente quieto.

Sentí que las lágrimas comenzaban a quemarme los ojos.

—Se llamaba Donald MacKay.

La respiración de Daziel cambió apenas.

—Era el hermano menor de Malcolm —continué—. Y eras tú.

El silencio se hizo absoluto.

Daziel me observó durante unos segundos sin decir nada. Esperaba incredulidad, quizá alguna pregunta, pero lo único que vi fue desconcierto.

—¿Yo?

—Tú. —Una lágrima terminó escapando y me la limpié con rabia—. Tenía tu cara, Daziel. Tus ojos. Incluso algunos de tus gestos. No sé explicarlo mejor. No era exactamente como verte ahora, porque sabía que aquel hombre era Donald, pero al mismo tiempo sabía que eras tú. De la misma manera que Rose supo que Malcolm era Brett.

Me abracé a mí misma, intentando contener el temblor que había comenzado a recorrerme.

—Entonces comenzó el ataque.

Aquello fue lo más difícil.

Le conté cómo los Ross aparecieron durante la boda y cómo todo se convirtió en un caos. Le hablé de los gritos, de la gente corriendo y de las espadas. Le expliqué que Danielle había resultado gravemente herida y que Donald corrió hasta ella y la sostuvo entre sus brazos mientras intentaba impedir que muriera. Cuando llegué a aquel punto, mi voz comenzó a quebrarse.

—Yo sabía que me estaba muriendo. Podía sentirlo. Sentía el dolor, la sangre... todo. Y él no dejaba de decirme que aguantara.

—Las lágrimas comenzaron a caer con más fuerza—. Le dije que lo amaba y él me dijo que su corazón y su alma me pertenecían. Después apareció un hombre detrás de él y yo intenté avisarlo, pero no pude hacerlo a tiempo. Le clavó una espada por la espalda.

Daziel cerró los ojos un instante.

—Murió conmigo —continué, ya incapaz de contener el llanto—. Lo tuve entre mis brazos y sentí cómo dejaba de respirar. Y después morí yo.

No pude seguir.

Me tapé la boca mientras intentaba controlar el sollozo que acababa de escapárseme. Todo aquel dolor que había conseguido mantener a raya durante el camino de regreso volvió de golpe, brutal e incomprensible, porque una parte de mí seguía diciéndome que aquello no podía haber ocurrido y otra lloraba a un hombre muerto hacía siglos como si acabara de perderlo.

Daziel se acercó.

—Chloe, lo siento mucho. Siento mucho que hayas tenido que ver eso.

—No entiendo nada —dije antes de que pudiera continuar—. Eso es lo peor. No entiendo qué demonios está pasando conmigo. Hace unas semanas estaba en Londres. Tenía un trabajo, una vida y sabía quién era. Ahora estoy aquí y resulta que ya estuve aquí antes, que fui otra persona y que tú también fuiste otra persona. —Negué mientras las lágrimas seguían cayendo—. Y puedo sentirla, Daziel.

Puedo sentir lo que Danielle sentía. Puedo recordar cuánto amaba a Donald. No como si alguien me hubiera contado una historia, sino como si esos recuerdos hubieran estado siempre dentro de mí esperando a que alguien los despertara.

Él ya estaba tan cerca que apenas quedaba espacio entre nosotros.

—Tengo miedo —confesé.

Aquellas dos palabras consiguieron que su expresión se suavizara por completo.

—No sé qué pensar. No sé qué se supone que debo hacer con todo esto y tampoco sé si sigo queriendo las mismas cosas que quería esta mañana. Vine hasta aquí convencida de que encontraría la manera de regresar a casa. Eso era todo lo que quería. Volver. Y ahora... —Me llevé una mano al pecho—. Ahora siento algo aquí que no sé explicar. Cuando te he visto luchando con Munro, durante un instante he visto morir a Donald otra vez. Por eso he corrido hacia ti. Necesitaba tocarte. Necesitaba saber que estabas vivo.

Daziel no dijo nada. Simplemente me envolvió entre sus brazos. Y yo me dejé hacer. Apoyé la frente contra su pecho y cerré los ojos mientras sus brazos me rodeaban con tanta fuerza que casi desaparecí dentro de ellos. Escuché el latido de su corazón bajo mi oído y me aferré a su camisa. Aquel sonido era exactamente lo que necesitaba. Un corazón latiendo. Su corazón. Vivo.

—No voy a decirte qué significa todo esto —murmuró contra mi cabello—, porque tampoco lo sé. Pero no tienes que decidir nada ahora.

Inspiré profundamente.

—¿Y si no deseo volver? No puedo quedarme aquí. Este no es mi sitio. No soy como Rose.

Daziel se apartó apenas lo suficiente para mirarme.

—No tienes que decidirlo ahora. Está claro que estás confundida, asustada por lo que has visto.

Sus manos permanecieron sobre mis brazos y sus ojos buscaron los míos.

—Escúchame, Chloe. Si deseas regresar a tu hogar, haré cuanto esté en mi mano para ayudarte a conseguirlo. Si necesitas

tiempo, lo tendrás. Y si decides cualquier otra cosa... también la aceptaré. No voy a utilizar lo que mi madre te haya mostrado para obligarte a permanecer aquí conmigo.

Aquello me golpeó de una manera inesperada.

—¿Aunque supuestamente nuestras almas estén unidas?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—No sé nada de almas unidas. Sé lo que tengo delante.

—¿Y qué tienes delante?

—Una mujer aterrorizada que necesita dejar de pensar que debe resolver toda su vida antes de que termine el día.

Una risa pequeña y húmeda escapó entre mis lágrimas.

—Eso ha sonado sorprendentemente sensato viniendo de ti.

—También puedo ser sensato.

—De vez en cuando.

—Muy de vez en cuando.

Sonreí.

Y aquel fue el momento en que todo cambió.

Daziel levantó una mano y retiró con los dedos una lágrima que descendía por mi mejilla. Su caricia fue lenta, delicada, completamente distinta a cualquiera de las que habíamos compartido aquella mañana. Después dejó la palma apoyada contra mi rostro y me observó como si estuviera esperando algo.

No me aparté.

Tampoco quería hacerlo.

Se inclinó lentamente y sus labios encontraron los míos.

Aquel beso no se pareció en nada a los anteriores.

No hubo urgencia ni deseo descontrolado. No intentó arrastrarme hacia él ni convertir el consuelo en otra cosa. Simplemente me besó. Despacio. Con una ternura que me desarmó mucho más que toda la pasión que habíamos compartido en la cama.

Cerré los ojos y me aferré a su camisa.

Entonces lo sentí.

No supe si pertenecía a Chloe, a Danielle o a las dos.

Solo supe que estaba allí.

Una sensación profunda y abrumadora de reconocimiento. Como si aquellos labios no fueran nuevos. Como si mi cuerpo recordara algo que mi cabeza apenas acababa de descubrir. Me acerqué más a él y Daziel me rodeó la cintura mientras el beso se hacía lentamente más profundo. Su boca encajaba con la mía de una forma que me pareció demasiado perfecta, demasiado fácil, y por un momento dejé de luchar contra todo cuanto sentía.

Me fundí en él, en su calor, en sus brazos. En aquella seguridad absurda que encontraba cuando me apretaba contra su cuerpo. Y entonces comprendí algo que me aterrorizó. Quería aquello. No solo acostarme con él. No solo volver a sentir sus manos recorriendo mi cuerpo o perderme otra vez entre las sábanas. Quería despertarme entre sus brazos. Quería discutir con él. Quería escucharlo burlarse de mis palabras extrañas y verlo fruncir el ceño cada vez que yo decía algo que no comprendía. Quería que me cogiera de la mano como había hecho después de encontrarme en el patio.

Quería ser parte de su vida. Y aquella certeza apareció con tanta fuerza que durante un instante me quedé sin respiración, porque detrás de ella llegó otra todavía más aterradora: quería quedarme.

Por primera vez desde que había aparecido en aquella época, pensar en regresar a casa no provocó en mí el alivio que debería haber sentido. Al contrario. La idea de marcharme y no volver a verlo me produjo un vacío doloroso en el pecho. Quería seguir allí, junto a él. Quería descubrir qué podía existir entre nosotros y, por absurdo que resultara después de tan poco tiempo, una parte de mí incluso deseó que aquella mentira que habíamos contado al rey fuese cierta. Deseé ser realmente su esposa.

La intensidad de aquel pensamiento me asustó tanto que abrí los ojos y rompí el beso de golpe. Me aparté de Daziel casi con desesperación, intentando poner distancia entre nuestros cuerpos mientras recuperaba el aire. Él tardó unos instantes en reaccionar y se quedó observándome, desconcertado por aquel cambio repentino que ni siquiera yo sabía cómo explicarle.

—¿Estás bien?

—No.

Retrocedí.

Mi respiración volvió a acelerarse.

—¿Qué ocurre?

—No puedo.

—¿No puedes qué?

Negué con la cabeza. Ni siquiera yo sabía responder a aquella pregunta. No podía quedarme. No podía marcharme. No podía amar a un hombre al que apenas conocía solo porque otra mujer que había sido yo lo había amado siglos atrás. Y, sobre todo, no podía aceptar que una parte de mí acabara de desear exactamente la vida que unas horas antes me parecía imposible.

—Necesito... necesito estar sola.

Me giré hacia la puerta y tiré del picaporte. Seguía cerrada. La llave seguía sobre la mesa.

Fui hasta ella, la cogí con manos temblorosas y escuché a Daziel acercarse detrás de mí.

—Chloe, espera.

—Por favor, necesito aire.

Mi voz se rompió.

Aquello consiguió detenerlo.

Introduje la llave en la cerradura y tuve que intentarlo dos veces porque apenas conseguía controlar los dedos. Finalmente escuché el mecanismo ceder, abrí la puerta y salí al corredor.

Las lágrimas ya me corrían por las mejillas mientras avanzaba cada vez más deprisa por el pasillo. No estaba huyendo de Daziel. Estaba huyendo de mí misma.

Capítulo 22

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Salí del despacho prácticamente sin ver por dónde caminaba. Las lágrimas me empañaban la vista y apenas conseguía respirar con normalidad mientras avanzaba por el largo corredor de piedra intentando alejarme de aquella habitación, de Daziel y, sobre todo, de los pensamientos que acababan de instalarse dentro de mí con una fuerza que me resultaba imposible controlar. Necesitaba espacio. Necesitaba silencio. Necesitaba convencerme de que seguía siendo Chloe y no Danielle.

Doblé una esquina demasiado deprisa y choqué de lleno contra alguien.

—¡Ay!

Escuché el sonido de algo golpeando el suelo y, antes de poder reaccionar, dos manos sujetaron mis brazos para evitar que

terminara cayendo.

—¡Señora Mackay! ¿Estáis bien?

Levanté la vista.

Màiri me observaba con los ojos muy abiertos mientras una cesta de ropa recién doblada descansaba desparramada a nuestros pies. Durante unos segundos no fui capaz de responder. Debía de ofrecer una imagen lamentable, con las mejillas completamente húmedas, el cabello algo desordenado y la respiración entrecortada.

La joven frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué ha sucedido?

Negué lentamente.

—No estoy bien.

Mi voz salió tan rota que ni siquiera intenté fingir lo contrario.

Màiri dejó de recoger la ropa y se acercó un poco más.

—¿Puedo ayudaros?

Solté una pequeña risa sin humor.

—Ahora mismo no creo que nadie pueda.

Ella permaneció callada, esperando.

Aquello fue suficiente para que acabara confesando lo único que sabía con certeza.

—Necesito salir de aquí. Aunque solo sea un rato. Necesito tomar el aire lejos de estos muros porque siento que me voy a volver loca si permanezco un minuto más dentro de esta fortaleza.

Màiri inclinó ligeramente la cabeza como si estuviera pensando en algo.

De pronto sonrió.

—Conozco un lugar.

La miré.

—¿Un lugar?

—Sí. Cuando necesito escapar de la cocina, de los gritos del cocinero o de las discusiones de los guerreros, voy allí. Nadie suele acercarse porque está escondido entre los árboles.

No pude evitar que una pequeña sonrisa apareciera en mis labios.

—¿Tú también huyes de la gente?

—Constantemente.

Aquello consiguió arrancarme la primera risa sincera desde que había regresado de casa de Sienna.

—Entonces llévame.

Recogimos rápidamente la ropa que había caído al suelo y Màiri me condujo por varios pasillos que jamás había recorrido. Descendimos una escalera estrecha utilizada por los sirvientes, atravesamos una despensa repleta de sacos y barriles y finalmente llegamos a una pequeña puerta de madera situada en la parte trasera de la fortaleza.

La joven miró a ambos lados antes de abrirla.

—Por aquí.

Salimos al exterior.

Detrás de la fortaleza el paisaje cambiaba por completo. El bullicio del patio principal desapareció y fue sustituido por el canto de los pájaros, el murmullo del viento entre las ramas y el aroma húmedo del bosque. Caminamos durante unos minutos por un sendero apenas visible entre la hierba hasta que la vegetación comenzó a abrirse.

Entonces apareció ante mí un pequeño lago.

No era enorme ni especialmente profundo. Más bien parecía una poza natural alimentada por un arroyo que descendía desde las montañas y formaba una lámina de agua tan transparente que podían distinguirse las piedras del fondo junto a la orilla. Estaba completamente rodeado de árboles y altos helechos, convirtiéndolo en un rincón escondido donde apenas llegaba el ruido de la fortaleza.

Me quedé inmóvil contemplándolo.

—Es precioso.

Màiri sonrió orgullosa.

—Os dije que merecía la pena.

Nos acercamos hasta la orilla y, sin necesidad de decir nada, ambas comenzamos a quitarnos los zapatos. Dejé las botas junto a un tronco y levanté ligeramente la falda del vestido antes de sentarme sobre una piedra lisa. Introduje los pies en el agua.

Estaba fría. Tan fría que solté un pequeño grito.

Màiri comenzó a reír inmediatamente.

—¡Sabía que haríais esa cara!

—¡Está congelada!

—Es verano.

—Pues las montañas no se han enterado.

Ella terminó sentándose a mi lado y metió también los pies mientras suspiraba satisfecha. Durante unos minutos permanecemos completamente en silencio. El sol calentaba agradablemente nuestro rostro y el agua producía pequeñas ondas cada vez que movíamos los tobillos.

Entonces sentí que podía respirar de nuevo. Inspiré profundamente llenando los pulmones de aire limpio.

—Gracias por traerme.

Màiri sonrió sin mirarme.

—Parecíais necesitarlo.

—Muchísimo.

La joven comenzó a hablar.

Y cuando digo que comenzó a hablar, me refiero a que descubrí que era absolutamente incapaz de permanecer callada más de treinta segundos seguidos. Me contó que Fergoll había quemado accidentalmente una hogaza aquella mañana porque estaba discutiendo con su ayudante, que uno de los perros de la fortaleza llevaba tres días robando trozos de tocino de la despensa y que Munro tenía la extraña costumbre de hablar dormido cuando regresaba demasiado cansado de las patrullas.

Yo la escuchaba cada vez más divertida.

—Espera, espera... ¿Munro habla dormido?

—¡Y mucho! El otro día uno de los guerreros aseguró que estuvo media noche dando órdenes a un ejército imaginario.

No pude contener la carcajada.

—¿Y nadie lo despierta?

—¿Quién se atreve?

Volvimos a reír.

Aquella muchacha tenía una facilidad increíble para convertir cualquier tontería en una historia digna de ser contada durante una cena. Hablaba utilizando las manos, imitaba voces y cambiaba la expresión del rostro cada pocos segundos, de manera que terminé

completamente entretenida escuchándola relatar cómo una gallina había conseguido entrar en el gran salón durante un banquete y que un noble escocés había terminado persiguiéndola debajo de la mesa.

—Eres imposible.

—Eso dice Fergoll constantemente.

La miré sonriendo.

—Màiri.

—¿Sí?

—Puedes tutearme.

La joven abrió mucho los ojos.

—¿Cómo?

—Que me llames Chloe. Nada de señora Mackay, ni señora de la fortaleza, ni todas esas cosas. Me hacen sentir como si tuviera setenta años.

Màiri soltó una risita nerviosa.

—No sé si debería.

—Deberías.

—¿Y si alguien nos escucha?

—Entonces diremos que soy una mujer muy rebelde.

Me observó unos segundos y finalmente asintió.

—Está bien.

Sonrió con timidez.

—Chloe.

No sé por qué, pero escuchar mi nombre en aquella época pronunciado por alguien que ya consideraba casi una amiga consiguió hacerme sentir extrañamente bien.

—Mucho mejor.

Continuamos allí bastante rato. El sol avanzó lentamente sobre el cielo y terminé apoyando las manos detrás de mi espalda mientras cerraba los ojos para disfrutar del calor sobre el rostro. Durante unos minutos conseguí olvidarme de Sienna, de Danielle, de Donald, de la boda y de aquella terrible certeza que había cambiado por completo mi manera de mirar a Daziel.

Incluso conseguí reír y, durante un rato, aquella pequeña poza escondida entre los árboles consiguió hacerme olvidar todo lo

demás. Hasta que un estruendo lejano atravesó el bosque y acabó de golpe con nuestra tranquilidad. Abrí los ojos y me incorporé, buscando instintivamente a Màiri, que también había dejado de sonreír y miraba en dirección a la fortaleza. El sonido había llegado desde allí y, antes de que ninguna de las dos pudiera decir nada, se escuchó un segundo golpe, mucho más fuerte que el anterior. Esta vez pude distinguir también el sonido metálico del acero y, poco después, unos gritos lejanos que consiguieron que un escalofrío me recorriera la espalda.

Màiri se puso en pie con tanta rapidez que estuvo a punto de resbalar sobre las piedras húmedas. Yo hice lo mismo, sacando los pies del agua y mirando hacia los árboles como si desde allí pudiera ver qué estaba ocurriendo al otro lado.

Màiri perdió el color del rostro.

—No...

Otro estruendo.

Esta vez acompañado del sonido inconfundible de un cuerno de alarma.

La joven corrió hasta recoger sus zapatos.

—Están atacando la fortaleza.

Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro.

Durante un segundo volvieron a aparecer imágenes de la visión. Espadas. Sangre. Gritos. El caos de una boda convertida en una matanza.

«*No. Otra vez, no*».

Màiri me agarró del brazo.

—No podemos regresar.

La miré completamente desconcertada.

—¿Qué?

—Si los enemigos han atravesado las murallas iremos directas hacia ellos. Debemos escondernos aquí hasta que termine.

Negué inmediatamente.

—No puedo.

—Chloe, escuchadme...

—Rose está dentro.

Mi voz salió temblando.

—Y Sìne.

Miré hacia la fortaleza.

La hija de Rose.

Aquel bebé que apenas unas horas antes había sostenido entre mis brazos mientras le prometía que siempre sería su tía.

—Pueden estar en peligro.

Màiri apretó con fuerza mi brazo.

—Los guerreros las protegerán.

—¿Y si no llegan a tiempo?

Ella abrió la boca para responder, pero fui yo quien terminó la frase.

—Daziel.

El nombre escapó de mis labios casi en un susurro.

Màiri comprendió inmediatamente que ya no lograría detenerme.

—Es una locura.

—Lo sé.

—Podríais morir.

La miré.

—Ya morí una vez.

Aquella frase consiguió que se quedara completamente inmóvil.

No esperé ninguna respuesta.

Comencé a correr por el sendero en dirección a la fortaleza.

—¡Chloe!

Escuché sus pasos detrás de mí.

—¡Esperad!

No tardó en alcanzarme y continuamos juntas atravesando el bosque mientras el sonido del combate se hacía cada vez más intenso. Cuando por fin salimos de entre los árboles descubrimos que las puertas traseras seguían abiertas.

Y el infierno había descendido sobre Kinlochewe. Los gritos llenaban el aire. Hombres luchaban por todas partes. Guerreros MacKay se enfrentaban a enemigos vestidos con otros colores mientras el acero brillaba bajo la luz de la tarde. Vi cuerpos tendidos sobre la tierra, caballos aterrorizados intentando escapar entre los

hombres y manchas de sangre extendiéndose sobre el patio de piedra.

Me quedé petrificada durante apenas un segundo.

La realidad era todavía peor que la visión.

—¡Por aquí! —gritó Màiri.

Corrimos pegadas a una de las paredes intentando pasar desapercibidas entre el caos. Esquivamos a dos guerreros que luchaban junto a los establos y después tuvimos que detenernos cuando otro grupo atravesó el patio corriendo hacia la puerta principal.

Mi único pensamiento era llegar hasta Rose.

Hasta su habitación.

Sabía que Sìne debía de estar con su nana y, si el ataque había alcanzado el interior de la fortaleza, necesitaba comprobar con mis propios ojos que ambas estaban bien.

Atravesamos un pequeño arco de piedra y corrimos hacia la escalera principal. Un hombre cayó a escasos metros de nosotras después de recibir un golpe y el sonido de su cuerpo contra el suelo me hizo perder el equilibrio. Tropecé con una de las piedras irregulares del patio y terminé cayendo de rodillas.

—¡Chloe!

Màiri se apresuró a ayudarme, pero apoyé una mano en el suelo para incorporarme antes de que pudiera alcanzarme y mis dedos rozaron algo frío y metálico. Bajé la mirada y descubrí una daga abandonada entre las piedras, con la hoja cubierta de sangre. Durante unos segundos me limité a observarla, paralizada por la imagen, hasta que otro grito procedente del patio me devolvió bruscamente a la realidad. No sabía manejar un arma y mucho menos utilizarla contra alguien, pero en medio de aquel caos la idea de continuar desarmada me aterrorizó todavía más. Quizá fue el miedo, el recuerdo demasiado reciente de Danielle o simplemente el instinto de supervivencia lo que me hizo cerrar los dedos alrededor de la empuñadura. La recogí y me puse en pie sujetándola con fuerza, intentando ignorar la sangre que todavía manchaba la hoja.

—Vamos.

Màiri asintió.

Entramos en la fortaleza mientras el estruendo de la batalla continuaba resonando tras nosotros y comenzamos a subir las escaleras de piedra hacia los aposentos superiores.

Cada peldaño hacía latir mi corazón con más fuerza.

Solo podía pensar en Rose y en Sìne.

«Por favor... que estén bien».

Subimos las escaleras tan deprisa como nos permitieron los vestidos. Màiri iba unos pasos por delante y yo continuaba aferrando la daga ensangrentada con tanta fuerza que los dedos comenzaban a dolerme. El estruendo de la batalla parecía haberse apoderado de toda la fortaleza. Ya no procedía únicamente del patio; el choque de las espadas resonaba también en los corredores, mezclado con órdenes, gritos y carreras precipitadas. Cada vez que doblábamos una esquina esperaba encontrar a alguien frente a nosotras, y el corazón me golpeaba con tanta violencia que casi podía escucharlo por encima de todo aquel caos.

Cuando alcanzamos el corredor donde se encontraban los aposentos, aceleré todavía más. La puerta de la habitación de Sìne estaba entreabierta y desde el interior llegaba un estrépito que consiguió que se me helara la sangre.

—¡Rose! —grité.

Empujé la puerta.

La escena que encontré al otro lado me paralizó.

Rose estaba de rodillas junto a la cama con Sìne estrechamente abrazada contra el pecho. La pequeña lloraba desconsoladamente mientras su madre intentaba protegerla con su propio cuerpo. Frente a ellas, dos guerreros luchaban con una violencia brutal. Reconocí los colores de los MacKay en uno de ellos, pero el otro vestía unos colores que no había visto hasta entonces. Las espadas chocaron con tal fuerza que saltaron pequeñas chispas del acero y Rose se encogió todavía más sobre su hija.

El guerrero desconocido consiguió finalmente imponerse. Su espada alcanzó al otro hombre y lo derribó de un solo estocazo.

Después se volvió hacia Rose, y levantó la espada.

Ella abrió los ojos aterrorizada.

—¡No!

No pensé.

Solo vi aquella espada elevándose sobre Rose y su hija y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

Corrí hacia él.

El guerrero apenas tuvo tiempo de volverse cuando me lancé contra su espalda. Levanté la daga que todavía sujetaba entre los dedos y la hundí en un lateral de su cuello con todas mis fuerzas.

Sentí resistencia. Después calor sobre mi mano. El hombre emitió un sonido ahogado y su espada cayó al suelo con un estrépito. Durante un instante permaneció erguido, como si su propio cuerpo todavía no hubiese comprendido lo que acababa de ocurrir, pero enseguida sus rodillas cedieron y cayó pesadamente sobre las piedras.

Yo me quedé inmóvil con la daga que seguía en mi mano. Había mucha sangre sobre mis dedos. Miré al hombre tendido a mis pies y sentí que todo el ruido de la fortaleza desaparecía.

Lo había hecho.

Había matado a alguien. Entonces el arma cayó de mis manos. Estaba paralizada.

—Chloe.

No reaccioné.

—¡Chloe!

La voz de Rose consiguió atravesar aquella especie de niebla que me envolvía.

Parpadeé y levanté la cabeza.

Rose seguía en el suelo abrazando a Sine. Lloraba. La pequeña también.

La daga se me escapó de los dedos.

—Oh, Dios mío...

Retrocedí un paso, horrorizada por lo que acababa de hacer, pero otro grito procedente del corredor me recordó que aquello todavía no había terminado.

Corrí hacia ellas y me dejé caer de rodillas. Rose liberó uno de sus brazos y me abrazó con tanta fuerza que durante unos segundos las tres quedamos apretadas unas contra otras.

—Tranquila —murmuré mientras acariciaba el cabello de mi amiga y después la pequeña cabeza de Sìne—. Estáis bien. Las dos estáis bien. Saldremos de esta, ¿de acuerdo?

Rose estaba temblando.

—Chloe...

—Tenemos que movernos. No podemos quedarnos aquí.

Me puse en pie y la ayudé a levantarse sin que soltara a su hija.

—Venid conmigo.

Rose me miró aterrorizada.

—¿Adónde? Están atacando toda la fortaleza.

—Lo sé. Está lleno de hombres.

—Son mercenarios —dijo ella.

Fruncí el ceño.

—¿Mercenarios?

Rose asintió rápidamente.

—Los ha contratado Albort Ross. Ha regresado, Chloe. Ha regresado para recuperar Kinlochewe y acabar con nosotros.

Sentí un escalofrío.

Otro estruendo resonó en algún lugar de la planta inferior. Màiri apareció junto a la puerta.

—Tenemos que escondernos.

—¿Dónde? —pregunté—. Porque aquí desde luego que no.

Rose respiraba con dificultad mientras intentaba calmar a Sìne. De pronto levantó la cabeza.

—Mi alcoba. Allí hay un pasadizo escondido. Brett me lo enseñó por si alguna vez ocurría algo así. Podemos salir de la fortaleza sin atravesar el patio.

No necesitaba escuchar nada más.

—Entonces vamos.

Salimos al corredor. Aquello se había convertido en una pesadilla. Había hombres luchando en distintas zonas de la fortaleza y tuvimos que retroceder en dos ocasiones para evitar cruzarnos directamente con ellos. Màiri nos guio por un corredor lateral mientras yo caminaba junto a Rose, intentando cubrirla en la medida de lo posible. No llevaba ningún arma. La daga se había quedado

junto al cadáver de aquel hombre y, después de lo que acababa de hacer, no sabía si habría sido capaz de volver a tocarla.

Nos encontrábamos a pocos pasos de la alcoba cuando un hombre apareció frente a nosotras.

Rose soltó un grito.

Yo me interpuse instintivamente entre ella y el desconocido.

Entonces lo reconocí.

—¡Brett!

Tenía sangre en la ropa y sostenía una espada en una mano.

—¡Rose!

Brett recorrió los últimos pasos prácticamente corriendo.

Rose fue hacia él.

Brett rodeó a su esposa y a su hija con un brazo y besó primero la frente de Rose y después la pequeña cabeza de Sine. Durante un instante pareció olvidar que la fortaleza estaba siendo atacada. Solo las miraba, comprobando que ambas estuvieran enteras.

—¿Estáis bien?

—Sí.

—¿Estás herida?

—No. Estamos bien.

Brett cerró los ojos un instante y apoyó la frente contra la de su esposa.

—Gracias a Dios.

Los gritos procedentes del patio volvieron a hacerse más fuertes.

Brett reaccionó.

—Debéis poneros a salvo. Ahora.

Rose se aferró a su brazo.

—¿Qué está pasando?

—Han entrado por varios puntos. Nos atacan y estábamos desprevenidos.

Miré hacia atrás.

—¿Dónde está Daziel? —pregunté.

Brett me miró.

—Junto al rey. Están luchando en el patio.

El corazón se me encogió.

Otra vez las imágenes de Donald aparecieron en mi cabeza.

—¿Está bien?

—Lo estaba cuando me separé de ellos.

No era la respuesta que necesitaba. Quería verlo. Necesitaba comprobarlo.

Rose parecía tan asustada como yo.

—¿Crees que ganaremos?

Brett tardó demasiado en contestar.

—Son más hombres de los que imaginábamos. Albort Ross lleva meses reuniendo mercenarios y ha debido de gastar cuanto posee para levantar este ejército. —Miró hacia el extremo del corredor antes de continuar—. El rey ha conseguido enviar a dos jinetes antes de que cerraran completamente los accesos. Los clanes cercanos sabrán que su rey está siendo atacado y acudirán en su defensa, pero necesitamos resistir hasta que lleguen.

Rose apretó a Sine contra su pecho.

—Brett...

Él le sujetó el rostro.

—Escúchame. Vas a entrar en nuestra alcoba y utilizarás el pasadizo secreto. Saldréis de la fortaleza y os esconderéis en el bosque.

—No puedo dejarte aquí. Ven con nosotras.

—Rose, sabes que no puedo abandonar a los míos. Es mi deber como *laird*.

Aquellas palabras la hicieron callar.

Brett miró a la pequeña.

Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado.

—Tienes que salvarla.

Rose comenzó a llorar.

—No me pidas esto.

—Escúchame. —Brett la sostuvo con ambas manos—. Saldréis por el pasadizo y os alejaréis de la fortaleza. No regreséis por nada del mundo hasta que yo vaya a buscaros. ¿Me has entendido?

Rose negó entre lágrimas.

El rostro de Brett se endureció, aunque sus ojos decían algo completamente diferente.

—Mi hermano está ahí abajo. Mis hombres están luchando. Y el rey está dentro de estas murallas. Debo regresar con ellos, pero estaré más tranquilo sabiendo que estáis a salvo.

Rose cerró los ojos.

—Tengo miedo.

Brett acercó su frente a la de ella.

—Yo también.

Aquella confesión me destrozó.

No era un guerrero prometiéndole que nada malo podía ocurrir. Era un hombre que sabía perfectamente que podía morir y que, aun así, iba a regresar a la batalla.

Rose levantó una mano y acarició su mejilla.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Entonces lo besó.

No fue un beso breve ni desesperado. Fue uno de esos besos que contienen demasiadas cosas para poder expresarlas con palabras. Rose se aferró a su esposo mientras Sine permanecía entre ambos y Brett la sostuvo con una mano en la nuca, besándola como si necesitara llevarse consigo el recuerdo de su boca antes de regresar al combate.

Sentí un nudo insoportable en la garganta. Había visto ese amor aquella misma mañana. Catalina y Malcolm. Y ahora los tenía frente a mí.

Rose se separó de él llorando. Brett besó nuevamente la frente de su hija.

—Cuídala.

—Vuelve conmigo.

Él sostuvo la mirada de su esposa.

—Siempre.

Un ruido al final del corredor consiguió que todos reaccionáramos.

Brett desenvainó nuevamente la espada.

—¡Dentro! ¡Ahora!

Rose entró en la alcoba abrazando a Sìne y Màiri fue detrás. Yo permanecí un instante más junto a la puerta.

—Chloe.

Miré a Brett.

—Sácala de aquí.

Asentí.

—Lo haré.

Entré y cerré la puerta.

Rose y yo empujamos inmediatamente un pesado arcón contra ella mientras Màiri arrastraba una pequeña mesa. Apenas terminamos de bloquear la entrada, alguien golpeó una puerta en algún lugar del corredor y las tres nos sobresaltamos.

—El pasadizo —dije—. ¿Dónde está?

Rose fue hacia una de las paredes.

Apartó un tapiz y comenzó a buscar algo entre las piedras con una mano mientras sostenía a Sìne con la otra. Finalmente presionó una pequeña pieza oculta y escuché un chasquido.

Parte de la pared se desplazó. Detrás apareció una abertura estrecha y completamente oscura. Rose me miró. Durante un instante ninguna dijo nada. Después otro golpe resonó contra la puerta de la alcoba.

—Vamos —dije.

Màiri entró primero. Rose la siguió con Sìne apretada contra su pecho y yo fui la última. Antes de cerrar, miré una última vez hacia la habitación.

Pensé en Brett, en el rey y pensé en Daziel luchando en algún lugar de aquel infierno. El miedo volvió a apoderarse de mí.

«*No vuelvas a morir*».

Cerré la entrada del pasadizo y la oscuridad nos envolvió.

Capítulo 23

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel MacKay

Brett regresó al patio cuando yo acababa de derribar a uno de los mercenarios que había conseguido acercarse demasiado al rey. Hundí la espada en el costado del hombre, la retiré de un tirón y apenas tuve tiempo de recuperar el equilibrio antes de que otro apareciera frente a mí. Lo recibí con el acero en alto y el impacto me sacudió ambos brazos. Llevábamos demasiado tiempo luchando y empezaba a notarlo. Los músculos ardían, la respiración pesaba y la empuñadura de la espada resbalaba entre mis dedos a causa del sudor y la sangre.

Entonces vi a mi hermano abrirse paso entre los hombres.

—¡Daziel!

Me giré hacia él justo después de bloquear otro ataque.

Brett alcanzó mi posición y se colocó a mi lado. Tenía sangre en la ropa y una pequeña herida junto a la sien.

—Están a salvo.

Sentí un alivio tan intenso que durante un instante todo el cansancio desapareció. Chloe estaba a salvo.

Sonreí.

Apenas duró un segundo.

—Bien.

No había tiempo para más.

Un mercenario cargó contra Brett y mi hermano giró para enfrentarse a él mientras yo volvía la atención al patio.

Aquello era una maldita carnicería.

Los hombres de Ross habían conseguido entrar en la fortaleza disfrazando a algunos de los suyos con nuestros colores. El engaño les había permitido abrir varios accesos desde dentro antes de que pudiéramos comprender qué estaba ocurriendo y, cuando sonó la alarma, ya teníamos enemigos atravesando las puertas. Ahora los cuerpos cubrían parte del patio y la tierra se había convertido en una mezcla de barro y sangre bajo nuestras botas.

Eran demasiados.

Muchos más de los que habíamos calculado.

Albort Ross no había reunido únicamente a los pocos hombres que todavía le eran leales. Había comprado espadas. Mercenarios dispuestos a luchar por cualquiera que tuviera suficiente plata para pagarles y que no sentían lealtad alguna por aquellas tierras.

Pero nosotros teníamos algo que ellos no. No luchábamos por plata. Luchábamos por nuestra casa. Y, en aquel momento, por nuestro rey.

Su majestad estaba a pocos pasos de nosotros con una espada ensangrentada entre las manos. Sus guardias formaban una defensa alrededor de él, aunque el propio rey parecía bastante poco interesado en permanecer detrás de nadie. Cada vez que uno de sus hombres intentaba obligarlo a retroceder, él volvía a avanzar.

—¡Majestad! —grité después de verlo rechazar el ataque de un mercenario—. ¡Atrás!

El rey consiguió herir al hombre y lo derribó antes de mirarme.

—¡Ocúpate de tu espada, muchacho! ¡Yo me ocuparé de la mía!

Maldito viejo testarudo.

No pude evitar sonreír.

—¡Como ordenéis!

Un hombre apareció por mi izquierda.

Giré a tiempo.

Su espada pasó tan cerca de mi rostro que sentí el aire desplazarse. Respondí con un golpe al abdomen y, cuando se dobló por el dolor, terminé el combate. No tuve tiempo de verlo caer. Otro ocupó su lugar. Y después otro. Perdí la cuenta.

Brett luchaba cerca de mí, Munro defendía uno de los accesos al patio junto a varios de nuestros hombres y la guardia real trataba de mantener un círculo alrededor del rey. Cada vez que conseguíamos ganar unos pasos, otra oleada de mercenarios nos obligaba a retroceder.

—¡No podrán mantener esto mucho más! —gritó Brett.

—¡Nosotros tampoco!

Mi hermano me miró.

—Entonces será mejor que esos malditos jinetes hayan llegado a algún sitio.

Esperaba que así fuera. Porque si la ayuda no llegaba pronto, aquello terminaría de una única manera.

El sonido de un cuerno volvió a escucharse desde las murallas. Durante un instante pensé que eran nuestros centinelas.

Hasta que una voz atravesó el patio.

—¡Ross!

Algunos mercenarios respondieron golpeando sus espadas contra los escudos. Y entonces lo vi. Albort Ross apareció entre sus hombres. El odio me recorrió de inmediato.

Había cambiado desde la última vez que lo vi. Estaba más delgado y llevaba el cabello desordenado sobre los hombros, pero seguía teniendo aquella expresión arrogante de quien consideraba

que el mundo le debía algo. Vestía una cota de malla sobre el pecho y sostenía una espada en la mano.

Sus ojos recorrieron el patio, y después se encontraron con los míos.

Sonrió.

—MacKay.

Apreté la empuñadura.

—¡Maldito!

Brett dio un paso hacia él, pero levanté una mano.

—Es mío.

—Daziel...

—Ocúpate del rey.

Mi hermano me conocía demasiado bien para intentar detenerme. Avancé, y Albort hizo lo mismo.

Los hombres que luchaban a nuestro alrededor parecieron abrir un pequeño espacio casi por instinto.

—Te advertí lo que ocurriría si regresabas —le dije.

Ross soltó una carcajada.

—¿Sigues creyendo que puedes amenazarme dentro de mi propia fortaleza?

—Esta fortaleza dejó de ser tuya cuando huiste de ella.

Su sonrisa desapareció.

—Todo esto me pertenece, ahora y siempre.

—Entonces ven a recuperarlo.

No necesitó más.

Atacó.

Su espada chocó contra la mía con una fuerza brutal. Ross sabía luchar. Siempre lo había sabido. Bloqueé un segundo golpe dirigido hacia mi costado y respondí inmediatamente obligándolo a retroceder.

Ross volvió a atacar con una violencia renovada y nuestras espadas chocaron una y otra vez mientras ambos buscábamos el menor descuido del contrario. A nuestro alrededor continuaban los gritos, las órdenes y el estruendo de la batalla, pero poco a poco todo aquello dejó de importarme. Mi atención estaba puesta únicamente en el hombre que tenía delante, en cada movimiento de

sus hombros y en la dirección de su espada, esperando el momento preciso para atravesar su defensa y terminar de una vez por todas con aquella amenaza.

Lanzó un golpe hacia mi cabeza.

Me agaché.

Respondí contra su costado y mi espada encontró la cota de maila. Ross gruñó y retrocedió.

—¿Eso es todo? —lo provoqué.

—Todavía no.

Se abalanzó sobre mí y lo recibí preparado. Bloqueé su espada, giré la muñeca y conseguí desequilibrarlo. Ross tropezó, pero recuperó la posición antes de caer.

Volví a atacar. Esta vez lo alcancé en el muslo, y él gruñó. Su pierna cedió ligeramente. Lo tenía. Avancé dispuesto a terminarlo. Entonces sentí un dolor abrasador en el brazo.

—¡Maldita sea!

Un mercenario había aparecido por mi costado y su espada había atravesado la manga, abriendo un corte desde el hombro hacia el bíceps. Retrocedí mientras la sangre comenzaba a empapar la tela.

El hombre levantó nuevamente la espada.

No llegó a descargarla. Brett apareció y lo derribó de un golpe.

—¿Cuántas veces te he dicho que no pierdas de vista el resto del patio?

—Estaba ocupado.

—Ya lo veo.

Ross aprovechó aquellos segundos para alejarse.

—¡Albort! —grité—. ¡Maldito cobarde!

Entonces ocurrió. Un cuerno sonó más allá de las murallas y todo el patio pareció detenerse durante una fracción de segundo.

Eran la respuesta. La ayuda había llegado. Desde lo alto de la muralla alguien gritó:

—¡Guerreros en el camino!

Una nueva llamada de cuerno resonó entre las montañas. Después otra respondió desde una dirección diferente.

Los clanes.

El rey levantó su espada.

—¡Resistid! ¡Nuestros hombres han llegado!

Un rugido surgió de los guerreros que todavía permanecían en pie. Los mercenarios reaccionaron de manera muy distinta. Comenzaron a mirarse unos a otros. Y Ross lo comprendió. Sus hombres estaban dispuestos a matar por dinero. No a morir por él.

—¡Mantened las posiciones! —gritó—. ¡Os pagaré el doble!

Nadie pareció demasiado convencido.

Entonces las puertas principales comenzaron a ceder desde el exterior.

Ross retrocedió. Lo vi mirar hacia uno de los accesos laterales.

—Va a huir —dijo Brett.

Albort echó a correr.

Mi hermano soltó una maldición.

—Esta vez no, malnacido.

Brett fue tras él.

Yo intenté seguirlo, pero el dolor del brazo me hizo perder unos segundos. Cuando conseguí abrirme paso entre los hombres, ambos ya estaban cerca de los establos.

Ross se volvió y atacó. Brett detuvo el golpe.

Mi hermano estaba furioso. Y un Brett furioso era algo que ningún hombre sensato querría tener delante.

Ross retrocedió una vez. Después otra. Pero Brett no le dio descanso. Atacaba con una violencia controlada, obligándolo a ceder terreno hasta que Ross tropezó con uno de los cuerpos tendidos en el suelo y cayó de espaldas.

Brett colocó inmediatamente la punta de la espada contra su garganta.

—Se acabó.

Ross respiraba con dificultad.

—Mátame.

—Todavía no.

Brett presionó ligeramente la hoja.

—Ordena a tus hombres que depongan las armas.

Albort sonrió con desprecio.

—¡Vete al infierno!

—Puedes ordenarles que se rindan o puedes ver cómo mueren todos antes que tú. Elige.

Los cuernos volvieron a sonar. Esta vez mucho más cerca. Las puertas se abrieron y comenzaron a entrar guerreros de los clanes que habían respondido a la llamada del rey. Los primeros mercenarios arrojaron sus armas prácticamente en el mismo instante. Otros huyeron.

En cuestión de minutos, el ataque comenzó a desmoronarse.

Ross lo contempló desde el suelo. Había perdido otra vez. Solo que aquella vez no tendría la oportunidad de desaparecer entre las montañas.

El rey se aproximó. Los hombres fueron apartándose a su paso. Yo llegué junto a Brett mientras me sujetaba el brazo herido. Munro apareció poco después.

Albort levantó la mirada hacia el rey.

—Majestad, yo...

—Silencio.

La voz del rey consiguió que todo el mundo callara.

Se detuvo frente a él y contempló durante unos instantes los cuerpos esparcidos por el patio.

—Has atacado una fortaleza bajo mi autoridad. Has contratado mercenarios, asesinado a mis hombres y levantado tu espada contra tu rey.

Ross abrió la boca.

—Mi señor, estas tierras...

—Tu juicio será rápido.

El rey extendió una mano.

Uno de sus guardias le entregó una espada.

Ross palideció.

—Majestad, tengo derecho a...

No terminó. El rey descargó la espada en un corte limpio. La cabeza de Albort Ross cayó sobre la tierra ante la mirada de todos. Durante unos segundos nadie pronunció una sola palabra. El rey bajó lentamente el arma ensangrentada.

—Ahora sí —dijo—. Se acabó.

Capítulo 24

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Cuando vi aparecer a Brett entre los árboles, acompañado de Munro y de varios guerreros, el corazón me dio un vuelco tan fuerte que durante un instante me quedé sin respiración. Llevábamos demasiado tiempo esperando en aquel claro, ocultas entre la vegetación y lo bastante alejadas de la fortaleza para obedecer las órdenes de Brett, aunque no tanto como para dejar de escuchar los sonidos de la batalla. Primero los gritos y el choque lejano de las armas, después los cuernos que habían resonado entre las montañas y, finalmente, aquel silencio extraño que había terminado resultando mucho más angustioso que todo lo anterior.

Rose reaccionó antes que ninguna.

—¡Brett!

Echó a correr hacia él sin importarle levantar las faldas del vestido ni las ramas que se interponían en su camino. Brett apenas tuvo tiempo de abrir los brazos antes de que ella se lanzara contra su pecho. La estrechó con tanta fuerza que llegó a levantarla ligeramente del suelo y hundió el rostro en su cabello. Rose lloraba mientras lo tocaba por todas partes, como si necesitara comprobar que no estaba herido, y él no dejaba de besarle la frente, las mejillas y el cabello.

Màiri sostenía a Sìne entre sus brazos y permanecía junto a mí. La pequeña se había quedado dormida después de llorar durante buena parte de nuestra espera, completamente ajena al horror que acababa de ocurrir dentro de aquellos muros.

Yo apenas veía a Brett. Buscaba detrás de él. Entre los guerreros, pero Daziel no estaba.

El alivio que había sentido al verlos aparecer se convirtió inmediatamente en algo frío y doloroso que me atravesó el pecho. Miré otra vez, convencida de que aparecería detrás de los demás en cualquier momento.

Nada.

—¿Dónde está Daziel?

Munro me miró.

Debió de ver algo en mi cara porque respondió enseguida.

—Está vivo.

Las rodillas estuvieron a punto de fallarme.

—¿Por qué no está contigo?

—Ha resultado herido.

Sentí que el mundo se detenía.

—¿Herido cómo?

—Chloe, está vivo —insistió Munro acercándose—. Una espada le alcanzó en el brazo. Ha perdido sangre, pero el médico está ocupándose de él.

—Quiero verlo.

—Lo verás.

—Ahora.

Mi voz salió más desesperada de lo que pretendía.

Munro asintió, y Brett dio un paso hacia mí.

—Hemos ganado. Albort Ross está muerto y los mercenarios que no huyeron han depuesto las armas. Ya podéis regresar.

—¿Albort está muerto? —preguntó Rose.

Brett asintió.

—Esta vez no regresará.

No pregunté cómo había muerto.

No me importaba.

—Vamos —dije.

Necesitaba llegar hasta Daziel.

El camino de regreso se me hizo eterno. Avanzábamos acompañadas por Brett, Munro y varios guerreros, pero yo apenas prestaba atención a nada de cuanto ocurría a mi alrededor. Solo podía pensar en aquellas tres palabras.

Ha resultado herido.

Cada vez que las repetía, la visión regresaba.

Donald cayendo sobre mí. Su sangre. Sus ojos. Su cuerpo dejando de respirar.

Intenté convencerme de que aquello era diferente. Daziel estaba vivo. Munro me lo había dicho. Una herida en el brazo no significaba que fuese a morir, pero después de descubrir que ya lo había perdido una vez, la posibilidad de perderlo de nuevo me aterrorizaba de una forma que no podía controlar.

Cuando atravesamos las puertas de la fortaleza comprendí realmente la magnitud de lo ocurrido.

Había sangre por todas partes. Hombres atendiendo a los heridos, otros retirando cuerpos del patio y criados transportando cubos de agua, vendas y cualquier cosa que pudiera resultar útil. Algunos guerreros permanecían sentados contra las paredes mientras les curaban las heridas y otros se abrazaban al reencontrarse después de la batalla. El olor a sangre, sudor y humo resultaba tan intenso que tuve que respirar por la boca.

No quería mirar.

Solo quería encontrarlo.

—¿Dónde está? —pregunté a Munro.

—En sus aposentos.

No esperé a nadie.

Atravesé el gran salón y subí las escaleras prácticamente corriendo. Escuché a Rose llamarme desde atrás, pero no me detuve. Recogí el vestido con ambas manos para subir los últimos peldaños y recorrí el corredor hasta alcanzar la alcoba de Daziel.

Joder, cómo echaba de menos llevar pantalones.

La puerta estaba abierta.

Entré.

Y allí estaba.

Sentado sobre el lecho, con la espalda apoyada contra varios almohadones y el torso desnudo. Un hombre de edad avanzada se encontraba inclinado sobre él mientras limpiaba una herida que recorría la parte superior de su brazo. Habían colocado una palangana con agua junto a la cama y varios paños manchados de sangre descansaban sobre una mesa cercana.

Daziel estaba terriblemente pálido. Aquello fue lo primero que vi. No la herida ni la sangre. Su rostro.

—Daziel...

Él levantó inmediatamente la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Todo lo que llevaba horas intentando mantener bajo control se rompió.

Caminé hacia él y terminé prácticamente de rodillas junto a la cama. Le cogí la mano sana entre las mías mientras las lágrimas comenzaban a caerme sin ningún permiso.

—Estás vivo.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Empiezo a pensar que tienes muy poca confianza en mis habilidades.

Solté una especie de risa mezclada con un sollozo.

—No tiene ninguna gracia.

—Un poco sí.

Ese era él. Siempre dispuesto a bromear conmigo incluso en la peor de las circunstancias.

—Estás blanco.

—Siempre he sido bastante pálido.

—Daziel.

—Estoy bien, Chloe.

—¡No estás bien! Te han atravesado el brazo con una espada.
El hombre que lo atendía levantó brevemente la vista.

—No lo han atravesado, señora. Es un corte profundo, pero limpio. Tendrá que mantener el brazo inmóvil durante unos días y habrá que vigilar la herida, pero ha tenido fortuna.

«*¡Fortuna!*».

Miré la sangre acumulada en los paños y decidí que aquella gente tenía un concepto bastante particular de la fortuna.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no estábamos solos. El rey se encontraba junto a la chimenea. No sé cómo demonios no lo había visto al entrar. Me puse rígida y me limpié las lágrimas con rapidez, pero su majestad pareció más divertido que ofendido por mi completa falta de protocolo.

—Tranquilizaos, señora MacKay —dijo—. Vuestro esposo es un gran guerrero. No morirá por semejante nimiedad.

Miré nuevamente a Daziel.

—¿Una nimiedad?

El rey soltó una carcajada.

—He visto a hombres continuar luchando con heridas bastante peores.

—Pues esos hombres estaban locos.

Daziel sonrió.

—En eso quizá tenga razón.

—Tú cállate.

La sonrisa del rey se ensanchó.

—Ahora entiendo algunas cosas.

Lo miré con desconfianza.

—¿Qué cosas?

—Por qué este muchacho tuvo tanta prisa por casarse.

«Dios. La mentira».

Después de todo lo ocurrido, casi la había olvidado.

Sentí que las mejillas empezaban a arder y bajé la vista hacia la mano de Daziel, que todavía permanecía entre las mías.

—Majestad —intervino él—, creo que ya ha atormentado bastante a mi esposa por hoy.

—Es cierto, muchacho.

El médico terminó de limpiar la herida y comenzó a vendarle el brazo con una larga tira de lino. Observé cada uno de sus movimientos como si de aquello dependiera la vida de Daziel. Cuando finalmente anudó el vendaje, volvió a examinarlo con detenimiento.

—Nada de espada durante unos días.

Daziel frunció el ceño.

—Trataré de tomármelo con calma, se lo prometo.

No pude evitar sonreír.

—La herida debe mantenerse limpia —continuó el hombre—. Cambiaré el vendaje mañana y comprobaré que no aparezca fiebre. Esta noche debe descansar.

—Me ocuparé de que lo haga —dije.

Las palabras salieron de mi boca sin pensarlas.

El rey sonrió.

—Entonces queda en buenas manos —declaró su majestad.

El médico recogió sus utensilios y el rey se acercó a la cama antes de marcharse. Apoyó una mano sobre el hombro sano de Daziel.

—Has luchado bien hoy.

—Cumplí con mi deber, mi señor.

—Hiciste bastante más que eso. Descansa. Mañana hablaremos de lo sucedido.

Daziel inclinó la cabeza.

—Sí, majestad.

El rey caminó hacia la puerta acompañado por el médico. Munro, que había permanecido discretamente junto a la entrada, los siguió después de dedicarme una mirada que no supe interpretar.

La puerta se cerró, y el silencio llenó la habitación. Yo todavía sostenía su mano entre las mías.

Entonces comprendí que estábamos solos. Daziel y yo. Y todavía sostenía su mano entre las mías.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Afuera continuaba escuchándose movimiento en los corredores, pasos apresurados, voces dando órdenes y el ruido inevitable de una fortaleza que intentaba recuperarse después de una batalla. Sin embargo, dentro

de aquella alcoba todo parecía haberse detenido. Ya no había mercenarios, ni Ross, ni un rey al que engañar fingiendo un matrimonio inexistente. Solo estaba Daziel, vivo frente a mí, y la certeza de que durante aquellas horas había sentido un miedo tan intenso a perderlo que ya no podía seguir fingiendo que lo que ocurría entre nosotros era únicamente deseo.

Acaricié lentamente el dorso de su mano con el pulgar y bajé la mirada hacia nuestros dedos entrelazados.

—He tenido mucho miedo.

Daziel apretó suavemente mi mano.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

Levanté los ojos hacia él y tuve que contener nuevamente las lágrimas.

—Cuando estábamos escondidas en el bosque y escuchábamos todo lo que estaba ocurriendo dentro de la fortaleza, no podía dejar de pensar en ti. Después apareció Brett y tú no venías con él... —Tuve que detenerme para tragar el nudo que se había formado en mi garganta—. Durante esos segundos pensé que estabas muerto.

La expresión de Daziel cambió.

—Chloe...

—Y ha sido horrible. Muchísimo peor de lo que debería haber sido.

—¿Por qué dices eso?

Solté una pequeña risa nerviosa.

—Porque apenas te conozco.

—Eso no significa que no puedas preocuparte por mí.

—No estoy hablando de preocuparme.

Daziel se quedó en silencio.

Me levanté del suelo y me senté con cuidado en el borde de la cama, procurando no rozar su brazo herido. Él no apartó la mirada de mí en ningún momento y aquello hizo que resultara todavía más difícil encontrar las palabras.

—Esta mañana estaba convencida de que sabía lo que quería.

—Respiré profundamente—. Quería volver a casa. Encontrar la

manera de regresar a Londres, recuperar mi vida y fingir que todo esto había sido una especie de locura... Entonces fui a ver a tu madre y descubrí lo de Danielle y Donald. Regresé aquí completamente destrozada, te vi luchando y casi me da algo porque durante unos segundos volví a verte morir. Después me besaste y pensé que quería quedarme. Me asusté tanto que salí corriendo de tu despacho.

—Eso lo recuerdo.

—Daziel, hablo en serio. Trata de no hacer bromas esta vez.

—Perdona.

Daziel sonrió apenas.

Lo fulminé con la mirada, pero aquella pequeña sonrisa consiguió relajar algo dentro de mí.

—Y después atacaron la fortaleza. —Mi voz volvió a suavizarse—. He visto morir a un hombre delante de mí. He matado a otro para proteger a Rose y a Sine. He corrido por esos pasillos pensando que cualquiera de nosotros podía morir y, mientras estaba escondida en el bosque, esperando sin saber qué estaba ocurriendo aquí, comprendí algo.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Qué?

Lo miré. De verdad lo miré.

Su cabello revuelto, el cansancio dibujado en el rostro, aquellos ojos azules que ya no sabía si pertenecían únicamente a Daziel o si una parte de mí seguiría viendo siempre a Donald en ellos. Pero aquello ya no importaba. No amaba a un recuerdo. Donald podía explicar por qué nuestros caminos parecían haberse cruzado de nuevo, pero el hombre que tenía delante era Daziel. El arrogante que me había encontrado junto al río. El que se divertía provocándome. El que había dormido en el suelo para respetarme. El que escuchó fascinado mis historias sobre el futuro y me había prometido ayudarme a regresar aunque eso significara perderme.

Las lágrimas volvieron a llenar mis ojos.

—Creo que te amo.

Daziel se quedó completamente inmóvil.

Yo también.

Ya estaba. Lo había dicho. Y de repente sentí unas ganas tremendas de salir corriendo otra vez.

Su ceja se arqueó ligeramente.

—¿Crees?

Abrí la boca.

—Bueno, yo...

—¿Crees que me amas?

—Daziel, no me lo pongas más difícil.

Su expresión se suavizó.

Levantó la mano sana y acarició mi mejilla con los nudillos.

—Yo no lo creo.

El corazón me dio un vuelco.

Durante un instante interpreté aquellas palabras de la peor manera posible y debió de notarse en mi cara, porque una sonrisa apareció lentamente en sus labios.

—Estoy seguro.

Dejé de respirar.

Daziel deslizó los dedos hasta mi nuca.

—Estoy seguro de que te amo, Chloe.

Sentí que algo se rompía dentro de mí.

Pero esta vez no dolió.

—¿Qué?

—Te amo.

—No puedes decirlo así como si nada.

—¿Cómo quieres que lo diga?

—No sé. —Me limpié una lágrima mientras una risa absurda se mezclaba con el llanto—. Dame un poco de tiempo para asimilarlo.

—Has sido tú quien ha empezado.

—He dicho que *creo* que te amo.

—Y yo te estoy diciendo que no tengo ninguna duda.

Lo miré sin saber si quería besarlo o estrangularlo.

Probablemente ambas cosas.

—¿Desde cuándo?

Daziel pensó durante unos instantes.

—No lo sé.

—Muy esclarecedor.

—Sé cuándo comprendí que estaba ocurriendo.

—¿Cuándo?

Su pulgar acarició mi mejilla.

—Cuando me dijiste que querías regresar a tu tiempo y lo primero que pensé fue que no quería dejarte marchar.

Aquello consiguió que las lágrimas terminaran cayendo.

—Pero dijiste que me ayudarías.

—Y lo haré.

Fruncí el ceño.

—¿Aunque me ames?

—Sobre todo porque te amo.

No pude decir nada.

—Si tu felicidad está en ese lugar del que vienes, Chloe, no seré yo quien te impida regresar. No sé qué ocurrió entre Donald y Danielle ni qué significa que nuestras almas hayan vuelto a encontrarse. Pero sé una cosa: no quiero que permanezcas conmigo porque una visión te haya hecho creer que debes hacerlo.

Me incliné hacia él.

—Eres bastante menos bruto de lo que aparentas.

—No se lo cuentes a nadie.

Solté una pequeña carcajada.

Daziel sonrió y apoyó su frente contra la mía.

—Quédate porque quieras quedarte.

Cerré los ojos.

Aquellas palabras hicieron más por mí que cualquier explicación de Sienna.

No tenía que decidir aquella noche dónde estaba mi hogar. No tenía que saber si Chloe y Danielle eran la misma alma, ni comprender por qué el destino nos había llevado hasta allí. Podía limitarme a sentir.

Y en aquel momento solo quería estar con él.

—Bésame.

No necesitó que se lo pidiera dos veces.

Daziel acercó sus labios a los míos y me besó con una dulzura que consiguió que todo el miedo acumulado durante el día

comenzara a desaparecer. Deslicé una mano por su rostro y respondí lentamente, disfrutando de aquel beso sin urgencia, sin necesidad de convertirlo en algo más. No había deseo desesperado ni cuerpos buscando perder el control. Había algo mucho más íntimo.

Era un beso que decía *estás vivo*. Un beso que decía *he vuelto*. Y quizá también uno que decía *esta vez tenemos tiempo*.

Cuando nos separamos, mantuve la frente apoyada contra la suya.

—Creo que estoy empezando a odiar la palabra destino.

—Yo ni siquiera sé qué significa exactamente.

Me reí.

Daziel se acomodó contra los almohadones y una mueca de dolor cruzó fugazmente su rostro.

—¿Te duele?

—Un poco.

—Mentiroso.

—Cierto, me duele mucho.

—Eso está mejor. A mí no tienes que mentirme.

Me levanté para ayudarlo a acomodarse y coloqué los almohadones de manera que el brazo herido quedara en una posición más cómoda. Después hice ademán de apartarme.

Daziel sujetó mi mano.

—¿Adónde vas?

—A dejarte descansar.

—Quédate.

Lo miré. No había provocación en sus ojos. Solo cansancio. Y algo que hizo que mi pecho se llenara de una calidez desconocida.

Rodeé la cama y me tumbé con cuidado a su lado, procurando mantenerme lejos de la herida. Daziel abrió el brazo sano y no necesité ninguna invitación más. Me acomodé contra su costado, apoyé la cabeza sobre su pecho y dejé una mano descansando sobre su abdomen.

Escuché su corazón. Fuerte. Regular.

Cerré los ojos.

—Me gusta escucharlo.

—¿El qué?

—Tu corazón.

Daziel depositó un beso sobre mi cabello.

—Pues espero conservarlo durante bastante tiempo.

Sonreí contra su pecho.

Su mano comenzó a acariciar lentamente mi espalda. Una y otra vez. Sin prisa. Sentí cómo su respiración se hacía cada vez más profunda mientras el cansancio terminaba imponiéndose.

Yo también estaba agotada.

Había vivido demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—Daziel...

—¿Sí?

—No sé qué voy a hacer todavía.

Su mano no dejó de acariciarme.

—Lo sé.

—Pero ahora mismo no quiero irme.

Noté cómo sus labios volvían a rozar mi cabello.

—Entonces no te vayas ahora.

Aquella respuesta fue suficiente.

Me acurruqué un poco más contra él y cerré los ojos.

Capítulo 25

Fortaleza de Kinlocheve, propiedad de la corona y
custodiada por el clan MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Daziel

Dos semanas después, la fortaleza apenas conservaba señales del ataque.

Los cuerpos habían desaparecido del patio, las manchas de sangre se habían limpiado de las piedras y los daños en las puertas y las murallas estaban siendo reparados por carpinteros y hombres del clan. Algunos guerreros todavía llevaban vendajes y otros caminaban con las heridas recientes recordándonos que la victoria había tenido un precio, pero Kinlochewe volvía poco a poco a respirar. Los animales regresaban a los establos, Fergoll volvía a gritar desde las cocinas y los entrenamientos se habían reanudado cada mañana. Hasta Munro había comenzado a insistir en que mi brazo estaba suficientemente recuperado para volver a empuñar una espada,

aunque el médico y Chloe compartían una opinión bastante diferente.

Sobre todo Chloe.

Durante aquellas dos semanas se había convertido en mi sombra.

Al principio pensé que sería algo pasajero, consecuencia del miedo que había sentido durante el ataque, pero pronto comprendí que algo entre nosotros había cambiado definitivamente desde aquella tarde en mi alcoba. Chloe se ocupaba personalmente de comprobar mi vendaje, vigilaba que no hiciera esfuerzos y aparecía cada vez que intentaba hacer algo que, según ella, podía abrir nuevamente la herida. Incluso había conseguido enfrentarse al médico cuando consideró que no estaba limpiándola suficientemente bien, utilizando palabras de su época que ninguno de nosotros comprendía mientras insistía en que una infección podía ser más peligrosa que la propia espada.

Yo me limitaba a observarla, y a enamorarme todavía más. Dormíamos juntos todas las noches. Ya no porque el rey estuviera bajo nuestro techo ni porque necesitáramos mantener la mentira de nuestro matrimonio. Simplemente ninguno de los dos había sugerido volver a dormir separado. Chloe se acostaba junto a mí, apoyaba la cabeza sobre mi pecho y por las mañanas solía despertarme con una pierna sobre las mías y el cabello completamente desordenado sobre la almohada. Desayunábamos juntos cuando mis obligaciones lo permitían, discutíamos por cualquier estupidez y algunas tardes desaparecía con Rose o con Màiri para regresar horas después cargada de historias.

Parecíamos un matrimonio. Un matrimonio de verdad. Y me gustaba demasiado.

Ese era precisamente el problema. Porque cada día que pasaba resultaba más difícil recordar que Chloe todavía tenía un camino de regreso.

Nunca habíamos vuelto a hablar seriamente de ello. Después de confesarme que creía amarme, dejó de mencionar constantemente Londres, el río o aquel lugar de las montañas desde

el que supuestamente podría regresar a su época. Yo tampoco preguntaba.

Cobarde.

Sabía que lo era.

Había combatido contra hombres armados, había defendido aquellas tierras y me había enfrentado a Ross sin saber si saldría vivo del patio, pero no encontraba el valor suficiente para preguntarle a una mujer si seguía pensando abandonarme.

Porque temía su respuesta.

Chloe tenía una vida en otro tiempo. Un mundo que yo apenas podía imaginar y que, según todo cuanto me había contado, estaba lleno de maravillas imposibles. Tenía libertad, comodidades y oportunidades que ninguna mujer poseía aquí. ¿Qué podía ofrecerle yo a cambio?

Una fortaleza de piedra, inviernos interminables. Guerras. Una vida que no había elegido.

Y a mí.

Quería creer que sería suficiente.

Pero si algún día Chloe me miraba y me decía que deseaba regresar, cumpliría mi promesa. La llevaría personalmente hasta aquel lugar si era necesario y la dejaría marchar.

Después probablemente se me rompería el corazón.

Y tendría que aprender a vivir con ello.

Por suerte, el rey se encargó de que durante aquellos días tuviera asuntos suficientes para mantener la cabeza ocupada.

Su majestad había decidido permanecer en Kinlochewe hasta comprobar que la situación estaba completamente controlada. La muerte de Albort Ross había terminado con la amenaza principal, pero todavía era necesario asegurar las tierras, reorganizar las patrullas y resolver qué hacer con los hombres que habían colaborado con él. Además, los jefes de varios de los clanes que habían acudido en nuestra ayuda permanecieron en la fortaleza.

La mañana anterior a su partida, el rey me hizo llamar.

Pensé que deseaba hablar conmigo sobre la seguridad de las fronteras.

Me equivocaba.

Había reunido a los principales hombres de los clanes aliados en el gran salón. Cuando entré, Brett ya estaba allí junto a Munro y varios de los hombres que habían luchado con nosotros. Mi madre también había acudido a la fortaleza aquella mañana y permanecía junto a Rose.

Y Chloe estaba con ellas. Nuestros ojos se encontraron y sonrió. Con esa sonrisa enorme que iluminaba toda una estancia.

«*Maldita mujer*».

Todavía conseguía que olvidara lo que estaba haciendo con una simple sonrisa.

—Acércate, Daziel MacKay —ordenó el rey.

Obedecí.

El gran salón estaba más solemne de lo habitual. Los estandartes colgaban de las paredes y los representantes de los clanes formaban un amplio semicírculo frente al monarca. No era una coronación ni una de las grandes ceremonias de la corte. Allí, en las Highlands, ciertas decisiones necesitaban menos adornos y muchos más testigos.

Me detuve frente a él.

—Arrodíllate.

Lo hice.

El rey permaneció en silencio durante unos instantes antes de hablar.

—Cuando te entregué la responsabilidad de estas tierras esperaba lealtad. Me has dado más que eso. Has mantenido Kinlochewe, has protegido a sus habitantes y defendiste a tu rey cuando un traidor levantó sus armas contra nosotros.

Incliné la cabeza.

—Cumplí con mi deber, majestad.

—Y por eso tendrás uno mayor.

Escuché algún murmullo entre los presentes.

El rey continuó.

—Ante los hombres aquí reunidos y con ellos como testigos, te reconozco como señor de Kinlochewe y de las tierras que dependen de esta fortaleza. Desde este día responderás ante la Corona por su defensa, su justicia y sus gentes.

Sentí el peso de aquellas palabras.

Ya administraba la fortaleza. Llevaba meses tomando decisiones y organizando sus tierras, pero aquello era diferente.

Ahora era oficial.

El rey extendió una mano y uno de sus hombres le entregó una espada. La sostuvo ante mí mientras pronunciaba las palabras que confirmaban mi deber hacia la Corona y mi obligación de proteger aquellas tierras.

—¿Juras lealtad a tu rey y a la Corona?

—Lo juro.

—¿Juras defender estas tierras y a quienes viven bajo tu protección?

—Lo juro.

El rey apoyó brevemente la hoja sobre mi hombro.

—Entonces levántate, Daziel MacKay, *laird* de Kinlochewe.

Me puse en pie.

Los hombres reunidos respondieron golpeando las manos contra las mesas y algunos levantaron sus copas. Brett fue uno de los primeros en acercarse y me dio un golpe en el hombro sano.

—Mi *laird* —dijo con una sonrisa.

—No empieces.

—Oh, pienso recordártelo constantemente.

Munro apareció detrás.

—Mi señor.

—Tú tampoco.

Se rio.

Pero yo buscaba a otra persona.

Chloe permanecía junto a mi madre. Y la expresión de su rostro hizo que todo lo demás perdiera importancia.

Estaba sonriendo. No aquella sonrisa burlona que utilizaba cuando pretendía provocarme. Era otra. Había orgullo en sus ojos. Caminó hacia mí cuando los demás comenzaron a dispersarse.

—Así que ahora eres oficialmente importante.

—Siempre he sido importante.

—Claro que sí.

Se detuvo frente a mí y arregló con los dedos una pequeña arruga de mi jubón.

Aquel gesto tan sencillo me dejó inmóvil.

—Enhorabuena —murmuró.

—Gracias.

—*Laird MacKay*.

Sonreí.

—Me gusta cómo suena cuando lo dices tú.

Mi madre, que se encontraba lo bastante cerca para escucharnos, soltó una carcajada.

—No tienes remedio, hijo.

—Eso me dicen.

Chloe me miró.

—Constantemente.

La celebración terminó prolongándose hasta la noche.

Fergoll se tomó el nombramiento como un desafío personal y consiguió llenar las mesas con suficiente comida para alimentar a media Escocia. Hubo carne asada, panes recién hechos, quesos, pescados, pasteles y jarras que parecían rellenarse solas cada vez que alguien conseguía vaciarlas. Los hombres de los distintos clanes bebieron juntos, intercambiaron historias de la batalla y convirtieron algunos de sus propios actos en hazañas cada vez más extraordinarias conforme avanzaba la noche.

Mi madre ocupó un lugar cercano a nosotros.

Rose y Brett estaban también allí, con Sìne pasando de unos brazos a otros hasta que el sueño terminó vencéndola. Munro discutía con uno de los guerreros acerca de quién había derribado a más mercenarios durante el ataque y el rey parecía disfrutar enormemente de una conversación en la que todos sabíamos que la mitad de cuanto se contaba era mentira.

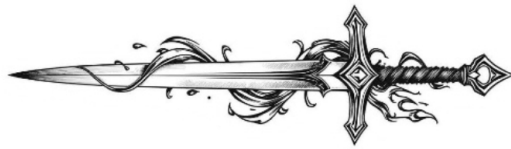
Chloe permanecía a mi lado. Mi esposa. Al menos eso seguía creyendo el rey. Sin embargo, aquella noche no tuve que recordarle que representara ningún papel.

Cuando alguien se dirigía a ella como señora MacKay, respondía con naturalidad. Cuando hablaba con los invitados, lo hacía sentada junto a mí. Y en algún momento de la cena apoyó

distraídamente una mano sobre mi muslo mientras se inclinaba para decirme algo al oído.

Parecía pertenecer allí. Aquello debería haberme hecho feliz. En cambio, también consiguió despertar nuevamente el miedo que llevaba dos semanas intentando ignorar.

La observé mientras reía con Rose. ¿Qué ocurriría cuando tuviera que elegir?



La mañana siguiente llegó demasiado pronto.

El rey partió al amanecer acompañado por su guardia y por algunos de los hombres de los clanes que regresaban a sus propias tierras. Todos salimos al patio para despedirlo. Su majestad me recordó por última vez mis nuevas obligaciones, me ordenó mantenerlo informado sobre cualquier movimiento sospechoso en la región y, antes de montar, me dio un golpe en el hombro.

—Cuida bien estas tierras, muchacho.

—Lo haré, majestad.

Después miró a Chloe.

—Y cuidad bien a vuestra esposa.

Chloe sonrió.

—Creo que soy yo quien lleva dos semanas cuidándolo a él, majestad.

El rey soltó una carcajada.

—Entonces estás en mejores manos de lo que mereces, MacKay.

No pude discutir aquello.

Los caballos comenzaron a alejarse poco después y permanecimos frente a las puertas hasta que el último estandarte desapareció por el camino.

Entonces ocurrió algo que llevaba semanas esperando.

La fortaleza quedó en silencio. No un silencio absoluto, sino el nuestro. El de Kinlochewe.

Los criados regresaron a sus tareas, los guerreros volvieron a sus puestos y Fergoll comenzó a gritar desde las cocinas porque alguien había dejado una puerta abierta. Mi madre se quedaría todavía unos días con nosotros y Brett, Rose y la pequeña tampoco parecían tener demasiada prisa por regresar a sus tierras.

Todo volvía a la normalidad. O a una nueva normalidad.

Miré hacia Chloe.

Estaba de pie junto a Rose, con el sol de la mañana iluminándole el cabello mientras ambas hablaban y reían por algo que no alcancé a escuchar.

Semanas atrás aquella mujer había aparecido en mi vida procedente de un mundo que no podía comprender. Ahora dormía en mi cama. Cuidaba mis heridas. Se sentaba a mi lado como señora de aquellas tierras. Y me había dicho que creía amarme.

Yo sabía que la amaba.

Lo único que todavía ignoraba era cuánto tiempo podría conservarla a mi lado.

Capítulo 26

Fortaleza de Kinlocheve,
propiedad del laird Daziel MacKay.
Tierras Altas de Escocia, 1469

Aquella tarde estaba en el jardín con Rose, Sienna y Sìne, disfrutando de una tranquilidad que después de las últimas semanas me parecía casi sospechosa.

Sienna y Rose conversaban sentadas bajo la sombra de uno de los árboles mientras yo tenía a Sìne sobre mis piernas y me entretenía haciéndole cosquillas en la barriga para escuchar sus pequeños sonidos. Aquella niña conseguía que olvidara cualquier preocupación durante unos minutos y, después de todo lo ocurrido, había decidido permitírmelo. No preguntarme cuánto tiempo permanecería allí ni qué significaba que cada mañana despertara junto a Daziel sintiéndome un poco más en casa.

Precisamente él apareció mientras Sìne intentaba atrapar uno de mis dedos con sus pequeñas manos.

Lo vi acercarse desde el otro extremo del jardín y su expresión consiguió que mi sonrisa desapareciera poco a poco.

Daziel no parecía enfadado, pero tampoco traía aquella media sonrisa arrogante que utilizaba casi siempre que venía a buscarme. Estaba serio. Demasiado serio.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Miré a Rose y después a Sienna. Mi amiga extendió los brazos para coger a su hija.

—Ve. Yo me quedo con ella.

Le entregué a Sine y me puse en pie.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. Solo quiero hablar contigo.

Aquello era exactamente lo que decía alguien justo antes de comunicarte que había ocurrido algo.

Lo seguí por el jardín hasta una zona más apartada, cerca del muro, donde los árboles y los arbustos nos ocultaban de las demás. Daziel se detuvo y permaneció unos segundos de espaldas a mí, como si estuviera buscando la manera correcta de comenzar la conversación. Después se volvió y, para mi sorpresa, cogió mis dos manos entre las suyas.

—Chloe, necesitamos hablar.

—Eso suele decirse justo antes de una conversación horrible.

—No estoy bromeando.

—Ya lo veo.

Sus dedos se cerraron un poco más alrededor de los míos.

—Me estoy acostumbrando a esto.

Fruncí el ceño.

—¿A qué?

—A ti.

Aquello consiguió que dejara de bromear.

Daziel respiró profundamente antes de continuar.

—Me estoy acostumbrando a despertarme contigo, a encontrarte sentada a mi lado durante las comidas, a verte caminando por la fortaleza como si siempre hubieras vivido aquí. Me he acostumbrado incluso a escucharte discutir con Fergoll porque según tú utiliza demasiada grasa para cocinar.

—Utiliza demasiada grasa.

—Chloe.

—Perdón.

No sonrió.

—También me he acostumbrado a que duermas en mi cama.

Sentí que algo se encogía dentro de mi pecho. Ya sabía adónde conducía aquello.

—Te refieres a regresar.

—Sí. ¿A qué iba a referirme?

Aparté la mirada.

Daziel soltó una de mis manos únicamente para levantarme suavemente el mentón.

—Necesito saber qué vas a hacer.

—Daziel...

—No te estoy exigiendo que te quedes.

—Ya lo sé.

—Y tampoco voy a impedirte regresar si eso es lo que deseas. Te lo prometí y mantendré mi palabra. Pero necesito saberlo, Chloe. Quiero hacerme a la idea cuanto antes porque no puedo seguir viviendo con esta duda.

La vulnerabilidad de aquellas palabras me sorprendió. Daziel no era un hombre acostumbrado a reconocer sus miedos y, sin embargo, en ese momento podía ver perfectamente cuánto le estaba afectando aquella incertidumbre.

—Siento que te sientas así.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Porque todavía no sé qué responderte.

Su mandíbula se tensó.

—Han pasado dos semanas.

—Lo sé.

—Dos semanas en las que no has vuelto a mencionar tu hogar.

—Porque estaba disfrutando de no pensar.

Me separé ligeramente de él, aunque no retiré las manos.

—Eso es exactamente lo que he estado haciendo, Daziel. Vivir el momento. Después de todo lo que ocurrió con Sienna, con el ataque, contigo herido y con todas esas malditas revelaciones sobre vidas pasadas, necesitaba dejar de preguntarme continuamente qué

iba a ocurrir mañana. Por una vez quería despertarme, disfrutar del día y ya está.

Su expresión se suavizó un poco.

—Me alegra que estés a gusto aquí.

—Lo estoy.

—Pero yo estoy de los nervios.

No pude evitarlo.

Me reí.

Daziel me miró con absoluta indignación.

—No tiene gracia.

Aquello hizo que todavía me resultara más difícil contener la sonrisa.

—¿Ahora no te gusta que me ría?

—No cuando estoy intentando hablar seriamente contigo.

—Vaya, qué curioso. Te recuerdo que eres tú quien nunca se toma nada en serio cuando soy yo la que está preocupada.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque ahora el preocupado soy yo.

Solté otra carcajada.

—Magnífico argumento.

Daziel dejó caer mis manos.

—Está bien.

—¿Está bien qué?

—Ya hablaremos en otro momento. Veo que hoy no tienes ganas de mantener esta conversación.

Se dio media vuelta.

Me quedé mirándolo mientras comenzaba a alejarse y algo dentro de mí protestó inmediatamente. No quería que se marchara así. Y, sobre todo, no entendía cómo aquel hombre podía estar hablando de nuestro futuro con aquella solemnidad sin darse cuenta de algo bastante evidente.

—Pensé que me pedirías que me casara contigo.

Daziel se detuvo.

Completamente.

Durante unos segundos permaneció de espaldas a mí y llegué a preguntarme si realmente me había escuchado.

Entonces se volvió muy despacio. La expresión de su rostro fue tan extraordinaria que tuve que morderme el interior de la mejilla para no volver a reír.

—¿Qué has dicho?

Me encogí de hombros intentando aparentar una tranquilidad que no sentía.

—Que pensé que me pedirías que me casara contigo.

Me observó como si acabara de hablarle en uno de esos términos de mi época que tanto le costaba comprender.

—¿Casarte conmigo?

—Sí.

—¿De verdad?

—Bueno, llevas semanas diciéndole a todo el mundo que soy tu esposa. Creí que en algún momento se te ocurriría preguntarme si quería serlo de verdad.

Sus ojos se entrecerraron.

—Chloe...

—¿Qué?

—¿Te estás burlando de mí?

—No.

Esta vez hablaba completamente en serio.

—Solo pensaba que serías un poco más romántico.

Su expresión cambió.

—¿Romántico?

—Sí. Ya sabes. Una declaración bonita, unas palabras, quizá arrodillarte...

—¿Arrodillarme?

—Es una costumbre de mi época.

—Por supuesto que lo es.

—Tampoco hace falta que pongas esa cara.

Daziel me observó durante varios segundos. Después negó lentamente con la cabeza y una expresión que no supe interpretar apareció en su rostro.

—Maldita sea, mujer.

—¿Qué?

—Así que con esas estamos.

—¿Con cuáles estamos?

No respondió.

Simplemente se dio media vuelta.

—Daziel.

Continuó caminando.

—¡Daziel!

Ni siquiera volvió la cabeza.

Me quedé allí plantada, completamente desconcertada, viendo cómo atravesaba el jardín y desaparecía en dirección a la fortaleza.

—Pues muy bien —murmuré—. Estupendo.

Esperé. Porque estaba convencida de que regresaría.

Pero no lo hizo.

La seguridad con la que había soltado aquello comenzó a desaparecer poco a poco. ¿Y si se había enfadado?

«*Mierda, qué complicados son los highlander*».

Quizá no debería haberlo dicho así. El hombre acababa de abrirse conmigo, había reconocido que temía perderme y yo prácticamente me había reído de él antes de reprocharle que no me hubiese pedido matrimonio con suficiente romanticismo.

—Muy bien, Chloe —murmuré para mí misma—. Sensibilidad extraordinaria.

Esperé un poco más por si aparecía.

Nada.

Finalmente regresé hacia el lugar donde había dejado a las demás. Rose seguía sentada junto a Sienna y tenía a Sìne en brazos. Ambas levantaron la mirada al verme llegar.

Intenté comportarme con naturalidad.

No debí de conseguirlo.

Rose arqueó una ceja.

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué das por hecho que he hecho algo?

—Porque te conozco.

Me senté junto a ellas y miré hacia la fortaleza.

Daziel no había regresado.
Por primera vez empecé a sentirme realmente nerviosa.
Quizá debería haber hablado de otra manera.



Daziel tardó tanto en regresar que terminé convencida de que realmente se había enfadado conmigo. Rose y Sienna habían retomado su conversación, Sine dormía plácidamente entre los brazos de su madre y yo fingía escuchar mientras miraba hacia la fortaleza cada pocos instantes. Cuanto más tiempo pasaba, peor me sentía. Quizá me había excedido. Él había acudido a mí preocupado, dispuesto a hablar de algo que evidentemente llevaba días atormentándolo, y yo había terminado soltándole que esperaba una petición de matrimonio romántica como si estuviéramos en pleno siglo XXI y el pobre hombre supiera siquiera qué demonios esperaba yo de él.

Estaba a punto de preguntarle a Rose si creía que debía ir a buscarlo cuando Sienna dejó de hablar y miró hacia algún punto situado a mi espalda.

—¿Qué hace mi hijo?

Me giré.

Daziel caminaba hacia nosotras.

Y caminaba deprisa.

Muy deprisa.

No parecía enfadado. Parecía decidido, que tratándose de Daziel podía resultar bastante más peligroso. Atravesó el jardín con grandes zancadas, sin apartar los ojos de mí, y conforme se acercaba tuve la extraña sensación de que debía empezar a preocuparme.

—Daziel...

No contestó.

—¿Estás bien?

Nada.

Llegó hasta mí y, antes de que pudiera ponerme en pie completamente, se inclinó, me rodeó la cintura y me cargó sobre su hombro como si no pesara absolutamente nada.

Solté un grito.

—¿Pero es que te has vuelto loco?!

Rose abrió la boca.

Sienna hizo exactamente lo mismo.

Yo me encontré de repente contemplando el trasero de Daziel y el suelo detrás de él mientras aquel maldito hombre comenzaba a caminar conmigo colgada del hombro.

—¡Daziel! ¡Bájame!

—No.

—¡Bájame ahora mismo!

—Tampoco.

Le golpeé la espalda con ambas manos.

—¡Te juro que como no me bajes...!

—Hijo —intervino Sienna detrás de nosotros—, ¿se puede saber qué estás haciendo?

Daziel ni siquiera disminuyó el paso.

—Hacerlo a la antigua usanza.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Qué? —pregunté.

—Con esta mujer no tengo más opciones.

Rose soltó una carcajada.

—¡No te rías! —grité intentando girarme para verla.

—¡Lo siento! —contestó ella, aunque claramente no lo sentía en absoluto.

Daziel continuó caminando.

—Venid conmigo —les dijo.

—¡Que no venga nadie! ¡Tú bájame!

—Deja de moverte.

—¡Deja tú de secuestrarme!

- No te estoy secuestrando.
- ¡Voy colgada de tu hombro!
- Porque no confío en que vengas voluntariamente.
- ¡Ni siquiera me has dicho adónde vamos!
- Ya lo verás.

Aquello era surrealista.

Atravesamos la entrada de la fortaleza mientras yo continuaba protestando y Daziel ignoraba cada una de mis amenazas. Desde mi humillante posición solo alcanzaba a ver el suelo de piedra pasando bajo nosotros y, de vez en cuando, los pies de algún criado que se detenía para contemplar el espectáculo. Escuché varias risas ahogadas a nuestro paso y supe que antes de la cena toda Kinlochewe estaría hablando de cómo su nuevo *laird* había atravesado la fortaleza con su supuesta esposa colgada del hombro.

—Daziel MacKay, te advierto que cuando me bajes voy a matarte.

- Tendrás que esperar.
 - ¿Por qué?
 - Porque tengo planes antes.
 - Eso no me tranquiliza en absoluto.
- Rose volvió a reír detrás de nosotros.
- Estoy empezando a odiarte, Rose.
 - Yo no he hecho nada.
 - ¡Estás disfrutando!
 - Muchísimo.

—¡Rose! —la reprendió Sienna, aunque también escuché diversión en su voz.

Daziel atravesó el vestíbulo y se dirigió hacia el gran salón. En ese momento empecé a notar algo extraño. Había demasiadas voces. Demasiada gente reunida allí para una tarde cualquiera.

Las puertas se abrieron.

Escuché varias carcajadas.

—¿Qué demonios...?

Daziel me bajó finalmente.

Tuve que agarrarme a sus brazos para recuperar el equilibrio y, en cuanto mis pies tocaron el suelo, estuve a punto de comenzar

a gritarle.

Hasta que miré alrededor. Y me quedé muda. El gran salón estaba lleno.

Criados, guerreros y buena parte de los habitantes de la fortaleza se habían reunido allí. Fergoll estaba entre ellos con una sonrisa enorme. Màiri parecía a punto de explotar de emoción. Munro se encontraba junto a Brett y ambos mostraban una expresión de absoluta diversión.

Y frente a todos ellos esperaba un sacerdote.

Abrí mucho los ojos.

Miré al sacerdote.

Después a Daziel.

Volví a mirar al sacerdote.

—No.

Daziel sonrió.

—Sí.

—No puede ser.

—Puede.

Rose y Sienna acababan de entrar en el salón y mi amiga se detuvo en seco al comprender lo que estaba ocurriendo.

—Oh, Dios mío.

Yo seguía sin saber si reír, llorar o golpear al hombre que tenía delante.

—¿Has organizado todo esto mientras yo pensaba que te habías enfadado?

—Me dijiste que esperabas que te pidiera matrimonio.

—¡Que me lo pidieras! No que organizaras una boda sin avisarme.

Daziel se volvió hacia el sacerdote.

—Hágalo, padre. Cásenos.

El pobre hombre parpadeó.

—Mi señor, quizá la joven...

—¡Ahora!

—¡Daziel!

Me miró.

—¿Qué?

—¿Qué clase de petición de matrimonio es esta?

—La única que se me ha ocurrido después de que me dijeras que no había sido suficientemente romántico.

Lo observé completamente atónita.

¿Aquello era el acto más maravilloso y romántico que un hombre había hecho por mí o el más demencial?

Probablemente ambas cosas.

—Estás loco.

Daziel se acercó hasta quedar frente a mí.

—Estoy loco, mujer. Pero estoy loco por ti. ¿Es que todavía no lo entiendes?

El salón se quedó mucho más silencioso.

Mi corazón comenzó a latir deprisa.

La diversión desapareció poco a poco de sus ojos y Daziel cogió mis manos.

—Deseo todo contigo, Chloe. Quiero despertarme a tu lado cada mañana. Quiero que sigas llenando mi fortaleza de esas palabras extrañas que nadie comprende y que continúes discutiendo conmigo por cosas que jamás se le ocurriría discutir a ninguna otra mujer. Quiero verte reír. Quiero verte enfadada. Quiero que me vuelvas loco todos los días que me queden de vida. Quiero compartir mi cama contigo, mi casa, mis tierras... todo cuanto tengo.

Sentí que los ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

Daziel apretó mis manos.

—Quiero que seas mi esposa de verdad. Te deseo a ti, Chloe. Joder, deseo...

—¡Daziel! —lo reprendió Sienna.

Todo el mundo comenzó a reír.

Daziel cerró los ojos con resignación.

—Madre...

—Estás delante de un sacerdote. Deja de blasfemar de esa manera.

—Estoy intentando decirle a la mujer que amo que deseo pasar el resto de mi vida con ella.

—Puedes hacerlo sin ofender a Dios mientras lo haces.

No pude contener la carcajada.

Daziel me miró.

—¿Ves lo que tengo que soportar?

—Pobre hombre.

—Padre —dijo sin apartar los ojos de mí—, continúe antes de que alguien vuelva a interrumpirme.

El sacerdote carraspeó, intentando recuperar una solemnidad que aquella boda claramente no estaba dispuesta a concederle.

Entonces comenzó la ceremonia.

Y yo permanecí allí, con las manos entre las de Daziel y una sonrisa que era incapaz de borrar de mi rostro.

No llevaba un vestido especial. No había flores preparadas ni músicos ni ninguno de los detalles que alguna vez había imaginado que tendría el día de mi boda. Ni siquiera sabía que iba a casarme hasta unos minutos antes.

Y, sin embargo, nunca había vivido algo tan perfecto.

Miré al hombre que tenía delante.

Aquel highlander gigantesco, testarudo, arrogante y completamente loco que había aparecido en mi vida después de que un río me arrastrara más de seiscientos años hacia el pasado. El hombre que había dormido en el suelo para respetarme, que había escuchado fascinado mis historias sobre el futuro, que me había hecho perder la cabeza entre las sábanas y que estaba dispuesto a ayudarme a regresar a mi tiempo aunque eso significara quedarse sin mí.

Donald había amado a Danielle. Pero aquello no era Donald y Danielle. Éramos nosotros. Chloe y Daziel. Y esta vez teníamos nuestra oportunidad.

El sacerdote pronunció unas palabras que apenas escuché porque no conseguía apartar los ojos de él. Cuando llegó el momento de preguntar por mi voluntad, la sala quedó completamente en silencio.

—Chloe —dijo el sacerdote—, ¿aceptáis a este hombre como vuestro esposo y consentís libremente esta unión?

Miré a Daziel.

Él dejó de sonreír.

Por primera vez desde que había entrado cargándome como una salvaje, pareció nervioso. Y aquello me enamoró todavía más.

—Sí.

Daziel soltó lentamente el aire.

Sonreí.

—Sí, acepto. Con todas las consecuencias.

Alguien soltó una carcajada detrás de nosotros.

El sacerdote se volvió hacia Daziel y formuló la misma pregunta.

Él ni siquiera esperó a que terminara.

—Sí.

—Mi señor, debo terminar la pregunta.

—Termine, pero la respuesta seguirá siendo sí.

Las risas volvieron a llenar el salón.

El sacerdote consiguió finalmente concluir y Daziel asintió con absoluta seguridad.

—Sí, la acepto. Aunque tenga que cargarla sobre mi hombro durante el resto de nuestra vida para impedir que huya.

Le di un golpe en el pecho.

—Inténtalo y nuestro matrimonio durará muy poco.

—Ya veremos.

—Daziel...

—Chloe...

—¿Podéis permitir que termine? —preguntó el sacerdote con resignación.

Todo el salón estalló en carcajadas.

Me tapé la boca para contener la mía.

—Perdón, padre.

La ceremonia continuó y, cuando finalmente el sacerdote declaró nuestra unión ante Dios y los presentes, sentí que las lágrimas que llevaba intentando contener comenzaron a deslizarse por mis mejillas.

Daziel las vio.

Su expresión cambió inmediatamente.

Me acarició el rostro.

—Ahora sí eres mi esposa.

Negué entre lágrimas y risas.

—Ahora sí.

—¿Y sigues pensando que no soy romántico?

—Todavía estoy decidiendo si esto ha sido romántico o un secuestro.

—Puedes decidirlo mañana.

Y me besó.

Lo hizo delante de todos, rodeándome la cintura con el brazo sano y acercándome contra su cuerpo mientras yo le pasaba los brazos alrededor del cuello. El gran salón se llenó de aplausos, silbidos y carcajadas, pero durante unos segundos dejé de escuchar absolutamente todo.

Solo sentí sus labios. Su calor.

Cuando nos separamos, apoyó la frente contra la mía.

—Te amo, esposa.

Sonreí.

Aquella palabra ya no formaba parte de ninguna mentira.

—Y yo a ti, marido.

Los aplausos volvieron a estallar a nuestro alrededor.

Y mientras miraba a Daziel comprendí algo que, por primera vez, no me produjo miedo.

Que no quería estar en ningún otro lugar. Porque seiscientos años atrás nos habían arrebatado nuestro futuro antes de que pudiéramos comenzar a vivirlo.

Esta vez pensaba disfrutar hasta el último segundo.

Epílogo

Dos años después...

Si alguien me hubiera dicho dos años atrás que terminaría viviendo en las Tierras Altas de Escocia, casada con un highlander enorme, testarudo y absolutamente convencido de que podía resolver la mitad de nuestros desacuerdos cargándome sobre el hombro, habría pensado que estaba completamente loco.

Si además me hubiera dicho que estaría embarazada de ese mismo hombre, sentada en el jardín de la fortaleza MacKay mientras mi mejor amiga —también atrapada más de seiscientos años antes de nuestro nacimiento— esperaba a su segundo hijo, probablemente habría recomendado que lo encerraran.

Y, sin embargo, allí estaba.

Apoyé ambas manos sobre mi vientre y contemplé cómo Sìne corría por la hierba detrás de una lagartija. Había crecido muchísimo. Sus pequeñas piernas se movían tan deprisa que en cualquier momento esperaba verla terminar de bruces contra el suelo, pero ella parecía tener un equilibrio sorprendente para su edad. Había heredado los ojos de Brett, el cabello claro de Rose y, por desgracia para sus padres, el carácter de ambos.

—No corras tanto, cariño —le advirtió Rose desde su asiento.

Sìne no le hizo el menor caso.

—Te obedece muchísimo —comenté.

Rose me lanzó una mirada.

—Es una niña de dos años.

—Una niña de dos años que ya sabe perfectamente que su padre es incapaz de negarle nada.

—Eso es culpa de Brett.

—Por supuesto. Tú no tienes nada que ver.

—Absolutamente nada.

Me reí y volví a acomodarme.

Rose estaba sentada a mi lado con una mano sobre un vientre tan enorme que llevaba varios días asegurando que aquel niño tenía que nacer de un momento a otro. El médico todavía calculaba que faltaba algo de tiempo, pero ella sostenía que después de haber pasado por aquello una vez conocía su cuerpo bastante mejor que él.

Yo tampoco estaba precisamente en condiciones de burlarme.

Miré mi propia barriga. A mí todavía me quedaban algunas semanas. O eso esperaba.

El pequeño MacKay que llevaba dentro parecía tener una opinión diferente y llevaba toda la mañana moviéndose como si estuviera entrenando para convertirse en guerrero antes de salir de mi cuerpo.

—Como vuelvas a darme una patada ahí, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria cuando nazcas —murmuré.

Rose me escuchó.

—¿Estás amenazando a tu hijo?

—Estoy estableciendo límites.

—Todavía no ha nacido.

—Nunca es demasiado pronto.

Sienna, sentada frente a nosotras, soltó una carcajada.

—Pobre criatura.

La miré.

—No empieces tú.

—No he dicho nada.

—No hace falta. Tienes esa cara.

Sienna sonrió con aquella expresión misteriosa que seguía consiguiendo ponerme nerviosa después de dos años.

—¿Qué cara?

—La de que sabes algo que las demás ignoramos.

—Quizá lo sepa.

—¿Ves? Eso. Eso es exactamente lo que odio.

Rose comenzó a reír.

—Yo ya he aprendido a no preguntarle.

—Pues yo no. —Me incliné ligeramente hacia Sienna—. ¿Cuándo va a nacer?

—Cuando esté preparado.

La miré indignada.

—Fantástico. Muchísimas gracias. Qué precisión.

Rose soltó una carcajada.

Aquella era nuestra vida ahora. Y todavía había días en los que me parecía completamente imposible.

Dos años.

Dos años desde que desperté empapada y aterrorizada en una orilla que no reconocía. Dos años desde que encontré a Daziel junto a aquella hoguera y pensé que había tenido la mala suerte de toparme con el hombre más grande y posiblemente más peligroso de toda Escocia.

No sabía entonces que ya lo había amado una vez.

No sabía que mi alma lo recordaba aunque mi cabeza no pudiera hacerlo. Y, sobre todo, no sabía que aquel lugar terminaría convirtiéndose en mi hogar.

Escuchamos voces procedentes del otro extremo del jardín y Sine dejó inmediatamente de perseguir la lagartija.

—¡Papá!

La niña salió corriendo.

Brett apareció acompañado de Daziel y apenas tuvo tiempo de inclinarse antes de que su hija se lanzara contra él. La levantó en brazos con facilidad y Sine comenzó a contarle algo incomprensible acerca de la lagartija mientras señalaba hacia los árboles.

Sonreí.

Después miré a Daziel.

Y él ya estaba mirándome.

Tanto tiempo y todavía me ocurría. Aquel pequeño vuelco en el estómago.

Bueno, ahora resultaba difícil distinguir entre un vuelco provocado por Daziel y una patada de su hijo, pero estaba casi segura de que aquello había sido culpa de él.

Seguía siendo el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Y sí, después de dos años de matrimonio probablemente debería haberme acostumbrado.

No lo había hecho.

Se acercó hacia mí con aquella forma de caminar tan segura que siempre había tenido y se detuvo frente a mi asiento.

—Esposa.

Levanté una ceja.

—Marido.

Se inclinó y me besó.

Un beso breve.

Demasiado breve.

—Eso ha sido bastante pobre.

Daziel sonrió contra mis labios.

—Mi madre está delante.

—He visto cosas peores —intervino Sienna.

Me separé de él para mirarla.

—¿Qué? —preguntó ella inocente.

Rose se estaba riendo.

Daziel aprovechó para besarme nuevamente, esta vez un poco más despacio, antes de agacharse frente a mí y colocar ambas manos sobre mi vientre.

Su expresión cambió de inmediato.

Siempre ocurría.

Aquel guerrero gigantesco capaz de enfrentarse a una docena de hombres se transformaba completamente cada vez que tocaba mi barriga.

—¿Cómo está hoy?

—Intentando romperme una costilla.

—Es fuerte.

—Es un salvaje. Como su padre.

Daziel sonrió orgulloso.

—Entonces todo marcha bien.

Besó mi vientre.

Sentí que el bebé se movía justo debajo de su mano. Los ojos de Daziel se iluminaron. Y mi corazón hizo aquella cosa estúpida que llevaba años haciendo cada vez que lo veía así.

Lo amaba. Dios, cómo lo amaba. Ya no existían dudas. No había *creo*.

No necesitaba una visión de Danielle y Donald para explicarlo. Amaba a Daziel MacKay. Al hombre que había conocido junto al fuego. Al que había fingido ser mi esposo ante un rey y después había terminado convirtiéndose en mi marido de verdad. Al que todavía no comprendía la mitad de las expresiones que utilizaba y que seguía preguntándome cosas sobre mi tiempo cuando estábamos tumbados en la cama por la noche.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Daziel.

—Porque estás bueno —solté en tono de burla.

Rose soltó una carcajada.

Brett frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Nada que necesites aprender —contestó Rose rápidamente a su esposo.

—Significa que soy un hombre atractivo —explicó Daziel con absoluta satisfacción.

Lo miré sorprendida.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Tú. Lo dices constantemente.

—Traidor.

Me cogió de las manos y me ayudó a levantarme.

—Vamos a caminar.

—No quiero caminar.

—El médico dijo que te conviene.

—El médico no lleva una criatura de este tamaño presionándole la vejiga.

—Chloe.

—Daziel.

Me miró.

Lo miré.

Sienna suspiró.

—Dos años casados y todavía parecéis dos niños.

—Él empezó.

—Ella siempre dice eso —protestó Daziel.

—Porque siempre empiezas tú.

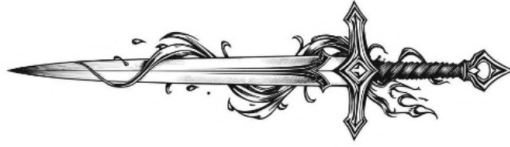
Rose negó con la cabeza.

—Idos. Los dos.

Daziel sonrió y pasó un brazo alrededor de mi cintura.

Al final caminé.

Por supuesto que caminé.



Aquella noche cenamos todos juntos.

La visita a la fortaleza MacKay se había alargado más de lo previsto, pero a ninguno parecía importarle. Daziel podía ausentarse durante algunos días de Kinlochewe sin problemas y yo estaba encantada de tener a Rose tan cerca.

Sobre todo entonces. Nuestros hijos nacerían con pocas semanas de diferencia. Aquello me emocionaba más de lo que quería reconocer.

Mientras cenábamos, observé a Sìne sentada sobre las piernas de Brett, intentando robar pequeños trozos de pan del plato de su padre. Rose hablaba con Sienna y Daziel discutía con su hermano acerca de unas tierras que necesitaban preparar antes del invierno.

Me limité a escucharlos.

A mi familia.

Porque eso eran.

Mi familia.

Y de pronto pensé en Londres.

Ya no dolía como antes.

A veces todavía recordaba mi tiempo con una nostalgia extraña. Echaba de menos cosas absurdas. Una ducha caliente. La música. El café decente. Poder encender una luz sin necesitar una vela. Incluso llegué a echar de menos el ruido de los coches.

Pero también echaba de menos a personas. Eso era lo difícil. Había aprendido a vivir con ello. Rose también.

Nunca regresamos al yacimiento de Beinn Eighe. Al principio evitábamos hablar de aquel lugar. Después, poco a poco, dejó de tener importancia.

La puerta seguía existiendo. Al menos eso suponíamos. Pero ninguna volvió a buscarla. Porque regresar significaba abandonar aquello. A ellos. A nuestros hijos. Y yo ya había perdido a Daziel una vez.

Habían hecho falta más de seiscientos años para encontrarlo nuevamente. No pensaba volver a despedirme de él.

Sentí una mano sobre la mía. Levanté la mirada.

Daziel.

—¿Dónde estabas?

—Aquí.

—No. —Entrelazó sus dedos con los míos—. Estabas muy lejos.

Sonreí. Me conocía demasiado bien.

—Pensaba en mi tiempo.

Su expresión cambió ligeramente. Aquel miedo seguía escondido en alguna parte.

—¿Lo echas de menos?

Pensé la respuesta.

—Algunas cosas.

Sus dedos se tensaron apenas alrededor de los míos.

Me incliné hacia él.

—Pero no quiero regresar.

Daziel me miró.

—¿No?

—No.

—¿Nunca?

Sonreí.

—¿Todavía necesitas preguntármelo?

—Probablemente siempre.

Aquello me rompió un poco el corazón.

Me acerqué más.

—Entonces te responderé todas las veces que haga falta.

Le acaricié la mejilla.

—No voy a marcharme, Daziel.

Sus ojos permanecieron clavados en los míos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Entonces su mirada descendió hacia mi vientre.

—Además —añadí—, no creo que tu hijo me permitiera llegar demasiado lejos.

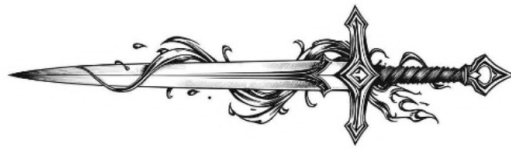
Daziel sonrió.

—Mi hijo.

—Nuestro hijo.

—Eso he dicho.

—No. Has dicho *mi hijo*.
—Porque es mío.
—También es mío.
—Pero es un MacKay.
—Y yo soy una MacKay.
Daziel se quedó callado.
Sonreí.
Había ganado.
—Maldita mujer.
—Te quiero también.



Más tarde salimos al exterior.

La noche estaba despejada y las estrellas cubrían las Tierras Altas con una claridad que jamás había visto en mi época. El aire era agradable y desde las murallas llegaba el olor de la hierba húmeda.

Rose y yo nos quedamos un poco atrás. Nuestros esposos caminaban delante con Sìne. La pequeña iba subida sobre los hombros de Brett y agarrada a su cabello mientras Daziel intentaba hacerla reír.

Rose apoyó una mano sobre mi brazo.

—¿Sabes que dentro de poco esto va a ser un caos?

Miré nuestras barrigas.

—Ya lo es.

—Me refiero a dos bebés llorando al mismo tiempo.

—El tuyo llorará. El mío será perfecto.

—Claro.

—Dormirá toda la noche desde el primer día.

—Por supuesto.

—Y jamás tendrá una rabieta.

Rose me miró.

—Es hijo de Daziel.

Suspiré.

—Estamos jodidos.

Nos echamos a reír.

Caminamos unos pasos más antes de que el silencio se instalara entre nosotras. No era incómodo. Nunca lo había sido.

Miré a mi amiga.

A veces todavía veía en ella a aquella Rose de Londres. La mujer a la que había buscado durante un año cuando todos los demás me decían que aceptara que había muerto.

No pude hacerlo. Me negué. Volví una y otra vez al río. La busqué incluso cuando ya no quedaba ninguna razón lógica para continuar haciéndolo.

Y finalmente la encontré.

Solo que para hacerlo tuve que cruzar más de seis siglos.

—Rose.

—¿Qué?

—Me alegro de no haber dejado de buscarte.

Se detuvo.

Yo también.

Sus ojos se llenaron de lágrimas casi inmediatamente.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Ponerme sentimental. Estoy embarazada. No tengo defensas.

Me reí, aunque también sentía los ojos húmedos.

—Hablo en serio.

Rose cogió mi mano.

—Yo también me alegro.

Miré hacia nuestros hombres.

Daziel acababa de coger a Sine de los hombros de Brett y la niña reía mientras él la levantaba en brazos.

Sentí que mi hijo se movía dentro de mí.

—Si no hubieras desaparecido, yo jamás habría ido a ese río. Y si no hubiera ido...

No terminé. No hacía falta.

Rose siguió mi mirada hasta Daziel.

—Nunca lo habrías encontrado.

Me llevé una mano al vientre.

Aquello seguía siendo demasiado grande para comprenderlo completamente.

—¿Crees que de verdad estaba escrito? —pregunté.

Rose tardó en contestar.

—Antes habría dicho que no.

—¿Y ahora?

Miró a Brett.

—Ahora creo que hay cosas que no necesitan explicación.

Sonreí.

—Eso ha sonado tremendamente medieval.

—Cállate.

La abracé.

Nuestras barrigas chocaron entre nosotras y ambas tuvimos que acomodarnos para conseguirlo.

—Esto cada vez es más difícil.

—Dentro de poco podremos abrazarnos normalmente.

—Dentro de poco no dormiremos.

—También.

Permanecimos así durante unos segundos.

Mi mejor amiga. Mi hermana sin compartir sangre.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti.

—Aunque seas la culpable de que esté atrapada en el siglo XV sin papel higiénico.

Rose soltó una carcajada.

—Sabía que terminarías arruinando el momento.

—Estaba quedando demasiado bonito.

—Eres imposible.

—Eso dice mi marido.

—Tu marido está completamente loco por ti.

Miré a Daziel.

—Lo sé.

Y aquella vez no hice ninguna broma.



Daziel vino a buscarme poco después.

Extendió una mano y yo la acepté.

—¿Regresamos dentro? —preguntó.

—Todavía no.

Quería quedarme un poco más.

Caminamos hasta un punto desde donde podía contemplarse el valle y me apoyé contra su pecho. Daziel me rodeó desde atrás, acomodando las manos sobre mi vientre.

Nuestro hijo se movió.

Él sonrió contra mi cabello.

—Otra vez.

—Lleva todo el día así.

—Será fuerte.

—Como vuelvas a decirme eso cuando esté intentando sacarlo de mi cuerpo, te golpearé.

—Lo tendré en cuenta.

Cerré los ojos. Escuché su respiración. Sentí sus manos. Su calor. Y pensé en aquella primera noche junto al fuego. En lo asustada que estaba. En aquel desconocido enorme que me había ofrecido calor y protección sin comprender una sola palabra de todo cuanto yo intentaba explicarle.

Soy Daziel MacKay.

Si hubiera sabido entonces quién era realmente para mí...

Aunque quizá fuera mejor así. Tuvimos que enamorarnos otra vez. No porque Danielle hubiera amado a Donald. No porque nuestras almas se reconocieran. Sino porque Chloe se enamoró de Daziel. Y Daziel se enamoró de Chloe.

Él depositó un beso junto a mi sien.

—Te amo.

Me giré lentamente entre sus brazos.

—Y yo a ti.

—¿Segura?

Sonreí al recordar aquella conversación de hacía dos años.

«Creo que te amo. ¿Crees?».

Le rodeé el cuello con los brazos.

—Esta vez estoy segura.

Daziel sonrió y me besó.

A unos pasos escuché la risa de Sìne. Más allá estaban Brett y Rose, abrazados bajo el cielo de las Highlands mientras esperaban la llegada de su segundo hijo.

Y nosotros esperábamos el nuestro.

Entonces comprendí que aquella era la respuesta que llevaba buscando desde que desperté junto al río. Porque por fin comprendía lo que Sienna había intentado explicarnos desde el principio.

Hay amores que pertenecen a una época. Y hay otros que pertenecen a todas. El nuestro simplemente había tardado seiscientos años en encontrar el camino de regreso.

FIN

Mis queridos viajeros y viajeras, gracias por llegar hasta aquí, sin vosotros, esto no sería posible. Gracias por seguir leyendo mis historias, y por vuestros comentarios que me ayudan tantísimo.

Si te ha gustado esta historia te agradecería que me dejaras una valoración en Amazon, con eso me ayudas a difundir mi novela y a llegar a más personas.

También puedes seguirme en mi página de autor de Amazon, donde siempre estarás al tanto de todas mis novedades. Por otra parte, te invito a que visites mis redes sociales de Instagram o Facebook, donde subo contenido sobre mis novelas, o en mi página web: www.ladymacnoble.com

Otros libros de la autora





LADY MACNOBLE

Una Sassenach
en las
HIGHLANDS

VIAJERAS DEL TIEMPO I

LADY MACNOBLE



La creadora de
HIGHLANDERS



El LAIRD pirata

LOS HERMANOS MACDONALD II

LADY MACNOBLE



Mi Bestia de las
HIGHLANDS

LOS HERMANOS MACDONALD I

LADY MACNOBLE

